

Cuentos Españoles contemporáneos del Siglo XX

INDICE

La Primera Gripe de Adán (Bernardo Atxaga)	2
Acerca De La Muerte De Bieito (Rafael Dieste)	3
Navidad Sin Ambiente (Miguel Delibes)	5
El cuento de nunca acabar (Ofelia Dracs)	8
El Niño-Lobo Del Cine Mari (José M ^a Merino)	15
A Modo De Sonata (Alfredo Conde)	19
La Lengua De Las Mariposas (Manuel Rivas)	23
El Árbol De Oro (Ana M ^a Matute)	31
El Bonito Crimen Del Carabinero (Camilo José Cela)	34
El Paraíso Era Un Autobús (Juan José Millás)	44
El Tren Que No Conduce Nadie (Francisco García Pavón)	46
¿Cómo Te Quiere Él? (Maruja Torres)	50
Peor Que La Muerte (Eduardo Vaquerizo)	52
Televisión Basura (Manuel Vázquez Montalbán)	55
Con La Técnica De Lovecraft (Joan Perucho)	57
El Regreso (Rafael Dieste)	60
El Caracol Del Jardín Misterioso (Raul Torres)	62
El Inquisidor (Francisco Ayala)	66
La Confesión (Miguel Angel Mañas)	76
El Jardín De La Alegría (Francisco Escobar Bravo)	80
María (Manuel Talens)	81
El Alma En Pena De Fiz Cotobelo (Wenceslao Fernández Flórez)	84
Entre El Cielo Y El Mar (Ignacio Aldecoa)	90
Lenta Es La Luz Del Amanecer En Los Aeropuertos Prohibidos (A. Pereira)	94
El Caballero (Alvaro Cunqueiro)	95
La Bondad Del Invierno (Agustín Celis)	105
Un Curioso Intercambio (Juan José Millas)	112
El Reincidente (Rafael Sánchez Ferlosio)	114
Los Chicos (Ana M ^a Matute)	116
Los Límites De La Inocencia (Salvador Company)	119
Los Hermanos «Dosenuno» (Patxi Irurzun)	121
Sybil Vane (Carmen Martín Gaité)	126
Ragnarok en las playas de Ítaca (Rafael Marín)	128
Modelados En Barro (Alicia Giménez Barlett)	136

[La Primera Gripe de Adán](#)

(Bernardo Atxaga)

Pienso en la primera enfermedad, es decir, en la enfermedad del primer hombre, Adán. No pienso en una enfermedad grave: para lo que quiero pensar, me basta con una gripe.

Yo no estuve allí, desde luego, pero tengo para mí que Adán no debió sentir mucho la pérdida del paraíso. Le ocurriría probablemente como a los que saltan de la cama a una habitación fría y no reparan en la baja temperatura hasta en el momento en que su cuerpo pierde el calor que había absorbido entre las sábanas: vería Adán el mismo cielo azul que había visto antes, y vería los mismos ríos limpios, y los mismos pájaros, y no tendría otra incomodidad que la provocada por algunas imágenes llegadas en sueños, imágenes de un ángel con una espada, o de una serpiente, o de un árbol lleno de manzanas a causa del cual, él no sabía muy bien por qué, habían tenido en el paraíso una gran discusión. ¿Durante cuánto tiempo viviría Adán inmerso en aquella inocencia? Ya he dicho que no estuve allí, y no lo sé. Lo que sí sé, porque me es fácil imaginarlo, es lo que sintió un día al despertar: dolor de garganta, tos persistente, cierta sensación de mareo y malestar en el estómago. Todo es relativo, y para alguien que había vivido en el paraíso el mal que sentía era un mal terrible, y Adán, presa del pánico y de un humor que luego, siglos después, alguien llamaría melancolía, se dirigió hacia la mujer que tenía a su lado y exclamó: “Eva, me estoy muriendo”. La exclamación, por decirlo así, resultó en aquel contexto revolucionaria: se utilizaba por primera vez el verbo morir, y por primera vez también, aquel hombre reparaba en la persona que le había acompañado tras la salida del paraíso. Efectivamente, allí estaba Eva. Allí estaba él, Adán, muriéndose.

Incontables fueron, o debieron ser, las mutaciones que se produjeron durante los días que Adán tuvo la gripe, pero en esta somera descripción sólo voy a dar cuenta de aquella que, por primera vez en su vida, y por primera vez en el mundo, permitió a Adán decir una frase ligeramente inútil, del estilo de “¡qué color tan bonito tienen esos melocotones!” ¿Qué había ocurrido? Pues que, asustado y débil, es decir enfermo, pudo descubrir al fin la belleza de las cosas.

Imagino ahora lo que ocurrió una semana después. Imagino que, repuesto de la gripe, abrazaría a su mujer y le diría: “¡Eva, nunca me he sentido mejor!” Expresión que en su caso, viniendo de donde venía, era muchísimo decir. Y supongo –para seguir con mis imaginaciones– que Adán mantuvo esa convicción hasta el día en que, por poner un ejemplo más que posible, descubrió al pequeño Caín con la frente ardiendo y todo el cuerpo lleno de manchitas rojas. Y supongo que volvió a pasarlo mal para luego volver pasarlo bien y que vivió hasta el día en que descubrió que la flaqueza que tenía era la flaqueza final. ¿Qué pensaría entonces Adán? Me da bastante pena no haber estado allí y no saberlo con seguridad, pero me aventuraría a afirmar que, a pesar de todo, a pesar de encontrarse ya sin salida, a pesar de las desgracias familiares, comprendió y aceptó que la vida era precisamente lo que había ocurrido después de haber salido del paraíso.

[Acerca De La Muerte De Bieito](#)

De Rafael Dieste

Fue cerca del camposanto cuando sentí removerse dentro de la caja al pobre Bieito. (De los cuatro portadores del ataúd yo era uno). ¿Lo sentí o fue aprensión mía? Entonces no podría asegurarlo. ¡Fue un rebullir tan suave!... Como la tenaz carcoma que roe, roe en la noche, roe desde entonces en mi magín enfervorizado aquel suave rebullir.

Pero es que yo, amigos míos, no estaba seguro, y por tanto -comprendedme, escuchadme-, por tanto no podía, no debía decir nada.

Imaginaos por un instante que yo hubiera dicho:

-Bieito está vivo.

Todas las cabezas de los viejos que portaban cirios se alzarían con un pasmado asombro. Todos los chiquillos que iban extendiendo la palma de la mano bajo el gotear de la cera, vendrían en remolino a mi alrededor. Se apiñarían las mujeres junto al ataúd. Resbalaría por todos los labios un murmullo sobrecogido, insólito:

-¡Bieito está vivo. Bieito está vivo!...

Callaría el lamento de la madre y de las hermanas, y en seguida también, descompasándose, la circunspecta marcha que plañía en los bronces de la charanga. Y yo sería el gran revelador, el salvador, eje de todos los asombros y de todas las gratitudes. Y el sol en mi rostro cobraría una importancia imprevista.

¡Ah! ¿Y si entonces, al ser abierto el ataúd, mi sospecha resultara falsa? Todo aquel magno asombro se volvería inconmensurable y macabro ridículo. Toda la anhelante gratitud de la madre y de las hermanas, se convertiría en despecho. El martillo clavando de nuevo la caja tendría un son siniestro y único en la tarde atónita. ¿Comprendéis? Por eso no dije nada.

Hubo un instante en que por el rostro de uno de los compañeros de fúnebre carga pasé la leve insinuación de un sobresalto, como si él también estuviese sintiendo el tenue rebullir. Pero no fue más que un lampo. En seguida se serenó. Y no dije nada.

Hubo un instante en que casi me decidí. Me dirigí al de mi lado y, encubriendo la pregunta en una sonrisa de humor, deslicé:

-¿Y si Bieito fuese vivo?»?

El otro rió pícaramente como quien dice: «Qué ocurrencias tenemos», y yo amplíe adrede mi falsa sonrisa de broma.

También me encontré a punto de decirlo en el camposanto, cuando ya habíamos posado la caja y el cura rezongaba los réquienes.

«Cuando el cura acabe», pensé. Pero el cura terminó y la caja descendió al hoyo sin que yo pudiese decir nada.

Cuando el primer terrón de tierra, besado por un niño, golpeó dentro de la fosa contra las tablas del ataúd, me subieron hasta la garganta las palabras salvadoras... Estuvieron a punto de surgir. Pero entonces acudió nuevamente a mi imaginación la casi seguridad del horripilante ridículo, de la rabia de la familia defraudada. si Bieito se encontraba muerto y bien muerto. Además de decirlo tan tarde acrecentaba el absurdo desorbitadamente. ¿Cómo justificar no haberlo dicho antes? ¡Ya sé, ya sé, siempre se puede uno explicar! ¡Sí!, sí, sí, todo lo que queráis! Pues bien... ¿Y si hubiese muerto después, después de sentirlo yo remecerse, como quizá se pudiera adivinar por alguna señal? ¡Un crimen, sí, un crimen el haberme callado! Oíd ya el griterío de la gente...

-Pidió auxilio y no se lo dieron, desgraciado...

-Él sentía llorar, se quiso levantar, no pudo...

-Murió de espanto, le saltó el corazón al sentirse bajar a la sepultura.

-¡Ahí lo tenéis, con la cara torcida por el esfuerzo!

-¡Y ése que lo sabía, tan campante, ahí sonriendo como un payaso!

-¿Es tonto o qué?

Todo el día, amigos míos, anduve loco de remordimientos. Veía al pobre Bieito arañando las tablas en ese espanto absoluto, más allá de todo consuelo y de toda conformidad. de los enterrados en vida. Llegó a parecerme que todos leían en mis ojos adormilados y lejanos la obsesión del delito.

Y allá por la alta noche -no lo pude evitar- me fui camino del camposanto, con la solapa subida, al arrimo de los muros.

Llegué. El cerco por un lado era bajo: una piedras mal puestas sujetas por hiedras y zarzas. Lo salté y fui derecho al lugar... Me eché en el suelo, arrimé la oreja. y pronto lo que oí me heló la sangre. En el seno de la tierra unas uñas desesperadas arañaban las tablas. ¿Arañaban? No sé, no sé. Allí cerca había una azada... Iba ya hacia ella cuando quedé perplejo. Por el camino que pasa junto al camposanto se sentían pasos y rumor de habla. Venía gente. Entonces sí que sería absurda, loca, mi presencia allí, a aquellas horas y con una azada en la mano.

¿Iba a decir que lo había dejado enterrar sabiendo que estaba vivo?

Y huí con la solapa subida, pegándome a los muros.

La luna era llena y los perros ladraban a lo lejos.

Navidad Sin Ambiente

De Miguel Delibes

-Ella nunca ponía el Niño de esa manera -dijo Chelo al sentarse a la mesa.

-Es lo mismo; cámbialo. Ni me di cuenta.

Cati se pasó delicadamente las manos por las mejillas sofocadas.

-Sentaos -dijo.

Raúl y Tomás hablaban junto a la chimenea.

Dijo Chelo:

-Mujer, es lo mismo. El caso es que el Niño presida, ¿no?

La silla crujió al sentarse Raúl, a la cabecera. Elvi rió al otro extremo.

-Deberías comer con más cuidado -dijo-. Yo no sé dónde vas a llegar.

Dijo Frutos:

-¿Por qué no habéis prendido lumbre como otros años?

A Cati le temblaba un poco la voz:

-Pensé que no hacía frío -levantó sus flacos hombros como disculpándose-. No sé...

-Bendice -dijo Toña.

La voz de Raúl, a la cabecera, tenía un volumen hinchado y creciente, como el retumbo de un trueno:

-Me pesé el jueves y he adelgazado, ya ves. Pásame el vino, Chelo, haz el favor.

Dijo Cati:

-Sí queréis prendo. Todavía estamos a tiempo.

Hubo una negativa general; una ruidosa, alborotada negativa.

-¿No bendices? -preguntó Toña.

Agregó Frutos:

-Yo, lo único por el ambiente; frío no hace.

Cati humilló ligeramente la cabeza y murmuró:

-Señor da pan a los que tienen hambre y hambre a los que tienen pan.

Al concluir se santiguó.

Dijo Elvi:

-¡Qué bendición más original, chica! Ella nunca bendecía así.

Rodrigo miró furtivamente a su izquierda, hacia Cati:

-Se me hace raro no verla aquí, a mi lado, como otros años.

Tomás, Raúl y Frutos hablaban de las ventajas del «Seat 600» para aparcar en las grandes ciudades. Dijo Raúl:

-En carretera fatiga. Es ideal para la ciudad.

Chelo tenía los ojos húmedos cuando dijo:

-¿Os acordáis del año pasado? Ella lo presentía. Dijo: «Quién sabe si será la última Navidad que pasamos juntos.» ¿No os acordáis?

Hubo un silencio estremecido, quebrado por el repique de los cubiertos contra la loza. Raúl estalló:

-Llevaba veinte años diciendo lo mismo. Alguna vez tenía que ser. Es la vida, ¿no?

Cati carraspeó:

-Esa bendición se la oí un día al padre Martín. Es sobria y bonita. Me gustó.

Tomás levantó la voz:

-A mí, como no me gusta correr, tanto me da un coche grande como uno pequeño.

Elvi fruncía su naricita respingona cada vez que se disponía a hablar. Dijo:

-Raúl tiene pan, pero haría mejor pidiéndole a Dios que no le diese hambre. Si no, yo no sé dónde va a llegar.

Elena pasaba las fuentes alrededor de la mesa.

Y cuando Elví habló, unió su risa espontánea a la de los demás.

-No, gracias, hija; no quiero más -dijo Frutos con un breve gesto de la mano. Rodrigo denegó también.

Dijo luego:

-Ella ponía la lombarda de otra manera. No sé exactamente lo que es, pero era una cosa diferente.

Raúl se volvió a Tomás:

-Pero, bueno ¿quieres decirme qué kilómetros haces tú?

Dijo Frutos:

-Con la chimenea apagada no me parece Nochebuena, la verdad.

Toña saltó:

-No es la chimenea.

Cati se inclinó hacia Rodrigo:

-Está rehogada con un poco de ajo, exactamente como ella lo hacía.

Elví arrugó su naricilla:

-Sigo pensando en esa bendición tuya, tan original Cati. Creo que no está bien. Para arreglar ese asunto entre los que tienen hambre y los que no tienen hambre, me parece que no es necesario molestar a Dios. Sería más sencillo decirles a los que tienen pan y no tienen hambre, que les den el pan que les sobra a los que tienen hambre y no tienen pan. De esa manera, todos contentos, ¿no os parece?

Tomás se soliviantó un poco:

-Haga los kilómetros que haga. Yo no tengo necesidad de correr y en carretera tanto me da un «Seiscientos» como un «Mercedes»; es lo que tengo que decir.

-A mí no me parece Nochebuena -dijo Frutos después de observar atentamente la habitación-. Aquí falta algo.

Chelo amusgó los ojos y miró hacia Cati:

-Cati, mona -dijo- si te miro así con los ojos medio cerrados, como vas de negro, todavía me parece que está ella -se inclinó hacia Raúl-. Raúl -añadió-, cierra los ojos un poco, así, y mira para Catí. ¿No es verdad que te recuerda a ella?

Cati hizo un esfuerzo para tragar. Toña hizo un esfuerzo para tragar. Raúl hizo un esfuerzo para tragar.

Finalmente, entrecerró los ojos y dijo:

-Sí, puede que se le dé un aire.

Rodrigo se dirigió a Frutos, cruzando la conversación:

-No te pongas pelma con el ambiente. No es el ambiente. Es la lombarda; y el besugo también. Este año tienen otro gusto.

Frutos enarcó las cejas.

-Lo que sea no lo sé. Pero a mí no me parece que hoy sea Nochebuena.

Cati descarnaba el alón del pavo nerviosamente, con increíble destreza. Luego se lo llevaba a la boca con el tenedor en porciones minúsculas.

Dijo Raúl:

-Pásame el vino, Chelo, anda.

Chelo le pasó la botella. Inmediatamente se incorporó y, sin decir nada, colocó al Niño en ángulo recto con el largo de la mesa, encarando a Cati. Inquirió:

-¿Y así?

Dijo Elví:

-No os molestéis. Es la bendición tan rara de Cati la que lo ha echado todo a perder.

Toña gritó:

-¡No es la bendición!

-Bueno, no os pongais así. Lo que hay que hacer es beber un poco -dijo Raúl-. El ambiente va por dentro.

Y repartió vino en los vasos de alrededor.

Frutos se puso en pie y sacó del bolsillo una caja de fósforos:

-Aguarda un momento -dijo-. ¿Tenéis un papel? -se dirigió a la chimenea.

Chelo le dijo a Toña:

-Toña, por favor. cierra un poco los ojos, así, y mira para Cati.

-Déjame -dijo Toña.

Las llamas caracoleaban en el hogar. Frutos se incorporó con una mano en los riñones.

Voceó mirando al fuego:

-Esto es otra cosa ¿no?

Añadió Chelo:

-Yo no sé si es por el luto o que...

Frutos reculaba sin cesar de mirar a la lumbre:

-¿Qué? ¿Hay ambiente ahora o no hay ambiente?

Hubo un silencio prolongado, Rodrigo lo rompió al fin. Le dijo a Catí:

-¿Pusiste manzanas en el pavo?

-Sí, claro.

Rodrigo encogió los hombros imperceptiblemente.

Frutos apartó su silla y se sentó de nuevo. Continuaba mirando al fuego. Toña le dijo irritada:

-No te molestes más; no es el fuego.

Elvi frunció su naricita:

-Catí -dijo-, si probaras a bendecir de otra manera, a lo mejor...

Se oyó un ronco sollozo. Raúl dejó el vaso de golpe, sobre la mesa.

-¡Lo que faltaba! -dijo-. ¿Pues no está llorando la boba ésta ahora? Cati, mujer, ¿puede saberse qué es lo que te pasa?

[El cuento de nunca acabar](#)

-

De Ofelia Dracs

Residencia Sanitaria de la Seguridad Social
“Virgen del Lluç”
SON DURETA (Mallorca)
Unidad de Vigilancia Intensiva

Son Dureta, 15 de agosto de 1980

Señorita Ofèlia Dracs

Distinguida señorita:

Nos place adjuntarle unas notas manuscritas del enfermo J(...) K(...), al que hemos ingresado en esta unidad desde el 3 de agosto hasta el 13, afectado por shock de origen desconocido y que presentaba afasia parcial, arritmia cardiaca aguda y diversas disfunciones orgánicas. El enfermo J(...) K(...) fue encontrado en la carretera de Son Carrió a Manacor la noche del 2 al 3 de agosto por un matrimonio alemán. Avisada la guardia civil de Son Carrió fue trasladado por una ambulancia municipal al Dispensario de Manacor y, comprobada la gravedad de su estado, fue posteriormente trasladado a esta Residencia Sanitaria de la Seguridad Social.

A su ingreso en la Unidad de Vigilancia Intensiva, el cuadro clínico del paciente era grave, pero su fuerte complexión y su aparente juventud nos hicieron pensar en una posible recuperación más o menos rápida. La afasia parcial y la perplejidad psicológica que presentaba nos impidió su identificación (no llevaba ningún tipo de documentos) y la averiguación de las causas del colapso. Después de tratarle tres días con calmantes y de aplicarle suero, conseguimos hacer desaparecer las arritmias cardíacas, y la afasia se redujo hasta el punto de posibilitar la comunicación con el paciente. Se identificó como J(...) K(...) de Barcelona, de vacaciones, residente en Portocristo, sin poder recordar el episodio psicológico que le produjera el colapso. Las investigaciones de trámite de la policía cerraron el caso. Tenía una habitación alquilada en un hotel y era escritor. Nos fue imposible comunicar con algún familiar suyo de Barcelona. El 10 de agosto, vencida totalmente la afasia, el enfermo solicitó papel y lápiz para escribir cartas «a los amigos y familiares», nos dijo. La noche del 12 al 13, cuando ya estaba a punto de ser trasladado a una sala de recuperación de la Residencia, desapareció. Y aunque salir de la Unidad es muy difícil, por la vigilancia constante de médicos y enfermeras, J(...) K(...) pudo escapar, no ya de la sala de Unidad de Vigilancia Intensiva, sino de la Residencia. Avisada la policía, que ha realizado una investigación completísima, no nos ha sido posible dar con él. Entre sus efectos personales (ropa, documentación), encontramos estas notas que le adjuntamos, con su nombre y apartado de correos de Barcelona. Las fantasías y absurdidades del escrito nos han hecho pensar que se trata simplemente de un trabajo literario-y no se lo hemos querido pasar a la policía. La historia narrada contiene puntos verosímiles (todo lo que hace referencia a nuestra Unidad), pero el resto parece más una-fabulación que la cronología de unos hechos.

Le rogamos, estimada señorita, que si tiene noticias de su amigo J(...)K(...) nos lo comunique lo más rápido posible, ya que la policía controla el aeropuerto y los muelles, con la orden de detención preventiva de J(...)K(...) por trastornos mentales.

Cordialmente,
A(...)F(...)
Director de la Unidad
de Vigilancia Intensiva

Ofelia, guapa, ¡bien que me has jodido! No sé si te lo perdonaré alguna vez. ¡Así que «Lovecraft, Lovecraft»!, ¿eh? Que si una historia de miedo, que si ganaremos un premio... El premio ya me lo he ganado, moza. Y de Lovecraft ni hablar. Te escribo desde la Unidad de Vigilancia Intensiva de la Residencia de Son Dureta. No quiero que nadie lea estas notas porque si lo hicieran me tomarían por un majara. Que puede que lo sea, ¡vete tú a saber! Pero ya sabes que los locos hacen fortuna. Bueno, dejémoslo, que todavía me queda alguna tuerca. Mira, la cosa fue así: recibí tu carta cuando me iba para Mallorca, a pasar unos días. No de vacaciones, no seas mal pensada, sino para currar un rato «al natural». Hacía unos días que lo tenía metido en la cabeza y ya tenía los pasajes, reserva en el hotel... en fin, como un escritor de película. ¡Qué ideas se te ocurren! Ahora una de miedo, a ver si acertamos como en aquello de las «manzanitas». ¡Y ca!

Bueno, pues me fui a Mallorca al siguiente de recibir tu carta. ¿Un cuento de miedo? ¿En Mallorca? Mira, Ofelia, Lovecraft era como era y escribía como escribía por dos motivos: el Atlántico y la religión protestante. ¿Crees que en Mallorca podría encontrar un ambiente propicio para escribir una historia de terror? Esta luz dorada, que ahora mismo -son casi las nueve- se extiende por toda la bahía y que contemplo desde una de las ventanas de la residencia, no puede inspirar miedo. Y una religión aprendida de niño, olvidada desde hace años, mecanizada y sin profundizar, tampoco es ninguna garantía. Así son las cosas, pero era un reto. Ya sabes, querida, que los retos me interesan. Vamos, que los acepto todos.

Una vez instalado en Portocristo, el Puerto de Manacor, como dice aquí, me puse en contacto con A(...)M(...), el escritor. Seguro que le conoces, los conoces a todos. Me invitó a cenar a su casa y hablamos horas y horas sobre la muerte y su guardiana. El motivo de la entrevista fue mi libro. El otro, quiero decir. Me contó muchas cosas de la guerra, del desembarco, de lo que pasaba en la zona nacional y de las historias que le contaban sobre los rojos. Recogí muchas notas que tal vez me hubieran servido de ido a aquella iglesia... pero no pasemos al labrador barbudo antes del arado rabudo. Mientras hablábamos del tema que me interesaba, el «otro», ya me entiendes, me bailaba por la cabeza tu reto. Una historia de miedo que pusiese los pelos de punta, la piel de gallina y los ojos en blanco. ¡Jopé! ¿Y si además de escribirla en Mallorca, como un aperitivo, ocurriera allí? Al principio me hubiera gustado algo sobre la Cerdaña, ya lo sabes. Todas aquellas historias de las brujas del cadí, que las he visto, ¿eh?, de las que tantas veces hemos hablado... Pero, ¿por qué no en Mallorca? Inconscientemente arrastré a A(...)M(...) hacia el tema. El hombre, que es encantador, se dejó llevar. Pero, la verdad, nada de nada. Las fiestas de demonios en Mallorca son de pan untado con aceite desde la perspectiva que me interesaba. Las historias de brujas, magos, encantamientos, calchonas y gigantes son de una luminosidad tal, de una sencillez tan aplastante que no se les puede sacar partido.

A(...)M(...) conocía un montón de historias terroríficas. Pero siempre surgía algo falso, una ironía incrédula, ese sarcasmo último que las invalidaba. Bueno, lo deje correr.

Al día siguiente de la conversación con el amigo escritor, alquilé un coche para visitar la zona de los hechos. Quiero decir en dónde desembarcó Bayo. De Punta Amer a Cla Anguila. Me resultaba difícil imaginar la acción de mi novela en unos parajes llenos de hoteles, apartamentos y anuncios de barbacoas, safaris y chambreszimmerrooms. Me bane en s'Illot y decidí comer en el interior de la isla, en algún pueblo que no ofreciera los lujos del turismo de aluvión, sino la sana pobreza de una coca de pisto.

Ya sé, Ofelia, que conoces Mallorca mejor que yo -todo lo conoces mejor que yo- y que me habrías recomendado un hostalito y unas comidas, pero como no estabas, ¡hala!, me metí entre paredes secas, almendros y campos de alfalfa. Pegaba un sol que quemaba el culo a las liebres y el cerebro a los desgraciados que circulaban al mediodía por aquellos andurriales. Por eso, al llegar a Son Carrió hice una parada y busque albergue. El pueblo parecía una lagartija tomando el sol. En el bar de la carretera, con moscas y televisión en color, me ofrecieron una ensalada mallorquina y una coca de pimientos. Me quedé. La coca no valía gran cosa, pero era de saín, quiero decir que no estaba mal, y la ensalada estaba fresca, con unos tomates jugosos y unos pimientos verdes muy tiernos. Me lo comí todo como un hombrecito, me bebí una cerveza helada, y después del café, mientras encendía un cigarrillo fui a pasear por el pueblo.

Ofelia: ¿crees en la mala suerte? Yo, ahora sí. Si en vez de pararme en Son Carrió lo hubiese hecho en Sant Llorenç o en Manacor; si en vez de pasear por el pueblo después de la comida, hubiese subido al coche y me hubiera largado; y sobre todo, si tú no me hubieses mandado la carta fatídica, pidiéndome un cuento de miedo, al estilo Lovecraft, ahora yo no estaría en la Unidad de Vigilancia Intensiva, con el corazón como una cosa, la cabeza completamente ida y... y muerto de miedo, sí. Miedo a escribir lo que ahora sigue. Miedo a quedarme solo en la oscuridad. Miedo a volver a contemplar la siniestra silueta de aquella iglesia.

Vi la iglesia. Era como todas las iglesias del llano de Mallorca. Monumental. Una copia del románico más tronado, con piedras doradas y una gran torre. ¡Ah!, y, sobre todo, aquella especie de abanico modernista plantificado en la fachada. ¿Qué pintaba un ventanal modernista -totalmente modernista, sin ningún género de duda- en una iglesia supuestamente románica de principios de siglo?

Si te dijera que contenía algo extraño, fúnebre, insondable, mentiría. Sencillamente, sonaría a literario. Era una iglesia pseudo-románica de un pueblo del Levante de la isla que se achicharraba bajo el sol de agosto, Eso sí, cerrada a cal y canto. No es que me interesara demasiado entrar. No, tampoco escuché ninguna voz primigenia y silenciosa que me llamara insistentemente. Oye, nada. Simplemente que quería observar aquel ventanal modernista por dentro. Pero hete aquí que estaba cerrada.

Paseé algo por el pueblo haciéndome el remolón. Fuera por donde fuera siempre acababa en la plazuela de la iglesia. Así es que me fui.

Ya en el Puerto, duchado y refrescado, mientras tomaba el fresco en la terraza, haciendo tiempo para la cena, me di cuenta que pensaba en la iglesia. No me la podía quitar de la cabeza. Insisto, Ofelia, guapa, no de una manera obsesiva, ni enfermiza... más bien de una

manera literaria. No sé por qué puñetas se me habían mezclado en la cabeza aquella iglesia y tu carta. Un cuento de miedo al estilo Lovecraft. Y una iglesia supuestamente románica, con un ventanal modernista. Que ya lo sé, chica, las iglesias de Lovecraft son neogóticas, grises, tenebrosas, húmedas, decadentes... Y la iglesia de Son Carrió era -es- de piedra dorada, rotunda, un tanto postiza y, sobre todo, católica militante. Pero bueno, tenía que escribir una historia de miedo, y mi propósito de que ocurriera en Mallorca y en aquella iglesia era tan buena -como otra. ¿No?

A(...)M(...) estaba frente a mí, sonriente. Me sobresalté tremendamente... Las saluciones de rigor. Excusas. La invitación. Instalados en la terraza del hotel, con sendas cervezas por delante, comenzamos la charla. Que si el calor. Que si el paisaje había cambiado mucho. Que si no sabía cómo terminar la novela. Que si la iglesia de Son Carrió. Finalmente, A(...)M(...) me explicó que la iglesia fue construida en el año 1907, con un diseño del padre. Quiero decir del padre Antonio M. Alcover, ¿ya me habías entendido, no? El hombre, durante sus viajes lingüísticos por los Pirineos, se enamoró del románico y, siendo vicario general, se dedicó a construir iglesias románicas por todo el Levante de Mallorca. Como la de Son Carrió. ¿Y el abanico modernista que simula un ventanal en la fachada? Bueno, no es seguro, pero cuentan que cuando el canónigo, el padre Alcover, vaya, o don Toni María (como le llama A(...)M(...)) era vicario general llamó al arquitecto Gaudí para arreglar el interior de la Seu. Un día fueron a ver las obras de la iglesia de Son Carrió que casi finalizaban. El padre se quejó del calor que hacía en su interior y entonces el arquitecto le dijo que pusiera un abanico. Y Gaudí realizó el diseño del abanico-ventanal modernista.

Un poco decepcionado retomé la conversación sobre la guerra y mi novela. Pero comenzaba a hacerse tarde, lo que quedaba de la cerveza ya no tenía presión y A(...)M(...) debía cenar, Quedamos para el día siguiente.

Y fue durante la cena cuando se me ocurrió la historia. Algo erudita, es cierto. Pero con Libro Sagrado y todo, tal y como exigen los cánones lovecraftianos. En fin, tú, una pasada de esas que tanto me gustan.

Terminé de cenar en un pis-pas, subí a mi habitación para recoger la chaqueta, un cuaderno, la pluma y una linterna, me metí en un trasto de alquiler, ¡y hacia Son Carrió, que falta gente! No lo tenía que haber hecho, Ofelia, ya lo sé. Pero son esas cosas que te ocurren y que cuando quieres saber por qué las haces, cómo han ocurrido, no puedes desentrañarlas. ¡Las veces que me ha pasado! De repente te llega una idea, sobre un cuento, un relato o una novela, y sin darte cuenta, ya estás paseando, comiendo y durmiendo con la historia, y como aquel que no quiere la cosa, consultas libros, localizas escenarios, hablas con la gente. Hasta que puedes eliminar tu angustia con papel y lápiz. O sobre una Olivetti, ¡qué más da! Y nunca ocurre nada. ¿Por qué esta vez tenía que ser de otra manera? En agosto Mallorca no da miedo. Además lucía una noche clara, estrellada, con una luna radiante.

Llegué a Son Carrió un poco antes de medianoche. El bar de la carretera estaba cerrado y no había ni un alma por la calle mayor. En la plazuela de la iglesia hay unos bancos de piedra. Allí me senté. El aire estaba impregnado de los olores de los campos cercanos. Aquél era más bien un decorado para una escena de amor que el de una historia de terror. Las piedras doradas de la iglesia resplandecían tenuemente. El abanico modernista se

incrustaba en el falso románico, pero también en la noche, con los olores, con la plazuela y sus farolas de aluminio encendidas.

Mi idea era la siguiente. Un escritor que veranea en Mallorca, por el levante de la isla, quizá en Portocristo, descubre, en una excursión, la iglesia de Son Carrió. Al sentirse atraído por un ventanal modernista en forma de abanico investiga su origen: Antonio M. Alcover y Gaudí. Sorprendido por la historia, mi escritor decide contar una historia de miedo. No lo advierte, pero a medida que transcurre el tiempo se va obsesionando por la iglesia, por el abanico modernista. Vuelve una noche a Son Carrió, arrastrado por una voz misteriosa que le impulsa a actuar sin reflexión. La puerta de la iglesia está abierta.

La puerta de la iglesia estaba abierta. Lo advertí de repente, al coger el cuaderno y la pluma para tomar notas sobre el ambiente, los olores, la luz de la luna. Es decir, todo aquello que mi escritor contemplaba. Me enderecé de un brinco, ¡ah, coño! ¡Eso sí que era bueno! Por supuesto que me acerqué. Del quicio de la puerta se escapaba un hilo de luz. Muy poca cosa. Insisto, Ofelia, que todo parecía normal. Ni la luz que salía del interior de la iglesia era sobrenatural, ni parecía extraña. Algún sacristán se había dejado la bombilla luciendo. Y punto. Ni olores pútridos, ni cánticos prehumanos. Ni la luna brillaba ensangrentada, ni una niebla maloliente se extendió alrededor de la iglesia. Los grillos cantaban a la par que alguna lechuza lejana. Incluso se escuchaban las prosaicas aceleraciones de los automóviles. La luna continuaba siendo una maravillosa luna de agosto. De historias de amor, vaya. Y la luz interior de la iglesia era normalísima. Entré. Ya sé que esas cosas no ocurren, Ofelia. Pero no invento nada. Si no escribiera desde la Unidad de Vigilancia Intensiva de Dureta, si no tuviese el cuerpo medio descuajaringado, si no supiese lo que sé, podría pensar que te escribo un camelo. Pero te aseguro que los electros que me han realizado demuestran las arritmias sufridas. Y todavía noto los efectos de la afasia, que hablo cual tartaja. Todavía no me he podido quitar de encima esa debilidad que me paraliza las piernas y-hace que el lápiz me pese' como si fuese de plomo.

Efectivamente, había una bombilla luciendo, colgada del techo. No era un candelabro, ni un tenebroso cirio. Una triste bombilla de cuarenta voltios que apenas me permitió ver el interior de la iglesia. De un barroco tronadísimo, con mucha purpurina y con santos de yeso. Junto a la pila, la puerta de la torre que también estaba abierta. Y el inicio de la escalera. ¿Qué querías que hiciera, si mi escritor también la había visto, subió por ella y encontró el libro?

Me encaramé por ella. La luz de la bombilla no alcanzaba al hueco de la escalera, así que tuve que usar la linterna. Igual que el escritor del cuento que todavía no había escrito. Eso sí, estaba lleno de telarañas y apestaba a cerrado. Pero eso era normal. Todas las escaleras que conducen a los campanarios deben tener telarañas y oler a cerrado. La escalera conducía a un techo muerto, grande, vacío, oscuro. Exactamente me llevó hasta donde se incrustaba el ventanal modernista en forma de abanico que diseñara Antonio Gaudí setenta y tres años atrás. Al fondo del techo muerto comenzaba -o terminaba- la escalera de la torre del campanario. Pero no fui. Porque el ventanal estaba iluminado, con una luminosidad tenue, amarillenta, como si absorbiera toda la luz de mi linterna y me la devolviera aumentada. Y delante, por delante del abanico había una peana. Nada del otro mundo (nunca mejor dicho, Ofelia), no te vayas a creer. Piedra dorada como en el resto de la iglesia. Sobre la peana, de metro y medio más o menos, reposaba un bulto rectangular, oscuro.

Vaya, Ofelia, como en mi cuento. Al aproximarme, ya sabía lo que era. ¿Cómo no lo iba a saber, si lo tenía que escribir a la mañana siguiente en forma de cuento, para un libro del colectivo Ofelia Dracs? Es posible que no fuera exactamente como me lo había imaginado. Eché en falta algo de polvo y el sentirme un poco desfavorado. Porque no estaba nada asustado. No, todavía no. Sólo sentí la curiosidad de saber si lo que seguiría lo había adivinado o no.

¡Claro que lo había adivinado! Dejé la linterna sobre la peana, para que me iluminara, y tomé el libro. Era un volumen tamaño folio, encuadernado en piel. Cálido al tacto. Y al abrirlo, antes de hojearlo, evidentemente, se deslizó el papel, tan amarillento como pensé que fuera, con la tinta azul que empalidecía por instantes y el grafismo arcaico del canónigo Alcover. Quizá las palabras no fueran las mismas, no soy tan erudito como para poder copiar con pelos y señales el estilo del padre. No lo voy a intentar ahora, no merece la pena. Bueno, sigamos. El papel hablaba del libro. Evidentemente -yo ya lo sabía y tú ya te lo debes de haber imaginado- era una versión catalana del Necronomicón. No podía ser de otra forma. El canónigo explicaba que lo había encontrado en una biblioteca de la ciudad, no recuerdo cuál, fechado en el año 1423, como obra original del árabe converso Abdallá, es decir, nuestro Anselmo Turmeda. Y que cuando supo que se trataba de una traducción del libro de Alhazred, el árabe loco que se inventó una religión primitiva y blasfema (en palabras del canónigo) se decidió a destruirlo. Pero ni el fuego, ni el acero, ni el agua, ni la prensa lo habían conseguido. Lógicamente, el libro era indestructible. Por eso, el canónigo Alcover lo había depositado en el techo muerto de una iglesia, vencido por el sagrado recinto y con la puerta de acceso a él clausurada para así evitar que cayera en manos impuras que hicieran mal uso de él. La carta no era otra cosa que una llamada de alarma a las futuras generaciones, una recomendación para que el libro no se abriera. Ni como escritor de ficción ni como yo hicimos caso a sus advertencias.

Puse a un lado la carta al futuro del padre Antonio M. Alcover y abrí el libro. Lo tenía que hacer, Ofelia. Tenía que comprobar hasta qué punto conocía la historia. Se abrió por la página ochenta y siete, tal como estaba escrito en el cuento que todavía estaba sin escribir. Al principio me costó entender la letra manuscrita y el catalán medieval de Anselmo Turmeda, alias Abdallá. Dudé por unos momentos. Quizás las coincidencias terminaban en aquel punto. No podía ser, todavía no podía ser. No sé cuánto tiempo pasé intentando descifrar el manuscrito de la página ochenta y siete. De repente la luz se acrecentó y las letras conformaron un texto comprensible. Y, sin dificultad, leí la historia de un escritor que entra en una iglesia del levante de Mallorca, en una noche de agosto y encuentra un antiguo libro en el que lee historia de un escritor que entra en una iglesia del levante de Mallorca, en una noche de agosto, y encuentra un antiguo...

Cuando volví en mí, estaba aquí, desnudo como un gusano, conectado a todo tipo de aparatos médicos, inmovilizado, incapaz de hablar, con un pinchazo en el pecho a la altura del corazón, rodeado de médicos y enfermeras que me hacían preguntas a las que yo no podía ni quería contestar.

Todavía no entiendo lo que pasó. Dicen que me encontraron en la carretera, con un colapso, unas horas después. Como en mi historia. Con una única diferencia. El cuento lo tenía que escribir yo, tranquilamente, tranquilamente, en la terraza de mi hotel, ante una cerveza helada viendo pasar a los turistas. Sin el pinchazo en el pecho, ni la imposibilidad de hablar ni esta forzosa inmovilidad. Que esto le pase a otro -sobre todo si el personaje es de ficción- no me importa. Pero que me ocurra a mí, en serio, ya es harina de otro costal.

Ahora no sé qué hacer. Dicen que mañana me trasladarán a una sala de recuperación y que de aquí a unos días me darán el alta. Pero no me siento bien. Si cierro los ojos, veo la silueta de la iglesia, la escalera oscura, el techo muerto, el abanico modernista iluminado, la dorada peana, el libro encuadernado en piel, la letra en un principio incomprensible y las palabras de la página ochenta y siete. Si estoy despierto, pienso en mi personaje y lo hago ir a la iglesia, le obligo a subir por las escaleras oscuras, hago que descubra el techo muerto, el abanico modernista la peana dorada, el libro encuadernado en piel, la letra incomprensible en un principio y las palabras de la página ochenta y siete que configuran la historia de la iglesia, de la escalera, del techo muerto, la peana, el libro, el libro, el libro... , la página ochenta y siete. No se lo puedo explicar a nadie, Ofelia. Ni puedo ni quiero. No estoy loco, Ofelia, tú lo sabes. Esta carta que te escribo lo demuestra.

Pero debo volver. No puedo dejar mi cuento sin un final. Tengo que volver a la iglesia, tengo que volver a la oscura escalera, al techo muerto, al abanico modernista, a la peana dorada, al libro encuadernado en piel, a las letras en un principio incomprensibles y a las palabras de la página ochenta y siete. Y las tengo que acabar de leer. Quiero saber, necesito saber, tengo que saber qué es lo que ocurre al escritor que entra en una iglesia, sube por una oscura escalera hasta llegar al techo muerto, descubre una peana con un libro, lo abre por la página ochenta y siete y lee la historia de un escritor que entra en una iglesia, sube por... ¿Verdad que me entiendes, Ofelia, guapa?

[El Niño-Lobo Del Cine Mari](#)

De José M^a Merino

La doctora estaba en lo cierto: ningún proceso anormal se desarrollaba dentro del pequeño cerebro, ninguna perturbación patológica. Sin embargo, si hubiese podido leer el mensaje contenido en los impulsos que habían determinado aquellas líneas sinuosas, se hubiera sorprendido al encontrar un universo tan exhuberante: el niño era un pequeño corneta que tocaba a la carga en el desierto, mientras ondeaba el estandarte del regimiento y los jinetes de Toro Sentado preparaban también sus corceles y sus armas, hasta que el páramo polvoriento se convertía en una selva nutrida de vegetación alrededor de una laguna de aguas oscuras, en la que el niño estaba a punto de ser atacado por un cocodrilo, y en ese momento resonaba entre el follaje la larga escala de la voz de Tarzán, que acudía para salvarle saltando de liana en liana, seguido de la fiel Chita. O la selva se transmutaba sin transición en una playa extensa; entre la arena de la orilla reposaba una botella de largo cuello que había sido arrojada por las olas; el niño encontraba la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretara de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata.

Una vez más, la doctora observó perpleja las formas de aquellas ondas. Como de costumbre, no prestaban variaciones especiales. Las frecuencias seguían sin proclamar algún cuadro particularmente extraño.

Las ondas no ofrecían ninguna alteración insólita, pero el niño permanecía insensible al mundo que le rodeaba, como una estatua viva y embobada.

El niño apareció cuando derribaron el cine Mari. Tendría unos nueve años, e iba vestido con un traje marrón sin solapas, de pantalón corto, y una camisa de piqué. Calzaba zapatos marrones y calcetines blancos.

La máquina echó abajo la última pared del sótano (en la que se marcaban las huellas grotescas que habían dejado los urinarios, los lavabos y los espejos, y por donde asomaban, como extraños hocicos o bocas, los bordes seccionados de las tuberías) y, tras la polvareda, apareció el niño de pie en medio de aquel montón de cascotes y escombros, mirando fijamente a la máquina, que el conductor detuvo bruscamente, mientras le increpaba, gritando:

-Pero qué haces ahí chaval. Quítate ahora mismo.

El niño no respondía. Estaba pasmado, ausente. Hubo que apartarlo. Mientras las máquinas proseguían su tarea destructora, le sacaron al callejón, frente a las carteleras ya vacías cuyos cristales sucios proclamaban una larga clausura, y le preguntaban.

Pero el niño no contestó: no les dijo cómo se llamaba, ni dónde vivía. No les dio atisbo alguno de su identidad. Al cabo, se lo llevaron a la comisaría. Aquel raro atildamiento de maniquí

antiguo, y el perenne mutismo, desconcertaban a los guardias. Al día siguiente, las dos emisoras daban la curiosa noticia, y en el periódico, por la mañana, salió una fotografía del niño, con su rictus serio y aquellos ojos fijos y ausentes.

La doctora puso en marcha el aparato y comenzó a oírse otra vez el cuento. En el niño hubo un breve respingo, y sus ojos bizquearon levemente, como agudizando una supuesta atención cuyo origen tampoco podía ser comprobado. Tanto los sonidos reproducidos a través de algún instrumento como las imágenes proyectadas de modo artificial, le hacían reaccionar del mismo modo, y producían unas ondas como de emoción o súbito interés. La doctora suspiró y le palmeó las pequeñas manos, dobladas sobre el regazo.

-Pero di algo.

El niño, una vez más, permanecía silencioso y absorto.

Al parecer su nombre era Pedro. Al poco tiempo de haberse publicado la foto en los periódicos, una señora llorosa se presentaba en la redacción con la increíble nueva de que el niño era hijo suyo, un hijo desaparecido hacía treinta años. La señora era viuda de un fiscal notorio por su dureza. Le acompañaba una hija cuarentona. Extendió sobre la mesa del director una serie de fotos de Primera Comunión en que era evidente el parecido. Acabaron por entregarle el niño a la señora, al menos mientras el caso se aclaraba definitivamente.

El hecho de que un niño desaparecido treinta años antes (en un suceso misterioso que había conmovido a la ciudad y en el que se había aludido a causas de venganzas oscuras) apareciese de aquel modo, como si sólo hubiesen transcurrido unas horas, era tan extraño, tan fuera del normal acontecer, que a partir del momento en que se le atribuyó aquella identidad, ni la prensa ni la radio volvieron a hacerse eco de la noticia, como si el voluntario silencio pudiese limitar de algún modo lo monstruoso del caso.

Sin embargo, el asunto era objeto de toda clase de hipótesis, comentarios y conclusiones en mercados y peluquerías, oficinas y tertulias y, por supuesto, en cada uno de los hogares. Hasta tal punto el tema parecía extraño, que los amigos de la familia dudaban entre darle a la madre la enhorabuena o el pésame.

Al aparecido le llamaron el "niño lobo" desde que ingresó en la Residencia, aunque la doctora señalaba lo impropio de la denominación, ya que no manifestaba ningún comportamiento por el que pudiese ser asimilado a aquel tipo de fenómenos, sino sólo una especie de catatonía, de rara estupefacción. Sin embargo, las extrañas circunstancias de su aparición, aquella presencia alucinada, sugerían realmente que el niño hubiese sido recuperado fortuitamente de algún remoto entorno, virgen de presencia humana.

Puso música y el niño tuvo otro pequeño sobresalto. Era un niño muy guapo. Ahora la miraba como si quisiera decirle algo, pero ella sabía que era inútil animarle. Aquella supuesta intención era sólo una figuración suya. El desconocido pensamiento del niño estaba muy lejos. Era una verdadera pena.

-Hoy te voy a llevar al cine -dijo la doctora.

Primero, le reconocieron en la Residencia. Luego, la familia le había trasladado a Madrid, buscando esa mayor ciencia que siempre en provincias se atribuye a la capital. Pero no hubo

mejores resultados. Cuando volvió, el niño mantenía la misma presencia atónita y, aunque las hermanas hablaban de llevarle a California (donde al parecer las cosas del cerebro estaban muy estudiadas), la madre se había acostumbrado ya a la presencia inerte de aquel gran muñeco de carne y hueso, y posponía la decisión de separarse de él.

De vuelta a la ciudad, el niño seguía subiendo a la Residencia, donde la doctora le miraba todas las semanas. La doctora era bastante joven, y se estaba tomando el caso con mucho interés. Además de las connotaciones médicas del asunto, le fascinaba la impasibilidad de aquel pequeño ser mudo, cuyos ojos parecían mostrar, junto a un gran olvido, un desolado desconcierto.

La evidente influencia que producía en el cerebro del niño cualquier imagen o sonido proyectado a través de medios artificiales, le había sugerido la idea de llevarle al cine. La doctora era poco aficionada al cine, sobre todo por una falta de costumbre que provenía de su origen rural, de un internado severo de monjas y de una carrera realizada con bastantes esfuerzos y con poco tiempo de ocio. Sus descansos vespertinos solía emplearlos en la lectura de temas vinculados a su profesión, y sólo de modo ocasional asistía a la proyección de alguna película que la publicidad o los compañeros proclamaban como verdaderamente importante.

La idea le surgió al ver las largas colas llenas de niños que rodeaban al Emperador. Al parecer se trataba de una de esas películas de enorme éxito en todas partes, que se pregonan como muy apropiadas para el público infantil, con batallas espaciales y mundos imaginarios.

La doctora se proponía observar cuidadosamente al niño a lo largo de toda la sesión, escrutando el pulso, la respiración y otras manifestaciones físicas del posible impacto que la visión de la película pudiese tener en aquel ánimo misteriosamente ajeno.

Le observó durante los primeros minutos de proyección. El niño se había acurrucado en la butaca y observaba la pantalla con avidez de apariencia inteligente. Mientras tanto la historia comenzaba a desarrollarse. Una espectacular nave perseguía a otra navecilla por el espacio infinito, fulgurante de estrellas, muy bien simulado. La nave perseguidora hace funcionar su artillería. La pequeña nave es alcanzada por los disparos de raro zumbido, y atrapada al fin por medio de poderosos mecanismos. El vencedor llega para conocer a su presa. Es una estampa atroz: una figura alta, oscura, con un gran casco negro parecido al del ejército, cuyo rostro está cubierto por una máscara metálica, también negra, que recuerda en sus rasgos una mezcla imprecisa de animales y objetos: ratas, mandriles, cerdos, caretas antigás.

Entonces el niño extendió su mano y sujetó con fuerza la de la doctora. Ella sintió la sorpresa de aquel gesto con un impacto más que físico. Exclamó el nombre del niño. Le observó de cerca, al reflejo de las grandes imágenes multicolor. En los ojos infantiles persistía aquella mirada inteligente, absorta en la peripecia óptica, y la doctora sintió una alegría esperanzada.

La princesa ha sido capturada, aunque ha conseguido lanzar un mensaje que sus perseguidores no advirtieron. Mientras tanto, sus robots llegan a un desierto reverberante, cuya larga soledad sólo presiden los restos de gigantescos esqueletos. El cielo está inundado de un extraño color, en un crepúsculo de varios soles simultáneos.

Sin darse cuenta, la atención de la doctora se distrajo en aquella extraña aventura y no percibió que el niño había soltado su mano, y atravesaba la oscuridad multicolor, ascendía por la rampa de la nave, conseguía introducirse en ella como disimulado polizón.

La nave recorría rápidamente el espacio oscuro, lleno de estrellas, que la rodeaba como un cobijo. Los héroes vigilaban el fondo del cielo para prevenir la aparición del enemigo.

Al fin, la doctora se dio cuenta de que el niño había soltado su mano y volvió la cabeza a la butaca inmediata. Pero el niño ya no estaba y, del mismo modo que había sucedido en aquella lejana desaparición primera, la búsqueda fue completamente infructuosa.

A Modo De Sonata

De Alfredo Conde

1. Adagio sostenuto. Presto

Abrió el libro, de autoría que de momento es mejor que no venga a cuento, dejó resbalar las hojas, consintiendo en que se formase ese vientecito suave y lleno de frescor, que tan sólo el papel húmedo es capaz de encerrar dentro de sí, e inmediatamente sospechó que no se iba, precisamente, a poder alabar de haber dejado libre aquel olor, no por esperado menos inoportuno; no por sabido menos sorprendente.

A pesar de la llovizna el atardecer era ameno, incluso tibio, y con una diafanidad impropia de los días que vienen preñados de agua y de los atardeceres grises y llenos de presagios. Y él como si nada. Se recostó en el sofá, de espaldas a la ventana por la que estaba entrando la tamizada luz diáfana, tan impropia, dejó el libro en el regazo y admitió la soñera que, dulce y muy tibiamente, es cierto, estaba anegándolo, prendiéndolo en el fondo gris de agua gris cautivada.

Le volvió en sí el olor del libro, que lo estaba llamando desde la otra ribera del sueño. ¿Qué estaría soñando que regresó no sin desazón? Además sentía hambre. Frecuentemente le sucedía que si estaba traspuesto, apenas comenzaba la lectura de un libro, a poco que fuese gris el día, tan sólo con que el verde de los campos, brillantes por el agua de la lluvia, había aparecido desvanecido por la niebla densa y lejos de cualquier otra certeza. Sentía hambre. Algo le bullía dentro exigiéndole la ingestión inmediata de algo sólido y, a ser posible, dotado de un sabor áspero y fuerte, que le ablandara el que tenía duramente asentado en la glotis. Una pena quita otra, un clavo quita otro clavo. Sentía hambre, también frío. El calor viene a uno, después de la ingestión de alimentos, en el momento de la digestión, cuando el oxígeno se quema y su ardiente fuego se extiende por todo el cuerpo como una bendición, una endotermia a veces alienante, a veces liberadora. Tan sólo eso somos, tanto y tan poco. Y él lo sabía.

Apartó el libro de sí y se levantó dirigiéndose hacia el frigorífico. Revolvió en sus entrañas y deseó la posibilidad de distraer de ellas los alimentos que necesitaba calientes, templados como mucho, pero que allí se encontraban fríos. Concluyó por echar mano al jamón para desprenderle unas lonchas, exentas de tocino, magras ellas, rojas o púrpuras según les diese la luz. Después lo volvió a dejar colgado de un clavo, profundamente espetado en la pared de la despensa, y regresó al sofá en el que dormitaban sus anhelos.

Sosteniendo las lonchas con una mano, afrontó el riesgo de pasar las hojas del libro con la otra, mientras lo colocaba al lado de las rodillas y sentía creciente la preocupación ante la posibilidad de dejar notable, excesiva huella de sus dedos, suciamente engrasados, en unas hojas que, aunque húmedas, estaban immaculadas, vírgenes de mirada humana alguna, libres de lo que no fuera el aliento primero y único del que habían cobrado vida, llenándolas de ella. Comenzó a leer y mantuvo entera toda su atención al tiempo que las lonchas de jamón iban siendo masticadas cautelosamente para que, una vez consumidas éstas, el sueño ruin volviera a prender en sus párpados perezosos, demasiado suaves como para ser enteramente humanos.

Y fue entonces cuando un papel se desprendió del libro recién abierto y dejó, nueva y definitivamente, libre el olor que lo hizo regresar a antes del sueño aperitivo y contumaz que lo había anegado. Recorrió las sensaciones ya aprendidas y supo, otra vez, de la oportunidad y también de la sorpresa, del ácido olor que lo había enervado tanto.

Recogió el papel del suelo en donde había caído: se trataba de una «cuartilla», mustia ya por el tiempo y tan descolorida que tanto se podía sospechar sepia como amarilla y que, doblada en dos mitades, en su parte inferior y en sentido longitudinal, mostraba una corta,

breve inscripción hecha, en una letra que le resultaba desconocida y turbia, revuelta y poco uniforme, con seguridad muchos años atrás por mano que no llegaría nunca a sospechar a quién podría pertenecer.

Y dejó, no sin temor, que sus ojos recorrieran aquellas líneas que habrían de incrementárselo dentro de muy poco: «Rodolfito Creucer —leyó—, conocido también por Rabirio el del Pico de Oro, era gente muy bien vista por los alrededores de la Limia, de la Alta y de la Baja, e incluso en la inundada ciudad de Antioquía, la de las campanadas dulces como azotes de rama de abedul o de la tibia brisa del otoño, que lo mismo da. Rodolfito Creucer, conocido también por Rabirio el del Pico de Oro, tenía una pena: nunca había sido capaz de subir a todos los árboles que amaba; por lo demás era un escéptico de los de carné.»

En ese momento Rodolfito Creucer respingó en el sofá, sintió bullir el jamón en la andorga, como si fuera un cerdo entero, y se supo anegado no sólo por la íntima certeza de saber que eran muchos los árboles a los que jamás subiría, sino también por el olor entero que, del libro, había salido libre ya para siempre.

2. Andante con variazioni

Esto del olor tiene que ser, a no dudarlo, cosa notable y digna de toda loa; también de toda consideración y encomio y no menos merecedor de una observación, atenta, detenida y muy minuciosa, que, desde un comienzo, es provisoriamente inútil. ¡Oh, el olor del hombre, ese milagro químico que sueña! Ahí está la estela de su paso: una llamarada, a veces densa, en ocasiones efímera, siempre fugitiva, señalando todo lo que fue capaz de conturbarlo, todo o lo que lo conmovió hasta el sollozo: una empanada de vieiras, unas lonchas de jamón, el sollozo mismo: química reacción que precipita en agua resbalando en lágrimas por mejillas hasta entonces exentas de salitre que tan sólo la angustia produce. ¡Ah, caray, que en este caso se trata de una reacción inodora!

Pero no es siempre así. Sabido es que el frío aplasta los sabores; los desposee de la volatilidad que los hace emanar de los profundos lugares en los que moran para dejarlos macilentos, en espera de la tibieza que los devuelva a su ser y de este modo puedan volver a habitar el espacio que nos ha de conturbar a nosotros, que por lo visto andamos flotando en ámbitos que se suponen por encima del de ellos. Otra mentira. La angustia es fría.

El sudor que produce contiene irremediablemente los poros de la piel, con un frío cortante y seco que impide todo olor. La frialdad no huele, tampoco huele la angustia; ni tampoco huelen los sentimientos fríos, aquellos que nos hacen pequeños y nos obligan a ir de las arrugas a la vejez, de la ruindad a la mezquindad, y también a arrastrar detrás de nosotros el sumidero innombrable, el olor que podría dejar constancia de nosotros mismos, de la presencia nuestra.

Pero no siempre es así. Sabido es que existen los sentimientos calientes, los que huelen: la mirada suave, posada en una nube, del muchacho que ama a alguien y aún no tiene nombre, apenas rostro. La piel tibia, enrojecida por la endotermia que viene de unos pulmones ávidos de un aire que siempre es poco, insuficiente, porque todo el oxígeno del mundo no es suficiente para mantener aquella ansia de vida que arde sin consumirse en el pecho de la muchacha que hasta hace muy poco no tenía nombre, apenas rostro, apenas nada. Esas tensiones, ésas, huelen. Caminas por las asoportadas calles del invierno y adivinas la tensión existente a la vuelta de una esquina, aún no torcida, porque hay un volatilizado olor que fluye de los cuerpos, conturbados y nuevos, que se están descubriendo debajo de un paraguas. ¡Oh, tal tensión! Todo pura química. Siempre es así.

La gragea que nos lleva del sufrimiento al goce, después, del goce al sufrimiento. Del mal al bien, del bien al mal. De la lucidez al aturdimiento, de la luz a la oscuridad, incluso de la oscuridad a la luz. Tan sólo de la mediocridad y por un camino de indefinida

trayectoria, acaso circular, lineal a veces, se va de nuevo a la mediocridad, a través de un viaje de no fácil retorno; porque la inconsciencia no es una buena acompañante. Hay cosas para las que la química no tiene remedio alguno e incluso está contraindicada. Cierto que también hay cosas para las que la química tampoco aporta, porque no la tiene, explicación alguna; lo cual es de lamentar, pues, de tal manera, quedará siempre el sueño por encima de la química y el milagro por encima de los dos, a modo de amenaza, y así no puede haber quien se entienda. Una lástima. De la pura expresión química, fácilmente expresada por medio de símbolos y fórmulas, codificada tanto en su vertiente orgánica como en la inorgánica, al sueño milagroso en el que, desde San Benito de la Barrera, canonizado con toda su barba entera, tal y como la disfrutó en vida y luce ahora en su representación icónica, hasta San Giovanni da Copertino, santo modesto y volador en donde los haya, que puede ser visto en los últimos tiempos navegando por encima de la isla de Mallorca al mismo tiempo que lleva de la mano a Jannick Vo, mujer de ojos orientales y dulces, que se está buscando en la piel de los espejos, y cuál mejor que el mar, cuando lo correcto, como es bien sabido, consiste en hacerlo bien en el fondo de ellos, allá debajo de nosotros mismos. De una a otra, se decía, de la pura expresión química al sueño milagroso, tiene tanto que ver el santoral como lo ameno del ámbito en el que se está habitando en el momento del prodigio y tres o siete cosas más no contempladas en las ciencias más exactas, a saber, las matemáticas, las químicas diversas y el marxismo-leninismo en su versión maoísta, que era el no va más hasta la aparición de los del Camino Estrellado, ese circular camino. Total, que el sueño supera a la química y el milagro acostumbra, no siempre, ésa es la verdad, a superar el sueño. ¡Ay, qué caray! Siempre puede ser así. La química lleva al sueño, el sueño está muy cerca del milagro, éste supera a aquellos y además, aún para colmo, está el olor, la realidad de los aromas, de los olores infectos, repugnantes. ¿Existirá alguno más triste que el que alienta de unos labios hermosos, estratégicamente ubicados debajo de una nariz bellísima que, por cierto, tiene que estar, no sin noticia, de unos ojos como almendras, acaso como nueces, y todo eso enmarcado en los lindes de un óvalo, de tan perfecto, cursi.

3. Fínale. Presto

Pensó que, cerrando el libro («Giovanni da Copertino. Levitaciones y otros vuelos rasantes»), el olor quedaría cortado ya para siempre. Se equivocó. Lo supo enseguida, nada más darse cuenta de que, por el contrario, había quedado libre ya para siempre, porque había ido al aire y era aire; porque había descubierto que las cosas son antes de que nosotros las descubramos y que, cuando tal aparición sucede, somos nosotros los que pasamos a existir para ellas, ya eternamente. Así el olor que brota de los libros viejos, por poner un ejemplo en el que estamos, era ya antes de nosotros saberlo y seguirá siendo cuando nosotros no lo sepamos. La química tiene estas cosas, ya se sabe. Seguía con los ojos cerrados y decidió abrirlos despacio. El libro continuaba en donde lo había dejado y cuando lo supo, tranquilo, volvió a cerrarlos para poder seguir cavilando en la química y en los sueños, incluso en los milagros. El sol ya se había ido y prefirió, antes que otra cosa, mantenerse así un tiempo, antes que arriesgarse a estropear la serenidad que habitaba aquel ámbito suyo; por eso no encendió la luz que lo estropearía todo, incluso el equilibrio que había logrado, no se sabe si por culpa de la arbórea certeza o por la química disquisición que el soporífero sueño había sustentado. ¡Ah, caray! Rodolfo Creucer sabía ya cosas que ignoraba y que el hombre es así de tonto. Su mente, racional en ocasiones tantas, pugnaba por salir del asombro en que, muy probablemente por culpa del hartazgo de jamón, razón ésta bastante prosaica, pero efectiva y contundente, se había sumido; no más que haber comido media unidad, sin que, por lo visto, estuviese dispuesta a emerger en fecha próxima; con lo que Rodolfito, también conocido por su afición al violín y también por el

mote de Rabirio el del Pico de Oro, vaya usted a saber por qué motivo, se dejaba insinuar para sí mismo, pues otro espectador no tenía, la contumaz insolencia que lo había caracterizado siempre y que le permitía desconfiar de la química, de los sueños y de los milagros, también de los olores, aunque todos ellos fueran oportunos y respondiese a su personal llamada. Lo cierto es que mientras una le iba, otra le venía. Y afuera era noche cerrada. Volvió a descolgar el jamón y lo volvió a privar de unas lonchas más que fue ablandando en la boca mientras, en el ascensor, bajaba a recoger la correspondencia del día que había permanecido en el barzón del cartero desde media mañana. Luego regresó al piso. Preparó su cena de soltero y, Rodolfito Creucer, colocó la mesa con el requisito acostumbrado en las noches ácidas y asequibles al desaliento. Cenó bien y, de postre, le dio dos viajes más al pobre jamón. Unas tajaditas de nada. Después, abundante combustión de oxígeno, copiosa endotermia acompañada de sudor y un olor que adivinó venía de lejos. La maldad huele a amoníaco, es bien sabido, el jamón huele a jamón, pero el olor no estaba en ellos. Abrió las cartas: cosas de bancos, sobre todo; la postal de un amigo que había ido a ver la danza de los derviches, esa locura, y un olor fuerte y ya aprendido: rasgó el sobre precipitadamente y no sin que un incierto temblor se apoderase de sus manos acostumbradas a la dureza de las cuerdas del violín, al trabajo de extraer lamentos allí donde la tensión del arco podría producir cantos, menos armoniosos por cierto que los de los carros del país cuando el tiempo está revuelto y preñado de agua, pero, eso sí, tan sentidos y, aunque esté mal decirlo y aun a riesgo de incurrir en una reiteración vana, a cortar el jamón en tajadas que lo que tenían de ligeras muy poco era y, con maestría propia de carnicero desesperado por la gota, esa penuria. Abrió la carta del olor adivinado y, en la misma letra de la del inopinado papel del aperitivo, leyó de corrido: «Rodolfito Creucer, conocido como Leoncio Rubio, conocido también como Rabirio el del Pico de Oro, era gente muy bien vista por los alrededores de la Limia, de la Alta y de la Baja, e incluso en la inundada ciudad de Antioquía, la de las campanadas dulces como azotes de rama de abedul o de la tibia brisa del otoño, que lo mismo da, Leoncio Rubio, por mal nombre Rabirio el del Pico de Oro y por bueno Rodolfito Creucer, tenía una pena: sabía que nunca sería capaz de subir a los árboles que amaba; pero, por lo demás, ya no era un escéptico de los de carné.» El corazón le golpeaba en el pecho, cosa mala, y dejó, entonces, que el olor entero lo embriagase. Lo encontraron no exactamente en la laguna de Antela, sino más bien en un charco pequeño que formaba parte de ella, pero que estaba perfectamente diferenciado. Alguno pensó que había resbalado y caído al agua cortándosele la digestión; pura y simple interrupción de un proceso de reacción química, una hidrocución o cosa así. Pero no se sabe con certeza qué fue lo que lo llevó a aquel charco apartado en el que, desde niño, había sospechado siempre, según dicen sus amigos, que comenzaba el camino que lleva a la ciudad de Antioquía, la de las campanadas dulces como besos, que suenan en su fondo gris de agua gris, ciudad encantada, en la que, desde hacía muy poco, desde que ya mediada la noche, cuando había dejado de ser, definitivamente escéptico, creía. También se dijo que allí había ido para ver si el sueño volaba por encima o por debajo del milagro, solo o acompañado, en vuelo rasante por encima de la superficie del agua, ese espejo, y de esta o de aquella parte de la química. Cómo tal cosa se llegó a sospechar, nunca se supo.

De Manuel Rivas

«¿Qué hay, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas.»

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviaran un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes.

«La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un muelle de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar, ¿a que sentís ya el dulce en la boca como si la yema fuese la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa.»

Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Qué maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñajo, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Dos de mis tíos, como muchos otros jóvenes, habían emigrado a América para no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América para no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores del Barranco del Lobo.

Yo iba para seis años y todos me llamaban Pardal. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos que no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, el que me puso el apodo: «Pareces un pardal».

Creo que nunca he corrido tanto como aquel verano anterior a mi ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancaran las amígdalas con la mano, la forma en que el maestro les arrancaba la jeada del habla, para que no dijese ajuá ni jato ni jracias. «Todas las mañanas teníamos que decir la frase *Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo*. ¡Muchos palos llevamos por culpa de Juadalagara!» Si de verdad me quería meter miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de pared en la sala con la angustia de un condenado. El día

llegó con una claridad de delantal de carnicero. No mentiría si les hubiese dicho a mis padres que estaba enfermo.

El miedo, como un ratón, me roía las entrañas.

Y me meé. No me meé en la cama, sino en la escuela.

Lo recuerdo muy bien. Han pasado tantos años y aún siento una humedad cálida y vergonzosa resbalando por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio agachado con la esperanza de que nadie reparase en mi presencia, hasta que pudiese salir y echar a volar por la Alameda.

«A ver, usted, ¡póngase de pie!»

El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que aquella orden iba por mí. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mí me pareció la lanza de Abd el Krim.

«¿Cuál es su nombre?»

«Pardal.»

Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me golpeasen con latas en las orejas.

«¿Pardal?»

No me acordaba de nada. Ni de mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré hacia el ventanal, buscando con angustia los árboles de la Alameda.

Y fue entonces cuando me meé.

Cuando los otros chavales se dieron cuenta, las carcajadas aumentaron y resonaban como latigazos.

Huí. Eché a correr como un locuelo con alas. Corría, corría como sólo se corre en sueños cuando viene detrás de uno el Hombre del Saco. Yo estaba convencido de que eso era lo que hacía el maestro. Venir tras de mí. Podía sentir su aliento en el cuello, y el de todos los niños, como jauría de perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música y miré hacia atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba a solas con mi miedo, empapado de sudor y meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía fijarse en mí, pero yo tenía la sensación de que todo el pueblo disimulaba, de que docenas de ojos censuradores me espiaban tras las ventanas y de que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarles la noticia a mis padres. Mis piernas decidieron por mí. Caminaron hacia el Sinaí con una determinación desconocida hasta entonces. Esta vez llegaría hasta Coruña y embarcaría de polizón en uno de esos barcos que van a Buenos Aires.

Desde la cima del Sinaí no se veía el mar, sino otro monte aún más grande, con peñascos recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de asombro y melancolía lo que logré hacer aquel día. Yo solo, en la cima, sentado en la silla

de piedra, bajo las estrellas, mientras que en el valle se movían como luciérnagas los que con candil andaban en mi busca. Mi nombre cruzaba la noche a lomos de los aullidos de los perros. No estaba impresionado. Era como si hubiese cruzado la línea del miedo. Por eso no lloré ni me resistí cuando apareció junto a mí la sombra recia de Cordeiro. Me envolvió con su chaquetón y me cogió en brazos. «Tranquilo, Pardal, ya pasó todo.»

Aquella noche dormí como un santo, bien arrimado a mi madre. Nadie me había reñido. Mi padre se había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule, las colillas amontonadas en el cenicero de concha de vieira, tal como había sucedido cuando se murió la abuela.

Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado la mano durante toda la noche. Así me llevó, cogido como quien lleva un serón, en mi regreso a la escuela. Y en esta ocasión, con el corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo.

El sapo sonreía. Me pellizcó la mejilla con cariño. «Me gusta ese nombre, Pardal.» Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano hacia su mesa y me sentó en su silla. Él permaneció de pie, cogió un libro y dijo:

«Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso.» Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. «Bien, y ahora vamos a empezar un poema. ¿A quién le toca? ¿Romualdo? Venga, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta.»

A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de heridas.

Una tarde parda y fría...

«Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?»

«Una poesía, señor.»

«¿Y cómo se titula?»

«*Recuerdo infantil*. Su autor es don Antonio Machado.»

«Muy bien, Romualdo, adelante. Con calma y en voz alta. Fíjate en la puntuación.»

El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas como niño que era de Altamira, carraspeó como un viejo fumador de picadura y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano de Montevideo.

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.
Es la clase. En un cartel*

*se representa a Caín
fugitivo y muerto Abel,
junto a una mancha carmín...*

«Muy bien. ¿Qué significa *monotonía de lluvia*, Romualdo?», preguntó el maestro.

«Que llueve sobre mojado, don Gregorio.»

«¿Rezaste?», me preguntó mamá, mientras planchaba la ropa que papá había cosido durante el día. En la cocina, la olla de la cena despedía un aroma amargo de nabiza.

«Pues sí», dije yo no muy seguro. «Una cosa que hablaba de Caín y Abel.»

«Eso está bien», dijo mamá, «no sé por qué dicen que el nuevo maestro es un ateo.»

«¿Qué es un ateo?»

«Alguien que dice que Dios no existe.» Mamá hizo un gesto de desagrado y pasó la plancha con energía por las arrugas de un pantalón.

«¿Papá es un ateo?»

Mamá apoyó la plancha y me miró fijamente.

«¿Cómo va a ser papá un ateo? ¿Cómo se te ocurre preguntar esa bobada?»

Yo había oído muchas veces a mi padre blasfemar contra Dios. Lo hacían todos los hombres. Cuando algo iba mal, escupían en el suelo y decían esa cosa tremenda contra Dios. Decían las dos cosas: me cago en Dios, me cago en el demonio. Me parecía que sólo las mujeres creían realmente en Dios.

«¿Y el demonio? ¿Existe el demonio?»

«¡Por supuesto!»

El hervor hacía bailar la tapa de la cacerola. De aquella boca mutante salían vaharadas de vapor y gargajos de espuma y verdura. Una mariposa nocturna revoloteaba por el techo alrededor de la bombilla que colgaba del cable trenzado. Mamá estaba enfurruñada como cada vez que tenía que planchar. La cara se le tensaba cuando marcaba la raya de las perneras. Pero ahora hablaba en un tono suave y algo triste, como si se refiriese a un desvalido.

«El demonio era un ángel, pero se hizo malo.»

La mariposa chocó con la bombilla, que se bamboleó ligeramente y desordenó las sombras.

«Hoy el maestro ha dicho que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el muelle de un reloj. Nos la va a enseñar con un

aparato que le tienen que enviar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de que las mariposas tengan lengua?»

«Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te ha gustado la escuela?»

«Mucho. Y no pega. El maestro no pega.»

No, el maestro don Gregorio no pegaba. Al contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos se peleaban durante el recreo, él los llamaba, «parecéis carneros», y hacía que se estrecharan la mano. Después los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como conocí a mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro chaval, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, al que le hubiera zurrado con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandase darle la mano y que me cambiase del lado de Dombodán. La forma que don Gregorio tenía de mostrarse muy enfadado era el silencio.

«Si vosotros no os calláis, tendré que callarme yo.»

Y se dirigía hacia el ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, descorazonador, como si nos hubiese dejado abandonados en un extraño país. Pronto me di cuenta de que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. La hierba, la lana, la oveja, mi frío. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminase la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relinchar de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomos de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchábamos con palos y piedras en Ponte Sampaio* contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Fabricábamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Incio. Escribíamos cancioneros de amor en la Provenza y en el mar de Vigo. Construíamos el Pórtico de la Gloria. Plantábamos las patatas que habían venido de América. Y a América emigramos cuando llegó la peste de la patata.

«Las patatas vinieron de América», le dije a mi madre a la hora de comer, cuando me puso el plato delante.

«¡Qué iban a venir de América! Siempre ha habido patatas», sentenció ella.

«No, antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz.» Era la primera vez que tenía clara la sensación de que gracias al maestro yo sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, mis padres, desconocían.

Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche y azúcar y cultivaban setas. Había un pájaro en Australia que pintaba su nido de colores con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba el tilonorrinco. El macho colocaba una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra.

Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y festivos que pasaba por mi casa e íbamos juntos de excursión. Recorriamos las orillas del río, las gándaras, el bosque y subíamos al monte Sinaí. Cada uno de esos viajes era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Un caballito del diablo. Un ciervo volante. Y cada vez una mariposa distinta, aunque yo sólo recuerdo el nombre de una a la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o el estiércol.

Al regreso, cantábamos por los caminos como dos viejos compañeros. Los lunes, en la escuela, el maestro decía: «Y ahora vamos a hablar de los bichos de Pardal».

Para mis padres, estas atenciones del maestro eran un honor. Aquellos días de excursión, mi madre preparaba la merienda para los dos: «No hace falta, señora, yo ya voy comido», insistía don Gregorio. Pero a la vuelta decía: «Gracias, señora, exquisita la merienda».

«Estoy segura de que pasa necesidades», decía mi madre por la noche.

«Los maestros no ganan lo que tendrían que ganar», sentenciaba, con sentida solemnidad, mi padre. «Ellos son las luces de la República.»

«¡La República, la República! ¡Ya veremos adónde va a parar la República!»

Mi padre era republicano. Mi madre, no. Quiero decir que mi madre era de misa diaria y los republicanos aparecían como enemigos de la Iglesia. Procuraban no discutir cuando yo estaba delante, pero a veces los sorprendía.

«¿Qué tienes tú contra Azaña? Eso es cosa del cura, que os anda calentando la cabeza.»

«Yo voy a misa a rezar», decía mi madre.

«Tú sí, pero el cura no.»

Un día que don Gregorio vino a recogerme para ir a buscar mariposas, mi padre le dijo que, si no tenía inconveniente, le gustaría tomarle las medidas para un traje.

«¿Un traje?»

«Don Gregorio, no lo tome a mal. Quisiera tener una atención con usted. Y yo lo que sé hacer son trajes.»

El maestro miró alrededor con desconcierto.

«Es mi oficio», dijo mi padre con una sonrisa.

«Respeto mucho los oficios», dijo por fin el maestro.

Don Gregorio llevó puesto aquel traje durante un año, y lo llevaba también aquel día de julio de 1936, cuando se cruzó conmigo en la Alameda, camino del ayuntamiento.

«¿Qué hay, Pardal? A ver si este año por fin podemos verle la lengua a las mariposas.»

Algo extraño estaba sucediendo. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban hacia delante, se daban la vuelta. Los que miraban para la derecha, giraban hacia la izquierda. Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca había visto a Cordeiro sentado en un banco. Miró hacia arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros, era que se avecinaba una tormenta.

Oí el estruendo de una moto solitaria. Era un guardia con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró para los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: «¡Arriba España!». Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de explosiones.

Las madres empezaron a llamar a sus hijos. En casa, parecía que la abuela se hubiese muerto otra vez. Mi padre amontonaba colillas en el cenicero y mi madre lloraba y hacía cosas sin sentido, como abrir el grifo de agua y lavar los platos limpios y guardar los sucios.

Llamaron a la puerta y mis padres miraron el pomo con desazón. Era Amelia, la vecina, que trabajaba en casa de Suárez, el indiano.

«¿Sabéis lo que está pasando? En Coruña, los militares han declarado el estado de guerra. Están disparando contra el Gobierno Civil.»

«¡Santo Cielo!», se persignó mi madre.

«Y aquí», continuó Amelia en voz baja, como si las paredes oyesen, «dicen que el alcalde llamó al capitán de carabineros, pero que éste mandó decir que estaba enfermo».

Al día siguiente no me dejaron salir a la calle. Yo miraba por la ventana y todos los que pasaban me parecían sombras encogidas, como si de repente hubiese llegado el invierno y el viento arrastrase a los gorriones de la Alameda como hojas secas.

Llegaron tropas de la capital y ocuparon el ayuntamiento. Mamá salió para ir a misa, y volvió pálida y entristecida, como si hubiese envejecido en media hora.

«Están pasando cosas terribles, Ramón», oí que le decía, entre sollozos, a mi padre. También él había envejecido. Peor aún. Parecía que hubiese perdido toda voluntad. Se había desfondado en un sillón y no se movía. No hablaba. No quería comer.

«Hay que quemar las cosas que te comprometan, Ramón. Los periódicos, los libros. Todo.»

Fue mi madre la que tomó la iniciativa durante aquellos días. Una mañana hizo que mi padre se arreglara bien y lo llevó con ella a misa. Cuando regresaron, me dijo: «Venga, Moncho, vas a venir con nosotros a la Alameda». Me trajo la ropa de fiesta y mientras me ayudaba a anudar la corbata, me dijo con voz muy grave: «Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy importante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro».

«Sí que se lo regaló.»

«No, Moncho. No se lo regaló. ¿Has entendido bien? ¡No se lo regaló!»

«No, mamá, no se lo regaló.»

Había mucha gente en la Alameda, toda con ropa de domingo. También habían bajado algunos grupos de las aldeas, mujeres enlutadas, paisanos viejos con chaleco y sombrero, niños con aire asustado, precedidos por algunos hombres con camisa azul y pistola al cinto. Dos filas de soldados abrían un pasillo desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque entoldado, como los que se usaban para transportar el ganado en la feria grande. Pero en la Alameda no había el bullicio de las ferias, sino un silencio grave, de Semana Santa. La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento.

Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío con la mirada. Luego abrió del todo e hizo un gesto con el brazo. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardias, salieron los detenidos. Iban atados de pies y manos, en silente cordada. De algunos no sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, los de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, Charli, el vocalista de la Orquesta Sol y Vida, el cantero al que llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al final de la cordada, chepudo y feo como un sapo, el maestro.

Se escucharon algunas órdenes y gritos aislados que resonaron en la Alameda como petardos. Poco a poco, de la multitud fue saliendo un murmullo que acabó imitando aquellos insultos.

«¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!»

«Grita tú también, Ramón, por lo que más quieras, ¡grita!» Mi madre llevaba a papá cogido del brazo, como si lo sujetase con todas sus fuerzas para que no desfalleciera. «¡Que vean que gritas, Ramón, que vean que gritas!»

Y entonces oí cómo mi padre decía: «¡Traidores!» con un hilo de voz. Y luego, cada vez más fuerte, «¡Criminales! ¡Rojos!». Soltó del brazo a mi madre y se acercó más a la fila de los soldados, con la mirada enfurecida hacia el maestro. «¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Comeniños!»

Ahora mamá trataba de retenerlo y le tiró de la chaqueta discretamente. Pero él estaba fuera de sí. «¡Cabrón! ¡Hijo de mala madre!» Nunca le había oído llamar eso a nadie, ni siquiera al árbitro en el campo de fútbol. «Su madre no tiene la culpa, ¿eh, Moncho?, recuerda eso.» Pero ahora se volvía hacia mí enloquecido y me empujaba con la mirada, los ojos llenos de lágrimas y sangre. «¡Grítale tú también, Monchiño, grítale tú también!»

Cuando los camiones arrancaron, cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrieron detrás, tirando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la Alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: «¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris!».

[El Árbol De Oro](#)

[De Ana M^a Matute](#)

Asistí durante un otoño a la escuela de la señorita Leocadia, en la aldea, porque mi salud no andaba bien y el abuelo retrasó mi vuelta a la ciudad. Como era el tiempo frío y estaban los suelos embarrados y no se veía rastro de muchachos, me aburría dentro de la casa, y pedí al abuelo asistir a la escuela. El abuelo consintió, y acudí a aquella casita alargada y blanca de cal, con el tejado pajizo y requemado por el sol y las nieves, a las afueras del pueblo.

La señorita Leocadia era alta y gruesa, tenía el carácter más bien áspero y grandes juanetes en los pies, que la obligaban a andar como quien arrastra cadenas. Las clases en la escuela, con la lluvia rebotando en el tejado y en los cristales, con las moscas pegajosas de la tormenta persiguiéndose alrededor de la bombilla, tenían su atractivo. Recuerdo especialmente a un muchacho de unos diez años, hijo de un aparcerero muy pobre, llamado Ivo. Era un muchacho delgado, de ojos azules, que bizqueaba ligeramente al hablar. Todos los muchachos y muchachas de la escuela admiraban y envidiaban un poco a Ivo, por el don que poseía de atraer la atención sobre sí, en todo momento. No es que fuera ni inteligente ni gracioso, y, sin embargo, había algo en él, en su voz quizás, en las cosas que contaba, que conseguía cautivar a quien le escuchase. También la señorita Leocadia se dejaba prender de aquella red de plata que Ivo tendía a cuantos atendían sus enrevesadas conversaciones, y —yo creo que muchas veces contra su voluntad— la señorita Leocadia le confiaba a Ivo tareas deseadas por todos, o distinciones que merecían alumnos más estudiosos y aplicados.

Quizá lo que más se envidiaba de Ivo era la posesión de la codiciada llave de *la torrecita*. Ésta era, en efecto, una pequeña torre situada en un ángulo de la escuela, en cuyo interior se guardaban los libros de lectura. Allí entraba Ivo a buscarlos, y allí volvía a dejarlos, al terminar la clase. La señorita Leocadia se lo encomendó a él, nadie sabía en realidad por qué.

Ivo estaba muy orgulloso de esta distinción, y por nada del mundo la hubiera cedido. Un día, Mateo Heredia, el más aplicado y estudioso de la escuela, pidió encargarse de la tarea —a todos nos fascinaba el misterioso interior de la torrecita, donde no entramos nunca—, y la señorita Leocadia pareció acceder. Pero Ivo se levantó, y acercándose a la maestra empezó a hablarle en su voz baja, bizqueando los ojos y moviendo mucho las manos, como tenía por costumbre. La maestra dudó un poco, y al fin dijo:

—Quede todo como estaba. Que siga encargándose Ivo de la torrecita.

A la salida de la escuela le pregunté:

—¿Qué le has dicho a la maestra?

Ivo me miró de través y vi relampaguear sus ojos azules.

—Le hablé del árbol de oro.

Sentí una gran curiosidad.

—¿Qué árbol?

Hacia frío y el camino estaba húmedo, con grandes charcos que brillaban al sol pálido de la tarde. Ivo empezó a chapotear en ellos, sonriendo con misterio.

—Si no se lo cuentas a nadie...

—Te lo juro, que a nadie se lo diré.

Entonces Ivo me explicó:

—Veo un árbol de oro. Un árbol completamente de oro: ramas, tronco, hojas... ¿sabes? Las hojas no se caen nunca. En verano, en invierno, siempre. Resplandece mucho; tanto, que tengo que cerrar los ojos para que no me duelan.

—¡Qué embustero eres! —dije, aunque con algo de zozobra. Ivo me miró con desprecio.

—No te lo creas —contestó—. Me es completamente igual que te lo creas o no... ¡Nadie entrará nunca en la torrecita, y a nadie dejaré ver mi árbol de oro! ¡Es mío! La señorita Leocadia lo sabe, y no se atreve a darle la llave a Mateo Heredia, ni a nadie... ¡Mientras yo viva, nadie podrá entrar allí y ver mi árbol!

Lo dijo de tal forma que no pude evitar el preguntarle:

—¿Y cómo lo ves...?

—¡Ah, no es fácil —dijo, con aire misterioso—. Cualquiera no podría verlo. Yo sé la rendija exacta.

—¿Rendija?...

—Sí, una rendija de la pared. Una que hay corriendo el cajón de la derecha: me agacho y me paso horas y horas... ¡Cómo brilla el árbol! ¡Cómo brilla! Fíjate que si algún pájaro se le pone encima también se vuelve de oro. Eso me digo yo: si me subiera a una rama, ¿me volvería acaso de oro también?

No supe qué decirle, pero, desde aquel momento, mi deseo de ver el árbol creció de tal forma que me desasosegaba. Todos los días, al acabar la clase de lectura, Ivo se acercaba al cajón de la maestra, sacaba la llave y se dirigía a la torrecita. Cuando volvía, le preguntaba:

—¿Lo has visto?

—Sí —me contestaba. Y, a veces, explicaba alguna novedad:

—Le han salido unas flores raras. Mira: así de grandes, como mi mano lo menos, y con los pétalos alargados. Me parece que esa flor es parecida al *arxadú*.

—¡La flor del frío! —decía yo, con asombro—. ¡Pero el *arxadú* es encarnado!

—Muy bien —asentía él, con gesto de paciencia—. Pero en mi árbol es oro puro.

—Además, el *arzádu* crece al borde de los caminos... y no es un árbol.

No se podía discutir con él. Siempre tenía razón, o por lo menos lo parecía.

Ocurrió entonces algo que secretamente yo deseaba; me avergonzaba sentirlo, pero así era: Ivo enfermó, y la señorita Leocadia encargó a otro la llave de la torrecita. Primeramente, la disfrutó Mateo Heredia. Yo espí su regreso, el primer día, y le dije:

—¿Has visto un árbol de oro?

—¿Qué andas graznando? —me contestó de malos modos, porque no era simpático, y menos conmigo. Quise dárselo a entender, pero no me hizo caso.

Unos días después, me dijo:

—Si me das algo a cambio, te dejo un ratito la llave y vas durante el recreo. Nadie te verá...

Vací mi hucha, y, por fin, conseguí la codiciada llave. Mis manos temblaban de emoción cuando entré en el cuartito de la torre. Allí estaba el cajón. Lo aparté y vi brillar la rendija en la oscuridad. Me agaché y miré.

Cuando la luz dejó de cegarme, mi ojo derecho sólo descubrió una cosa: la seca tierra de la llanura alargándose hacia el cielo.

Nada más. Lo mismo que se veía desde las ventanas altas. La tierra desnuda y yerma, y nada más que la tierra. Tuve una gran decepción y la seguridad de que me habían estafado. No sabía cómo ni de qué manera, pero me habían estafado.

Olvidé la llave y el árbol de oro. Antes de que llegaran las nieves regresé a la ciudad.

Dos veranos más tarde volví a las montañas. Un día, pasando por el cementerio —era ya tarde y se anunciaba la noche en el cielo: el sol, como una bola roja, caía a lo lejos, hacia la carrera terrible y sosegada de la llanura— vi algo extraño. De la tierra grasienta y pedregosa, entre las cruces caídas, nació un árbol grande y hermoso, con las hojas anchas de oro: encendido y brillante todo él, cegador. Algo me vino a la memoria, como un sueño, y pensé: “Es un árbol de oro”. Busqué al pie del árbol, y no tardé en dar con una crucecilla de hierro negro, mohosa por la lluvia. Mientras la enderezaba, leí:

IVO MÁRQUEZ, DE DIEZ AÑOS DE EDAD.

Y no daba tristeza alguna, sino, tal vez, una extraña y muy grande alegría.

El Bonito Crimen Del Carabinero

De Camilo José Cela

Cuando Serafín Ortiz ingresó en el seminario de Tuy, tenía diecisiete años y era más bien alto, un poco pálido, moreno de pelo y escurrido de carnes.

Su padre se llamaba Serafín también, y en el pueblo no tenía fama de ser demasiado buena persona; había estado guerreando en Cuba, en tiempos del general Weyler, y cuando regresó a la Península venía tan amarillo y tan ruin dentro de su traje de rayadillo, que daba verdadera pena verlo. Como en Cuba había alcanzado el grado de sargento y como a su llegada a España tuvo la suerte de caerle en gracia, ¡Dios sabrá por qué!, a don Baldomero Seoane, entonces Director General de Aduanas, el hombre no anduvo demasiado tiempo tirado, porque un buen día don Baldomero, que era hombre de influencias en la provincia y aun en Madrid, le arregló las cosas de forma que pudo ingresar en el Cuerpo de Carabineros.

En Tuy prestaba servicio en el Puente Internacional y tal odio llegó a cogerle a los perros, que invariablemente le ladraban, y a los portugueses, con quienes tenía a diario que tratar, que a buen seguro que solo con el cuento de sus dos odios tendríamos tema sobrado para un libro y gordo. Dejemos esto, sin embargo, y pasemos a contar las cuatro cosas que necesitamos.

Cuando Serafín, padre, llegó a Tuy, algo más repuesto ya, con el bigote engomado y vestido de verde, jamás nadie se hubiera acordado del repatriado palúdico y enclenque de seis meses atrás. Tenía buena facha, algo chulapa, no demasiados años, y unos andares de picador a los que las personas de alcurnia con quienes hablé me aseguraron no encontrarles nada de marcial, ni siquiera de bonitos, pero que entre las criadas hacían verdaderos estragos.

Aguantó dos primaveras soltero, pero a la tercera (como ya dice el refrán, a la tercera va la vencida) casó con la criada de doña Basilisa, que se llamaba Eduvigis; doña Basilisa, que en su ya largo celibato gozaba en casar a los que la rodeaban, acogió la boda con simpatía, los apadrinó, con don Mariano Acebo, subteniente de carabineros y comandante de uno de los puestos; les regaló la colcha y les ofreció, solemnemente, dejar un legado para que estudiase la carrera de cura uno de sus hijos, cuando los tuviese. Así era doña Basilisa.

Al año corto de casados vino al mundo el primer hijo, Serafín, que no es este del que vamos a hablar, sino otro que duró, cuatro meses escasos, y al otro año nació el verdadero Serafín, que, aunque por la pinta que trajo parecía que no habría de durar mucho más que el otro. Fue poco a poco creciendo y prosperando hasta llegar a convertirse en un mocito. Tuvieron después otro hijo, Pío, y dos hijas gemelas, Isaura y Rosa, y después se mancó el matrimonio porque Eduvigis murió de unas fiebres de Malta.

Como Serafín, hijo, entró de dependiente en “El Paraíso”, el comercio de don Eloy el “Satanás”, donde tenía fijo un buen porvenir, el padre pensó que lo mejor habría de ser aplicar el legado de doña Basilisa, cuando llegase, a su segundo hijo, que aún no se sabía qué habría de ser de él y a quien parecía notársele cierta afición a las cosas de iglesia.

Pío parecía satisfecho con su suerte y ya desde pequeño se fue haciendo a la idea de la sotana y la teja para cuando fuese mayor; Serafín, en cambio, parecía cada hora más feliz en su mostrador despachando cobertores, enaguas y toquillas a las señoras, o tachuelas, piedras de afilar y puntas de París a los paisanos que bajaban de las aldeas, y jamás pudo sospechar lo que el destino le tenía guardado para cuando el tiempo pasase.

Había conseguido ya Serafín ganarse la confianza del amo y un aumento de quince reales en el sueldo, cuando doña Basilisa, que era ya muy vieja, se quedó un buen día en la cama con un resfriado que acabó por enterrarla. Se le dio sepultura, se rezaron las misas, se abrió el testamento, pasó a poder de los curas el legado para la carrera de Pío, y este entró en el Seminario.

Serafín, padre, estaba encantado con la muerte de doña Basilisa, porque pensaba, y no sin razón, que había llegado como agua de mayo a arreglar el porvenir de sus hijos, lo único que le preocupaba, según él, aunque los demás no se lo creyeran demasiado.

Don Serafín en la tienda, Pío estudiando para cura, y las hijas, a pesar de su corta edad, de criadas de servir, las dos en casa de don Espíritu Santo Casáis, el cónsul portugués, Serafín, padre, quedaba en el mejor de los mundos y podía dedicar su tiempo, ya con entera libertad, al vino del Ribero, que no le desagradaba nada, por cierto, y a Manolita, que le desagradaba aún menos todavía y con quien acabó viviendo.

Pero ocurre que cuando el hombre más feliz se cree, se tuercen las cosas a lo mejor con, tanta rapidez que, cuando uno se llama a aviso para enderezarlas, o es ya tarde del todo, como en este caso, o falta ya tan poco que viene a ser lo mismo. Lo digo porque con la muerte del seminarista empezó la cosa a ir de mal en peor, para acabar como el verdadero rosario de la aurora; sin embargo, como de cada vida nacen media docena de vidas diferentes y de cada desgracia lo mismo pueden salir seis nuevas desgracias como seis bienaventuranzas de los ángeles, y como de cierto ya es sabido que no hay mal que cien años dure, si bien podemos dar como seguro que el carabinero esté tostándose a estas fechas en poder de Belcebú, como justo pago a sus muchos pecados cometidos, nadie podrá asegurar por la gloria de sus muertos que las dos hijas y el hijo que le quedaron no hayan tenido un momento de claridad a última hora que les haya evitado ir a hacer compañía al padre en la caldera.

El pobre Pío agarró una sarna en el Seminario que más que estudiante de cura llegó a parecer gato sin dueño, de pelado y carcomido como le iba dejando; el médico le recetó que se diese un buen baño, y efectivamente se acercó hasta el Miño para ver de purificarse aunque, sabe Dios si por falta de costumbre o por qué, lo cierto es que tan puro y tan espiritual llegó a quedar que no se le volvió a ver de vivo; el cadáver lo fue a encontrar la Guardia Civil al cabo de mucho tiempo flotando, como una oveja muerta, cerca ya de La Guardia.

Cuando Serafín se enteró de la muerte del hijo, montó en cólera y salió como una flecha a casa de las hermanas de doña Basilisa, de doña Digna y doña Perfecta.

Cuando llegó habían salido a la novena, y en la casa no había nadie más que la criada, una portuguesa medio mulata que se llamaba Dolorosa y que lo recibió hecha un basilisco y no le dejó pasar de la escalera; Serafín se sentó en el primer peldaño esperando a que llegasen

las señoritas, pero poco antes de que esto sucediera, tuvo que salir hasta el portal porque Dolorosa le echó una palangana de agua, según dijo a gritos y después de echársela, porque le estaba llenando la casa de humo.

En el portal poco tiempo tuvo que aguardar, porque doña Digna y doña Perfecta llegaron en seguida; el les salió al paso y nunca enhorabuena lo hubiera hecho, porque las viejas, que en su pudibundez en conserva estaban más recelosas que conejo fuera de veda, en cuanto que olieron el olor a tabaco, empezaron a persignarse y en cuanto que adivinaron un hombre saliéndoles al encuentro, echaron a correr pegando tales gritos que mismamente parecieron que las estaban despedazando.

En vano fue que el carabinero tratase de apaciguarlas. porque cada vez que se le ocurría alguna palabra redoblaban ellas los aullidos.

-¡Pero doña Digna, por los clavos del Señor, que soy yo, que soy Serafín! ¡Pero doña Perfecta!

Lo cierto fue que como las viejas, cada vez más espantadas, habían llegado ya. a la Corredera y parecían no dar mayores señales de cordura, Serafín prefirió dejarlas que siguieran escandalizando y marchar a su casa a decidir él solo qué se debiera hacer.

Doña Digna y doña Perfecta aseguraban a las visitas que era el mismísimo diablo quien las estaba esperando en el portal (que rociaron a la mañana siguiente con agua bendita), mientras Serafín, por otra parte, decía a quien quisiera oírle que las dos viejas estaban embrujadas.

Serafín, en su casa, pensó que todo sería mejor antes que renunciar al legado de doña Basilisa, y a tal efecto mandó llamar a su ya único hijo para enterarle de lo que había decidido: que fuese el sucesor del hermano. En un principio, Serafín, hijo, se mostró algo reacio a la idea, que no le ilusionaba demasiado, y recurrió a darle a su padre las soluciones más peregrinas, desde que fuese él quien entrase en el Seminario hasta llegar a un arreglo con los curas para repartirse el legado. El padre, aunque la primera solución la rechazó de plano, pensó durante algunos días en la segunda, que si no llegó a ponerse en práctica fue probablemente por no estar ya por entonces en Tuy don Joaquín, quien se hubiera encargado de arreglar la cosa.

El hijo resistió todavía unos días más; pero, como era débil de carácter y como veía que si no cedía no iba a sacar en limpio más que puñetazos del padre, un buen día, cuando este veía ya el legado convertido en misas, dijo que sí, que bueno, que sería él quien se sacrificaría si hacía falta, y entró. Tenía por entonces, como ya dijimos, diecisiete años.

Se vistió con la ropa del hermano, que le estaba algo escasa, y por encargo expreso de su padre, fue a hacer una visita a doña Perfecta y doña Digna, quienes se mostraron muy afables y quienes le soltaron un sermoncete hablándole de las verdaderas vocaciones y de lo muy necesarias que eran, sobre todo para luchar contra el Enemigo Malo, que acechaba todas las ocasiones para perdernos y que, sin ir más lejos, el otro día las estaba a ellas esperando en el portal.

El mocete se reía por dentro (y trabajo le costó no hacerlo por fuera también), porque ya había oído relatar al padre la aventura, pero disimuló, que era lo prudente, aguantó un ratito

a las dos hermanas, les besó la mano después y se marchó radiante de gozo con la peseta que le metieron en el bolsillo para premiar su hermoso gesto, según le dijeron. Cuando Dolorosa le abrió la puerta aparecía compungida, quién sabe si por la ducha que le propinara pocos días atrás al padre de tan ejemplar joven.

Los primeros tiempos de Seminario no fueron los más duros y momento llegó a haber incluso en que se creyó con vocación. Lo malo vino más tarde, cuando empezó a encontrar vacías las largas horas de su día y a echar de menos sus chácharas tramposas con las compradoras y hasta los gritos de «el Satanás». Empezó a estar triste, a perder la color, a desmejorar, a encontrar faltos de interés el Latín y la Teología.

Miraba correr las horas, desmadejado, arrastrando los pies por los pasillos o dormitando en las aulas o en la capilla, y a partir de entonces cualquier cosa hubiera dado a cambio de su libertad, de esa libertad que tres años más tarde había de recuperar.

El padre se seguía dando cada vez más al vino y tenía ya una de esas borracheras crónicas que le llenan a uno el cuello de granos, la nariz de colorado y la imaginación de pensamientos siniestros. Fue también a visitar a las hermanas de doña Basilisa, sacaron ellas su conversación favorita la del demonio del portal, y aunque Dolorosa podía echarlo el día menos pensado todo a perder contando lo que sabía, se las fue él arreglando de forma de sacarles los dineros, a cambio de su protección y gracias a los demonios que hacía aparecer para luego espantar, y tan atemorizaditas llegó a tenerlas que acabó resultándole más fácil hurgarles en la bolsa que echar una firma delante del comisario a fin de mes.

Pasó el tiempo, seguían las cosas tan iguales las unas a las otras que ya ni merecía la pena hacerles caso, doña Perfecta y doña Digna eran más viejas todavía...

Serafin, padre, iba ya todas las tardes a casa de las viejas, donde le daban siempre de merendar una taza de café con leche y un pedazo de rosca, y allí se quedaba hasta las ocho o las ocho y media, hora en que las hermanas se iban a cenar un huevito pasado y él se marchaba, después de haberse desprendido de sus consejos contra el demonio, a la taberna de Pinto, donde esperaba que le diera la hora de cenar.

En el figón de Pinto se hizo amigo de un chofer portugués que se llamaba Madureira y que llevaba un solitario en un dedo del tamaño de un garbanzo y tan falso como él. Madureira era un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno reluciente, con los colmillos de oro y con toda la traza de no tener muchos escrúpulos de conciencia ni pararse demasiado en barras. Vivía emigrado de su país—según decía, por ser amigo de Paiva Couceiro, y como el hombre no se resignaba a vivir como un cartujo, sino que le gustaba tener siempre un duro en el bolsillo, se buscaba la vida como mejor Dios, o probablemente el diablo, le diera a entender.

triste, a perder la color, a desmejorar, a encontrar faltos de interés el Latín y la Teología...

Miraba correr las horas, desmadejado, arrastrando los pies por los pasillos o dormitando en las aulas o en la capilla, y a partir de entonces cualquier cosa hubiera dado a cambio de su libertad, de esa libertad que tres años más tarde había de recuperar.

El padre se seguía dando cada vez más al vino y tenía ya una de esas borracheras crónicas que le llenan a uno el cuello de granos, la nariz de colorado y la imaginación de pensamientos siniestros. Fue también a visitar a las hermanas de doña Basilisa, sacaron

ellas su conversación favorita -la del demonio del portal - , y aunque Dolorosa podía echarlo el día menos pensado todo a perder contando lo que sabía, se las fue él arreglando de forma de sacarles los dineros, a cambio de su protección y gracias a los demonios que hacía aparecer para luego espantar, y tan atemorizaditas llegó a tenerlas que acabó resultándole más fácil hurgarles en la bolsa que echar una firma delante del comisario a fin de mes.

Pasó el tiempo, seguían las cosas tan iguales las unas a las otras que ya ni merecía la pena hacerles caso, doña Perfecta y doña Digna eran más viejas todavía...

Serafín, padre, iba ya todas las tardes a casa de las viejas, donde le daban siempre de merendar una taza de café con leche y un pedazo de rosca, y allí se quedaba hasta las ocho o las ocho y media, hora en que las hermanas se iban a cenar un huevito pasado y él se marchaba, después de haberse desprendido de sus consejos contra el demonio, a la taberna de Pinto, donde esperaba que le diera la hora de cenar.

En el figón de Pinto se hizo amigo de un chofer portugués que se llamaba Madureira y que llevaba un solitario en un dedo del tamaño de un garbanzo y tan falso como él. Madureira era un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno reluciente, con los colmillos de oro y con toda la traza de no tener muchos escrúpulos de conciencia ni pararse demasiado en barras. Vivía emigrado de su país—según decía, por ser amigo de Paiva Couceiro, y como el hombre no se resignaba a vivir como un cartujo, sino que le gustaba tener siempre un duro en el bolsillo, se buscaba la vida como mejor Dios, o probablemente el diablo, le diera a entender.

dieron reconocer a los que les llevaron los dineros, se frotaba las manos con gozo pensando en los tiempos de bonanza que le aguardaban con los cuartos de los demás.

Se repartieron las ganancias con igualdad, diecisiete duros cada uno, porque el Madureira en esto presumía de cabal, y siguieron planeando y dando pequeños golpes afortunados que les iban dejando libres algunas pesetas.

El Madureira, sin embargo, ansioso siempre de volar más alto y de ampliar el negocio, acosaba constantemente Serafín para animarlo a dar el golpe gordo que había de enriquecerlos: el atraco a doña Perfecta y doña Digna, quienes, según. era fama en el pueblo, guardaban en su casa un verdadero capital en joyas antiguas y peluconas.

A Serafín le repugnaba robar a las viejas, a quienes visitaba todas las tardes y quienes encontraban en él un valedor contra el demonio, porque en el fondo todavía le quedaba una llamita de conciencia; pero como «Caga n'a tenda» era más hábil que un rayo, y como acabó metiéndole miedo con no sé qué maniobra infalible que..tenía en su mano para ponerlo, sin que pudiera ni rechistar. en manos de la Guardia Civil, acabó por ceder y por resignarse a planear el asunto, aunque desde el primer momento puso como condición no tocar ni un pelo de la ropa a las viejas, pasase lo que pasase.

Efectivamente, tomaron sus medidas, hicieron sus cálculos, echaron sus cuentas, dejaron que pasase el tiempo que sobraba, y un buen día, el día de San Luis, rey de Francia, dieron el golpe: el golpe gordo, según decía Madureira.

La cosa estaba bien pensada; Serafín iría como todas las tardes. tomaría su taza de café con leche y les hablaría del demonio, y Madureira llamaría a la puerta preguntando por él;

subiría -con la cara tapada- y amenazaría a las dos viejas con matarlas si gritaban; Serafín haría como que las defendía, y entre los dos, se las arreglarían para encerrarlas en un armario ropero que estaba en el pasillo. y de donde las sacaría Serafín, muy compungido, al final de todo.

Solo quedaban dos problemas por resolver: la mulata Dolorosa y el interrogatorio que le harían a Serafín. A la primera acordaron ponerle una carta dos días antes desde Valencia do Miño, diciéndole fuese corriendo, que su hermana Ermelinda se estaba muriendo de lepra, que era lo que le daba más miedo, y en cuanto al segundo decidieron, después de mucho pensarlo, que lo mejor sería dejarlo atado y amordazado, y que dijese al juez, cuando le preguntara los ladrones eran dos; las viejas tendrían que resignarse a quedar encerradas en el armario, pero no se iban a morir por eso.

Tal como lo pensaron lo hicieron.

Cuando doña Digna le abrió la puerta a Serafín, tirando de la cadenita que iba todo a lo largo de la escalera, creyó oportuno disculparse:

-¡Como Dolorosa no está! ¿Sabe?

-¡Ah! ¿No?

-¡No! ¡Como tuvo que ir a Valencia a la muerte de su hermana!

-¿Ah, sí?

-¡Sí! Que la pobre está a la muerte con la dichosa lepra, ¿no lo sabia?

-¡Ni una palabra, doña Digna!

-Es que no somos nada, Ortiz, ¡nada. ¡Sólo aquellos que se preparan para el servicio del Señor!...

A Serafín le dio un vuelco el corazón en el pecho al oír aquellas palabras, porque le vino a la imaginación la figura del hijo. Era extraño, él no era un sentimental, precisamente, pero en aquel instante poco le faltó para salir escapando.. Estaba como azorado cuando se sentó enfrente de las viejas, como todas las tardes, y delante de su taza de café con leche; una taza sin asa, honda y hermosa como la imagen de la abundancia.

Doña Digna continuó:

-Ya ve usted, Ortiz. ¡Quién había de pensar en lo de la pobre Ermelinda!

-¡Ya ya!

-¡Pobre! ..

Serafín no sabía qué hacer ni qué decir. Se azaró , se quemó con el café con leche, que no había dejado enfriar, tosió un poco por hacer algo...

Doña Digna seguía:

-Ya ve usted, ¿no puede una estar tranquila

Doña Perfecta, que hacía media debajo de la bombilla, se pasaba la tarde dando profundos suspiros, como siempre.

-¡Ay!

Doña Digna volvía a coger por los pelos el hilo de la conversación.

-Y como una ya no es ninguna niña... Créame usted, Ortiz; algunas veces me da por pensar que Dios Nuestro Señor es demasiado misericordioso con nosotras...Que nos va a llamar, de un momento. a otro, al lado de nuestra pobre Basilisa...

Serafín tenía miedo, un miedo extraño e invencible, como no había tenido nunca... Pensaba, para darse valor:

¡Mira tú que un carabinero con miedo! pero no conseguía ahuyentarlo. Serafín iba perdiendo aplomo, confianza en sí mismo...¡Como Madureira no tuviese mayor presencia de ánimo!

Doña Digna no callaba.

-Y después el demonio, con sus tentaciones... ¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén Jesús! Dicen que también los grandes santos sufrieron de tentaciones del Enemigo,¿no cree usted?

Serafín parecía como despertar de un sueño profundo.

-¡Ya lo creo! ¡Y qué tentaciones; da horror sólo pensarlo!

Doña Digna empezaba a sentirse feliz. Ortiz, ¡sabía tantas cosas del demonio!

-¿Y recuerda usted alguna, Ortiz? ¡Usted siempre se acordará alguna!

Serafín tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar.

-¡La de San Pedro!

-San Pedro también?

-¡Huy, el que más!

-¿Y qué San Pedro era? San Pedro Apóstol, San Pedro Nolasco...

-¡Qué preguntas! ¡Qué San Pedro va a ser! Pues... ¡San Pedro!

-Claro! Es que una es tan ignorante...

Doña Perfecta, debajo de la bombilla, volvía a suspirar.

Doña Digna seguía acosando a preguntas sobre el demonio a Serafín. Y Serafín hablaba, hablaba, sin saber lo que decir, arrastrando las palabras, que a veces parecían como no querer pasarla garganta, sin atreverse a mirarla, hosco, indeciso... Pensó despedirse y no volver a aparecer por allí; un secreto temor a «Caga n'a Ienda», un secreto temor que sin embargo no quería confesarse, le obligaba a permanecer pegado a la silla. Tuvo una lucha interna atroz; su vida, toda su vida, desde antes aún de marcharse a Cuba, se le aparecía de la manera más absurda y caprichosa, sin que él la llamase, sin que hiciera nada por recordarla, como si estuviese en sus últimos momentos...

Se acordó del general Weyler, pequeñito, valiente como un león, voluntarioso, cuando decía aquellas palabras tan hermosas de la voluntad

Pensó ser valiente, tener voluntad.

-¡Bueno, doña Digna! ¡Usted me perdonará!

Sentía vergüenza de permanecer allí ni un solo instante más.

-Hoy tengo que hacer en el Puente. ¡Mañana será otro día

-¡Pero, hombre, Ortiz! ¡Ahora que me estaba usted instruyendo con charla!

-¡Qué quiere usted, doña Digna! El deber...

-Pero bueno, unos minutos más... Espere un momento; le voy dar una copita de jerez. ¿O es que no le gusta el jerez?

-No se moleste, doña Digna.

-No es molestia, ya sabe usted que no es molestia, que se le aprecia

Doña Digna fue hacia el aparador; andaba buscando una copita cuando sonó la campanilla, ¡tilín, tilín! Doña Digna se incorporó

-¡Qué extraño! ¿Quién será a estas horas?

Doña Perfecta volvió a suspirar:

-Ay!

Después dijo:

-¡Quién sabe si serán las del registrador! ¡Mira que no estar Dolorosa!...

Serafín estaba mudo de terror. Se sobrepuso un poco, lo poco que pudo, y dijo con menos voz que un agonizante:

-No se moleste, doña Digna; yo abriré.

Sus pasos resonaban sobre la caja de la escalera como sobre un tambor: bajó lentamente; casi solamente apoyándose en el pasamanos. Doña Digna oyó los pasos y le gritó:

-Ortiz, puede usted usar el tirador! ¡Está ahí mismo!

Serafín no contestó. Estaba ya ante la puerta sin saber qué hacer; hubiera sido capaz de entregar su alma al demonio por ahorrarse aquellos segundos de tortura. Arrimó la cara a la puerta y preguntó, todavía con una leve esperanza:

-¡Quién!

-¡Abre! ¡Ya sabes de sobra quién soy!

-¡No abro! ¡No me da la gana de abrir!

-¡Abre, te digo! ¡Ya sabes, si no abres!

Serafín no sabía nada, absolutamente nada; pero aquella amenaza le quebró la resistencia; aquella resistencia fácil de quebrar porque estaba más en las manos que en el corazón. «Caga n'a tenda» le tenía dominado como a un niño, ahora se daba cuenta...

Abrió. «Caga n'a tenda», contra lo convenido, no traía la cara tapada; se le quedó mirando fijamente y le dijo, muy quedo, con una voz que parecía cascada por el odio:

-¡Hijo de la grandísima!... ¡Ni eres hombre, ni eres nada! ¡Tira para arriba!

Serafín subió; iba en silencio, al lado del portugués, y los pasos de ambos sonaban como martillazos en sus sienes. Dona Digna preguntó :

-¿Quién era?

Nadie le contestó. Se miraron los dos hombres; no hizo falta más. «Caga n'a tenda» miraba como debieron mirar los navegantes de la época de los descubrimientos; en el fondo era un caballero. Serafín Ortiz...

«Caga n'a tenda» llevaba un martillo en la mano; Serafín cogió un paraguas al pasar por el recibidor.

Doña Digna volvió a preguntar:

-¿Quién era?

«Caga n'a tenda» entró en el comedor y empezó un discurso que parecía que iba a ser largo, muy largo.

-Soy yo, señora; no se mueva, que no le quiero hacer daño; no grite Yo solo quiero las peluconas...

Dona Digna y doña Perfecta rompieron a gritar como conde nadas. «Caga n'a tenda» le arreó un martillazo a doña Digna y la tiró al suelo; después le dio cinco o seis martillazos más. Cuando se levantó le relucían sus colmillos de oro en una sonrisa siniestra; tenía la camisa salpicada de sangre...

Serafín mató a doña Perfecta; más por vergüenza que por cosa alguna. La mató a paraguazos, pegándole palos en la cabeza, pinchándole con el regatón en la barriga... Perdió los estribos y se ensañó: siempre le parecía que estaba viva todavía. La pobrecita no dijo ni esta boca es mía...

Saquearon, no todo lo que esperaban, y salieron escapando.

Serafín fue a aparecer en el Monte Aloya, con la cabeza machacada a martillazos. De «Caga n'a tenda» no volvió a saberse ni una palabra.

El revuelo que en el pueblo se armó con el doble asesinato de las señoritas de Moreno Ardá no es para ser descrito.

De Juan José Millas

Él trabajó durante toda su vida en una ferretería del centro. A las ocho y media de la mañana llegaba a la parada del autobús y tomaba el primero, que no tardaba más de diez minutos. Ella trabajó también durante toda su vida en una mercería. Solía coger el autobús tres paradas después de la de él y se bajaba una antes. Debían salir a horas diferentes, pues por las tardes nunca coincidían.

Jamás se hablaron. Si había asientos libres, se sentaban de manera que cada uno pudiera ver al otro. Cuando el autobús iba lleno, se ponían en la parte de atrás, contemplando la calle y sintiendo cada uno de ellos la cercana presencia del otro.

Cogían las vacaciones el mismo mes, agosto, de manera que los primeros días de septiembre se miraban con más intensidad que el resto del año. Él solía regresar más moreno que ella, que tenía la piel muy blanca y seguramente algo delicada. Ninguno de ellos llegó a saber jamás cómo era la vida del otro: si estaba casado, si tenía hijos, si era feliz.

A lo largo de todos aquellos años se fueron lanzando mensajes no verbales sobre los que se podía especular ampliamente. Ella, por ejemplo, cogió la costumbre de llevar en el bolso una novela que a veces leía o fingía leer. A él le pareció eso un síntoma de sensibilidad al que respondió comprándose todos los días el periódico. Lo llevaba abierto por las páginas de internacional, como para sugerir que era un hombre informado y preocupado por los problemas del mundo. Si alguna vez por la razón que fuera, ella faltaba a esa cita no acordada, él perdía el interés por todo y abandonaba el periódico en un asiento del autobús, sin haberlo leído.

Así, durante una temporada en que ella estuvo enferma, él adelgazó varios kilos y descuidó su aseo personal hasta que le llamaron la atención en la ferretería: alguien que trabajaba con el público tenía la obligación de afeitarse a diario.

Cuando al fin regresó, los dos parecían unos resucitados: ella, porque había sido operada a vida o muerte de una perforación intestinal de la que no se había quejado para no faltar a la cita; él, porque había enfermado de amor y melancolía. Pero, a los pocos días de volver a verse, ambos ganaron peso y comenzaron a asearse para el otro con el cuidado de antes.

Por aquellas fechas, él ascendió a encargado de la ferretería y se compró una agenda. Entonces, se sentaba tan cerca como podía de ella, la abría, y con un bolígrafo hacía complicadas anotaciones que sugerían muchos compromisos. Además, comenzó a llevar corbata, lo que obligó a ella, que siempre había ido muy arreglada, a cuidar más los complementos de sus vestidos. En aquella época ya no eran jóvenes, pero ella comenzó a ponerse unos pendientes muy grandes y algo llamativos que a él le volvían loco de deseo. La pasión, en lugar de disminuir con los años, crecía alimentada por el silencio y la falta de datos que cada uno tenía sobre el otro.

Pasaron otoños, primaveras, inviernos. A veces llovía y el viento aplastaba las gotas de lluvia contra los cristales del autobús, difuminando el paisaje urbano. Entonces, él imaginaba que el autobús era la casa de los dos. Había hecho unas divisiones imaginarias para colocar la cocina, el dormitorio de ellos, el cuarto de baño. E imaginaba una vida feliz: ellos vivían en el autobús, que no paraba de dar vueltas alrededor de la ciudad, y la lluvia o la niebla los protegía de las miradas de los de afuera. No había navidades, ni veranos, ni semanas santas. Todo el tiempo llovía y ellos viajaban solos, eternamente, sin hablarse, sin saber nada de sí mismos. Abrazados.

Así fueron haciéndose mayores, envejeciendo sin dejar de mirarse. Y cuanto más mayores eran, más se amaban; y cuanto más se amaban más dificultades tenían para acercarse el uno al otro.

Y un día a él le dijeron que tenía que jubilarse y no lo entendió, pero de todas formas le hicieron los papeles y le rogaron que no volviera por la ferretería. Durante algún tiempo, siguió tomando el autobús a la hora de siempre, hasta que llegó al punto de no poder justificar frente a su mujer esas raras salidas.

De todos modos, a los pocos meses también ella se jubiló y el autobús dejó de ser su casa. Ambos fueron languideciéndose por separado. Él murió a los tres años de jubilarse y ella murió unos meses después. Casualmente fueron enterrados en dos nichos contiguos, donde seguramente cada uno siente la cercanía del otro y sueñan que el paraíso es un autobús sin paradas.

[El Tren Que No Conduce Nadie](#)

De Francisco García Pavón

No sé bien si este primer escalofrío de mi vida lo he sentido al bajar el cristal de la ventanilla para que saliera el humo del cigarro, o un momento antes, y que vi entre nubes, cuando el revisor abrió la puerta para contar los asientos libres. Lo cierto es que al sentirlo, me he arrebujado tan apretadamente entre los brazos de mamá, que ella, un poco sorprendida, me ha mirado con esos ojos claros que pone tan dulzones cuando los fija en mi cara. Y la que también me ha quedado bien grabada desde que empezó mi vieja, es la figura de papá. Durante muchas horas lee el periódico al compás del traqueteo del tren, y de vez en cuando nos echa una mirada pensativa o reída, según vayan las cosas... Estoy seguro que la abuela ya no estaba en el tren cuando yo subí, y que la stampa que de ella tengo, con el pelo canoso y los ojos un poco bizcos, me la fijó mamá durante el viaje con sus muchas palabras memoriosas.

Como hemos pasado sin parar ante muchas estaciones durante estas primeras horas, todavía no he visto viajeros ni jefes de estación. Sólo relojes y campanas verdes que se quedan atrás rapidísimamente. A los revisores que se turnan sólo les veo la cara medio oculta por la visera de la gorra y la inclinación de la cabeza al mirar con mucha fijeza el billete amarillo, pero sin sonrisa, y claro, sin reparar en mí... Sólo esta tarde, uno muy alto y con bigote, al ver a mamá tan caída por los ataques que ahora le dan al corazón, alzó los ojos hasta ella, luego hacia mí, que iba a su lado con mis pantalones cortos, y seguro que con la cara muy triste; y al final hacia papá, que seguía leyendo el periódico, al parecer impasible, aunque cada poco echaba reojos a mamá tras las gafas pequeñas que ahora lleva... Sin embargo, el revisor no se ha fijado en mi hermano segundo, que echado en el asiento vacío y cubierto con una manta, dormía entre su pelo rubio y las manos que tenía juntas bajo la cara... Y que a mí, aunque no se parecían gran cosa, siempre que lo veo dormido, me recuerda al otro hermano, al tercero, que nació aquel día que descarriló el tren; que siempre estuvo tan malo de la tripa, y que al poco tiempo, con el culete amarillo y llorando en voz muy baja, murió entre los brazos de mamá, pegado a la ventanilla.

En algunas paradas del tren, ante estaciones o apeaderos, más que los relojes, campanas, silbatos y maletas, me llama la atención, cuando bastante apartado de la vía, hay un cementerio, con el plumaje oscuro de los cipreses cabeceando sobre las tapias enjalbegadas... De las estaciones donde hemos parado últimamente, la mejor ha sido, aunque no había cementerio, la de aquel pueblo tan grande, cuyos andenes estaban repletos de hombres y mujeres con banderas tricolores, la Banda Municipal tocando el Himno de Riego, y aquella chica con el vestido blanco muy largo, el gorro frigio y una bandera en la mano, que gritaba vivas delante de los viajeros. Pues resulta que aguardaban a un paisano, republicano famoso, que se bajó de nuestro tren, y después de repartir muchos abrazos, empezó a hablar en público cuando ya arrancábamos. Papá, como está tan contento con la República, lo miró todo con los ojos muy gustosos, y estuvo un buen rato sin leer el periódico... Cuando ya íbamos otra vez sobre la llanura reseca y de pedrizas, estuve seguro de que a papá le hubiera gustado tener a mano el aparatillo de radio con el altavoz negro, no para oír lo que a mí me gustaba: "Ante Segarra todo el mundo callao. Gran Vía, esquina Callao" o aquel otro de: "Almacenes San Mateo, si no lo veo no lo creo", y sí el discurso de don Niceto Alcalá Zamora, dicho en un cordobés sonorísimo, para cantar las excelencias de la República.

Al caer la noche, después de tomar un bocado, apagamos la luz y bajamos las cortinas de la puerta y de las ventanillas que daban al pasillo, porque mamá estaba muy fatigada a causa de otro ataque de su enfermedad... Un momento antes se tomó la pastilla para el sueño, y con la mano de mi hermano entre las suyas, ha doblado ha doblado la cabeza sobre el ángulo del respaldo del asiento. Papá también se ha recostado, y en seguida ha empezado con sus ronquidos, que son muy asustadores, porque cuando menos lo esperas, suelta un ruido muy bronco y dolorido, como si se estuviera ahogando, hasta que vuelve a quedarse

callado y con la cabeza clavada sobre el pecho... Voy sentado junto a María José, la criada que nos llegó después de la feria, y haciéndome el distraído le he puesto la cabeza sobre el hombro, a ver qué hace, pues no me atrevo a atacarla abiertamente aunque ya llevo pantalones largos, y menos a besarla. Porque aunque voy mucho al cine, de verdad de verdad, no sé muy bien cómo se besa a una mujer... De modo que me aprieto a ella lo más que puedo, y de vez en cuando suspiro muy fuerte junto a su cuello, pero sin más... Y se ve que no le enfada lo que hago, porque acaba de rozarme con su cara la cabeza. Así pasamos unos kilómetros. Ella -luego lo comprendí- pensaba que así me animaría para seguir... pero como continuaba sin atreverme, suavemente, rozándome la mejilla y las narices, ha bajado su boca hasta la mía -y algo que yo no esperaba- ha empezado a pasarme la lengua sobre los labios, como si los tuviese dulces... Por fin, me he animado, yo le hago lo mismo, y así llevamos muy buen rato, hasta que ella, después de dar unos suspiros muy sospechosos, se ha quedado dormida sobre mi hombro... Y la verdad es que así me pesa un poco, pero por su boca entreabierta sale un calorcito tan dulzón y húmedo, que voy a resistir con ella encima hasta que no pueda más.

Empieza a pintar el día. Se oyen unas explosiones lejanas. Explosiones que no suenan mucho, pero largas. Papá se ha despertado, y escucha con aire sospechoso. Enseguida han comenzado a frenar el tren. Paran. Apagan las luces. Mamá, con voz muy débil, pregunta qué pasa. Y mi hermano dice: "seguro que están bombardeando". "No digas eso, hijo mío". "Sí, están bombardeando", pero es muy lejos" -ha confirmado papá para tranquilizarnos, y porque era así. De todas formas hemos estado parados mucho rato, aun después de dejar de oírse las explosiones. Y ha sido ahora mismo, al amanecer, cuando han inundado los coches muchos milicianos con mono azul, cartucheras y fusiles. Han abierto la puerta de nuestro compartimento de un tirón y sólo dos han podido sentarse con nosotros, justo a mi lado. Los demás se han quedado en el pasillo sentados en el suelo o de pie, apoyados en sus fusiles. Algunos comen bocadillos y beben de las cantimploras. Apenas ha arrancado el tren, el que está a mi lado, ha empezado a roncar igual que ronca papá, aunque echa menos aire después de dar el ronquido. Uno de los del pasillo canta con voz desentonada:

*"Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero
en el frente de Teruel..."*

pero nadie lo ha coreado, y como arrepentido, casi no se le ha oído lo de "en el segundo ligero".

No puedo negar que estoy contento vestido de soldado. Mi hermano también lo parece. Mi padre, disimulando sus preocupaciones, a veces nos echa un reajo sonriente por encima del periódico... Si mamá no se hubiera muerto hace ya unos meses (que duro se le puso el gesto, siempre tan dulce. Que tieso su cuerpo, su cuello y sus piernas toda la vida de líneas tan sensibles) seguro que con el miedo que le daba la guerra, al vernos movilizados iría tristísima. Ahí junto a la ventanilla de todo su viaje. En los demás asientos del coche van soldados de mi Brigada, que cantan unas letras que yo todavía no sé. Pasa nuestro tren ante pueblos oscuros y algunos medio destruidos por las bombas.

Llevamos un rato muy largo completamente solos en el compartimento. Yo paso las hojas del libro que acabo de comprarme para la Universidad, y mi padre sigue con aquella cara tan grave que se le puso desde que enterraron a mi hermano con la guerrera manchada de sangre. Por fin han entrado unos señores con camisas azules y boinas coloradas, que hablan contentísimos y con mucha energía. Mi padre lee otra vez, o simula leer, el periódico. Yo los escucho con esa sonrisa que he aprendido a poner cuando hablan de política los que pueden hablar.

María, mi reciente esposa, no es que le tenga coraje a mi padre, lo sé muy bien, pero como él no le hable. Ella no le dice nunca nada. Y él, claro, siempre sonriente y muy amable, sólo le dice lo imprescindible. María está ahora sentada donde siempre iba mamá, y ojea una revista de vestidos y peinados. Mi padre, con la papada ya muy caída, la calva rodeada de canas, sus gafas gordísimas, y cabeceando porque el tren da muchos traqueteos, lee su periódico, hoy repleto de discursos, medallas e inauguraciones. María -son las dos en punto- saca la tartera, y comemos en paz y en gracia de Dios. Ella tan limpia, escrupulosa y voraz como siempre. Y papá allí arrimado, con cara de quedarse con gana, y no atreverse a pedir más. Yo, pretextando que no tengo apetito, le he dado mi chuleta. María come, y lo hace todo, con los ojos un poco perdidos, como si añorase algo que no sabe muy bien lo que es..., a lo mejor ese hijo que no podrá tener nunca.

Desde que mi padre leyó su último periódico, pocas estaciones después, María me obligó a sentarme donde él iba siempre, enfrente, junto a la otra ventanilla. No quiso guardar las ropas de papá en las maletas y se las regaló a un viejo que pasó ofreciendo caramelos... Por la noche, al pasar algún túnel largo, hacemos el amor sobre su asiento, amor sin esperanza, porque sabemos que no alumbrará nada más que ese breve grito que da ella en el momento del orgasmo.

Con frecuencia miro los asientos del compartimento en los que fueron sentados mis padres, mi hermano y las chicas de servicio. Sobre todo aquella que por primera vez en mi vida me lamió la boca. Y recuerdo las caras de todos los que fueron míos, sus decires, su manera de volver los ojos cuando llegaba el revisor, o parábamos en una estacioncilla con cementerio, fiesta, lluvia o paseantes en las tardes de sol. Pero María no repara ni siquiera repara en los significados que para mí tienen esos cristales donde los míos se reflejaron, estos brazos y respaldos en los que tantas veces apoyaron sus manos y cabezas. María siempre está con la mirada perdida. Cuando hablamos se esfuerza en sonreír, en ser simpática, en simular que me quiere, pero en el fondo de sus ojos están alojados otras gentes de los coches del tren, que probablemente yo no sabré nunca quienes fueron. Acaban de entrar en el pasillo jóvenes con barbas, melenas y pantalones vaqueros. Al verlos, María sonríe con más sinceridad, y sus ojos emergen de aquella profundidad en la que siempre están hundidos.

Después de una explicación brevísima, que casi no fue explicación, y por supuesto sin haber ocurrido nada nuevo, María se ha cambiado de coche. Tomó sus maletas, sonrió de esa manera simulada que ella sabe, me dio un beso en la mejilla, y marchó pasillo abajo, hacia la izquierda.

Hasta esta mañana mientras me afeitaba con la máquina eléctrica en el aseo del tren, hacía mucho tiempo que no me miraba tan fija y atentamente en el espejo. Y he visto que las canas blanquísimas que rodean mi calva, son muy parecidas a las de mi padre, en aquellas últimas horas que estuvo sentado frente a mí leyendo el periódico. Como al acabar de afeitarme ha parado el tren, me asomo por la ventanilla del servicio por si se divisase algún cementerio, pero no, sólo veo en el andén a unas cuantas mujeres con banderas nacionales y lazo negro, añorando lo que comenzó hace tantísimos años y murió hace tres... Vuelvo a contemplarme en el espejo del lavabo. De verdad, que de aquel yo que empezó el viaje en este tren y sintió el primer refrió entre los brazos de su madre al abrir una ventanilla, sólo pervive el color y la expresión de los ojos... Todo lo demás, ya es de otro.

Así que llegemos a la próxima estación me bajaré a comprar un periódico. El mismo que compraba mi padre... Ya estoy en mi asiento. Me he calado las gafas gordas y lo leo de arriba abajo, sin interés alguno. Me es exactamente igual que pase lo que pase.

Hace ya mucho rato que nadie anda por los pasillos, y estoy completamente solo en mi compartimento... Por más que miro a mi alrededor y esfuerzo mi cerebro, no consigo recordar en qué asiento iba siempre mi madre; en cuál se ponía María, cuando hacíamos el amor; en qué frente hirieron a mi hermano; qué contaba mi padre tantas veces de la guerra

de África, y de don Benito Pérez Galdós después de aquella visita con una comisión para pedirle no sé qué... ¿Qué día empezó este viaje? ¿En qué sitio? Han pasado muchas horas sin que venga el revisor a pedirme este billete tan sobado y amarillo que en entregó mi padre. También, ahora me doy cuenta, hace mucho tiempo que el tren no ha parado en ninguna estación y parece que cada vez va más deprisa. Apenas ha anochecido y ya han encendido las luces de todos los coches. Tembloroso me asomo a la puerta. Ni veo ni oigo absolutamente a nadie. Con las manos apoyadas sobre el marco de la puerta y la cabeza baja, rezo, como no lo hacía desde niño. Ando con pasos vacilantes por el pasillo. Me asomo a los compartimientos próximos. No veo a nadie. Ni maleta. Llego al final del coche donde estaba el compartimiento de María desde que se separó. Nadie. "Y (he) comenzado a correr por los pasillos del tren de un vagón a otro y (estoy solo) y (busco) al revisor, a los mozos de tren, a algún empleado, a algún mendigo que viajara oculto bajo un asiento, y (estoy solo) y he preguntado quién conducía, quién (mueve este) horrible tren. Y no (me) ha contestado nadie, porque (estoy solo).
... Y (sigo) días y días... (desmemoriado, casi inconsciente) en el enorme tren vacío, donde no va nadie, que no conduce nadie

[¿Cómo Te Quiere Él?](#)

De Maruja Torres

Desde hacía años tenía ganas de conocer a un director de orquesta. Uno de esos hombres que se tratan de tú a tú con Mozart, con Schubert, con Brahms. En definitiva, un hombre sensible, capaz de comprender el alma de artista que hay en mí, el derrame permanente de musicalidad con el que cohabito. Soñaba yo con ese encuentro en el que primaria la afinidad de los espíritus y la conversación se elevaría a cimas insospechadas.

De modo que, una vez que el destino me deparó la otra noche tal oportunidad, y cuando le tuve ya sentado frente a mí, al otro lado de la mesa del restaurante típico con su atrezzo de espigas y tomates, en medio de lo que podría llamarse una cena de sociedad, pensé: «Es la mía». Y dije algo que estaba deseando preguntarle a un experto desde mucho tiempo atrás:

-¿Es cierto que ya no quedan castrados? Operísticamente hablando, quiero decir.

Abrió la boca, se dispuso a largar un erudito discurso y, en ese instante, algo sucedió. Otra mujer intervino. Aquí me entra la duda de si debo reproducir su intervención y a continuación describirla a ella, o poner a secas lo que dijo, y ya todos imaginarán cómo es. Por si acaso:

_Debe ser tan interesante dirigir una orquesta -suspiró-. Yo no sabría ni por dónde empezar.

-Por la obertura -intervine con maldad, pero para entonces ya tenía a mi director prendido de la otra y perdido para mi causa, pasando completamente de mí y de mis sesudos interrogantes.

-Creo -tosí- que María Callas realizó una auténtica proeza al forzar su voz naturalmente de mezzo hasta convertirla en voz de soprano, lo cual contribuyó, esto, ejem, al incomparable color que la caracterizaba junto con esa fragilidad como de cristal que alcanza sus mejores momentos cuando Ana Bolena, camino del cadalso, lanza improprios trémulos contra el manta de Enrique VIII y la pánfila de Jane Seymour. Coppia indigna, creo que se titula el aria.

-¿Cuánto pesa la batuta? Yo no seña capaz de manejarla -me cortó la rubia.

Pues, a estas alturas, los ávidos lectores ya habrán comprendido que se trataba de una rubia falsa, joven y vestida con un conjunto de tricot que realzaba sus formas sin por ello impedirle presumir de recato. Mirarle el conjunto y odiarla era todo uno. Tenía el inconfundible aspecto de las que se quieren casar. Y, generalmente, lo consiguen.

-Bonito vestido -la piropeé-. Lástima que aún no haya podido visitar la planta de oportunidades de Galerías. Veo que tienen auténticas monadas.

El bobo del director de orquesta se unió a mis elogios:

-Precioso, precioso -y, en seguida a lo suyo, se ofreció a la intrusa para ayudarle a calcular el peso de varios tipos de batuta, en un recorrido íntimo por todas las batuterías de Madrid.

-Y los pendientes -añadí-, divinos. Es un acierto que los lleves pequeñitos, son ideales para los cuellos cortos.

No me hicieron ni puñetero caso, absortos como estaban ella en saber de qué oído era sordo Ludwig van, y él, todo paternal, en explicárselo. Me sentí en la necesidad imperiosa de intervenir de nuevo.

-¿Es cierto que el dúo de Don Carlo y el Marqués de Posa está considerado como el momento álgido del tratamiento de la amistad en la ópera, según opinaba Carlos Gilberto Jung? ¿No será más acertada la tesis de Demetrio Hernández Lawrence en el sentido de que es infinitamente superior el tema que desarrollan Norma y Adalgisa, y que empieza tal que así?

Y me puse a tararear Guarda, o Norma, a¡ piedi tuoi, etcétera, con nulo efecto en mi interlocutor.

-¿Para cantar Rigoletto contratan a jorobados de verdad? -preguntó ella, mientras el director prácticamente babeaba de embeleso. Yo casi me desvanecí: era la más tonta.

-Desde luego, querida -la informé por mi cuenta y riesgo-; recuerda la famosa escuela de barítonos gibosos de Parma, Massachusetts, fundada por Lucrecia Borgia.

Estaba histérica, lo reconozco, y eso jugó en mi contra. El director de orquesta, que no se percataba de cómo le estaban echando el lazo, lo notó. Notó que yo estaba histérica, agresiva, virulenta, defraudada y dispuesta a todo. Con tono protector hacia la cretina, mirándome con cierta severidad, afirmó:

-El conocimiento sólo se adquiere preguntando sin pudor a la persona adecuada.

Parpadeé, cambiando de táctica:

-¿Por qué El sombrero de tres picos es de tres picos y no de cuatro, cinco o incluso más picos?

Demasiado tarde. Justo entonces se acercó a la mesa un miembro del coro con más pluma que el sombrero del Duque de Mantua, y musitó algo a la oreja del genio. Éste se levantó y, aduciendo una tremenda necesidad de sueño, se colgó del brazo del efebo y desapareció en la noche, contoneándose.

La deficiente y yo nos medimos la mutua decepción con la mirada.

-Estas cosas -la animé, maternal- se sobrellevan mejor con cultura.

Desde entonces le doy clases nocturnas.

[Peor Que La Muerte](#)

De Eduardo Vaquerizo

Se lo llevaron esta mañana. Daba un poco de pena las últimas semanas, sentando en su silla frente a la ventana, apenas sin poder moverse, dejando que los rayos del sol de la mañana

lo calentasen la piel, esa piel arrugada, tan vieja. Sin embargo su cabeza estaba bien, no podía casi hablar, pero eso era por el pecho, el pulmón que le quedaba casi corroído del todo no le daba aliento suficiente con el que hablar. Mentalmente estaba sano, muy sano. Mi padre siempre había tenido la cabeza llena de números, de ideas, de esas raras, aquellas que florecían en los viejos tiempos. Sabía incluso leer, fíjate en esos viejos tomos amarillentos, colección nova, antiquísimos. Solo pensar en desgastar la vista en ellos me cansa. Aunque ahora estaba muy separado de los tiempos era divertido. Se pillaba unos rebotes morrocotudos viendo la tele, empezaba a despotricar contra la programación actual. No sé que tiene de malo, a mí me gustan las ejecuciones, son divertidas y educativas, y la niña también le gustan, se ríe mirándolas.

Por una parte da pena, a pesar que estaba ya muy mal, era lo único que me quedaba de mi juventud, aquellos años locos y felices, me gustaba sentarme frente a él y recordarle muchos mas joven, los dos paseando por el retiro un Domingo, viendo los títeres, el sol las barcas, mucha gente riendo. Por otra parte, tenía que hacerlo, es lo normal, además de él dijeron que tenía un coeficiente 1,4, muy alto, no se puede desperdiciar un coeficiente 1,4. Yo apenas llego al uno. La niña, jugaban juntos... hoy me ha preguntado por el, ¿Dónde esta el abuelo? Pobre, tendrá que aprender que yo soy lo único que le queda.

Nos hemos quedado sin su pensión, y volver a trabajar, no.. no lo logro, lo he intentando todo menos venderme.... tampoco es que me fueran a dar mucho, pero ahora las cosas cambiaran, tendremos dinero hasta para un medico y un colegio.

Es triste, no debería estar contenta, al fin y al cabo a el le hubiera gustado ayudarnos, me lo decía, que si no fuera por la parálisis, por el asma, se levantaría y le ajustaría no se que cuentas a no se cuantos opresores. No se daba cuenta el pobre de los beneficios de esta sociedad, la competitividad que nos hace mejores. Me acuerdo como se cabreó el día que Juan se marchó. Luego me arrepentí, por el dinero claro, pero entonces me sentí orgullosa de él. Hacia poco que había llegado a casa a vivir con nosotros. Juan se había mantenido al margen, refunfuñando, yo sabía que aquello no duraría, que Juan no tardaría en cabrearse de haber traído a mi padre a casa, a pesar que su pensión era mayor que su sueldo de economista o quizás por eso mismo. Siempre se metía con él, cuando no le oía claro ¡Viejo de mierda! Era lo más suave. El viernes vino tarde, bebido, el y los de la oficina habían estado de cañas. Sabía lo que iba a pasar, lo sabía sin embargo le deje entrar, no se porque, quizás porque no me sentía tan desamparada con mi padre en casa. Entro y la emprendió a golpes con todo, incluido yo misma. No era la primera vez, solo que la rabia era mayor, los golpes más sañudos. No sabía ni donde estaba, tendida en un charco de mi propia sangre bajo la mesa de la cocina, sin embargo lo vi perfectamente. Erguido, todavía fuerte pese a su vejez, plantándole cara a Juan, a la mala bestia de Juan. Bastó una mirada para acojonarlo, yo sentía la furia de mi padre, una furia que no era solo contra Juan, de alguna manera él era un símbolo de todo la amargura de su vida actual. Fue rápido con el taburete, golpeo a Juan justo en la cabeza, partiendo el plástico, como disfrute de ese momento... a pesar que sabía que Juan se marcharía llevándose su sueldo, el futuro de la niña. Un momento de felicidad por años de terribles sacrificios. Con la pensión y el sueldo malvivíamos, solo con la pensión fue duro, muy duro.

A veces lo pienso... ¿Descansaran?, ¿Sentirán?, ¿Qué será de sus pensamientos tras la muerte? Dicen que no sienten nada, están muertos, pero dicen tantas mentiras, como que aquellas sustancias con las que trabajo mi padre eran inocuas. Tantos años después le comieron por dentro destruyendo sus nervios, sus pulmones, pero no su cabeza, su mirada altiva y clara aún en la silla de ruedas mientras los limpiaba, le daba de comer, como desafiando a la misma muerte.

Creo que él lo sabía, lo sospechaba, y por supuesto se oponía. Si hubiera tenido fuerzas para matarse quizás lo hubiera hecho cuando la niña y yo estuviéramos fuera, para que al encontrarle estuviese ya demasiado frío. Era a lo único que temía.

Con su sueldo ahora viviremos mejor, casi tendremos suficiente para una casa mejor, debería estar feliz, pero no lo estoy. Debería sentirme a gusto, una muerte eficaz para la sociedad, como dice el anuncio de la tele. Solo que la gente de la tele siempre es feliz y las personas reales, rara vez.

Por lo menos fueron rápidos, vinieron en cuanto les llame, apenas dos minutos y estaban aquí con aquel tanque helado que desprendía vaho blanco. Me hicieron firmar y después se pusieron a trabajar. No quise mirar, abrace a la niña y fuimos a la otra habitación. No paraba de decirme "él quería lo mejor para nosotras", "él quería lo mejor para nosotras", "él quería lo mejor para nosotras", "él quería lo mejor para nosotras". Se lo llevaron y un señor trajeado, muy amable nos pidió los datos de la cuenta, y acordamos la cantidad, el sueldo mensual por su trabajo. No sé si hice bien en contratar con esa compañía. Hay varias, no entiendo mucho, quizás en otra me hubieran pagado mas, Juan hubiera sabido sacar mejor partido, pero mejor que este lejos, que no haya vuelto en estos diez años. Le pregunte tímidamente en que consistía aquel trabajo, que iban a hacer con él y el señor trajeado me explicó que era algo completamente legal: *el trabajo postmortem. Se toma el cerebro todavía sin daños de un recién fallecido, se le alimenta por métodos artificiales, se le mantiene vivo y se le reprograma hasta que se convierte en un potente ordenador biológico. Luego su uso concreto es difícil de determinar. Su padre, dado su alto coeficiente de computación trabajara en proyectos grandes, junto a enormes baterías de cerebros en paralelo que investigan o diseñan.*

También me dijo con una sonrisa deslumbrante que no sufrían, que en realidad su personalidad se perdía con la muerte y la reprogramación, y que él seguir llamándole persona y pagándole un sueldo era consecuencia de leyes anticuadas, pero que se mantenían porque de alguna manera ayudaban a otras personas, como nosotras. Le creí, al principio sin dudas, luego tuve pesadillas, recordé las mentiras que personas trajeadas nos han contado en múltiples ocasiones y empecé a dudar, a imaginar que mi padre despertaba en una oscuridad total, un silencio de piedra, la ausencia de todo estímulo, con pensamientos extraños taladrándole la consciencia, obligado a pensar por caminos cambiantes, sin sueño, sin descanso, en una eternidad muy parecida a un infierno, quizás recordando esos últimos momentos, cuando ya la muerte se le echaba encima con un peso intolerable, y me miraba con pánico, la única vez que vi pánico en sus ojos orgullosos, pánico no de la muerte, sino de lo que habría tras ella.

[Televisión Basura](#)

De Manuel Vázquez Montalbán

"¿Es usted puta?". "No, señor". "¿Estaría usted dispuesta a pasar por la máquina de la verdad?". "Si usted me paga, yo paso por lo que sea". (Uno del público) "No será puta, pero se pega pedos y se hurga la nariz con el dedo gordo de la mano derecha". "¿Es cierto lo que nos dice su ex compañero sentimental?". "Mi compañero sentimental no merece ningún crédito, porque hasta hace dos días se dedicaba a secuestrar gatos domésticos para pedir rescate". "¿Gatos domésticos yo? ¡Hamsters! ¡Sólo he secuestrado hamsters!" (interviene otra señora del público, invitada como representante del ecologismo integrado). "Señor presentador, de lo de los pedos doy fe, porque, si mis narices no me engañan, la invitada acaba de emitir uno de no te menees"... "Calma, ¿estaría usted dispuesta a, en relación con las ventosidades que se le atribuyen, pasar por la máquina de la verdad?" (la invitada asiente y aparece la máquina de la verdad, pero los que esperaban al *hombre de la verdad* yanqui, recién llegado de Alcatraz o de los sótanos del Pentágono, como otras veces, se sorprenden: quien acaba de entrar es Mr. Guillotin, y lleva una guillotina plegable que usted puede adquirir en cómodos plazos o con un descuento de un 25% si la paga a toca teja con dinero gris. La aparición de Mr. Guillotin provoca un instinto de retirada en la entrevistada que es reprimido por la aparición de 500 espléndidas muchachas disfrazadas de atún claro y comandadas por Bettino Craxi, al tiempo que 2.000 matrimonios maduros de la Samarcanda profunda se prestan a explicar sus experiencias sexuales por separado y al mismo tiempo opinar sobre la guerra del Golfo y dar la receta —ella— de las "fabes con almejas", mientras dos millones de líderes de opinión consideran que Felipe González está calvo, lleva un bisoñé y es el secreto más guardado de la democracia, más incluso que el señor Calvo Sotelo, que era proteína pura de secreto de Estado o metafísica pura de secreto de Estado, sin que haya una coincidencia absoluta sobre la relación entre la visita del Papa y el serio deterioro que ha sufrido la propuesta kantiana de la razón como reordenadora de la realidad, con la ayuda de la televisión, a pesar de que el Papa mediático ha tratado de empezar a aplicarla precisamente en la ermita del Rocío). "Por 200 millones de pesetas y un lote completo de latas de migas de atún. ¿De qué sexo era el caballo blanco de Santiago?". "Perdone, señor Corcuera. Aprovecho la coincidencia de que participamos en la misma mesa redonda sobre la *ley Mohedano* para reclamarle el abrelatas que el V de Caballería se llevó de mi domicilio allanado". "Si le allanamos el domicilio, por algo sería..." (otra vez irrumpe alguien del público). "Trafica con manuscritos de Lacan". "¿usted trafica con manuscritos de Lacan?". (El traficante con manuscritos de Lacan estalla en sollozos y finalmente es retirado por las 300.000 semidesnudas abuelas de las chicas a las que Chicho les toca. Pero todo pasa a segundo término cuando aparece en pantalla un *flash* informativo de la CNN y Jane Fonda comenta las razones que han asistido al presidente Clinton a bombardear Bagdad, sin que la ex muchacha dorada deje de hacer aerobic secundada por 400.000 marquesas sevillanas de título pontificio y 200.000 *maharíes* francesas ex dependientas de Galerías Lafayette y ex amantes del actual compañero sentimental de una de las princesas de Mónaco secretas, hija de secretos amores entre el príncipe Rainiero y una delegación de la Sección Femenina, becada en Mónaco para ampliar estudios sobre la *oursinade*, puré de patata y huevas de herizo mediterráneo, a ser posible de púas marrones, rico, rico, rico, sobre todo si se le pone perejil crecido a los pies del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal y usted lo cocina no exáctamente el sábado, sino el miércoles por la tarde y se lo come tan ricamente antes del partido Tenerife - Cascos Azules o Pujol - Tercios de Flandes). "Me he perdido". "Para eso estamos aquí".(El presentador se echa gotas de melancolía Westinghouse en los ojos, se enfrenta a la cámara y habla) "En la mañana del 28 de junio de 1993, un analista de *mass media* se perdió dentro de su procesador de textos cuando trataba de buscarle el cuarto sexo a la televisión. ¿No será que la televisión es más la sombra de Kant que la de Hegel? Los últimos que le vieron aseguran que se levantó decidido al descabello, porque,

disfrazado de científico social, durante una semana trató de urdir un artículo más o menos científico sobre la televisión como sucedáneo de la metáfora de la caverna platónica, como sucedáneo y como, una vez más, traición de la aspiración platónica —también, en cierto sentido gramsciana, aunque me esté mal el decirlo— de que la educación debe orientarse a que los hombre contemplen la verdadera realidad. Al no poder todos los hombres acceder al conocimiento de la realidad, sólo los que pueden hacerlo, los verdaderos sabios, podrán ser los verdaderos gobernantes. Como ha escrito Ferrater Mora, a modo de conclusión: "El filósofo-rey —el filósofo que se convierte en rey o el rey que filosofa— es la culminación del proceso educativo, que, si bien nace entre las sombras, se eleva progresivamente hasta la suprema luz". (El locutor se vuelve hacia los testigos de la desaparición del articulista) "Usted asegura haber sido el último que lo vio. ¿En qué circunstancias? Usted está en condiciones de dar una opinión precisa, porque es sociólogo". "Sociólogo imperfecto, sí, señor, para servirle a Dios y a usted". "¿A qué llamamos sociología imperfecta?". "A la que no tiene como vana pretensión sectaria ni dogmática el presentarse como perfecta, puesto que sólo puede haber pasados perfectos, en el sentido de que son inalterables. En cambio, los futuros son alterables, aunque puedan ser probabilizados, pueden escapar a los excesivos cálculos de su propia probabilidad". (El presentador se vuelve otra vez hacia el espectador. Le mira de hito en hito) "Ojo al dato y atención al parche" (De nuevo vuelca su atención y su melancolía sobre una de las invitadas). "Usted debe sufrir más que nadie esta misteriosa desaparición... ¿Quiere lanzar, desde estas cámaras, un mensaje a su marido?". (La mujer se seca una furtiva lágrima) "Manolo. Vuelve. Ya te advertí que el Word Perfect es muy traidor, porque te confías, y como te equivoques de tecla te convierte cualquier cosa en alegoría tan imperfecta que se esfuma y va a parar a las peores cavernas platónicas, esas que no se notan, que aparecen llenas de luz precisamente para que no podamos ver nada... La luz no deja ver las sombras...". "Señora, ¡qué bonito!". "Es que en mi juventud quise ser poeta". (El presentador de nuevo, triunfante, se cierne sobre una audiencia de 10 millones de socios del Mercado Común) "Hemos perdido un líder de opinión, pero hemos recuperado una poeta".

[Con La Técnica De Lovecraft](#)

De Joan Perucho

A la memoria de Lovecraft, escritor de "science fiction", que murió perseguido por los seres invisibles.

El resorte se disparó, hizo un ruido leve y, lentamente, bajó el disco. Hubo una pausa. Algo, como una corriente de aire casi imperceptible, fue aumentando en intensidad. Entreabrió una puerta y descendió por unos escalones que daban a un patio interior. Tropezó con algo sólido y opaco y blasfemó en voz baja. Luego se dirigió a un breve pasadizo, al otro lado del patio, y se arremolinó. Ahora se oía la música alejada, sorda, filtrada. Era una noche silenciosa y tranquila, de gran suavidad, con el aroma de la primavera cayendo desde los árboles.

Desapareció la magia de la boca con las pequeñas placas de la sífilis en labios y paladar. Había unas bombillas rojas y verdes en cuyo interior se podía ver perfectamente la imagen de su rostro con un rictus de ironía amarga y desilusionada. Ironía nacida de la desesperación y de la muerte, más allá de las cuales sólo débiles ráfagas de aire descansan en el interior de los sepulcros abandonados, llenos de ceniza o de agua pútrida, o en la caja de resonancia de los pianos Chassigne, modelo 1906, esperando la aparición del conducto sutilísimo que los ha de unir, con unas cuantas palabras no pronunciadas, a la oreja del caballero momificado o de la dama solitaria. Gastadas formas de vida o de muerte, de nacimiento mecánico o un dolor visceral, de vómitos que se suceden, implacables (o que, por lo menos, atormentan con la agonía del espasmo que ha de venir y que siempre, siempre desemboca en una especie de abismo y en sudor y en cabellos pegajosos), y de gritos histéricos y de dientes que se desmoronan y que la lengua palpa voluminosos y febricitantes.

No era eso. Sólo la gélida quemadura de un thoulú, de uno de aquellos seres amorfos y terribles que ya había descrito minuciosamente, en el siglo XII, el árabe Al-Buruyu en su tratado *Los que vigilan*. La evidencia de las cosas surgía de improviso con mil y un significados aterradores y alusivos. No había forma humana para conjurar lo inevitable, para alejar el dogal que ceniría al elegido, quien, por un impulso misterioso, sería arrastrado al sacrificio, a la aniquilación de la propia personalidad, y se convertiría en una cosa horrible y sin nombre, abominable concepción esta, fruto de una boda del cielo y el infierno. No podían tener otro sentido la aparición de signos en todas las habitaciones de la casa y aquellos restos de organismos extraños hallados una mañana en el patio, que se habían volatilizado misteriosamente al cabo de una hora. El magisterio de Al-Buruyu se presentaba como una fuerza maléfica que se anticipaba a los siglos como un ojo impassible y escrutador, dotada de una voz caligráfica y cabalística que iba avanzando como una carcajada por la noche, sobre la nieve surcada de huellas deformes y de misteriosas desapariciones, de alaridos alucinantes junto a las rejas de los manicomios.

Se oyó el claxon de un coche. La presencia se inquietó y hubo como una distensión. Murmuró unos sonidos ininteligibles y apenas una leve fosforescencia se insinuó en el fondo del pasadizo, entre inmundicias y botellas de licor vacías. Se encendió la luz en una ventana próxima y poco después se apagó. Fuera, respiraba la primavera.

El tiempo se acumulaba en el cerebro y en la sangre, en pliegues suavísimos y turbadores en los que aparecía la claridad solar. Había costras y una materia rugosa, surcada por grietas de dirección dubitativa, que parecía calcinada por un contacto satánico o sordamente enfurecido. O bien una superficie enharinada con polvos de arroz, bajo la cual palpitan, vívidas y sensibles, amplias llagas purulentas, como bocas martirizadas y ocultas, como flores monstruosas y sonámbulas que, de pronto, se hinchan y creciesen, estirando su íntima estructura hacia formas propias de un delirio febril. Era demasiado tarde para el antídoto, la svástica invertida de plata que habría de poner ecos de cantos litúrgicos en la huida de la estepa y en la llegada de la savia vivificante. El vuelo de las

hojas era un vuelo de bronces, enlutado y solemne, sobre la tierra árida y espectral. Apenas podían entrecerse, con un esfuerzo supremo, la risa de un niño vestido de marinero, casi velada por el dolor, o la triste tenacidad del hombre que medita hasta altas horas de la noche, contemplada ahora bajo el peso de una lágrima, o la inútil trenza perfumada que era como aire para una mirada que alimentaba al deseo. La carne había empezado a corromperse, aún en presencia de la vida, y exhalaba una pestilencia indefinible que lo impregnaba todo. Lentamente se inició el éxodo, e incluso la araña, con su perezosa pero terrible seguridad, abandonó el nido de su vida feliz. Entreveía lecturas de incubos, fórmulas mágicas de la muerte y el diablo, rebasado ya todo vestigio de razón, y se veía hojear la *Dissertation sur les apparitions des anges, des démons et des esprits et sur les revenants et vampires*, del monje Calmet, que corroboraba la fría certeza de Al-Buruyu. Ya Angela Foligno había revelado al comentarista que, al principio, non est in me membrum quod non sit percussum, tortum et poenatum a daemonibus, et semper sum infirma, et semper stupefacta, et plena doloribus in omnibus membris vivis^[1]. También había un flotar sobre la realidad, un ir a la deriva en paisajes inexistentes de algas mortecinas que se crispaban, airadas y amenazadoras, al más leve contacto; y el manubrio de los organillos giraba vertiginosamente en el interior del cráneo, con un insufrible alboroto de timbres y altavoces enloquecidos que callaban después en un angustioso silencio de tumba.

Se alisó el cabello con la mano, morosa y maquinalmente. Bebía con delectación, y en breves sorbos, una copa de auténtico scotch Forrester y se encontraba, seguramente, a diez millas de la costa y en una tormenta de todos los demonios. Rióse una rubia con la risa provocativa de Jane Russell y se le acercó desde la barra. Llevaba la boca pintada de rojo intenso, de color sangre toro, y un jersey ceñido que destacaba su busto con violencia. Le acarició la mejilla y le murmuró unas palabras cariñosas, acercando su cara hasta casi rozarle. La atmósfera era densa y turbia por el humo del tabaco y algunos invitados se habían quitado la americana. Otra muchacha, que movía las ancas como una estrella de Holly vood, cantaba como en éxtasis, con una lánguida sensualidad que se pegaba a la epidermis.

Pensaba que no le volvería a ver. De pronto, se le ocurrió reír ante aquel niño vestido de marinero, pasado de moda y ridículo. Lo asoció a muchas otras cosas, como a un banderín de hockey clavado bien tenso en alguna pared, o una fotografía desteñida que perpetuaba unas caras ausentes en una nebulosa excursión a Bañolas, un día de mucho frío, o a un pequeño bar del Paseo de Gracia, mucho después, cuando ya ella preparaba el trousseau de novia y le regalaba corbatas el día de su santo.

La cantante agradeció los aplausos con una sonrisa. La gente intentaba ahora bailar, excepto un grupito que bebía y conversaba con el barman y con la muchacha que acababa de terminar su número. Reinaba una media luz sucia y gastada.

Penetrado por la sombras, detrás del gran monumento a Napoleón, detrás de las campanas de los tranvías, bajo los burdeles de todas las ciudades del mundo, necesitaba ahora, en su último momento de lucidez, buscar la luz, engañar a aquella presencia, acercarla fuese como fuese, si era menester, a la luz clara y purificadora, a esa luz que a veces rasgaba las tinieblas. Tenía que haber luz en algún lado. A él le parecía que así tenía que ser forzosamente.

Muy lejos, seguramente a diez millas de distancia, alguien o algo reptaba por la alfombra. Dejó atrás las dos butacas y se incorporó poco a poco. Era como un babeo o como un

^[1] "No hay en mí miembro que no sea golpeado, retorcido y torturado por los demonios, v siempre estoy enferma, y siempre asustada y llena de vivos dolores en todos los miembros. (N. del T.)

borborigmo inconfesable. De él emanaba un resplandor lívido. Como una alucinación de Lovecraft.

[El Regreso](#)
[De Rafael Dieste](#)

Sentada al amor de la lumbre, donde un pequeño fuego todavía se esfuerza en hacerle compañía, la vieja Resenda tiene fijo el pensamiento en lejanos recuerdos, y puede que en algún presagio que esa noche le espantó el sueño. A veces se mueve un poco, escucha, y en seguida retorna a su embeleso...

Le quedó el nombre de Resenda porque su difunto marido era el señor Resende, y también como un modo de guardarle respeto.

Aún trabajaba el viejo cuando el mozo gallardo, su Andresiño, regalo de la casa, se fue en grey con otros, mordiendo un clavel, a tierras de Morería. Poco supieron decir de él los otros. Sí, lo habían visto por allá. Pero, debéis tener en cuenta... Allá no es como aquí. Millares y millares de hombres, una romería impresionante. Unos yendo hacia adelante, otros aguantando la sed en la cumbre de un cerro, o transportando los víveres... ¿Quién habla de muerte? Se sabría. Y venía entonces el tejer y destejer sospechas, conjeturas: casos de los que se pierden, de cautivos, de los que andan en secretas encomiendas. Con aquellas historias la ansiedad de los viejos se entretenía. Pero el tiempo corría... En fin, se dejó de hablar del asunto, y pronto el viejo perdió los ánimos y aquel amor a la tierra que levanta a los labradores. No duró mucho. Un día sintió frío y se encogió en el lecho con el deseo de un largo, infinito reposo, el rostro perdido en no se sabe qué lejano amanecer. Estuvo encamado una temporada, sin ningún deseo de hablar. Un día llamó a la compañera a su lado, le apretó la mano y, muy bajo, murmuró: No vuelve...

Aquella noche el viejo moría.

La vieja Resenda quedó sola, sola. Pero en su espíritu una palabra única se levantó para nunca más ser derribada. El viejo agonizante había dicho: No vuelve. Ella, con una seguridad hecha de anhelos y presentimientos, dijo: ¡Vuelve! Y esperó a lo largo de muchos inviernos...

Un andar suave, amortiguado, se deslizó por el piso de arriba.

Después el portón de la cocina se abrió un poco, silencioso y cauto. Pero de repente se cerró y batió violentamente en el marco de perpiño.

Los sueños de la anciana huyeron. Con los ojos encendidos levantó la cabeza y se puso a escuchar...

Todo enmudece en la casa a no ser las pisadas blandas, leves.

-¿Quién anda ahí? -gritó. Y su propia voz sin respuesta la llenó de extrañeza.

Se sintió sola por vez primera, y como pasmada, todavía más que atemorizada, de aquella soledad.

Entonces comenzó a llamar al hijo como si estuviera allí adormilado, con la mira de espantar al ladrón, pero también para sentirse menos desamparada:

-¡Despierta, perezoso, que anda gente por la casa! Coge esa hacha y corre a ese lobicán que viene a robar a los pobres. Para una corteza de pan que ha de encontrar en el horno es capaz de estrangularme.

La voz se le ovilló. Alguien parecía ahora empujar la puerta desde fuera con esa lentitud astuta de los gatos o del viento tramposo. Chirriaron de improviso los goznes, con un lamento de pereza importunada, y la puerta quedó franca. Allí, deteniendo el paso, como para dar tiempo a la madre para serenarse, estaba, erguido y alegre, el hijo de la vieja Resenda. El resplandor del pequeño fuego, que en aquel instante se avivó de súbito, relampagueó en su rostro. Era el de siempre... Los dientes, mozos, mordían todavía el clavel.

Alguna mujer que pasó volando junto a la casa, sintió gritar a la vieja el nombre de su hijo. Otros dicen que la sintieron hablar a deshora, y hasta canturrear mientras iba y venía. Otros (tiempo después) que un mendigo forastero, sospechoso, había estado espionando un ventanuco de la casa, encima de un emparrado, para ver dónde escondía la vieja unas onzas de oro que, según rumor corrido por la aldea, tenía costumbre de contar diciendo: Las

guardé para ti, hijo mío. Pasé malos años, pero aquí están. Y se dice que ese mendigo nada pudo decir de semejante oro... Sí del terrible acontecimiento, y que fue a confesarse muy arrepentido.

Al día siguiente -ya no calentaba el sol- los vecinos llamaron hasta hartarse en la puerta de la casa silenciosa. Finalmente decidieron, después de hablar en grupo con la alegría inconfesada de las alarmas insólitas, echar la puerta abajo. Por el hueco que abrieron los empujones del más corpulento se colaron todos.

Muy pronto dieron con la vieja Resenda. A poco trecho del hogar la encontraron tendida en el suelo, con los ojos tan abiertos que no parecía que estuviese muerta.

De Andrés nunca se supo. Todos dicen que fue comido por los cuervos en tierras de Morería.

[El Caracol Del Jardín Misterioso](#)

[De Raúl Torres](#)

De la parte del sol vi venir una
enseña blanca, resplandeciente.
(JUAN RUIZ, Arcipreste de Hita).

Las voces de los niños sonaban debajo de la noguera que alguna vez denominó "de los dulces destinos". Allí fue donde besó por primera vez a la única Angeles, y un verano de profundo y profuso calor concluyó "El final de las aptitudes", que le valió el premio de la Academia Romana. Desde allí también, acaso otro verano de los infinitos, descubrió el dólmen disimulado, rodeado de rocas miméticas, absolutamente clandestino desde los inicios del mar de piedra en que se había convertido la inmensa hoz del río.

Advirtió que las voces infantiles se iban excitando y se levantó indolente; en el cruce sobre los surcos, cortos y precisos, eligió un haba de aspecto delicioso, la peló y fue sacando los granos aún jóvenes de la vaina verde. Mientras avanzaba hacia las flores moradas, las rojas y las blancoamarillas del bancal del tío Mingarra.

-¿Qué pasa? -indagó sonriente, mientras se llevaba uno de los frutos a la boca, degustando la verdura.

Se había hecho el silencio en la hoz. A lo lejos sólo sonaba la escasez del río, acariciando las vincas, los juncos y las ramas más caídas, desmayadas, de los sauces.

-!Un caracol! !Un caracol! -respondieron a coro los niños, mientras intentaban seguirle la pista muy despacio.

-!Un caracol! -sonrió con ganas- ¿No estaréis pensando que os va a comer?

-!No, no! !Es que se ríe! -aseguró Jaime, con la mirada perdida entre la hierbabuena, la albahaca, el perejil, las adelfas y las primeras nueces todavía dentro del caparazón verdoso.

-!No, no! !Es que se llora! -dijo Luz, con las pupilas envueltas en una sonrisa.

El caracol se deslizaba con lentitud, a la búsqueda quizá de paraísos desconocidos.

-Se va -señaló Jaime con el dedo.

-Pero volverá; viene por aquí todos los días -dijo Luz.

-¿Crees que será el mismo?

Los apaciguó con las manos extendidas. Con una sonrisa.

-Nunca os enseñé que un caracol riera o llorara. Creo que no -hizo como si titubeara- ¿O sí?

-Si le doy col, reirá -observó Jaime un tanto seguro- ¡Vamos, cre yo!

-Y si lo piso, llorará -se atrevió a decir Luz, sin osar siquiera levantar su pie, envuelto en sandalias azules, como si quisiera contrastar con la inmensidad del verde de la huerta.

Pensó que el infinito nace alguna vez al lado de un río. Pensó que hacía ya setenta años (acaso cuando murió Isadora Duncan en algún lugar del Mediterráneo, y se hundió el "Titanic", muy cerca de algún Polo terrestre y existía según cuenta Juan Perucho en sus Laberintos, Etchmiadzin, la vieja capital del rey Tiridate -su pensamiento volaba- y alguna otra ciudad cuyo nombre no recordaba, descrita por Valery en sus correrías por el Mar Rojo). Hacía ya setenta años, justo en el mismo jardín, en la misma huerta, en ésta, con los laureles incipientes entonces, y las nogueras recién plantadas, y los primeros arces y los primeros pinos, y los mismos colores atravesando el río, cuando él dijo a su abuelo que otro caracol lloraba. ¿O tal vez reía? La verdad, no conseguía acercarse al pensamiento, la sonrisa del caracol.

-La historia se repite -murmuró.

-!Cuenta ese cuento! -pidió a gritos Luz, en uno de sus característicos mohines, como si fuera una piel roja de las que veía a menudo en televisión.

-Yo tuve un caracol como éste y un abuelo... No logro recordar muy bien, pero también le pregunté que si el caracol reía. Pero podéis comprender que de eso hace ya mucho tiempo.

-¿Es importante ser caracol, abuelo? -Luz puso su manita en la de él y la restregó bien, como si quisiera abundar en la pregunta.

-Sin duda.

-Yo quiero ser caracol -dijo Jaime, que le había arrebatado la otra mano-; pero también quiero ser abuelo.

-Pues lo serás.

Lo miró con intensidad; quizá le encontró los rasgos en la cara. Acaso se parecía, a su vez, al otro abuelo de los años veinte. Llevaba el mensaje, la magia de la creación en la piel, en el vértigo de los ojos. Sí, los humanos acababan casi siempre siendo abuelo; pero, ¿y los caracoles?

-A mí me gustaría ser princesa, abuelo; ¿podré?

-Hay que tener cuidado con lo que se desea, Luz, porque puede obtenerse.

-¿Tú que deseas?

¿Desea? por encima de los girasoles flotaba una ligera neblina. La luz era un respiro o acaso la víspera del incendio, en palabras de Borges cuando hablaba de "La escritura de Dios2. ¿Desea? ¿Qué? Buscar la palabra, la idea, el pensamiento. Aquella era la primera tarde de un mundo nuevo; la primera palabra del poema sobre la arena, sobre el pólen, sobre el caracol huyendo hacia la selva interminable de las hierbas tan cercanas.

-¿Qué deseas, abuelo?

-Yo quiero vivir un día más con vosotros. Ver una noche más las estrellas. Amanecer mañana y oír cómo se ríe el caracol.

-Pero siempre amanece mañana, ¿no, abuelo?

-Sí, sí...

-Eso es fácil, abuelo, todos los días ocurre. ¿No te acuerdas? Siempre ocurre, y mañana buscaremos otro caracol para reírnos de él. Puede ser que acabemos hablando con él, abuelo. ¡Verás como sí, abuelo!- se explicó Luz.

-¿Sabes, Luz? Puedes ser princesa si finges ser princesa. Eso no debe ser difícil. Cuando seas mayor, alguna vez recordarás que fuiste princesa. Eso te gustará. Bueno, ser princesa o gaviota en Estambul, que también te gustan las gaviotas- sonrió mientras le apretaba la mano.

-Bueno, vale; lo acepto -ahora imitó a su madre-. Tal vez sueñe esta noche; me gusta eso que me dices, abuelo. Si lo sueño, seré princesa en sueños.

-Por supuesto, tus sueños son sólo tuyos.

Jaime siguió los laberintos del caracol, camino ahora de un desierto verde. El caracol, inmerso en su lentitud, se desvaneció debajo de los olivos, entre la albahaca, el tomillo, las madre selvas trepadoras que, en conjunto, daban la imagen de una ciudad distinta, transparente, entre basas arbóreas e iconostasios fosilizados en el interior de la caliza.

-¡Adiós caracol! -gritó Jaime, corriendo hasta los linderos de la selva diminuta.

-¡Adiós! -gritó también Luz.

-Mejor, decid hasta mañana, ¿no?

-Claro.

-¿Sabes lo que te digo, abuelo?

Pensó una vez más sobre la noche, sobre el secreto de los epitafios; se imaginó los últimos gritos de los pájaros, encerrados en las habitaciones del denso y acogedor laurel. Pensó en la heterodoxia de la luz cenital, alumbrando los altos cerros fantasmales; luz incierta ya sobre el riachuelo del jardín, que se ensombrecía por momentos.

-¿Qué me dices? -sonrió a Jaime, casi sin prestarle atención; pero mirándolo con el rabillo del ojo.

-Yo lo que quiero es ser abuelo antes que caracol. Quiero ser abuelo como tú.

-No te atormentes por eso, no te preocupes, Jaime. Seguro que lo serás; pero dentro de muchos años, cuando te lo merezcas.

Luz vino trotando con algo que bailaba en la palma estrecha de su mano: el caracol bailaba una danza extraña, pero no se caía.

-Abuelo, abuelo, -reclamó su atención-, ¿los caracoles tienen trenes?

-Pues verás, Luz; es algo difícil de explicar. Es posible... ¿por qué lo preguntas?

-Quisiera subir en ese tren y llegar al mar, abuelo.

-Sé por qué lo dices. Lo sé. -Jaime se emocionó.

-¡Vamos, vamos! Quiero explicaciones. ¿Qué pasa?- sonrió el abuelo.

- Tú nos dijiste en Navidad que nos llevarías al mar en tren, que el tren se entraría en las olas y, flotando, flotando, llegaríamos a América.

-¡No dijo a América, niña tonta! Dijo a algún sitio que ya no existía, a la tierra de Ulises, toda cubierta de sirenas y gentes con cera en los oídos. Y había cerdos.

-Pero aquello era un cuento, Jaime. Un cuento de Navidad; pensé que lo habías entendido.

-Lo entendí; de verdad.

-Os lo explicaré de nuevo: es verdad, hay trenes de fresa, de naranjas, de dulces y de chocolate.

-Que también es dulce, abuelo.

-Por supuesto, por supuesto. Y hasta es posible que los haya de caracoles. Lo iremos descubriendo verano a verano.

-¿Hasta un siglo?

-Más o menos.

-Tal vez si lo sueño esta noche -Jaime se explicó con mucha claridad-, si yo lo sueño esta noche, mañana por la mañana tengamos un tren en la puerta de la casa, y una estación a la orilla del río; y la gente venga a verlo.

-Ya sabes que los sueños son posibles a veces. Suéñalo. Sonó la voz de la madre desde la ventana emparada. Era la hora de la merienda y a él, antes de no sabía qué, le hubiera gustado adentrarse en la diminuta selva verde. Entrar a las cachoneras de los caracoles y pedirle que inventaran un tren de conchas, de viviendas de caracol para que sus nietos pudieran tomarlo y acercarse al mar.

-Abuelo, ven con nosotros; mamá te ha preparado tu té -escuchó la voz chillona de Jaime, muy en la lejanía.

Le zumbaron los oídos, ¿un rumor de abejas? "Ya estas ahí", -se dijo. Cayó fulminado y su cabeza aplastó la blanca concha del caracol que se iba río arriba.

Lo esperaron en vano. La madre intentó ocultar su preocupación con frases vagas.

-Él todos los días da un largo paseo hasta el nacimiento del río. No son más de tres kilómetros. Está al llegar.

-¿Sabes mamá, que el abuelo nos llevará al mar en un tren de caracoles?

-Lo sé, lo sé; el abuelo es capaz de eso y de muchas más cosas.

-Pero está tardando mucho. Quiero que me cuente lo de las sirenas antes de acostarme.

-Seguro que llega a tiempo. Ya conoces al abuelo; siempre cumple su palabra.

Cuando atardecía, los padres y los niños salieron de la casa para buscarlo. Estaba el sol tropezando en las mil figuras del bestiario de las rocas; era brillante y débil. Jaime dio un grito espontáneo pronunciando su nombre. Él mismo se aterrorizó.

Tal vez se había dormido y quiso guarecerse de los últimos rayos de sol, porque los pies cubiertos con las zapatillas deportivas, asomaban como punto de referencia entre las flores apagadas.

-No te asustes, cariño. Debe estar dormido. Estas noches pasadas tenía insomnio; me lo contó esta mañana en el desayuno -el hombre le apretó la mano.

-¡Dios mío, papá!- exclamó ella, teniendo un mal presentimiento.

-!Quietos! !No deis un paso más!

-Mira, papá, son los caracoles -señaló Luz con la mano. Miles de caracoles acudían de la selva intrincada de las flores. Iban cercando el cadáver del abuelo que, con seguridad, debía estar sonriendo; se diría que de un momento a otro, lo iban a trasladar a algún otro sitio, porque tiraban de él desde todos los puntos posibles del cuerpo menos del rostro. De pronto, de forma inexplicable, empezó a llover.

-Mamá, papá. -empezó Jaime a llorar-, quieren llevárselo al tren del mar. Él nos lo había contado.

[El Inquisidor](#)

-
[De Francisco Ayala](#)

¡Qué regocijo! ¡qué alborozo! ¡Qué músicas y cohetes! El Gran Rabino de la judería, varón de virtudes y ciencia sumas, habiendo conocido al fin la luz de la verdad, prestaba su cabeza al agua del bautismo; y la ciudad entera hacía fiesta.

Aquel día inolvidable, al dar gracias a Dios Nuestro Señor, dentro ya de su iglesia, sólo una cosa hubo de lamentar el antiguo rabino; pero ésta ¡ay! desde el fondo de su corazón: que a su mujer, la difunta Rebeca, no hubiera podido extenderse el bien de que participaban con él, en cambio, felizmente, Marta, su hija única, y los demás familiares de su casa, bautizados todos en el mismo acto con mucha solemnidad. Esa era su espina, su oculto dolor en día tan glorioso; ésa, y -¡sí, también!- la dudosa suerte (o más que dudosa, temible) de sus mayores, línea ilustre que él había reverenciado en su abuelo, en su padre, generaciones de hombres religiosos, doctos y buenos, pero que, tras la venida del Mesías, no habían sabido reconocerlo y, durante siglos, se obstinaron en la vieja, derogada Ley.

Preguntábase el cristiano nuevo en méritos de qué se le había otorgado a su alma una gracia tan negada a ellos, y por qué designio de la Providencia, ahora, al cabo de casi los mil y quinientos años de un duro, empecinado y mortal orgullo, era él, aquí, en esta pequeña ciudad de la meseta castellana -él sólo, en toda su dilatada estirpe- quien, después de haber regido con ejemplaridad la venerable sinagoga, debía dar este paso escandaloso y bienaventurado por el que ingresaba en la senda de salvación. Desde antes, desde bastante tiempo antes de declararse converso, había dedicado horas y horas, largas horas, horas incontables, a estudiar en términos de Teología el enigma de tal destino. No logró descifrarlo. Tuvo que rechazar muchas veces como pecado de soberbia la única solución plausible que le acudía a las mientes, y sus meditaciones le sirvieron tan sólo para persuadirlo de que tal gracia le imponía cargas y le planteaba exigencias proporcionadas a su singular magnitud; de modo que, por lo menos, debía justificarla a posteriori con sus actos. Claramente comprendía estar obligado para con la Santa Iglesia en mayor medida que cualquier otro cristiano. Dio por averiguado que su salvación tenía que ser fruto de un trabajo muy arduo en pro de la fe; y resolvió --como resultado feliz y repentino de sus cogitaciones- que no habría de considerarse cumplido hasta no merecer y alcanzar la dignidad apostólica allí mismo, en aquella misma ciudad donde había ostentado la de Gran Rabino, siendo así asombro de todos los ojos y ejemplo de todas las almas.

Ordenóse, pues, de sacerdote, fue a la Corte, estuvo en Roma y, antes de pasados ocho años, ya su sabiduría, su prudencia, su esfuerzo incansable, le proporcionaron por fin la mitra de la diócesis desde cuya sede episcopal serviría a Dios hasta la muerte. Lleno estaba de escabrosísimos pasos -más, tal vez, de lo imaginable- el camino elegido; pero no sucumbió; hasta puede afirmarse que ni siquiera llegó a vacilar por un instante. El relato actual corresponde a uno de esos momentos de prueba. Vamos a encontrar al obispo, quizás, en el día más atroz de su vida. Ahí lo tenemos, trabajando, casi de madrugada. Ha cenado muy poco: un bocado apenas, sin levantar la vista de sus papeles. Y empujando luego el cubierto a la punta de la mesa, lejos del tintero y los legajos, ha vuelto a enfrascarse en la tarea. A la punta de la mesa, reunidos aparte, se ven ahora la blanca hogaza de cuyo canto falta un cuscurro, algunas ciruelas en un plato, restos en otro de carne fiambre, la jarrita del vino, un tarro de dulce sin abrir... Como era tarde, el señor obispo había despedido al paje, al secretario, a todos, y se había servido por sí mismo su colación. Le gustaba hacerlo así; muchas noches solía quedarse hasta muy tarde, sin molestar a ninguno. Pero hoy, difícilmente hubiera podido soportar la presencia de nadie;

necesitaba concentrarse, sin que nadie lo perturbara, en el estudio del proceso. Mañana mismo se reunía bajo su presidencia el Santo Tribunal; esos desgraciados, abajo, aguardaban justicia, y no era él hombre capaz de rehuir o postergar el cumplimiento de sus deberes, ni de entregar el propio juicio a pareceres ajenos: siempre, siempre, había examinado al detalle cada pieza, aun mínima, de cada expediente, había compulsado trámites, actuaciones y pruebas, hasta formarse una firme convicción y decidir, inflexiblemente, con arreglo a ella. Ahora, en este caso, todo lo tenía reunido ahí, todo estaba minuciosamente ordenado y relatado ante sus ojos, folio tras folio, desde el comienzo mismo, con la denuncia sobre el converso Antonio Maria Lucero, hasta los borradores para la sentencia que mañana debía dictarse contra el grupo entero de judaizantes complicados en la causa. Ahí estaba el acta levantada con la detención de Lucero, sorprendido en el sueño y hecho preso en medio del consternado revuelo de su casa; las palabras que había dejado escapar en el azoramiento de la situación -palabras, por cierto, de significado bastante ambiguo- ahí constaban. Y luego, las sucesivas declaraciones, a lo largo de varios meses de interrogatorios, entrecortada alguna de ellas por los ayes y gemidos, gritos y súplicas del tormento, todo anotado y transcrito con escrupulosa puntualidad. En el curso del minucioso procedimiento, en las diligencias premiosas e innumerables que se siguieron, Lucero había negado con obstinación irritante; había negado, incluso, cuando le estaban retorciendo los miembros en el potro. Negaba entre imprecaciones; negaba entre imploraciones, entre lamentos; negaba siempre. Mas - otro, acaso, no lo habría notado; a él ¿cómo podía escapársele?- se daba buena cuenta el obispo de que esas invocaciones que el procesado había proferido en la confusión del ánimo, entre tinieblas, dolor y miedo, contenían a veces, sí, el santo nombre de Dios envuelto en aullidos y amenazas; pero ni una sola apelaban a Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen o los Santos, de quienes, en cambio, tan devoto se mostraba en circunstancias más tranquilas...

Al repasar ahora las declaraciones obtenidas mediante el tormento -diligencia ésta que, en su día, por muchas razones, se creyó obligado a presenciar el propio obispo- acudió a su memoria con desagrado la mirada que Antonio María, colgado por los tobillos, con la cabeza a ras del suelo, le dirigió desde abajo. Bien sabía él lo que significaba aquella mirada: contenía una alusión al pasado, quería remitirse a los tiempos en que ambos, el procesado sometido a tortura y su juez, obispo y presidente del Santo Tribunal, eran aún judíos; recordarle aquella ocasión ya lejana en que el orfebre, entonces un mozo delgado, sonriente, se había acercado respetuosamente a su rabino pretendiendo la mano de Sara, la hermana menor de Rebeca, todavía en vida, y el rabino, después de pensarlo, no había hallado nada en contra de ese matrimonio, y había celebrado él mismo las bodas de Lucero con su cuñada Sara. Sí, eso pretendían recordarle aquellos ojos que brillaban a ras del suelo, en la oscuridad del sótano, obligándole a hurtar los suyos; esperaban ayuda de una vieja amistad y un parentesco en nada relacionados con el asunto de autos. Equivalía, pues, esa mirada a un guiño indecente, de complicidad, a un intento de soborno; y lo único que conseguía era proporcionar una nueva evidencia en su contra, pues ¿no se proponía acaso hablar y conmover en el prelado que tan penosamente se desvelaba por la pureza de la fe al judío pretérito de que tanto uno como otro habían ambos abjurado?

Bien sabía esa gente, o lo suponían -pensó ahora el obispo- cuál podía ser su lado flaco, y no dejaban de tantear, con sinuosa pertinacia, para acercársele. ¿No había intentado, ya al comienzo -y ¡qué mejor prueba de su mala conciencia! ¡qué confesión más explícita de que no confiaban en la piadosa justicia de la Iglesia!-, no habían intentado blandearlo por la mediación de Marta, su hijita, una criatura inocente, puesta así en juego?... Al cabo de

tantos meses, de nuevo suscitaba en él un movimiento de despecho el que así se hubieran atrevido a echar mano de lo más respetable: el candor de los pocos años. Disculpada por ellos, Marta había comparecido a interceder ante su padre en favor del Antonio María Lucero, recién preso entonces por sospechas. Ningún trabajo costó establecer que lo había hecho a requerimientos de su amiga de infancia y -torció su señoría el gesto- prima carnal, es cierto, por parte de madre, Juanita Lucero, aleccionada a su vez, sin duda, por los parientes judíos del padre, el converso Lucero, ahora sospechoso de judaizar. De rodillas, y con palabras quizás aprendidas, había suplicado la niña al obispo. Una tentación diabólica; pues, ¿no son, acaso, palabras del Cristo: El que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí?

En alto la pluma, y perdidos los ojos miopes en la penumbrosa pared de la sala, el prelado dejó escapar un suspiro de la caja de su pecho: no conseguía ceñirse a la tarea; no podía evitar que la imaginación se le huyera hacia aquella su hija única, su orgullo y su esperanza, esa muchachita frágil, callada, impetuosa, que ahora, en su alcoba, olvidada del mundo, hundida en el feliz abandono del sueño, descansaba, mientras velaba él arañando con la pluma el silencio de la noche. Era -se decía el obispo- el vástago postrero de aquella vieja estirpe a cuyo dignísimo nombre debió él hacer renuncia para entrar en el cuerpo místico de Cristo, y cuyos últimos rastros se borrarían definitivamente cuando, llegada la hora, y casada -si es que alguna vez había de casarse- con un cristiano viejo, quizás ¿por qué no? de sangre noble, criara ella, fiel y reservada, laboriosa y alegre, una prole nueva en el fondo de su casa... Con el anticipo de esta anhelada perspectiva en la imaginación, volvió el obispo a sentirse urgido por el afán de preservar a su hija de todo contacto que pudiera contaminarla, libre de acechanzas, aparte; y, recordando cómo habían querido valerse de su pureza de alma en provecho del procesado Lucero, la ira le subía a la garganta, no menos que si la penosa escena hubiera ocurrido ayer mismo. Arrodillada a sus plantas, veía a la niña decirle: «Padre: el pobre Antonio María no es culpable de nada; yo, padre -¡ella! ¡la inocente!-, yo, padre, sé muy bien que él es bueno. ¡Sálvalol!» Sí, que lo salvara. Como si no fuera eso, eso precisamente, salvar a los descarriados, lo que se proponía la Inquisición... Aferrándola por la muñeca, averiguó en seguida el obispo cómo había sido maquinada toda la intriga, urdida toda la trama: señuelo fue, es claro, la afligida Juanica Lucero; y todos los parientes, sin duda, se habían juntado para fraguar la escena que, como un golpe de teatro, debería, tal era su propósito, torcer la conciencia del dignatario con el sutil soborno de las lágrimas infantiles. Pero está dicho que si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti. El obispo mandó a la niña, como primera providencia, y no para castigo sino más bien por cautela, que se recluyera en su cuarto hasta nueva orden, retirándose él mismo a cavilar sobre el significado y alcance de este hecho: su hija que comparece a presencia suya y, tras haberle besado el anillo y la mano, le implora a favor de un judaizante; y concluyó, con asombro, de allí a poco, que, pese a toda su diligencia, alguna falla debía tener que reprocharse en cuanto a la educación de Marta, pues que pudo haber llegado a tal extremo de imprudencia.

Resolvió entonces despedir al preceptor y maestro de doctrina, a ese doctor Bartolomé Pérez que con tanto cuidado había elegido siete años antes y del que, cuando menos, podía decirse ahora que había incurrido en lenidad, consintiendo a su pupila el tiempo libre para vanas conversaciones y una disposición de ánimo proclive a entretenerse en ellas con más intervención de los sentimientos que del buen juicio.

El obispo necesitó muchos días para aquilatar y no descartar por completo sus escrúpulos. Tal vez -temía-, distraído en los cuidados de su diócesis, había dejado que se le metiera el

mal en su propia casa, y se clavara en su carne una espina de ponzoña. Con todo rigor, examinó de nuevo su conducta. ¿Había cumplido a fondo sus deberes de padre? Lo primero que hizo cuando Nuestro Señor le quiso abrir los ojos a la verdad, y las puertas de su Iglesia, fue buscar para aquella triste criatura, huérfana por obra del propio nacimiento, no sólo amas y criadas de religión irreprochable, sino también un preceptor que garantizara su cristiana educación. Apartarla en lo posible de una parentela demasiado nueva en la fe, encomendarla a algún varón exento de toda sospecha en punto a doctrina y conducta, tal había sido su designio. El antiguo rabino buscó, eligió y requirió para misión tan delicada a un hombre sabio y sencillo, este Dr. Bartolomé Pérez, hijo, nieto y biznieto de labradores, campesino que sólo por fuerza de su propio mérito se había erguido en el pegujal sobre el que sus ascendientes vivieron doblados, había salido de la aldea y, por entonces, se desempeñaba, discreto y humilde -tras haber adquirido eminencia en letras sagradas-, como coadjutor de una parroquia que proporcionaba a sus regentes más trabajo que frutos. Conviene decir que nada satisfacía tanto en él al ilustre converso como aquella su simplicidad, el buen sentido y el llano aplomo labriego, conservados bajo la ropa talar como un núcleo indestructible de alegre firmeza. Sostuvo con él, antes de confiarle su intención, tres largas pláticas en materia de doctrina, y le halló instruido sin alarde, razonador sin sutilezas, sabio sin vértigo, ansiedad ni angustia. En labios del Dr. Bartolomé Pérez lo más intrincado se hacía obvio, simple... Y luego, sus cariñosos ojos claros prometían para la párvula el trato bondadoso y la ternura de corazón que tan familiar era ya entre los niños de su pobre feligresía. Aceptó, en fin, el Dr. Pérez la propuesta del ilustre converso después que ambos de consuno hubieron provisto al viejo párroco de otro coadjutor idóneo, y fue a instalarse en aquella casa donde con razón esperaba medrar en ciencia sin mengua de la caridad; y, en efecto, cuando su patrono recibió la investidura episcopal, a él, por influencia suya, le fue concedido el beneficio de una canonjía. Entre tanto, sólo plácemes suscitaba la educación religiosa de la niña, dócil a la dirección del maestro. Mas, ahora... ¿cómo podía explicarse esto?, se preguntaba el obispo; ¿qué falla, qué fisura venía a revelar ahora lo ocurrido en tan cuidada, acabada y perfecta obra? ¿Acaso no habría estado lo malo, precisamente, en aquello -se preguntaba- que él, quizás con error, con precipitación, estimara como la principal ventaja: en la seguridad confiada y satisfecha del cristiano viejo, dormido en la costumbre de la fe? Y aun pareció confirmarlo en esta sospecha el aire tranquilo, apacible, casi diríase aprobatorio con que el Dr. Pérez tomó noticia del hecho cuando él le llamó a su presencia para echárselo en cara. Revestido de su autoridad impenetrable, le había llamado; le había dicho: «Óigame, doctor Pérez; vea lo que acaba de ocurrir: hace un momento, Marta, mi hija ... » Y le contó la escena sumariamente. El Dr. Bartolomé Pérez había escuchado, con preocupado ceño; luego, con semblante calmo y hasta con un esbozo de sonrisa. Comentó: «Cosas, señor, de un alma generosa»; ése fue su solo comentario. Los ojos miopes del obispo lo habían escrutado a través de los gruesos vidrios con estupefacción y, en seguida, con rabiosa severidad. Pero él no se había inmutado; él -para colmo de escándalo- le había dicho, se había atrevido a preguntarle: «Y su señoría... ¿no piensa escuchar la voz de la inocencia?» El obispo -tal fue su conmoción- prefirió no darle respuesta de momento. Estaba indignado, pero, más que indignado, el asombro lo anonadaba ¿Qué podía significar todo aquello? ¿Cómo era posible tanta obcecación? O acaso hasta su propia cámara -¡sería demasiada audacia!-, hasta el pie de su estrado, alcanzaban... aunque, si se habían atrevido a valerse de su propia hija, ¿por qué no podían utilizar también a un sacerdote, a un cristiano viejo?... Consideró con extrañeza, como si por primera vez lo viese, a aquel campesino rubio que estaba allí, impertérrito, indiferente, parado ante él, firme como una peña (y, sin poderlo remediar, pensó: ¡bruto) a aquel doctor y sacerdote que no era sino un patán, adormilado en la costumbre de la fe y, en el fondo último de todo su saber, tan inconsciente como un asno.

En seguida quiso obligarse a la compasión: había que compadecer más bien esa flojedad, despreocupación tanta en medio de los peligros. Si por esta gente fuera -pensó- ya podía perderse la religión: veían crecer el peligro por todas partes, y ni siquiera se apercebían... El obispo impartió al Dr. Pérez algunas instrucciones ajenas al caso, y lo despidió; se quedó otra vez solo con sus reflexiones. Ya la cólera había cedido a una lúcida meditación. Algo que, antes de ahora, había querido sospechar varias veces, se le hacía ahora evidentísimo: que los cristianos viejos, con todo su orgulloso descuido, eran malos guardianes de la ciudadela de Cristo, y arriesgaban perderse por exceso de confianza. Era la eterna historia, la parábola, que siempre vuelve a renovar su sentido. No, ellos no veían, no podían ver siquiera los peligros, las acechanzas sinuosas, las reptantes maniobras del enemigo, sumidos como estaban en una culpable confianza. Eran labriegos bestiales' paganos casi, ignorantes, con una pobre idea de la divinidad, mahometanos bajo Mahoma y cristianos bajo Cristo, según el aire que moviera las banderas; o si no, esos señores distraídos en sus querellas mortales, o corrompidos en su pacto con el mundo, y no menos olvidados de Dios. Por algo su Providencia le había llevado a él -y ojalá que otros como él rigieran cada diócesis- al puesto de vigía y capitán de la fe; pues, quien no está prevenido, ¿cómo podrá contrarrestar el ataque encubierto y artero, la celada, la conjuración sorda dentro de la misma fortaleza? Como un aviso, se presentaba siempre de nuevo a la imaginación del buen obispo el recuerdo de una vieja anécdota doméstica oída mil veces de niño entre infalibles carcajadas de los mayores: la aventura de su tío-abuelo, un joven díscolo, un tarambana, que, en el reino moro de Almería, habría abrazado sin convicción el mahometismo, alcanzando por sus letras y artes a ser, entre aquellos bárbaros, muecín de una mezquita. Y cada vez que, desde su eminente puesto, veía pasar por la plaza a alguno de aquellos parientes o conocidos que execraban su defección, esforzaba la voz y, dentro de la ritual invocación coránica, La ílahá illá llah, injería entre las palabras árabes una ristra de improperios en hebreo contra el falso profeta Mahoma, dándoles así a entender a los judíos cuál, aunque indigno, era su creencia verdadera, con escarnio de los descuidados y piadosos moros perdidos en zalemas... Así también, muchos conversos falsos se burlaban ahora en Castilla, en toda España, de los cristianos incautos, cuya incomprensible confianza sólo podía explicarse por la tibieza de una religión heredada de padres a hijos, en la que siempre habían vivido y triunfado, descansando, frente a las ofensas de sus enemigos, en la justicia última de Dios. Pero ¡ah! era Dios, Dios mismo, quien lo había hecho a él instrumento de su justicia en la tierra, a él que conocía el campamento enemigo y era hábil para descubrir sus espías, y no se dejaba engañar con tretas, como se engañaba a esos laxos creyentes que, en su flojedad, hasta cruzaban (a eso habían llegado, sí, a veces: él los había sorprendido, los había interpretado, los había descubierto), hasta llegaban a cruzar miradas de espanto -un espanto lleno, sin duda, de respeto, de admiración y reconocimiento, pero espanto al fin- por el rigor implacable que su prelado desplegaba en defensa de la Iglesia. El propio Dr. Pérez ¿no se había expresado en más de una ocasión con reticencia acerca de la actividad depuradora de su Pastor?

-Y, sin embargo, si el Mesías había venido y se había hecho hombre y había fundado la Iglesia con el sacrificio de su sangre divina ¿cómo podía consentirse que perdurara y creciera en tal modo la corrupción, como si ese sacrificio hubiera sido inútil?

Por lo pronto, resolvió el obispo separar al Dr. Bartolomé Pérez de su servicio. No era con maestros así como podía dársele a una criatura tierna el temple requerido para una fe militante, asediada y despierta; y, tal cual lo resolvió, lo hizo, sin esperar al otro día. Aun en el de hoy, se sentía molesto, recordando la mirada límpida que en la ocasión le dirigiera el Dr. Pérez. El Dr. Bartolomé Pérez no había pedido explicaciones, no había mostrado ni

desconcierto ni enojo: la escena de la destitución había resultado increíblemente fácil; ¡tanto más embarazosa por ello! El preceptor había mirado al señor obispo con sus ojos azules, entre curioso y, quizás, irónico, acatando sin discutir la decisión que así lo apartaba de las tareas cumplidas durante tantos años y lo privaba al parecer de la confianza del Prelado. La misma conformidad asombrosa con que había recibido la notificación, confirmó a éste en la justicia de su decreto, que quién sabe si no le hubiera gustado poder revocar, pues, al no ser capaz de defenderse, hacer invocaciones, discutir, alegar y bregar en defensa propia, probaba desde luego que carecía del ardor indispensable para estimular a nadie en la firmeza. Y luego, las propias lágrimas que derramó la niña al saberlo fueron testimonio de suaves afectos humanos en su alma, pero no de esa sólida formación religiosa que implica mayor desprendimiento del mundo cotidiano y precedero.

Este episodio había sido para el obispo una advertencia inestimable. Reorganizó el régimen de su casa en modo tal que la hija entrara en la adolescencia, cuyos umbrales ya pisaba, con paso propio;

y siguió adelante el proceso contra su concuñado Lucero sin dejarse convencer de ninguna consideración humana. Las sucesivas indagaciones descubrieron a otros complicados, se extendió a ellos el procedimiento, y cada nuevo paso mostraba cuánta y cuán honda era la corrupción cuyo hedor se declaró primero en la persona del Antonio María. El proceso había ido creciendo hasta adquirir proporciones descomunales; ahí se veían ahora, amontonados sobre la mesa, los legajos que lo integraban; el señor obispo tenía ante sí, desglosadas, las piezas principales: las repasaba, recapitulaba los trámites más importantes, y una vez y otra cavilaba sobre las decisiones a que debía abocarse mañana el tribunal. Eran decisiones graves. Por lo pronto, la sentencia contra los procesados; pero esta sentencia, no obstante su tremenda severidad, no era lo más penoso; el delito de los judaizantes había quedado establecido, discriminado y probado desde hacía meses, y en el ánimo de todos, procesados y jueces, estaba descontada esta sentencia extrema que ahora sólo faltaba perfilar y formalizar debidamente. Más penoso resultaba el auto de procesamiento a decretar contra el Dr. Bartolomé Pérez, quien, a resultas de un cierto testimonio, había sido prendido la víspera e internado en la cárcel de la Inquisición. Uno de aquellos desdichados, en efecto, con ocasión de declaraciones postreras, extemporáneas y ya inconducentes, había atribuido al Dr. Pérez opiniones bastante dudosas que, cuando menos, descubrían este hecho alarmante: que el cristiano viejo y sacerdote de Cristo había mantenido contactos, conversaciones, quizás con el grupo de judaizantes, y ello no sólo después de abandonar el servicio del prelado, sino ya desde, antes. El prelado mismo, por su parte, no podía dejar de recordar el modo extraño con que, al referirle él, en su día, la intervención de la pequeña Marta a favor de su tío, Lucero, había concurrido casi el Dr. Pérez a apoyar sinuosamente el ruego de la niña. Tal actitud, iluminada por lo que ahora surgía de estas averiguaciones, adquiriría un nuevo significado. Y, en vista de eso, no podía el buen obispo, no hubiera podido, sin violentar su conciencia, abstenerse de promover una investigación a fondo, tal como sólo el procesamiento la consentía. Dios era testigo de cuánto le repugnaba decretarlo: la endiablada materia de este asunto parecía tener una especie de adherencia gelatinosa, se pegaba a las manos, se extendía y amenazaba ensuciarlo todo: ya hasta le daba asco. De buena gana lo hubiera pasado por alto. Mas ¿podía, en conciencia, desentenderse de los indicios que tan inequívocamente señalaban al Dr. Bartolomé Pérez? No podía, en conciencia; aunque supiera, como lo sabía, que este golpe iba a herir de rechazo a su propia hija... Desde aquel día de enojosa memoria -y habían pasado tres años, durante los cuales creció la niña a mujer-, nunca más había vuelto Marta a hablar con su padre sino cohibida y medrosa, resentida quizás, como él creía,

abrumada por el respeto. Se había tragado sus lágrimas; no había preguntado, no había pedido --que él supiera- ninguna explicación. Y, por eso mismo tampoco el obispo se había atrevido, aunque procurase estorbarlo, a prohibirle que siguiera teniendo por confesor al Dr. Pérez. Prefirió más bien -para lamentar ahora su debilidad de entonces- seguir una táctica de entorpecimiento, pues que no disponía de razones válidas con que oponerse abiertamente... En fin, el mal estaba hecho. ¿Qué efecto le produciría a la desventurada, inocente y generosa criatura el enterarse, como se enteraría sin falta, y saber que su confesor, su maestro, estaba preso por sospechas relativas a cuestión de doctrina? -lo que, de otro lado, acaso echara sombras, descrédito, sobre la que había sido su educanda, sobre él mismo, el propio obispo, que lo había nombrado preceptor de su hija... Los pecados de los padres... -pensó, enjugándose la frente.

Una oleada de ternura compasiva hacia la niña que había crecido sin madre, sola en la casa silenciosa, aislada de la vulgar chiquillería, y bajo tina autoridad demasiado imponente, inundó el pecho del dignatario. Echó a un lado los papeles, puso la pluma en la escribanía, se levantó rechazando el sillón hacia atrás, rodeó la mesa y, con andar callado, salió del despacho, atravesó, una tras otra, dos piezas más, casi a tientas, y, en fin, entreabrió con suave ademán la puerta de la alcoba donde Marta dormía. Allí, en el fondo, acompasada, lenta, se, oía su respiración. Dormida, a la luz de la mariposa de aceite, parecía, no una adolescente, sino mujer muy hecha; su mano, sobre la garganta, subía y bajaba con la respiración. Todo estaba quieto, en silencio; y ella, ahí, en la penumbra, dormía. La contempló el obispo un buen rato; luego, con andares suaves, se retiró de nuevo hacia el despacho y se acomodó ante la mesa de trabajo para cumplir, muy a pesar suyo, lo que su conciencia le mandaba. Trabajó toda la noche. Y cuando, casi al rayar el alba, se quedó, sin poderlo evitar, un poco traspuesto, sus perplejidades, su lucha interna, la violencia que hubo de hacerse, infundió en su sueño sombras turbadoras. Al entrar Marta al despacho, como solía, por la mañana temprano, la cabeza amarillenta, de pelo entrecano, que descansaba pesadamente sobre los tendidos brazos, se irguió con precipitación; espantados tras de las gafas, se abrieron los ojos miopes. Y ya la muchacha, que había querido retroceder, quedó clavada en su sitio.

Pero también el prelado se sentía confuso; quitóse las gafas y frotó los vidrios con su manga, mientras entornaba los párpados. Tenía muy presente, vívido en el recuerdo, lo que acababa de soñar: había soñado -y, precisamente, con Marta- extravagancias que lo desconcertaban y le producían un oscuro malestar. En sueños, se había visto encaramado al alminar de una mezquita, desde donde recitaba una letanía repetida, profusa, entonada y sutilmente burlesca, cuyo sentido a él mismo se le escapaba. (¿En qué relación podría hallarse este sueño -pensaba- con la celebrada historieta de su pariente, el falso muecín? ¿Era él, acaso, también algún falso muecín?) Gritaba y gritaba y seguía gritando las frases de su absurda letanía. Pero, de pronto, desde el pie de la torre, le llegaba la voz de Marta, muy lejana, tenue, mas perfectamente inteligible, que le decía -y eran palabras bien distintas, aunque remotas-: «Tus méritos, padre -le decía-, han salvado a nuestro pueblo. Tú solo, padre mío, has redimido a toda nuestra estirpe» En este punto había abierto los ojos el durmiente, y ahí estaba Marta, enfrente de la mesa, parada, observándolo con su limpia mirada, mientras que él, sorprendido, rebullía y se incorporaba en el sillón... Terminó de frotarse los vidrios, recobró su dominio, arregló ante sí los legajos desparramados sobre la mesa, y, pasándose todavía una mano por la frente, interpeló a su hija: -Ven acá, Marta -le dijo con voz neutra--, ven, dime: si te dijeran que el mérito de un cristiano virtuoso puede revertir sobre sus antepasados y salvarlos, ¿qué dirías tú?

La muchacha lo miró atónita. No era raro, por cierto, que su padre le propusiera cuestiones de doctrina: siempre había vigilado el obispo a su hija en este punto con atención suma. Pero ¿qué ocurrencia repentina era ésta, ahora, al despertarse? Lo miró con recelo; meditó un momento; respondió: -La oración y las buenas obras pueden, creo, ayudar a las ánimas del purgatorio, señor.

-Sí, sí -arguyó el obispo---, sí, pero... ¿a los condenados?

Ella movió la cabeza: -¿Cómo saber quién está condenado, padre?

El teólogo había prestado sus cinco sentidos a la respuesta. Quedó satisfecho; asintió. Le dio licencia, con un signo de la mano, para retirarse. Ella titubeó y, en fin, salió de la pieza.

Pero el obispo no se quedó tranquilo; a solas ya, no conseguía librarse todavía, mientras repasaba los folios, de un residuo de malestar. Y, al tropezarse de nuevo con la declaración rendida en el tormento por Antonio María Lucero, se le vino de pronto a la memoria otro de los sueños que había tenido poco rato antes, ahí; vencido del cansancio, con la cabeza retrepada tal vez contra el duro respaldo del sillón. A hurtadillas, en el silencio de la noche, había querido -soñó- bajar hasta la mazmorra donde Lucero esperaba justicia, Para convencerlo de su culpa y persuadirlo a que se reconciliara con la Iglesia implorando el perdón. Cautelosamente, pues, se aplicaba a abrir la puerta del sótano, cuando -soñó- le cayeron encima de improviso sayones que, sin decir nada, sin hacer ningún ruido, querían llevarlo en vilo hacia el potro del tormento. Nadie pronunciaba una palabra; pero, sin que nadie se lo hubiera dicho, tenía él la plena evidencia de que lo habían tomado por el procesado Lucero, y que se proponían someterlo a nuevo interrogatorio. ¡qué turbios, qué insensatos son a veces los sueños! El se debatía, luchaba, quería soltarse, pero sus esfuerzos ¡ay! resultaban irrisoriamente vanos, como los de un niño, entre los brazos fornidos de los sayones. Al comienzo había creído que el enojoso error se desharía sin dificultad alguna, con sólo que él hablase; pero cuando quiso hablar notó que no le hacían caso, ni le escuchaban siquiera, y aquel trato tan sin miramientos le quitó de pronto la confianza en sí mismo; se sintió ridículo entonces, reducido a la ridiculez extrema, y -lo que es más extraño- culpable. ¿Culpable de qué? No lo sabía. Pero ya consideraba inevitable sufrir el tormento; y casi estaba resignado. Lo que más insoportable se le hacía era, con todo, que el Antonio María pudiera verlo así, colgado por los pies como una gallina. Pues, de pronto, estaba ya suspendido con la cabeza para abajo, y Antonio María Lucero lo miraba; pero lo miraba como a un desconocido; se hacía el distraído y, entre tanto, nadie prestaba oído a sus protestas. Él, sí; él, el verdadero culpable, perdido y disimulado entre los indistintos oficiales del Santo Tribunal, conocía el engaño; pero fingía, desentendido; miraba con hipócrita indiferencia. Ni amenazas, ni promesas, ni suplicas rompían su indiferencia hipócrita. No había quien acudiera a su remedio. Y sólo Marta, que, inexplicablemente, aparecía también ahí, le enjugaba de vez en cuando, con solapada habilidad, el sudor de la cara...

El señor obispo se pasó un pañuelo por la frente. Hizo sonar una campanilla de cobre que había sobre la mesa, y pidió un vaso de agua. Esperó un poco a que se lo trajeran, lo bebió de un largo trago ansioso y, en seguida, se puso de nuevo a trabajar con ahínco sobre los papeles, iluminados ahora, gracias a Dios, por un rayo de sol fresco, hasta que, poco más tarde, llegó el Secretario del Santo Oficio.

Dictándole estaba aún su señoría el texto definitivo de las previstas resoluciones -y ya se acercaba la hora del mediodía- cuando, para sorpresa de ambos funcionarios, se abrió la puerta de golpe y vieron a Marta precipitarse, arrebatada, en la sala. Entró como un torbellino, pero en medio de la habitación se detuvo y, con la mirada reluciente fija en su padre, sin considerar la presencia - del subordinado ni más preámbulos, le gritó casi, perentoria: -¿Qué le ha pasado al Dr. Pérez? -y aguardó en un silencio tenso.

Los ojos del obispo parpadearon tras de los lentes. Calló un momento; no tuvo la reacción que se hubiera podido esperar, que él mismo hubiera esperado de sí; y el Secretario no creía a sus oídos ni salía de su asombro, al verlo aventurarse después en una titubeante respuesta: -¿Qué es eso, hija mía? Cálmate. ¿Qué tienes? El doctor Pérez va a ser.. va a rendir una declaración. Todos deseamos que no haya motivo...

Pero -se repuso, ensayando un tono de todavía benévola severidad-, ¿qué significa esto, Marta?

-Lo han preso; está preso. ¿Por qué está preso? -insistió ella, excitada, con la voz temblona-. Quiero saber qué pasa.

Entonces, el obispo vaciló un instante ante lo inaudito; y, tras de dirigir una floja sonrisa de inteligencia al Secretario, como pidiéndole que comprendiera, se puso a esbozar una confusa explicación sobre la necesidad de cumplir ciertas formalidades que, sin duda, imponían molestias a veces injustificadas, pero que eran exigibles en atención a la finalidad más alta de mantener una vigilancia estrecha en defensa de la fe y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo... Etc. Un largo, farragoso y a ratos inconexo discurso durante el cual era fácil darse cuenta de que las palabras seguían camino distinto al de los pensamientos. Durante él, la mirada relampagueante de Marta se abismó en las baldosas de la sala, se enredó en las molduras del estrado y por fin, volvió a tenderse, vibrante como una espada, cuando la muchacha, en un tono que desmentía la estudiada moderación dubitativa de las palabras, interrumpió al prelado:

-No me atrevo a pensar -le dijo- que si mi padre hubiera estado en el puesto de Caifás, tampoco él hubiera reconocido al Mesías.

-¿Qué quieres decir con eso? -chilló, alarmado, el obispo.

-No juzguéis, para que no seáis juzgados.

-¿Qué quieres decir con eso? -repitió, desconcertado.

-Juzgar, juzgar, juzgar -ahora, la voz de Marta era irritada; y, sin embargo, tristísima, abatida, inaudible casi.

-¿Qué quieres decir con eso? -amenazó, colérico.

-Me pregunto -respondió ella lentamente, con los ojos en el suelo- cómo puede estarse seguro de que la segunda venida no se produzca en forma tan secreta como la primera.

Esta vez fue el Secretario quien pronunció unas palabras: -¿La segunda venida? -murmuró, como para sí; y se puso a menear la cabeza. El obispo, que había palidecido al escuchar la

frase de su hija, dirigió al Secretario una mirada inquieta, angustiada. El Secretario seguía meneando la cabeza.

-Calla -ordenó el prelado desde su sitial.

Y ella, crecida, violenta:

-¿Cómo saber –gritó- si entre los que a diario encarceláis, y torturáis, y condenáis, no se encuentra el Hijo de Dios?

-¡El Hijo de Dios! -volvió a admirarse el Secretario. Parecía escandalizado; contemplaba, lleno de expectativa, al obispo.

Y el obispo, aterrado: -¿Sabes, hija mía, lo que estás diciendo?

-Sí, lo sé. Lo sé muy bien. Puedes, si quieres, mandarme presa.

-Estás loca; vete.

-¿A mí, porque soy tu hija, no me procesas? Al Mesías en persona lo harías quemar vivo.

El señor obispo inclinó la frente, perlada de sudor; sus labios temblaron en una imploración: «¡Asísteme, Padre Abraham!», e hizo un signo al Secretario. El Secretario comprendió; no esperaba otra cosa. Extendió un pliego limpio, mojó la pluma en el tintero y, durante un buen rato, sólo se oyó el rasguear sobre el áspero papel, mientras que el prelado, pálido como un muerto, se miraba las uñas.

De Miguel Ángel Mañas

La temperatura ambiental rondaba los 20° sobre cero. Hacía calor.

Entró en el parque por la puerta principal, adentrándose inmediatamente en el camino de ascenso que daba a la biblioteca pública. No corría demasiado aprisa, porque había empezado a notar como el corazón le enviaba pinchazos de dolor al pecho.

Y a pocos metros de ella, unos ojos de un profundo color azul le ayudaban al corazón a palpar con mas fuerza ya que no podía dejar de advertir el espectáculo que ante ellos se desarrollaba: una mujer; que por su físico y forma de moverse, despertaba instintos, enviaba mensajes a su aletargado espíritu, abandonado a la sinrazón desde hacía mucho tiempo. Y esa sinrazón, ese progresivo hundimiento en turbias y oscuras aguas, proclamaban su derecho a entrar en la vida de aquella maravillosa mujer como si hubiese hecho en el mismo momento de verla, una promesa de hacerle daño.

Dos minutos después, ella había dejado de correr; prefirió relajarse y sentarse en la fresca hierba, apoyarse en un esbelto árbol y dejar que el aspersor de agua –instalado a pocos metros de ella –mojara sus piernas suavemente.

Sintió entonces algo que ennegreció súbitamente su tranquilidad, algo que la hizo perder el conocimiento, algo parecido a la pérdida del contacto imprescindible para existir... una gruesa cuerda de cáñamo alrededor del cuello negó aire y sangre al cercano cerebro que mandó al cuerpo perder su voluntad.

Abrió los ojos, ajena al resto de las cosas, ajena al momento y a la situación.

Movió la cabeza imaginando subjetivamente al cuello con la imperfecta marca de la cuerda: esto incomodaba enormemente, y por lo tanto, acentuaba más los deseos de comprender el por qué de la acción tan violenta e injusta practicada con ella. Pero de momento, se tuvo que conformar con darse un breve masaje y adivinar en donde estaba.

El miedo –todavía – no era el sentimiento más sobresaliente en su emoción actual: sólo alarma y una específica sensación de desconcierto, subrayada por una preparación a la reacción, que la adrenalina, había dispuesto desde el momento que despertó.

Observó el lugar: aquí y allá se extendían peladuras de cebollas y papeles con los bordes quemados. El pequeño habitáculo nada tenía que ver con los sitios que ella conocía, ya que, la extraña forma que delimitaba las paredes con el suelo, más bien pertenecía a un capricho arquitectónico que a una necesidad matemática.

La única puerta de acceso a la habitación poseía un agujero por el cual, seguramente, se podía ver el otro lado.

Se levantó lentamente, acercándose a continuación a la puerta con la intención de observar por el agujero. Y vio algo brillante y de color azul, que la asustó enérgicamente al darse cuenta de que lo que veía no era otra cosa que un ojo, posiblemente el de su secuestrador: una mirada cargada con la dosis justa de ira...

Veo como se retira de la puerta rápidamente. Si, está asustada, muy asustada...

Se queda quieta observando; no, más bien mira expectante al agujero.

Inmediatamente después fijó la vista en el pomo de la puerta, advirtiendo su rotativo movimiento...

Acertó, sabe que voy a entrar. Pronto verá como soy.

El pomo de la puerta comenzó a girar lentamente acompañado de un chirrido de bisagras. Una descarga eléctrica tensó todos sus músculos; la espina dorsal parecía un conducto destinado a mandar tenazmente señales de preparación al cerebro.

Pero la puerta interrumpió su movimiento. Ella aprovechó esto para encararse con el desconocido. Agarró la puerta para abrirla todo lo posible... de nada sirvió. Fuertemente la puerta cerrose, cogiéndole certeramente los dedos de la mano izquierda.

Ahora sí que estaba asustada... Y ¿qué era aquello que se oía?. Sí, era un ruido procedente de debajo del suelo -¿un sótano quizás?-. Sintió deseos de asegurarse: ¿Una salida al exterior? Comenzó a buscar la hipotética trampilla, desistiendo enseguida al comprobar que el suelo era firme por todos lados.

Y esto la acabó por exasperar.

De nada servía ya complicarse con razonamientos para tranquilizarse. También le daba reparo comenzar a gritar pidiendo ayuda, o bien, miedo. Quizás al principio, cuando todo se tornaba más increíble, hubiera cabido la posibilidad de parecer violenta, aun a sabiendas de las complicaciones que esto conlleva. Interpretó la situación como una extraña maquinación: ella no era importante, no tenía dinero, no tenía nada que suscitase el interés a los demás... En el estado actual de los acontecimientos, el amargor de la soledad y la impotencia, formaron un círculo con demasiado radio de acción y pasividad. El sueño – ajeno a todo- terminó venciendo por aquel día.

La contemplo mientras duerme. ¡Dios, es tan atrayente!. Comienzo a masturbarme teniéndola a ella como protagonista absoluta del acto. Me la imagino desnuda, conmigo, vibrando ambos de placer, sudando por todos los poros de la piel... Pero poco a poco, la misma presencia juzgadora de siempre me obliga a interrumpir todo movimiento. Y una vez más experimento repugnancia y desdén. La culpabilidad y la inseguridad me hacen sentirme –otra vez- como un ser considerado peligroso y obseso.

Pero eso no es cierto.

Nadie, jamás, podrá decir que no sigo el verdadero camino y la verdad omnipotente. Y mis obsesiones, siempre han estado en el terreno de lo íntimo: en mi particular intimidad. Además, seguir y creer en el Superior no pertenece a ninguna obsesión, ya que esto, es componente esencial en todo hombre que se estime.

Y en toda mujer también.

Nuevamente tengo que agradecer a la luz el que me despertara de ese sueño voluptuoso y desquiciante. Y me latigo la espalda, mientras rezo fervoroso de alegría, porque así siempre me perdona. Sí, tengo que dejar de pensar en ella porque podría arrastrarme al pecado. Por ello debo castigarla por haberme provocado.

Va a tener el despertar más amargo de su vida.

Una patada en la cara la volvió a la realidad. Después el hombre empezó a abofetearla contundentemente gritándole adjetivos que dolían en sí mismos más que los propios golpes. Luego, le rasgó la camiseta, dejando los senos al descubierto.

-¡No llevas nada... no llevas nada, zorra!

La obligó a ponerse en pie, agarrándola después por los largos cabellos para que andara en dirección a la puerta. Ella aprovechó el impulso para salir corriendo sin dirección alguna. Creyó ver a l final de un pasillo una puerta –una puerta para salvarse- pero un ladrillo impactó contra su espalda haciéndola caer al suelo de dolor y amargura...

- ¡No vuelvas a hacerlo, zorra!

Volvió a incorporarla y a abofetearla con fuerza. Ella tratando de defenderse, no hizo más que agravar la situación, ya que, ni siquiera tenía capacidad para adivinar de donde venían

los golpes. La rapidez de las manos en el procedimiento, era interpretada como la precisión de una máquina creada en suministrar golpes sin control.

El rodillazo propinado por ella...

“¡Toma rodillazo en los huevos!”- pensó mientras lo ejecutaba...

Nada, absolutamente nada. Una especie de armadura de hierro lo protegía de toda contingencia física.

-Mal jugada, puta... gritó él.

Perdió el conocimiento. Y viose andando por una calle llena de suciedad y de vestigios de violencia y terror.

Sus ropas estaban desgarradas, así como la mayor parte de su cuerpo y... alma. Llegó sin percatarse a una gran plaza atestada de gente que gritaba al unísono la palabra “hereje”. Nada hizo. Tan sólo contemplo atónita el espectáculo: un hombre atado a un grueso poste, gritando desesperado, pidiendo ayuda, solicitando salvación... pero el fuego – el fuego del infierno- lamía hambriento el cuerpo del condenado.

Y naturalmente un verdugo.

Él, y solamente él.

Poco tardó en recobrar el conocimiento. Las diversas contusiones esparcidas por su cuerpo, se encargaron de que despertara prontamente de su agitado subconsciente. Creyó imaginarse acostada en una especie de tabla. Y esto era real: unas argollas oxidadas la sujetaban de brazos y piernas. Comenzó a llorar desesperada. Tan sólo quería encontrar palabras, palabras, palabras... pero nada venía a su mente. Palabras, palabras para razonar, para sentirse viva y no muerta, para preguntarse a sí misma por su negro destino.

Las lágrimas le empañaban los oídos por dentro, y esto no le gustaba; las piernas y los brazos privados de movimiento, y los oídos sordos ante su propio sufrimiento.

Entonces apareció él, vestido con una sotana de arpillera, vieja muy vieja. De su cinturón colgaba un rosario, y de sus manos, una cruz atada a una cuerda que se enredaba entre sus dedos.

- Hola hija... - dijo él.

- (...)

- ¿Estás dispuesta?

- (...)

- Sí veo que sí. Entonces comencemos dijo él acercándose lentamente, no sin antes coger del suelo una especie de verga gruesa y forrada de piel.

- Ahora, antes de contestar, piensa bien las respuestas, y responde con la máxima franqueza. Recuerda que el Todopoderoso te está viendo y escuchando. Si me mientes, y esto lo sabré inmediatamente, no tendré otro remedio que castigarte. ¿Entiendes?.

- Sí... contestó ella entre sollozos.

- Perfecto. ¿Cómo te llamas?.

- María.

Un fuerte golpe le templó el abdomen.

- Mientes. María es sinónimo de omnipresencia y virginidad. ¡Y tú eres una perdida.

- ¡No, no, no... No me pegues más. Haré lo que tu quieras, pero déjame por favor!.

- ¡Contesta bruja, ¿Cuál es tu nombre?!.

“Necesito un nombre, maldita sea” pensó. Él la miraba con los ojos muy abiertos esperando el maldito nombre.

Un segundo vergazo le marcó una línea roja en la pierna derecha.

- Eva. Me llamo Eva. Como la pecadora...

- Luego, ¿reconoces y admites ser una mensajera de libertinaje y maldad, de ser consecuente en tu espeluznante misión de provocar con alevosa voluptuosidad?- gritó él con los labios rebosantes de babas.

Era una pregunta demasiado larga, pero comprendió que había que darle la razón; el juego se llamaba vencer o morir.

- Sí, lo reconozco.

Su negro corazón comenzó a palpar con demasiada fuerza. La excitación le hizo llevarse las manos al pecho, ya que, un indescriptible dolor le requería pertinazmente, en un intento de aplacar con un masaje la intensidad de los latidos. Clavó las rodillas en el suelo gritando, después empezó a revolcarse por el suelo, preso del dolor, como si miles de agujas invisibles se le clavaran por todo el cuerpo.

Un segundo, dos, tres...

Y de repente el silencio se hizo en su interior; los ojos se cerraron, la boca comenzó a sangrar en su oscuridad... Después el silencio, la nada, una brisa fría sin clara procedencia.

Un segundo, dos tres...

No se asustó. Tan sólo lo observó detenidamente sin pensar en nada. Pero a pesar de todo, deseaba encontrarse en otro lugar, lejos, muy lejos; que los resquicios del hecho se desmoronaran convirtiéndose en líquido que la tierra se tragara sin dilación.

Siento como me observa. Me doy cuenta de su desnudez. No puedo moverme. Sé que estoy muerto. No puedo pensar. No puedo moverme...

Todo era silencio. Habían pasado muchas horas, quizás días. No estaba segura del tiempo transcurrido. Las argollas ya tenían su molde hecho en las piernas y los brazos y la sangre no dejaba de fluir. Lentamente la vida se le escapaba, como el agua entre los dedos. Y volvió a recordar que estaba sola, que no era importante, que los demás a veces ni la advertían. Nadie vendría a buscarla... nadie. Cerró los ojos y respiró el silencio.

Salió del recinto lentamente. Sentía frío pero no le importaba. Giró la cabeza, para verse a sí misma tumbada sobre aquella tabla, con el rostro ya macilento. Tenía que dejar su cuerpo en ese tenebroso lugar y tratar de aprender a volar. Se detuvo antes de dejar que su alma se viese vestida por la luz del sol. Comenzó a vagar sin rumbo, sin saber en donde estaba. El parque, la gente, lo que ella conocía, había desaparecido. Todo era una superficie lisa y brillante bañada por la luz del sol. Retomó su caminar sin dirección alguna, esperando que el destino la viniese a buscar para decirle en que lugar podría descansar al fin. Pero de momento solo podía vagar, volar quizás, ansiando que su viaje hacia ninguna parte, terminara pronto.

[El Jardín De La Alegría](#)

[De Francisco Escobar Bravo](#)

Volvíamos del colegio sobre las seis y media de la tarde. Yo, a veces, enrabiado, porque a mis trece años, casi a punto de cumplir catorce, todavía subía mi abuela la calle Torrijos para recogerme a las puertas del Calasancio, mientras mis compañeros venían solos. - ¡Que ya soy mayor! -. Clamaba a mi madre, ante aquel agravio comparativo que se me hacía con mis colegas. Colegas... Aquella palabra entonces no se usaba, aunque existiese. Eran amigos o compañeros.

La consabida onza de chocolate y el cacho de pan eran la merienda. Y luego a jugar allí en casa. Una vez quise bajar a hacerlo en la calle y mi madre puso el grito en el cielo. Mas al cabo lo conseguí y ya me lo permitía de vez en cuando. Así conocí a Juanito, que luego trabajó conmigo hasta que murió a temprana edad víctima de un cáncer. Y a Pepito, al cual veo muchas mañanas tomar el Metro en dirección contraria a la mía. Ellos me llevaron a un chalet abandonado, en Ayala antes de llegar a Hermanos Miralles. Le llamaban el jardín de la alegría porque en él se daban cita niños y niñas de mi edad, con la pubertad en ciernes.

Allí, una tarde, una desconocida a la que no volví a ver, se ocupó con manos hábiles de hurgar en mis pantalones cortos y abrirme el camino al mundo de los mayores. Los jóvenes de ahora dicen que éramos unos reprimidos sexuales pero ya ven que no. Le dábamos menos aire al asunto, pero el resultado era el mismo. Allí, en el jardín de la alegría, entre las calles hoy llamadas Conde de Peñalver y General Díaz Porlier por el aquél de los cambios políticos, concluyó para siempre mi inocencia. Corría la primavera de 1960...

MaríaDe Manuel Talens*A Alfons Cervera*

Pocas semanas después, el caso quedó cerrado cuando un mensaje de la embajada canadiense en Madrid notificó de forma oficial lo que la autopsia del forense había esclarecido: John Ulysses McBain padecía un tumor cerebral de aspecto radiológico maligno en el hemisferio derecho. El anuncio vino acompañado de una carta con el membrete del Royal Victoria Hospital. En ella, el director médico certificaba que se lo habían descubierto un mes antes, en septiembre de 1992, cuando empezó a quejarse de dolores de cabeza, pero que el paciente rechazó cualquier tipo de tratamiento, médico o quirúrgico. Intentaron convencerlo, continuaba la misiva, pero desapareció del panorama y no supieron más de él hasta entonces.

Yo lo conocí fugazmente un sábado a finales de octubre, cuando llamó a la puerta de la masía. Eran las tres de la tarde y el golpeteo con los nudillos me despertó de la siesta que estaba echando sobre el sofá. Fui a abrir un poco sorprendido y molesto, ya que las lomas de Marjana son tan solitarias que raramente viene alguien por aquí, salvo los ocasionales domingueros que se internan en la Serranía.

Me encontré con un hombre alto y enjuto como únicamente los anglosajones suelen serlo sin perder la elegancia, de rasgos afilados, pelo blanquísimo, ojos grises y cejas en tirabuzón. Tenía el aire del príncipe de Gales. Pero menos que su rostro, me desconcertó su aspecto de tranquila autenticidad. Iba vestido con sobria ropa otoñal y calzaba unos cómodos mocasines. Se sostenía ayudado por un bastón y jadeaba un poco a causa de la caminata.

–Buenas tardes –dijo–, me llamo John McBain, soy canadiense y estuve en esta casa hace cincuenta años, después de la guerra. ¿Puedo entrar, por favor?

Hablaba castellano con un ligero acento inglés, pero su dicción era correcta, sin titubeo alguno. Me inspiró confianza, así que me hice a un lado y pasó al interior.

Lo invité a que se sentara y, mientras él recuperaba el aliento, yo preparé un café. Sentía curiosidad por las razones nostálgicas que pudiera tener aquel anciano para volver al cabo de tanto tiempo a un lugar perdido como éste. A la vez, me interesaba conocer algún detalle antiguo de la masía que compré en 1987 para alejarme en días libres del ruido de Valencia. Soy un hombre ocupado. El mundo de la publicidad requiere constante atención y produce mucho estrés, de manera que los viernes por la tarde enfilo la carretera hacia Los Yesares y me desentiendo de ajetreos. Ni siquiera tengo aquí televisor, únicamente los libros, la música, el aire puro, el fuego del hogar y unas botas de montaña, adecuadas para andar por los cerros.

–Qué bien habla usted –dije, tratando de ser amable, mientras vertía el café en dos tazas y me acomodaba en un sillón frente a él–, apenas se le nota un deje.

–He sido profesor de español. Ya hace tiempo que me jubilé.

–De manera que estuvo aquí en los años cuarenta...

–Bueno, la casa no era así –respondió, atisbando a su alrededor–, sino mucho más humilde, pero con la misma distribución. Se nota que la ha modernizado usted con gusto, conservando el aspecto original. ¿Cómo se llama? –me preguntó.

Le dije mi nombre y luego me contó que era de Ottawa y que en la guerra civil se vino a España con la brigada Mackenzie-Papineau para alistarse en el ejército republicano. Había sido uno de tantos jóvenes que respondieron en medio mundo a la llamada de aquella causa

común y, cuando todo acabó, se quedó enganchado por la Serranía con los combatientes del maquis «Ojos Azules», en el cerro de los Curas.

–A mí me apreciaban mucho y me conocían por Juan «El Canadiense.» Fueron buenos compañeros –comentó–. Lo poco que teníamos era de todos.

–Nunca pensé que llegaría a conocer a un verdadero maquis –dije.

Sonrió.

–Bajábamos de cuando en cuando a los pueblos para buscar alguna comida y allí las mujeres nos servían de enlace, pero la Guardia Civil iba estrechando el cerco y la supervivencia se puso cada vez peor, porque los fascistas se inventaron la trampa de las contrapartidas, en que se hacían pasar por guerrilleros y se infiltraban entre nosotros. Nos hicieron mucho daño. Usted, que es joven, no será capaz de entender una situación como aquella.

–¿Y cómo fue que se incorporó al maquis?

–Después de perder la guerra intenté como muchos escapar en barco por Alicante, pero fue imposible, sencillamente no había barcos, así que pasé a la clandestinidad y luego me eché al monte. Me trajo un compañero de Segovia, un tal Florián, muy valiente, no sé qué habrá sido de él.

–Era una vida dura, ¿no?

–Mucho. En 1942, al cabo de tantos meses de vagar sin techo como una alimaña, de campamento en campamento, durmiendo de día y andando de noche, me quedaban pocas esperanzas en el porvenir. Fíjese que nunca atravesábamos los ríos por los puentes, sino por el agua, con tal de evitar a los civiles, y en invierno aquí hace un frío que pela, qué le voy a decir. Nos poníamos luego linimento Sloan para entrar en calor. Era terrible, terrible. Sus erres semivocales dulcificaban la dureza del adjetivo. Asentí en silencio.

–¿Y dice que estuvo en esta casa?

–Sí, fue en la primavera del 43. Ojos Azules, nuestro jefe, me envió con otro a explorar la zona. Buscábamos un nuevo punto de apoyo y llegamos aquí cuando el sol estaba despuntando. Mi compañero se llamaba Aquiles. Los perros no ladraron y eso nos pareció una buena señal, porque en algunas masías los enseñaban a distinguir nuestro olor y a no alborotar. Apestábamos de no lavarnos. La pareja que nos recibió tenía miedo de las represalias, pero el marido dijo que podíamos comer un plato caliente –John McBain fijó su mirada en el escritorio a mi derecha y lo señaló con el dedo–: Yo me senté en ese rincón. Acababa de cumplir veinticuatro años, estaba sucio y con barba de varias semanas. Entonces, mientras Aquiles y yo tomábamos un caldo, se abrió la puerta de aquel cuarto –señaló ahora hacia mi despacho; el dedo le temblaba– y asomó la hija del matrimonio.

La historia empezaba a interesarme.

–¿Y cómo era?

Dio un suspiro y tardó en contestar.

–Supongo que usted ha imaginado alguna vez a la Virgen cuando la visitó el arcángel Gabriel. Era así, todavía adolescente, la mujer más hermosa que he visto jamás. Oí su nombre, María. Su madre le gritó con malos modos que se encerrara en la habitación. Temía sin duda que le hiciéramos algo, porque los maquis que andan sin hembra por el monte son peligrosos.

Traté de reconstruir mentalmente el terror de aquellos padres y la sorpresa de la joven.

–¿Y ella obedeció?

–Claro –meneó afirmativamente la cabeza–, qué iba a hacer si no. Sólo la vi unos segundos, pero fueron suficientes para comprender que aquel día, aunque le parezca increíble, era el primero de mi vida.

Observé que el viejo brigadista, tras tamaña confesión, se acababa de perder en sus evocaciones, pues de pronto calló, mirando al vacío.

–¿Y qué pasó luego? –le pregunté intrigado, temiendo que me dejase a media miel.

Bajó de la nube:

–Poco después salí a buscar algo de leña, para que el matrimonio viese que éramos gente de bien. Me alejé con el naranjero al hombro, camino de la cueva de los Diablos, y desde allí escuché ladridos y enseguida un tiroteo. Los guardias civiles habían atacado por sorpresa, Aquiles respondió y en la refriega lo mataron. A los dos días, cuando regresé con mucho cuidado, descubrí su cadáver. De la familia que vivía en esta casa no encontré ni rastro.

–Se salvó por los pelos...

–Tan por los pelos que me sentí muy culpable. Me lo llevé a cuestas y lo enterramos en el Alto Gaspar. Unos meses más tarde pude huir del país y pasé a Portugal por Tras-os-Montes. Desde allí fui repatriado a Canadá.

–¿Y eso fue todo? –pregunté.

Sonrió con desgana.

–Sí, a partir de ahí no me ha ocurrido nada que valga la pena.

Transcurrieron varios minutos en silencio. Yo lo dejaba cavilar. Los párpados se le iban enrojeciendo. Por fin, con ese vigor que mantiene perennes las quimeras de algunos seres insensatos, fijó su mirada en mí y descargó lo que llevaba dentro:

–Créame si le digo que no ha pasado una sola noche desde entonces sin que sueñe con aquella mujer.

Ya no habló más. Se le notaba la fatiga.

–¿Quiere echarse a descansar?

Lo conduje al cuarto de las visitas y torné a ocuparme de mis asuntos. Al cabo de un buen rato apareció de nuevo en la sala de estar. Dijo que iba a proseguir explorando la zona para repetir sus pasos y hacer memoria, me dio mil gracias por la hospitalidad y se despidió. Desde la puerta lo vi alejarse monte arriba.

Cuando se ejerce una profesión como la que yo escogí, inmersa a diario en representaciones artificiales del deseo, uno suele desatender los matices más sencillos, esos que nacen sin doblez cuando ya no hay nada que ganar y el futuro dejó de existir. He pensado mucho en aquel adiós y quizá lo esté deformando, no lo sé, pero el recuerdo es del mismo metal que los hechos reales y ahora estoy completamente seguro de que su cálida mano, al apretar la mía, quiso transmitirme la serenidad del cansado viajero que avista el puerto tras una larga odisea circular, en la que el sueño ilusorio que lo guiaba permaneció siempre remoto y equidistante de su nave.

Pasaron varias horas. Yo estaba sirviéndome la enésima taza de café cuando el murmullo limpio de los pájaros se interrumpió de pronto por el eco del disparo, que bajó reverberando desde el Alto Gaspar. No le di importancia, la caza abunda en el otoño. Antes de seguir con la novela que me tenía absorto, fui a echar una ojeada a través del mirador: el sol ensangrentado empezaba a ocultarse en la raya del cielo, todo era paz crepuscular en Marjana. Las pavesas melancolizaban el hogar con sus crepitaciones y, a mi espalda, el equipo de sonido reproducía susurrante la voz irrepetible de Fritz Wunderlich cantando el aria de Lensky.

Sobre la cómoda del dormitorio de las visitas encontré aquella noche una vieja fotografía con el maquis canadiense en primer plano, diez mil dólares en cheques firmados de American Express, para los gastos legales, y una nota escrita a pluma donde John McBain pedía perdón por las molestias que me iba a ocasionar.

El Alma En Pena De Fiz Cotovelo

De Wenceslao Fernández Flórez

Esto ocurrió en aquellos años en que una gallina costaba dos pesetas y la fraga de Cecebre era más extensa y frondosa.

Xan de Malvís, más conocido por Fendetestas, pensó -una vez que llenaba de piñas un saco remendado- que aquella espesura podía muy bien albergar a un bandolero. No es que Xan de Malvís viese en tal detalle un complemento romántico de la hosca umbría; más bien apreció la inexistencia del bandido como una vacante que podía ser cubierta. Y se adjudicó la plaza.

Cuando Fendetestas abandonó sus tareas de jornalero en Armental para emprender la higiénica vida del ladrón de caminos, no disponía más que de un pistolón probado algunas veces en las reyertas de romería, y cuyo cañón, enmohecido y atado con cuerdas, parecía casi el cañón de un trabuco. Fendetestas llevó también a la fraga un ideal: robar la casa de algún cura. No hubo ni hay en campo gallego un solo ladrón que no haya robado a un cura o soñado en robarle. Es un tópico de la profesión. Puede ocurrir -y hasta es frecuente- que los curas sean más pobres que los mismos labriegos, pero esto no librará a sus casas del asalto. Se ignora el espejismo o la voluptuosidad que incita a los ladrones a preferir estas presas -acaso una reminiscencia de los tiempos del clero poderoso y feudal-, pero puede afirmarse que si desapareciesen súbitamente de Galicia todos los curas, todos los ladrones se encontrarían desconcertados y con la aprensión angustiosa de que se había acabado su misión en las aldeas.

Xan de Malvís pensó, naturalmente, en robar a un párroco, pero aplazó su proyecto para cuando hubiese adquirido cierta perfección en el oficio. Las primeras semanas las dedicó a desvalijar a los labriegos que volvían de vender ganado en las ferias. Se tiznaba grotescamente el rostro y aparecía en lo sumo de la corredoira dando brincos, apuntando con el pistolón y gritando, para amedrentar a sus víctimas.

-¡Alto, me caso en Soria!

Y no le iba mal. Apañó el primer mes dieciocho duros, más de lo que ganaba en un trimestre trabajando para los ladrones de Armental. Comía lo suficiente, dormía en una cueva arcillosa que iba dando, poco a poco, a su traje la dureza de una tabla, y entretenía sus largos ocios haciendo trampas para pájaros. Por las noches miraba largamente la luna, oía los perros de las aldeas, rezaba un padrenuestro y resbalaba hasta el sueño pensando: «El día que me resuelva a robar en la casa del cura ... ».

Verdaderamente, no le iba mal. Pero una noche en que la inquietud le había arrojado de su guarida llevándole a vagar cautelosamente por lo más intrincado de la fraga, tuvo una visión que le llenó de pavor. Por entre robles y castaños, siguiendo las sinuosidades de una vereda casi cubierta por los tojos, vio avanzar un fantasma. Era un fantasma enteramente igual a cualquier otro fantasma aldeano. Venía envuelto en una blanca sábana, traía una luz sobre la cabeza y arrastraba unas cadenas que chirriaban al rozar con los pedruscos del camino. Xan de Malvís se había disfrazado demasiadas veces de espectro en sus aventuras amorosas para no comprender que aquella era una auténtica alma en pena.

Tan asustado quedó, que ni habla tuvo para conjurar la aparición inesperada. Corrió hacia su cueva, arañándose en las zarzas, y no concilió el sueño hasta el amanecer.

Dos noches después casi tropezó con el mismo fantasma, junto a las rocas cubiertas de musgo que amparaban su guanda.

-¡Jesús, María, José! --exclamó entonces, santiguándose- ¿Quién eres y qué quieres de mí?

Y el fantasma habló con la voz afligida, un poco en falsete, de todos los fantasmas:

-Soy el ánima de Fiz Cotovelo, el de Cecebre, que anda penando por estos caminos.

-¿Quieres unas misas? -preguntó resueltamente Fendetestas, como si las llevase él en el bolsillo.

-Nunca vienen mal -parece que respondió el fantasma . Pero si me ves así es porque hice en vida la promesa de ir a San Andrés de Teixido y no la cumplí, y ahora necesito que un cristiano vaya descalzo y peregrinando en mi lugar, y que lleve una vela tan alta como yo he sido.

Xan de Malvís se rascó la cabeza, donde si algunos pelos se habían tranquilizado, otros seguían erizados aún. Balbució:

-Pues... yo bien iría ... ; pero, la verdad, no me conviene mucho ni creo que me dejasen llegar muy lejos.

El espectro lanzó un largo gemido que hizo que se volviesen a poner de punta aquellos pelos ya sosegados de Malvís, y siguió arrastrando sus cadenas.

-Rezará por ti -ofreció Fendetestas.

Desde entonces el bandido pudo saber perfectamente cuándo eran las doce en punto de la noche. Sólo con asomarse a su cueva veía pasar la aparición, gimiendo y ululando, y aun sin asomarse, oía el ruido de las cadenas. Como lo habitual pierde emoción y Malvís era un hombre valiente, concluyó por familiarizarse con la presencia del fantasma. Muchas noches, sintiendo exacerbada en su soledad el ansia de echar un párrafo con alguien, esperaba, sentado en las piedras musgosas, al espíritu de Fiz Cotovelo y le instaba a detenerse.

-¿Qué prisa llevas? -le preguntaba.

Y después:

-¿Cómo marcha el asunto?

Entonces ambos conferenciaban gravemente. Fiz Cotovelo se dolía de que todos escapasen aterrados, sin pararse a escuchar lo que tenía que decirles, y de la enorme cantidad de agua bendita que le arrojaban en la aldea y que le hacía andar siempre con la sábana terriblemente húmeda. Malvís hablaba de sus pequeños negocios del día y, sobre todo, de su proyecto de asalto a la casa del cura.

A veces el fantasma se interesaba en la vida del bandolero.

-¿Lo pasas bien? -inquiría.

Y Fendetestas escupía en el suelo, elevaba un poco sus hombros fornidos y contestaba:

-Es peor arar, Cotoveliño; te lo digo yo, es peor arar. Lo malo está en que no puedo salir de aquí a comprar tabaco. Si hubiese tabaco en la traga, no me cambiaba por el maestro de escuela. Palabra. Pero cuando no puedo fumar.. Muchos días estuve tentado, sólo por eso, a volver a ser un hombre decente.

Fiz Cotovelo conservaba sus tendencias de campesino; auguraba el tiempo, predecía la abundancia o mezquindad de las cosechas y le gustaba saber cuánto habían pagado por los bueyes los tratantes castellanos que aparecían en las ferias con sus sombreros anchos, sus blusones anudado sobre el vientre y la correa de un látigo por el cuello.

Una noche, mientras jugaba pensativamente con los eslabones de su cadena, contó su vulgar historia al bandido. Él, Félix Cotovelo, había vivido y muerto muy pobre, muy pobre. Pero aparte el pesar de haber dejado incumplida su promesa a San Andrés de Teixido -a cuyo santuario, según la popular sentencia gallega, «irá de muerto el que no fue de vivo»-, no llevó a la tumba otro pesar que el de no haber realizado su candente deseo de marcharse a América. Fue una obsesión que le acompañó desde la niñez, una punzante ansiedad de todos los días. Cuando era joven, la fuerza de sus brazos tendía a emplearse sobre los inmensos campos vírgenes de ultramar, de los que tanto hablaban los emigrantes; cuando llegó a la madurez y comprendió que nada podría hacer ya en las tierras lejanas, seguía pensando en ellas en el secreto de sus ensueños como en algo que, al hacerse imposible, priva de sentido a una existencia. Si hubiese ido allá -se decía-, sin duda habría alcanzado la fortuna, como tantos otros, y podría haber tenido su casita y sus eras, y un diente o dos de oro, y una vejez regalada, y podría contar las aventuras de la ruda labor que había realizado hasta desembocar en prosperidades. Sin duda no todos los que emprendían el largo viaje triunfaban, pero hasta los que regresaban con billetes de caridad pagados por los consulados hablaban con nostalgia de aquel amplio y maravilloso palenque que era América. En verdad, ya no sabían conversar sino acerca de aquel tema cautivador.

Cotovelo refería a Malvís la magnificencia de la vida de su abuelo, que había estado en Cuba y había vuelto a casarse y a comprar tierras en Cecebre. Era dueño de muchos ferrados de tierra en la parroquia, y su ganado el más abundante y el mejor: bueyes gordos y grandes como montañas. Mataba tres cerdos para el consumo de la casa e iba todos los años con su mujer a tomar las aguas de Guitiriz, porque el trópico le había estropeado el hígado, y se hospedaba en una buena fonda. Cuando murió, repartióse su hacienda entre sus tres hijos, y entonces tuvieron éstos que aumentar su trabajo y reducir su comida. Pero en fin, el padre de Fiz Cotovelo aún Podía vivir sin más ahogos que los de cualquier otro labrador. Lo terrible fue que entre los seis hijos que dejó a su vez, las tierras se atomizaron hasta lo increíble. Era el mal de Galicia y la razón por la que se hundían en la miseria aquellos que no podían emigrar. Un prado les quedó tan repartido, que si una vaca iba a pacer en él no podía comer la hierba propia sin tener las patas traseras en la propiedad de otro hermano y los cuernos proyectando sombra en la de un tercero. Nunca pudo agregar el pobre Fiz algo más sustancioso a la taza de caldo del mediodía ni a la taza de caldo de la noche. Y siempre pensando, siempre, siempre, en que si hubiese podido marchar a América

tendría la fortuna con él, como uno de aquellos lindos pájaros, enjaulada. Y se hubiera casado. Y en el hogar de un Cotovelo volverían a sucumbir tres cerdos al finalizar cada otoño.

-América está en todas partes -comentaba Fendetestas pensando en sus propios manejos.

-No está, no -era la triste respuesta de Fiz.

El ladrón fue sintiendo hacia él una simpatía que se mezclaba a cierta sensación de superioridad. Aquel alma en pena le parecía bastante rudimentaria y la trataba muchas veces como se trata a un niño. Pero no pasó mucho tiempo sin que se diese cuenta de que su único amigo le llevaba involuntariamente a la ruina.

Desde que se supo que entre la espesura de la fraga iba y venía, lanzando aullidos, un espectro, nadie gustaba de aventurarse por las vereditas que la cruzaban. En cuanto declinaba el sol, los caminantes preferían el más largo rodeo a poner un pie ni en las lindes del bosque, y aun en el corazón del día eran muy pocos, muy apresurados y muy recelosos los que se decidían a intemarse en él, mirando a todas partes y dispuestos a correr como gamos si sonaba cualquier ruidillo.

Fendetestas se halló súbitamente sin clientela. Ser ladrón en un desierto sin caravanas es la más estúpida de todas las ocupaciones. Al descubrir la causa de aquel aislamiento, sintió mal humor por primera vez desde que se había retirado a la cueva. Iba de un lado a otro por la fraga o se sentaba en sus observatorios habituales, esperando en vano. Y murmuraba, roído por el desaliento: « ¡Se acabó el negocio! Este Cotovelo me partió».

Terminó por decírselo francamente.

-¿Aún no encontraste a nadie que quiera ir a Teixido?

-¿Cómo voy a encontrar --dijo el fantasma abriendo sus brazos con desolación--, si en cuanto me ven se caen sin sentido o huyen dando voces sin detenerse a saber lo que quiero ni por qué estoy pensando? Resulta imposible hablar con nadie, y así no puede ser. Luego se pasan noches y noches sin que yo vea alma viviente, como no seas tú.

-Tampoco yo veo a nadie, y eso es lo peor -declaró Fendetestas con voz triste para inspirarle lástima-. Escorrentaste hasta a la guardia civil. Eres mi ruina, Cotovelo. ¿Por qué no te vas?

-¿Adónde he de ir? -se defendía la aparición-. Cualquiera diría que estoy donde no debo. Todas las fragas tienen un fantasma, como tienen también un ladrón. Tú eres de Armental y acaso no lo sepas, pero antes que yo hubo aquí muchos aparecidos.

-¿Por qué no te presentas a un pariente?

-No nos llevamos bien.

Malvís tocó otra cuerda.

-¡Pudiendo ir a todas partes, Cotovelo, como puedes tú; pudiendo ver la capital, o ir a Santiago o conocer Madrid, hombre, donde tanto hay que ver .. ! Lo mismo encontrarías allí que aquí el cristiano que buscas para ese servicio, o acaso mejor allí, y a la vez te distraías algo.

Pero Fiz meneaba obstinadamente la cabeza, en la que sostenía la luz espectral.

-Es el cariño al rueiro². Malvís; aquí nací y aquí viví Y nada me interesa como esto. En otros sitios no conozco a nadie. No me voy.

-Pues fastidiar, bien me fastidias -terminaba Fendetestas después de cada una de sus inútiles tentativas de convencimiento.

Cierta noche, sentados sobre el pico más alto de las rocas, vieron marchar por la negra lejanía una serie de puntitos de luz que avanzaban de oriente a occidente, uno tras otro, conservando siempre una distancia igual entre sí.

Fendetestas se levantó sobresaltado.

-Así Dios me salve como es la Santa Compañía.

-Es -asintió el fantasma naturalmente, sin inmutarse.

-Viene hacia aquí.

-No. Va hacia el mar.

Xan de Malvís volvió a sentarse. Acababa de ocurrírsele una idea.

-¿Es cierto que no hay obstáculo para ella, que sigue siempre en derechura, sobre los montes y sobre los barrancos y sobre el agua ...?

-Sí.

-¿Y hasta podrá dar la vuelta al mundo?

El fantasma alzó los hombros con desdén.

-Claro que puede.

-Pues si éstos van hacia el mar -siguió intencionadamente Fendetestas-, todo por ahí, siguiendo en línea recta, a donde llegarán no es otro sitio que las Américas.

Por ahí se van también los vapores.

El espectro calló.

² Pequeña agrupación de casas aldeanas

-Ahora es la zafra en Cuba -continuó Malvís-. Buena ocasión de ver aquello. Se trabajará de firme en los campos de caña y habrá allí muchos hombres ganando buenos jornales. No digo yo que quisiera ser uno de ellos, pero me gustaría verlo si pudiese y no me hicieran pagar el viaje.

-Sí, Malvís -reconoció el ánimo en pena, con una rara excitación-. Debe de ser un buen espectáculo.

-Sobre todo, verlo, Cotoveliño; haber estado allí... Porque, mira, no haber ido a San Andrés de Teixido..., bueno.... no está bien; pero hay mucha gente que no fue y no siente vergüenza. Pero... ser de la tierra y no conocer América, Cotovelo...

-Es verdad, es.

-No poder contar nunca: «Cuando yo estuve en Cienfuegos ... ». Los pobres que nunca logramos ir, no somos nadie. Ahí tienes unos compañeros tuyos que van a allá. ¿Qué te iban a decir si te unieses a ellos? Seguramente...

Pero no hizo falta que continuase. El secular afán migratorio, reforzado por el también secular afán de no pagar el pasaje, habló en el alma del campesino difunto. Erguido, lúgubre, el fantasma de Fiz Cotovelo se alejaba como empujado por el viento, hacia la negra lejanía.

Y pronto hubo una luz más entre las luces de la anta Compañía.

Fendetestas la vio, persignóse y lanzó un suspiro alivio.

Entre El Cielo Y El Mar
De Ignacio Aldecoa

Era la tercera vez en la mañana. Los niños volvieron a acercarse. El ruido de la mar se confundía con el unánime grito de los que hablaban. Unos segundos de silencio y la monótona repetición como un gruñido o como un estertor: «aaa-ú». La red iba saliendo lentamente a la áspera playa. Su dulce color de otoño, roto por la lucecilla plateada de un pescado muy chico o por el verde triste un alga prendida en sus mallas, dividía la oscura desolación de grava menuda; cerca cabeceaba la barca vacía. Los niños pisaban la red. Pedro había asumido la labor de espantarlos. Decía una palabrota y hacía que corrieran apenas unos metros para pararse en seguida y volver confianzadamente a poco. Pedro tenía entre los labios el chicote de un cigarrillo y les miraba superior y hostil, porque era casi un hombre y trabajaba.

En el copo había un parpadeo agónico y blanco de pescado y se movía la parda masa de un pulpo con algo indefinible de viscera o de sexo. Un último esfuerzo. Los pescadores se inclinaron más; luego se irguieron en silencio y contemplaron el mar.

La tercera vez en la mañana. El señor Venancio, el de la nostalgia de los tiempos buenos de la costera, dio una patada al pulpo, que retorció los tentáculos, y, al fin, medio dado la vuelta, los extendió tensamente, abriéndose como una rara flor.

-Si llegamos a una peseta por cabeza, vamos bien –comentó.

Los demás siguieron en silencio. Habían oído y habían olvidado. Estaban acostumbrados, aunque no resignados, como creían otras gentes del pueblo. De pronto, uno de ellos comenzó a cantar en el vaivén de la ira y el ridículo. Pedro se aproximó al pulpo y principió a jugar cruelmente con él.

-Déjalo ya –dijo el señor Venancio.

Pedro sintió algo como vergüenza que le ascendió hasta los ojos y le hizo humillar y distraer la mirada en un pececillo que cogió entre los dedos. No, no le debía de haber dicho aquello el señor Venancio delante de los chiquillos, que le miraban envidiosos. Pedro era pescador, y sabía que tenía su parte en el pulpo y un indudable derecho a jugar con él o a darle una patada como el señor Venancio. No tuvo tiempo de pensarlo mucho.

-Dale la vuelta a la moña, Pedro, y échalo en el cesto.

Los chiquillos contemplaron admirados el trabajo de Pedro en cuclillas sobre el animal.

-Cabrón –dijo Pedro, y luego se levantó con el pulpo flácido, pendiente de sus dedos índice y medio de la mano derecha, los tentáculos colgantes formando una masa inerte, salvo en sus delgadísimos extremos, que todavía se retorcían.

El señor Venancio hablaba con los compañeros:

-Yo hubiera tirado el lance hacia el puntal; puede que allí hubiéramos sacado algo más. Como siga esto así, vamos a comer piedras. Tres veces en una mañana, y ni siquiera para comprar pan...

Pedro fingía interesarse en la conversación de los mayores sobre el jornal, porque para eso era pescador; pero sabía que no le importaba demasiado. Llegaría a su casa y tendría algo que comer. Para llevar de comer estaba el padre y no él. Acaso un trozo de pan y un rebujón de pescado frito, pero ya era bastante. Desde pequeño –contemplaba su infancia sin haber salido de ella como algo muy distante- había comido poco, a veces nada, mas siempre había tenido el derecho a llorar, a protestar por la escasez. El que no lloraba ni protestaba era su padre, que lo miraba todo con unos ojos muy pequeños, como queriendo llorar y protestar con odio.

-Pedro, lleva el cesto a la vieja y que se dé prisa en vender todo ese lastre.

Pedro se bajó los pantalones largos de color de arcilla, recogidos a medio muslo.

-¿A la tarde afanamos? –preguntó.

-Se verá. Hay que contar con la mar. Te avisará, al pasar, Luciano.

Los pescadores extendían la red sobre la playa. Algunos niños se divertían cogiendo pececillos minúsculos enmallados; otros iban detrás de Pedro tocando el pulpo temerosamente. Pedro se volvía hacia ellos:

-Largo muchachos; ¿es que nunca habéis visto un pulpo?

Les lanzaba arena con los pies.

-Largo, largo, largo...

Dijo una frase obscena...

Llegó donde la vieja. La vieja estaba sentada en el escalón del umbral de la casa. Miraba distraída.

-Nada, ¿verdad? –dijo.

-Poco; se dio mal toda la mañana –contestó Pedro.

-Bueno, deja eso ahí; ahora saldré a ver lo que dan. Venancio quiere muchas cosas. Ya te puedes ir; aquí no pintas nada.

La vieja tenía un genio malo. Solía beber. Bebía aguardiente, a veces con agua, a veces con pan, mojando en la copa migas que amasaba entre los dedos y arrancaba de un corrusco guardado en uno de los profundos bolsillos de su delantal. Pedro no se había marchado todavía.

-Que ya te puedes ir –repitió la vieja.

Pedro caminó hacia su casa. Iba pensando en el mar. Le gustaría ser pescador de mar, dejar de pescar desde la playa. Le gustaría salir con la traíña y estar encargado en ella de los faroles de petróleo. Y, sobre todo, hablar del viento de Levante. Decir al llegar a casa, con la superioridad del trabajador de mar: «Como siga esto así, vamos a comer piedras. El levante nos ha llenado la traíña tres veces de mar. Si no llega a ser por el señor Feliciano, nos vamos a fondo.» Y decir esto mirando a sus padres alternativamente. Ver los ojos del padre casi tristes, casi alegres; y los de la madre, temerosos; y contar a los hermanos cómo una morena le tiró un muerdo y él le dio con el cuchillo de partir el cebo en la cabecilla de bicha, y la tuvo a sus pies retorciéndose más de dos horas.

Le llamaban los amigos que estaban jugando con cajas de cerillas.

-¿Juegas, Sánchez?

Estaban en corro sobre el sucio principio de la playa.

-Ahora no, voy a casa. Esta tarde tenemos faena.

Y una voz:

-Los de la Tres Hermanos han venido hasta arriba de pesca. Nadie sabe cómo se las han arreglado. Es el señor Feliciano, que tiene ojo de gato para esas cosas.

Pescar en la traíña del señor Feliciano era el deseo de todos los muchachos de la playa. Pero el señor Feliciano no llevaba muchachos en su embarcación, porque pensaba que estaría mal que un niño ganase por ir con él más que su padre, que pescaba de playa o que estaba en otra lancha con poca fortuna.

Al pasar junto a la taberna de Sixto, se asomó.

-Hola, padre.

El padre de Pedro y el señor Feliciano estaban celebrando la pesca. Se había vendido bien en Vélez.

-¡De modo que tú ya andas en la labor! Bueno, hombre, bueno –dijo el señor Feliciano.

-Aprendiendo –aclaró el padre.

Pedro miraba fijamente al señor Feliciano.

-¿Quieres una copa? ¿Qué tomas?

-Un pintao –respondió Pedro.

-Pon al chico un pintao –gritó el señor Feliciano-. ¿Qué tal se dio hoy? Venancio sabe mucho; hay que largar donde él diga. Él sabe mucho de eso. Claro que las playas andan mal de pesca... Vete haciendo ojo. El año que viene, que paco se marcha al servicio... Bueno, ya hablaré con tu padre; ya se lo diré a él cuando sea.

Dejaron de hacerle caso y siguieron hablando de toreros, a los que no habían visto nunca torear. Pedro se bebió un vaso y dijo adiós. Al salir, el padre le llamó:

-Dile a tu madre que ya voy para allá.

Pedro movió la barbilla y cerró los ojos, asintiendo.

La madre de Pedro estaba sentada en el escalón del umbral de la puerta. Cosía algo. Preguntó:

-¿Qué tal se os dio?

-Mal, madre.

-Traes hambre. Anda, pasa. Encima de la hornilla hay pescado. Ojo, que hay que repartirlo. ¿Has visto a tu padre?

No daba lugar a las contestaciones; hablaba rápida, andaluzamente.

-Estará tomándose sus copas. Lo mismo da sacar buen jornal que malo. Hoy de juerga, mañana de queja. Así va todo.

-Hoy han tenido suerte –comentó Pedro-; el señor Feliciano tiene ojo de gato para la pesca.

-El señor Feliciano no tiene familia que mantener como tu padre; se puede gastar lo que gane con quien le dé la gana.

-Puede que el año que viene... paco se marcha al servicio. Ha dicho que hablará con padre. En casa de Sixto...

-Los hombres debían pensar más las cosas cuando se casan. Creerá que os voy a alimentar de aire.

-Cuando Paco se marche al servicio... Me ha dicho que vaya haciendo ojo...

-Vendrá cuando quiera, claro está, y supongo que bebido.

-Me ha invitado a un pintao. Aprecia al señor Venancio. Dice que hay que hacerle mucho caso en los lances, porque sabe mucho de eso... Lo que pasa es que las playas... Pedro miraba a través de la puerta la playa y el mar. La madre dejó un momento la labor.

-Sin comer no se puede trabajar. Anda y come algo.

Pedro seguía mirando la playa y el mar.

-Aviva, que ya te quedará tiempo para trabajar durante toda la vida.

Pedro entró lentamente en la cocina. En el rescoldo de la hornilla había un plato de porcelana desportillado con un montón de pescado. Sobre los azulejos partidos, media hogaza de pan. Cortó un trozo y mascó sin ganas. La ventana de la cocina daba a una calle de polvo y suciedad, hecha entre dos filas de casas de una sola planta. Al sol del otoño dormitaba un perro. Las moscas se agolpaban en huellas de humedad. El vecindario vertía el agua sucia en la calle. Pedro apretó dos o tres pescados sobre el pan y salió a la puerta que daba sobre la playa. Mascaba, lenta, concienzudamente. Volvió la vista a la derecha y vio a su padre, que se acercaba. Dos de los hermanos pequeños de Pedro venían cogidos de sus manos. El padre sonreía. Llegó.

-Hola, María –hablaba lentamente-; hoy hemos salido bien. Tengo una buena noticia para ti, Pedro: Feliciano ha hablado con Venancio. Hoy te vas a venir con nosotros.

Pedro apretaba el pan y el pescado fuertemente. El padre continuó:

-De prueba. Te encargarás de las farolas; es sencillo. Ya te enseñaremos.

-Ya sé, padre.

-Bueno, te enseñaremos de nuevo, aunque digas que ya sabes.

El padre entró en la casa. Los hermanos de Pedro quedaron con la madre. La madre comenzó a hablar en voz baja, rabiosamente. Dijo por fin:

-A ver si ahora te haces un zángano como los otros, Pedro.

Pedro no la escuchaba. Entró en la cocina, donde el padre estaba comiendo.

-¿Qué ha dicho de mí padre?

-Lo dicho, que te vienes esta noche con nosotros; que cree que te puede hacer un sitio. Ya puedes hacerlo bien...

-Pero no ha dicho nada más.

¿Qué quieres que dijera, criatura? Ha dicho lo que ha dicho y es bastante.

Pedro volvió la vista.

-Podía haber dicho algo.

Pedro dejó la cocina.

Andaba ya por la playa. Iba mirando las embarcaciones varadas. Aspiraba el olor de la brea, el de las redes puestas a secar. Se acercó a la traña Tres Hermanos. De vez en vez mordía el pan y el pescado. Dio una vuelta en torno a ella, pasando lentamente la mano vacía por sus costados. Terminó el pan y el pescado. Se tendió al sol. La lancha daba una breve sombra de mediodía pasado.

Pedro cerró los ojos. Los abrió. Las olas acababan suavemente en la playa. Cerró los ojos y escuchó como un gruñido o como un estertor: la mar.

[Lenta Es La Luz Del Amanecer En Los Aeropuertos Prohibidos](#)

De Antonio Pereira

Una vez estaba Pepín Ramos el poeta inspirado en la taberna que llaman el Senado, sentado a la mesa tosca, haciendo su papel de poeta inspirado. Todos lo respetamos mucho en sus esperas de la voz misteriosa, aunque nunca se le haya visto una página terminada. Vino un parroquiano de la taberna con la alegría lúcida de los primeros vasos, y fisgó el renglón que campeaba en la hoja.

Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos.

El verso hermoso, todavía único, con que iba a arrancar el poema.

El parroquiano suspiró:

-Es un buen empiece, Pepín. Pero ahora qué.

El Caballero

De Alvaro Cunqueiro

I

- ¡Ah de la barca!

Caía agua a Dios dar. En la orilla opuesta se veía un viajero, jinete en un jaco que me pareció en demasía nervioso. Venía el río crecido y costaba lo suyo mantener la barca fuera de los remolinos de la Salgueira. Cuando atraqué, sudaba. El jinete no dio señales de apearse cuando salté a tierra. Parecía como si quisiera entrar cabalgando en la chalana. Gastaba capa de cuatremuz, y la ancha ala del sombrero, amolecida por la lluvia, le caía sobre la frente. Miraba con extraña atención el río y la orilla izquierda.

- Habrá de apearse y ayudarme a entrar la bestia -le dije.

- ¿Este es el paso de la Salgueira? -preguntó.

Tenía la voz ronca, y recuerdo que me miró con unos ojos que parecían llevar claridad de fiebre, aunque después vi que no, que eran ellos por sí como luces.

- El mismo. Ese es el puente viejo -díjele.

Se apeó. Me sorprendió su alta estatura. Sin trabajo metió el caballo en la barca.

- ¡Vamos! ¡De prisa!

Me puse a la pértiga. El caballo, cuando empecé a navegar, se inquietó. El hombre, de pie a su lado, lo refrenaba con mano dura.

- ¡Se oyen otra vez los canes! -murmuró.

Y miraba hacia el río, hacia el puente viejo, como buscando algo que sin duda lo aterraba.

Sin novedad llegamos a la orilla de Pacios, y atraqué más abajo del padrón, porque el río llevaba mucha agua y el caballo no podía brincar. Me pagó el viajero con tres monedas, que le agradecí, que pocos pasan tan generosos.

Amarré fuerte, y porque me lo pidió lo guié a la posada de Cruz. Arrendó el caballo en el cobertizo y entró en la taberna. Parecía como hombre que husmea peligro. Sin decir palabra ni quitarse la capa de cuatremuz, que regaba el suelo de tan calada que estaba, se acercó a la ventana y miró si venía gente por el camino de Candás, y aun torció la cabeza poniendo el oído, digo yo que para ver si se oían los perros que le espantaban el jaco.

Le ayudé a quitarse capa y sombrero, que colgué al amor del fuego para que se enjugaran, y se sentó entre la puerta y la escalera, al pie del reloj.

Ya dije que era muy alto. Ahora he de decir que era muy hermoso mancebo. Tenía el cabello dorado y tan largo como no se ha visto pelo de hombre en el país. Los ojos eran

claros y ardía en ellos una luz extraña, húmeda y amorosa. Lo que más me cautivó, con toda su galanura, fueron sus manos, blancas, largas y cuidadas. Con ellas cubrió por unos instantes el rostro cuando Juan de Cruz se le acercó, preguntándole si le servía algo caliente, que la tarde lo pedía; las separó lentamente de la cara y pudimos ver lágrimas de sus ojos rodar por sus mejillas. Bebí un vasito de aguardiente a pequeños sorbos. Las campanadas de las cinco en el reloj lo sobresaltaron. Yo no hacía otra cosa que mirarlo y me sentía encantar por él como la sierpe por la flauta. De buena gana escucharía su secreto, porque sin duda grande y temeroso lo llevaba en el corazón. La hija de Juan, Madanela, la que ahogó en Fondan, se sentó en la escalera a desgranar una cesta de mazorcas. También ella, como yo, se dejaba encantar. Por veces, él levantaba la cabeza para mirarla y hasta pareceme que le sonrió con divina dulzura. Con sus manos pálidas desenredó la cabellera dorada, que le llegaba, ondulada hasta los hombros. Sospechaba yo que sus finos labios temblaban. Anochece y la lluvia seguía cayendo fría y gruesa.

- ¿Tendréis cama por esta noche? -preguntó a Juan de Cruz.

- Mala noche para caminantes -respondió Juan- El río no cesa de medrar. Dicen que hay lobos en el Pontigo. Pláceme que os quedéis, tanto por vos como por el gasto.

Mientras Juan fue a guardar el jaco y echarle pienso, pensé que para seguir una conversación con el desconocido sería bueno invitarle a otro chope de aguardiente. Además, que viendo a Madanela moverse con aquel genio que tenía y con aquel donaire, aquella sonrisa y los brazos blancos y torneados, no dudé que se contentaría. Agradecí mi invitación y Madanela dejó el maíz para bajar a escanciar a él aguardiente y a mí ribeiro, que yo por complexión caliente soy dado al vino tinto. Madanela se quedó a mi lado, apoyando en mis hombros, como muchas veces solía, sus manos regordetas.

- Gustar, gustárame el oficio de barquero -dijo-. En mi país es oficio de rey.

- ¿De dónde sois? -preguntó Madanela ruborizándose.

- De lejos, más allá de cien días de caballo -respondió-. Si queréis oír mi historia habéis de atrancar la puerta, y vos -dijo dirigiéndose a mí- habéis de amarrar la barca por esta noche.

- Dadla por amarrada. ¡Nadie del país pasará por aquí con semejante temporal!

- No temo la gente del país -dijo con tristeza en la voz.

- ¿Teméis los canes que espantaban vuestro caballo? -Ese es el final de la historia.

Sin duda aquel mozo llevaba un gran secreto con él. Entró Juan y atrancó. Madanela avivó el fuego y volvió a su tarea a la escalera. Sólo se oía la lluvia, el chispar de la hoguera y el graznido del maíz. Entonces el desconocido, mirando delante de él sin ver, mirando quizás a sus sueños quizás a sus recuerdos, comenzó la historia.

II

- Soy mensajero de un señor, casi un rey que vive más allá en los mares, en un huerto que corren tres ríos de agua mansa y donde florecen seis clases de palmeras y limoneros y naranjos. Se llama mi país Narahio. M amo es un gran caballero, viudo de una dama llamada doña Beatríz, que era una señora de mucho ver, con el pelo tejido de oro y perlas y

una carne de cristalería; toda ella era como una estatua de vidrio, frágil y transparente. Os miraba y os encendía el alma con la luz de sus ojos. Mi señor la conoció en Italia, en la tienda de un orfebre, que la guardaba dormida en una caja de plata y espejos, embalsamada con esencia de membrillo. Mi caballero se enamoró y no paró hasta conseguirla, teniendo que empeñar parte de su hacienda para el pago. En un velero la trajo a Narahio, y hasta que se vieron las torres doradas del castillo no la despertó. Ella le amó mucho, y, cuando murió, se murmuró en nuestra tierra que la muerte fue porque tropezó y cayó y se quebró como lo que era: cristal fino. Mi caballero recogió hasta el último pedazo de aquel destrozo y todo lo encerró en una urna de oro. Mi señor quedó triste, el cabello se le tomó blanco en un día y dicen que cegó, pero esto no se sabe fijo. No se pudo comprobar. Nadie volvió a verlo en el huerto ni se hacen ahora músicas en el palmeral.

Pregunté yo si no les había quedado hijo, siendo así menos la desgracia.

- Dicen unos que sí y otros que no. Los que dicen que sí aseguran que le quedó una hija a mi señor. Igual que la madre, de cristal, pero en moreno y camelia. Nadie la vio, aunque hay quien asegura haberla oído cantar talmente como la sirena, con voz que siempre parece triste y lejana. no la oí, y doy gracias a Dios por ello, que los que dicen haberla oído andan llorosos y alocados, enfermos de melancolía, sin sueño ni apetito. Un mi hermano la oyó viniendo una noche de cazar la nutria en una fuente, y desde aquélla anda trastornado y como mudo, doliente de amor.

- ¿Enamoróse sólo de la voz? -preguntó Madanela, que tenía la suya tan alegre como un verano.

- Hay que tener oído alguna vez la voz de la sirena para entenderlo. En los mares que rondan mi país hay desde muy antiguo sirenas engañosas que sólo con la voz, sin contar los encantos del cuerpo, tienen destruido muchos mozos.

»Volviendo a mi señor, y hablando de mí, os diré que soy su correo, no tengo mujer ni hijos y vivo en un palomar, enseñando palomas mensajeras y canes guardadores. ya mi padre tuvo el oficio y del suyo lo heredé, siendo pues verdadero que viene de casta el tener encanto para los animales, saber sus voces secretas, hablar al arrullo con las palomas y al ronquido con los canes y entenderlos cuando entre ellos se conciertan. A una legua oigo un ladrido siendo mediodía, que oírlo al alba o la noche, con el silencio del mundo, no fuera mérito. Mi oficio de correo es hermoso porque me lleva a todos los países, al trato con diversas gentes, a aventuras y conocimientos. Cuando llega el invierno, en la cocina de mi caballero, en un escaño cabe el: fuego, cuento historias tales que ningún otro de mi país puede contar. Esto me hace gracioso a los ojos de las mujeres.

Lo dijo mirando a los de Madanela que se ruborizaba por nada y los entrecerraba melindrosa.

- Un día del verano pasado recibí una orden de mi señor. Quería que me pusiera en viaje a la busca de la verdad de una historia antigua, que a él le tocaba por un tío suyo del que ahora tiene en un castillo un nieto de seis años cumplidos por san Lucas, muy medrado y gentil, vestido como anda a la napolitana, con una gorrilla verde que le mercaron en París, una gorrilla verde con dos plumas coloradas. Es un lindo rapaz, muy reidor, que por el genio y terquedad que presenta ha de ser un buen caballero. Yo le regalé una paloma blanca colipava, de las que usan los donceles en las ciudades para enviar mensajes a sus damas,

que para otra cosa no sirven, teniendo como tienen el vuelo corto, y por el regalo me tomó amor, que con amor le pago. Por eso, aunque sabía yo que averiguar esa historia pasada podía traerme, como me trajo, males, duelos y peligros, no dudé salir de viaje un día de agosto, diciéndome que quizá nunca más volvería a ver en el horizonte las torres de Narahio, que son del color naranja de su nombre. De esto va para dos años y aún estoy lejos del final de esta mensajería.

Al llegar a este punto pidió otro vaso de aguardiente que Madanela le sirvió. Seguía la lluvia y parecía haberse desatado el viento nordés que aquí en Pacios es tan recio. Aproveché la pausa para arrimarme más al hogar, donde ardía, con ese canto tan amoroso que tiene, un chopo de castaño, bien entrecuñado por Juan de Cruz, que sabía armarlo como nadie. Blancas, rojas, azules, las llamas bailaban royendo el leño, y daba gozo verlas. Pocas cosas son más hermosas de ver que un buen fuego. El viajero bebió su aguardiente y pasó otra vez, con un ademán que era muy suyo, la mano derecha por el pelo, repeinándose con los cinco dedos.

- Me llamo Leonís de Soage y estoy titulado caballero, que allá en mi país se conocen porque pueden vestir de terciopelo y llevar en la oreja izquierda un pendiente de oro con las armas. Las mías son una paloma que lleva en el pico una flecha.

Y descubrió de pelo la oreja izquierda, en la que, como dijo, llevaba un pendiente de oro con sus armas.

- Todos los primogénitos de mi casa se llaman Leonís en memoria de mi abuelo que fue de la caballería de los Doce Pares y viene en las historias de mi país como Leonís de Arantes. Sobre éste de mi abuelo hay romances que cantan cómo se enamoró de una princesa bizantina que era muy delicada de salud y le recetaron los médicos hierbas de javaleño, que no las hay sino en las Indias. A ellas fue mi abuelo y peleó con un gigante y una serpiente y halló la hierba y la trajo a Constantinopla, pero cuando entraba por la puerta de las Abejas, uno que lo conoció por las armas, le dijo que la princesa había muerto hacía dos años de una alferecía trasudada. Tal que si no fuera por la honra de buen enamorado que cobró hiciera don Leonís en balde su gran viaje. Mi madre me acunó de niño con los romances de mi abuelo.

Calló como ensoñando algo. Pienso yo que hallándose uno lejos de su tierra, la mayor nostalgia que haya será la de los días de infancia y mocedad, por ser, generalmente, eras alegres, en las que el alma vive sin cuidado. Yo me recuerdo niño en Belesar, en el molino de mi abuelo, con un codo de pan en la mano, viendo girar las ruedas, y viéñense las lágrimas a los ojos.

- Pero esas son otras historias. Vayamos con mi mensajería -dijo don Leonís rematando su aguardiente.

Parecióme que ya no estaba temeroso. Quizás el encontrarme al abrigo, al calor de un hermoso fuego, contando su vida y aventuras a gente sencilla como nosotros que lo mirábamos bien, debió tranquilizarle. Golpeaba la lluvia en lo ventanas y eran como silbos soplados por el viento los álamos y abedules de la ribera. Se oía por veces el mugir del río en los caneiros. El temporal hacía más amigo el fuego y el techado.

- Mi mensajería es cosa de secreto mayor, pero hallándome tan lejos de mi país, siendo de vosotros tan desconocidos sus sujetos y tan extraordinaria la historia, no pecho al contarla, al tiempo que descanso mi corazón de los peligros pasados. Hace una hora que crucé el río en vuestra barca y me senté a este fuego, y ya paréceme que entre el mundo y yo he puesto una cortina de años, alejado el sobresalto de mi viaje y olvidado la prisa que me arrastra, como viento vendaval las hojas secas. Paréceme como si mi viaje, mi encargo y mis aventuras fuesen hijos de mi magín y no hechos verdaderos, y hasta me burlo de mi amedrentamiento.

Madanela habíase sentado en la piedra del lar, a los pies de Juan de Cruz y abría los ojos al encanto del extranjero, que de vez en vez la miraba como si sólo contase para ella sus historias. El soleo del fuego la arrebolaba y era talmente una manzana caramona.

- Un tío de mi caballero, conocido por don Lanzarote, tuvo dos hijos en una princesa levantina cuyo padre tenía isla y navíos y gastaba mitra de oro. Fue un buen rey, y en la vidriera de la iglesia de su reino está, arrodillado, entre San Juan y San Basilio con su mitra y su barba y en las manos un bergantín-goleta de tres palos que ofrece a Nuestra Señora. Eran los hijos de don Lanzarote, niño y niña, los dos de un vientre, y cuando nacieron echáronle a don Lanzarote la profecía de que serían Tamar y Amón, porque al nacer era Géminis el signo, había cruzado un cometa a trasmano, y la madre soñó que un gavilán devoraba a una paloma. Contristóse la princesa porque don Lanzarote no creía en agüeros y reía del profeta, que era un médico lombardo titulado en Montpellier, que es la Roma de la medicina y el jardín de las hierbas salutíferas. Don Lanzarote, para aliviar la melancolía de su esposa, doña Teodora, llevó el niño a Soage, mi lugar, para que lo educaran en las armas y en la cortesía, separándolo de su hermana, que fue llevada a Constantinopla a casa de una tía abuela a aprender el bordado de perlas y el hojaldre, cosas ambas que nadie sabe en el mundo mejor que las princesas bizantinas, que en aprender esto y la lista de los oficios palatinos con sus nombres completos, pasan de ocho a diez años sujetas. Pensaron don Lanzarote y doña Teodora que no se viesen los hijos hasta mayores y casados ambos, y en esto estuvo la causa de la tragedia y el que la profecía fuese cumplida, que paréceme a mí que si de niños hubiesen jugado juntos en su palacio de Anca y se hubieran tratado de hermanos cada día, no hubiese llegado el mal a sus corazones... Pasaron dieciséis años, en los que no hubo, en lo que toca a esta historia, novedad mayor, salvo la muerte de don Lanzarote en las guerras que hubimos en Oriente. Doña Teodora, pasado el cabo de año de su esposo, que fue muy sentido, acercóse a Constantinopla a ver a la hija y la encontró tan medrada y compuesta que se asombró de que aún estuviese soltera, y como tenía posibles hizo un torneo, que se predicó en los Siete Reinos, ofreciendo al vencedor la mano de Sibila, que así la nombraban. Acudieron príncipes y muchos caballeros, y a todos excedió en juegos y maneras un caballero vestido de galas negras, al que llamaron el Doncel Desconocido. Este caballero, que no se descubrió ante las damas, cosa que permiten las leyes de la caballería andante, ganó el torneo, que fue muy lucido, montado en un caballo de bonanza y acompañado de dos pajes, uno con quitasol y otro con flauta. Ya habréis dado en que el Desconocido era don Silván, el hermano de la novia.

Hizo una pausa. Iban calmando fuera el viento y escampano la lluvia. Oíase ahora el río, que iba lleno y poderoso.

- Cuando doña Sibila le dio al desconocido el premio del pañuelo colorado, que tal es la costumbre, como mi princesa era tierna y tenía diecisiete cumplidos, edad a la que todas las bizantinas ya son madres, susurró al oído del caballero que tenía un cenador en su

huerto, rodeado de granados y adornado con cojines y alfombras. El Doncel Desconocido no vio inconveniente en tocar a vísperas, máxime que al día siguiente ante doña Teodora y el Patriarca, había de ser casado, después de declarar su nación y nombre, que nadie dudaba fuera antiguo y honrado, tan cortés y buen caballero aparentaba. En viniendo la noche salió de su posada embozado y pasó al huerto de doña Sibila, que le esperaba en el cenador quemando hierbabuena y zalomela en un pebetero de oro. El diálogo pareceme excusado decirlo. En Bizancio se enseña a los mozos el lenguaje de las flores, y la azulzalomela es emblema de pasión desbordada. Así, pues, sin decir oste ni moste se ofrecía doña Sibila a don Silván. Era morena como su madre y menudica, el pecho algo menos que de su edad, aunque alto y encelador, y la boca grande, los labios delgados y rojos, pasaba por hermosa; pero lo que más gustaba en ella eran los ojos negros y las piernas largas, talmente de danzadora. Ya vestiría ella una túnica que le permitiera enseñarlas. Allí en el cenador pasaron las vísperas, y si la alondra no canta, pareceme que aún seguirían con sus juegos, porque mucho se gustaron, según lo que después se vio. Fuese a su posada feliz y amoroso don Silván, vistió traje de seda, perfumóse la negra cabellera con agua franchipana y caminó con su flautista y su quitasolero a las Blanquernas, donde ya estaban, de blanco vestida la novia, con corona de condesa doña Teodora y con tiara coronada el Patriarca. La velación entre los griegos se hace a puertas cerradas, con sólo el sacerdote y los padres, y con velas encendidas, que andan de mano en mano como en un juego. Lo que allí pasó sólo se sabe por inquisición, que nadie dijo palabra. Doña Teodora salió muerta; doña Sibila, desmayada; don Silván, demudado, y el Patriarca, con la tiara en la mano. El escándalo fue tan grande que toda la caballería bizantina estaba en la iglesia. Silván huyó y el Patriarca anunció a la Corte que la boda no podía celebrarse porque el caballero vencedor era leproso. Con esto se quiso echar tierra al asunto. Lo que allí pasó fue que al declarar el Doncel Desconocido su nación y nombre, la pobre madre vio la profecía cumplida y dio el alma a Dios, gritando la desventura. La justicia de Constantinopla ahorcó flautista y quitasolero para que no pudieran declarar el nombre de su amo.

- Paréceme una historia -dijo Juan de Cruz poniendo en la mesa de don Leonís una jarra de espadeiro- ¡Mojad, mojad la lengua, mi amigo!

La jarra hizo una ronda de ida y vuelta. Madanela arrimó el caldo al fuego y pasó en las brasas unos chorizos.

- Doña Sibila parió a los nueve meses un niño, ese que os dije de la gorrilla verde, las plumas coloradas y la paloma colipava. Doña Sibila entró en un convento, donde está ahora a la muerte y que aquí viene el porqué de mi mensajería.

- Dejemos ese porqué para tras la cena -dije yo.

Madanela puso la mesa y sirvió el caldo y los chorizos. Partimos la dorada borona. Mientras cenamos sólo se oyó el canto de la leña en el lar. De afuera venía el roncón del río. Dos jarras de espadeiro y medio queso viejo de Andey pusieron remate a la colación y don Leonis siguió su historia.

- Don Silvan huyó como un ciervo, pero ciervo enamorado. Doña Sibilía dejó Constantinopla por Narahio, y en el castillo de Ansemar le nació el hijo, ese mocito que os dije de la boina verde con plumas coloradas. Mi caballero, ahora que doña Sibila está muriéndose, de consunción melancólica, según unos, y de fiebres «origines dubiae», según

otros, enviéme a la busca del padre, del que en estos ocho años no hubo noticia. Averigüé yo que de Levante pasó a Venecia, y de allí, a Roma; decían que a redimirse de sus pecados. En Roma, cerca de Abbadie tre Fontane, mercó una finca que tiene un jardín cercado, y en él una fuente cantadora que semeja un lebrél vertiendo agua por la boca; en el jardín hay camellos y rosales, y macizos de rosacresta que hacen caminos cubiertos y bien recortados pasadizos, puentes y torres almenadas. Allí vive don Silván, y allí fue mi mayor aventura, esa que ahora pone en peligro la vida mía.

El jaco relinchó en la cuadra y despertó el can del mesón que medio roncó. Madanela lo acarició, y «Nero» volvió a su sueño murmurando esos decires que tienen los perros viejos cuando los amansan.

- Con una carta que llevaba del obispo de Adana, fui a llamar a su puerta, fingiéndome Miguel de nombre y siríaco de origen, de oficio jardinero. Y aconteció que precisamente necesitaban uno en la casa, porque había de mudar la disposición de algunas partes del jardín para colocar una estatua que esperaban de un día para otro. Ya tenía don Silván, que así se hacía llamar el caballero de Oriente, el dibujo hecho. En cinco días le arreglé el jardín. Don Silván, que andaba vestido a la moda romana y se embozaba en una capa de vueltas carmesíes, se sentaba junto a la fuente a verme trabajar. Es en verdad un gran caballero. Yo le saqué en seguida el parecido con su hijo. Ambos tienen los mismos ojos azules, y se les clarea el señorío a través del andar; no me extraña que doña Sibila se turbase, cuanto más que yendo ya madura para lo que por allá se estila no había encetado la manzana de los amores. La casa de don Silván era grande y bella; en los dos salones de la terraza, y aun en la terraza misma, estaba prohibida la entrada a los sirvientes. Ahí dormía el caballero, y de allí, por la noche, cuando ya la estrella iba tan alta, que Aldebarán era el ojo del oro, salía una música como otra no oísteis, y que bien quisiera poder explicaros. Os adormeceríais en su arrullo. Lentamente, comenzaba a brotar de aquel ligero vuelo, de aquella blanca y reposada caricia, un silbo, un violín, una llama, un viento, un aliento ardoroso que subía y subía rozándose contra las paredes del mundo. En las tinieblas se oían sollozos y pasos. Algo frío, alas o nubes, se ataba y desataba a una mujer que gemía y danzaba. Se oían las puntas de los pies, la despeinada cabellera cayéndole por la espalda blanca como un agua negra. Un extraño oficio de difuntos, una letanía perezosa, una mano de hombre amiga y apaciguadora, que se posaba en nuestra espalda, surgían de aquel horrible combate y se anegaba en aquella música primera, en aquellas rosas que se deshojaban junto a vuestro oído, en aquellas manos de niña que pasaban a la luz de la luna tejiendo tejeres con hilos de seda transparentes... Más que esto que os digo era aquella música que venía de los salones de la terraza todas las noches la misma pieza y a la misma hora. Yo cobré temor, pareciéndome que algo, conjuro o encanto, se escondía tras ella.

- ¿Y era así? -pregunté.

- Así era. Pasaron casi dos semanas sin mayor novedad y sin que yo averiguara nada de la vida del caballero de Oriente ni de lo que escondían los salones y la música nocturna. Una tarde llegó al jardín don Silván y vino a mí, estando yo aterrando un cuadro de lilas francesas que tan olorosas son.

»- Miguel -,díjome-, anochecido han de llegar con la estatua que aguardamos. Harán falta los hombres que vienen y la ayuda nuestra para ponerla en su pedestal.

»Díjeme que con mis fuerzas contara. En carro de bueyes vinieron tres hombres con la estatua, que traían muy enmantada y con mucho cuidado y esfuerzo, que nunca vi mármol más pesado, la sentamos en su pedestal. Éramos cinco y los cinco sudamos, el peso de la figura y la inquietud de la yunta extrañáronme. Como caballos estaban bravos los bueyes. Ahora os diré cómo era la estatua, lo que es descubrir una punta del misterio. Pero antes, que ánimo es preciso, bebamos a mi salud, y luego ya beberemos a la vuestra otra jarra de este espadeiro.

Madanela trajo. Se veía que la enamoraba el pasajero y él no veía inconveniente en mirarla a los ojos, encelándola. La verdad es que ella estaba como esas que los médicos mandan tomar por medicina.

IV

- La estatua figuraba una mujer desnuda a su natural tamaño, peinada a la bizantina y sin más pudor que el que una banda de seda que llevaba a la cintura. El rostro se lo encontré tan conocido, que pasmé, y era el de doña Sibila. Yo sólo había visto a la dama una vez, enferma y dolorida; pero, sin más, la reconocí y os digo que si tiene el cuerpo que allí figura, se explica que hayan pasado tantos disturbios. Era ya noche cerrada y don Silván mandó que me retirase. Pasé hasta el nuevo día en desvelos y cavilaciones, y colegí en mi ánimo que don Silván estaba enamorado de su hermana y ensoñaba su pecadora pasión. Díjeme que no sería bueno, hasta que estuviese más al tanto de su alma y pensamientos, descubrirle mi condición y entregarle la carta de mi caballero que llevaba cosida a la camisa. No oí ninguna música esa noche; pero luego recordé que la primera vez que oí esos canes que aún no hace tres horas me ladraban en el viento, fue mediando aquélla. Me levanté a la amanecida y fui a regar y trasquilar el césped del jardín y a mi sabor contemplé la estatua de doña Sibila, que estaba labrada en un mármol blanquirrosado que semejaba carne, y en el pecho y garganta y en las hermosas piernas se le transparentaban a modo de venillas azules. Tan aparente estaba doña Sibila, que me sonrojé de encontrarla desnuda. Madrugó don Silván y me envió a Roma a buscar un lectuario de triasandaliz, a una tienda que hay cerca de San Lorenzo, junto a las tapias de Campo Verano. Sonríome la vieja que tenía la tienda al hacerle el pedido. Preguntéle por qué se sonreía.

»- No te sonrío porque seas hermoso -respondió-, que yo soy vieja, y en demasía fui graciosa y reidora en mis tiempos. Ríome de verte necesitado de este lectuario siendo tan mozo.

»- ¿Y pues? Me manda mi amo.

»- Este lectuario es medicina de los muy amorosos -dijo llenándome el frasco.

»Volví a la villa pensando que el don Silván estaba entregado a grandes excesos que yo no sabía por verle siempre en la casa solo, y no haber en la casa más mujer que una cocinera anciana, mandadera que fue, según me contó, de un nepote del Papa. Volví a oír aquella noche la música de que os hablé, y tenía una parte nueva, como una risa argentina, como un aroma de alcanfor que os endulzara los sentidos. Yo no pude más conmigo mismo y me propuse averiguar sin más pausa el secreto de la casa, decidiéndome a vigilar en la noche el jardín y la terraza. Hice amistad con el perro que guardaba la villa, un can de Nora, negro y listón y calzado de la mano real que era muy fuerte. Me lamía la mano y el rostro de amigo mío que era, y dormía la siesta a mi lado, apoyando su gran cabeza en mis

rodillas . Una noche, como don Silván acostumbraba a cerrar la casa con llave y candado, hice por quedarme oculto tras un macizo de rosacrestas, que semejaba, recortado, una torre almenada. Dieron las doce y dio la una. Tocaron en Abbadia tre Fontane a los oficios de medianoche, y en el aire pontino fue y vino la letanía coral, que por ser monjes de mucha penitencia, siempre es de difuntos. Sobre las dos serían cuando apareció en la terraza don Silván; los salones estaban iluminados como para una fiesta, y a la luz que vertían los ventanales bien lo contemplé mozo y garrido. Vestía en bizantino, bordado en perlas y piedras preciosas que rebrillaban a la luz, y ceñía espada. Se acercó a la baranda de la terraza, apoyó en ella las manos, y por un momento contempló la estrella del cielo, que se dilataba sobre la tierra y la noche. A su lado, sin que yo advirtiera de donde había salido, salió un enano que comenzó a afinar su violín, violín que reconocí como el de la música que os conté. Bonete y ropón vestía el enano como músico de iglesia. Mi amo bajó al jardín acercándose a la estatua de doña Sibila, y el enano comenzó su tocata, una tocata nueva que aún llevo en los oídos, pero que no puedo explicaros, que me faltan palabras. Llegó el músico a un pasaje en el que parecía desatarse un viento de fuego y alegría en las cuerdas y el pecho del violín, y a aquel conjuro sucedió el encanto. Comenzó la estatua a moverse, el mármol a despertar. Vi con los ojos míos levantarse la doña Sibila de mármol y, apoyada en el hombro de don Silván, brincar del pedestal al césped. La movía la música, aquella pieza era como su alma. En sus brazos la tomó don Silván, y seguidos por el músico pasaron al salón de la terraza. Os ahorraré la visión de sus excesos y delirios. Todo lo vi, y a ella oí cantar con su boca fría, que, eso sí, ni en el mayor arrebató de amor, ni sombra de color le vino al cuerpo, por lo que supongo que el mármol no perdió con el encanto su sustancia, que es húmeda y gélida. Cantó con voz que nadie tendría por humana; cantó, y su canto me heló la sangre en las venas. Era de tal naturaleza aquel canto cálido, aquella lengua imán, que si las mujeres la tuviesen os aseguro que no habría castidad sobre la Tierra. ¡Cómo se amaron! El claror del día puso fin a la orgía. Él se adormeció sobre los cojines, medio desnudo, en la mano una copa vacía. Ella abandonó el salón y pasó a la terraza. La llevaba de la mano el enano. Paréceme a mí que era ciega; el encanto le dio todo al mármol, menos luz a los ojos. Pasó a mi lado, desnuda y perfumada camino del pedestal. Y no me pude resistir. Mi mano derecha fue hacia ella y la tocó en un hombro. Diréisme que fui loco; pero ¿qué sabe nadie del alma de nadie? Mi mano tropezó con una carne humana, con una carne fría y viscosa como panza de culebra. Ni la cabeza volvió. Siguió su camino guiada del enano, y por la escalerilla de recortar la rosa. cresta pasó a su lugar donde tomó la figura de estatua y se quedó. El enano se fue como vino: volando. Yo me escondí tras la caseta del can a esperar el día. El terror y el temor no me dejaron dormir. Cavilaba yo que aquel encanto era lo que tenía en su lecho, consumida y sin ánimo, a la doña Sibila verdadera, y que la pasión de don Silván por su hermana era loca y desmedida. ¡En verdad es triste que tan buen caballero sea tan gran pecador! Esto lloraba yo entre mí cuando alumbró tras los cipreses el alba rosada. Determiné comprar un caballo y pasar a Ostia en busca de barco para Narahio, que siempre suele haber alguno de los que traen especias y naranjas griegas para los romanos. Salió don Silván al jardín como solía y poco después salía yo de mi escondite a darle los buenos días.

»- Mala noche pasaste, Miguel, que tienes mala cara -dijome.

»- Son las fiebres que me cogieron en Adana, mi señor. Quisiera ir a Roma a buscar una medicina muy acreditada que se llama herbanea de Indias.

»- Tienes mi permiso -dijo, y retiróse a sus habitaciones.

»Así, pues, se preparaba mi huida. Regué el césped y la rosaleda, y al pasar junto a la estatua espanté; allí, en su hombro izquierdo, donde mi mano la había tocado, estaba la señal de los dedos y de la palma en el mármol, como si hubiera sido labrada. Entró el terror en mí, y sin esperar un minuto más huí a Roma, pensando que cuando don Silván se percatase de la huella, había de averiguar quién fue el osado espía. Huí a Roma y ya no me atreví a pasar a Ostia. Ofrecí peregrinación a Compostela, en cuyo camino estamos. Desde Roma, amigos, me sigue el enano con canes rabiosos, tocándome músicas con las que pretende atraerme a la muerte, porque mi huida me delató y quieren enterrarme con mi secreto. Sáleme a todos los caminos y creo que puede volverme loco. Este mediodía, cruzando las gándaras de Páramo, me detuve para que el caballo bebiera en un regato, y de entre unas hayas que coronaban una colina salió la voz del violín del enano, una voz sutil y acariciadora que como una mano de seda se tendía hacia mí. Pero sobre el violín brincó el ronquido impaciente de un perro de presa, y fue como si una garra negra rasgase la seda que enguantaba la mano de la música que os digo.

* * * * *

- Don Leonís no quiso ir a la cama. Se envolvió en una manta zamorana y se sentó en un escaño en el lar. Bien vi cómo ponía al amor de la mano sus pistolas, y cómo se aseguraba que con sólo el meñique había de salir de la vaina el cuchillo montés que llevaba en el cinto. Pagó el gasto, advirtiéndome que a lo mejor tenía que salir de improviso. Yo me ofrecí para hacerle compañía, pero la rechazó diciendo que a mis años mejor me venía una buena cama. Dormí, y a la mañana, cuando desperté, ya no estaba don Leonís en la posada. Siempre pensé que Madanela le hizo compañía. Era una moza alegre y donairosa, que se arrebolaba por nada y sin duda muy soñadora. Ya lo fue su madre también. Paréceme que Madanela no le dejó ir sin ofrecerse, cuantimás que caballeros como aquél, ten hermoso y de tan lejos, pocos pasaban por la posada. Él le dejó de regalo un pañuelo de Cambray, muy bordado, que en una punta tenía una avecita colorada con una cinta de letras en el pico. Las letras decían -díjome Madanela sonriendo y bajando la vista-: «Con amor vivirás». Poco vivió la moza. Se ahogó viniendo de la romería del Pomar. El río la llevó hasta San Acisclo. Una mañana encontraron el cuerpo estribado en la represa del molino, medio comido de los ratas y las lampreas. ¡Siempre me recuerdo del gracioso andar y de los ojos azules de aquella rapaza!

La Bondad Del Invierno De Agustín Celis

También yo, como Lorca, poseo una tristeza de hilo blanco para hacer pañuelos, una gavilla de sueños rotos y un retablo de ilusiones sin filo que asiste cada mañana al espectáculo de su nueva restauración. Ni a él ni a mí nos habían hablado de esta inercia apagada. No nos dijeron que nos pusiéramos ahí, quietos y obedientes, con la nalga temblona, a la espera de que un civil desconocido nos vacíe el cargador de su pistola en la cabeza acostumbrada a componer versitos.

Yo ya sé, como Federico, que la vida no es noble, ni buena, ni sagrada. La vida es sólo una sucesión caprichosa de pérdidas, y el hombre no es más que la marioneta destinada a cumplir sus caprichos. No importa si provocamos al azar y corrimos detrás de nuestra desgracia hasta encontrárnosla de frente. Aunque me hubiese escondido en este boquete, o en cualquier otro, trece años antes, igualmente habría caído sobre mí la noche negra para cubirme con su manto y convertirme en el hombre cansado que soy ahora.

Quizá si me hubiese ido del país habría tenido todavía una oportunidad entre los hombres. Como tantos otros que se marcharon a América, también yo podría haberme refugiado lejos para mirar todo este caos a salvo, desde el velador de un café de Buenos Aires, pongamos por caso, con una copita de anís siempre encima de la mesa y nuevos amigos que comenten conmigo la desgracia para seguir jugando a salvar el mundo de nosotros mismos.

Si decidí quedarme fue sólo por la ilusión de hacer realidad nuestras conversaciones de muchos años atrás en la Residencia, de matar, una sola vez pero para siempre, la pesadilla de no creer lo que creían otros, por probar a confiar en lo que defendían con tanto ímpetu y que a mí no me interesaba. Yo sólo quería escribirle unos versos a lo de todos los días, permanecer ignorado entre todos aquellos que cantaban a una bandera o levantaban un puño o entonaban un himno. Luego el destino se ha complacido en envolverme en su capa y he terminado huyendo de unos y otros.

No sé cuándo se torció la suerte y quedé enredado en esta bobina de hilo que terminaré de enrollar mañana por la mañana, pero tengo algunas sospechas. Si tuviera tiempo escribiría mi historia para conciliar estas dos mitades y entender si lo que he hecho en estos trece años tenía alguna justificación. No tengo tiempo y por eso sólo puedo esbozar con pena una mínima parte del relato.

No estoy seguro de dónde y cuándo comienza, pero sé con una certeza que asusta y alegra cuándo y dónde termina. Quizá la noche que le regalé mi maquina de escribir a Juan Palacios para que él hiciera su revolución fue la noche que me condenó a todos estos años de lucha. ¿Podía saber yo que a las pocas semanas le requisarían la máquina, le romperían los dientes y la boca, y en una celda de castigo, tragándose la sangre y los mocos, iba a pronunciar mi nombre como el de un aliado, un compinche o un traidor? O puede que fuese aquella tarde en Madrid, en el sótano en el que Pablo y Rafael pontificaban, donde alguien tan anónimo como yo me vio y quiso que también yo fuera uno de ellos, y luego vino la culpa y la delación.

Cuando yo supe que el crimen fue en Granada participé con otros y por venganza en una partida que acabó con la muerte de dos guardias civiles en Alcalá, una noche en la que alguien gritó y dio armas y se rompieron cristales y se quemaron algunos camiones. Todo esto y que mis amigos fuesen Federico y Rafael, Pablo y César, Miguel y Pedro y otros muchos contribuyó a que la historia haya sido de este modo. Luego he sabido que algunos de ellos murieron y que otros se exiliaron antes de ver peligrar su posición o su vida. Los

más listos huyeron haciéndonos creer que por el bien de la causa convenía tener una vanguardia en Francia o en Rusia desde donde luchar contra el enemigo fascista. Los más ingenuos se quedaron defendiendo un futuro sólo leído en los libros o se han podrido en las cárceles nacionales creyendo cumplir un deseo que ellos no se fijaron. A Miguel le perdí la pista y no sé si consiguió salir del país o todavía sigue buscando el desgobierno de la carne allí donde se encuentra. Una vez me dijeron que murió en prisión, enfermo, pero las fuentes no eran fiables y en este tiempo hay demasiados fantasmas que después de muchos años enterrados han regresado al mundo para dar noticia de su suerte.

Yo pasé tres años de un lugar a otro comiéndome la rabia y las ganas de decir basta, y cuando todo acabó para los otros yo seguí aquí, o en un penal que no sé si es de este mundo, lo mismo da, obstinado en no aceptar lo evidente, que el mundo que íbamos a construir no era posible y tocaba perder. Tres años en el presidio de Ocaña sobran para domar a un hombre, así que cuando conseguí salir de allí con veinte kilos menos y media boca deshecha a palos me retiré a Requena, donde vivía entonces mi hermana, buscando librarme de mis recuerdos y mis errores pasados. Salta a la vista que fue inútil.

Allí la guerra no había acabado. Todos los domingos bajaban a la cantina del Sordo los perseguidos del monte. Allí fue donde conocí a aquellos hombres que todavía creían que podía prenderse la llama revolucionaria, un grupo de individuos que habían decidido continuar una guerra de guerrillas contra la guardia civil y el gobierno de Franco, antiguos cabecillas del PCE, anarquistas sin lugar en esta tierra, represaliados de toda condición, soñadores sin causa o delincuentes que habían encontrado en las partidas un refugio a la acción de la justicia.

Yo solía ir a la cantina del Sordo todas las mañanas a tomarme mi copita de coñac y pasar a limpio las cartas que escribía para las gentes del pueblo, mi único oficio entonces o mi única forma de subsistir. Con el hijo del Sordo hablaba de la guerra y de cómo nos habían dado por culo tres años seguidos los que finalmente ganaron y ahora nos tenían derrotados y en silencio. El Sordo había muerto dos años antes pero aún su sombra continuaba presidiendo aquella cantina de mala muerte que acogía cada semana a los fantasmas que bajaban del monte en busca de noticias y nuevas formas de resistencia. Algún día muchos de esos hombres serán una leyenda reprimida que pocos o ninguno se atreverá a contar, y quizá yo mismo forme parte de ella, yo o lo que queda de mí, no lo que hice durante siete años sino lo que he hecho en estas semanas movido por el asco y el cansancio, no yo con mi nombre y mi apellido sino este otro nombre que llevo como una cicatriz desde hace siete años y que se ha adherido a mi piel como los tatuajes y las manchas que me ha dejado la
intemperie.

Como necesitaban a un hombre que supiera unir palabras con sentido sobre un papel, me tomaron como colaborador y yo acepté de nuevo participar en esta lucha porque era mejor seguir del lado de los que siempre pierden que sufrir a diario y sin perdón el castigo de la sospecha no siendo culpable. Ya que debía pagar la culpa de andar metido en intrigas, al menos que esas intrigas fuesen verdad y sirvieran para algo, aunque sólo fuese para el insomnio y los quebraderos de cabeza del alcalde y del comandante de la guardia civil.

Durante dos años pude permanecer en el pueblo realizando labores de apoyo. Proporcionaba suministros regularmente, informaba de los movimientos de los civiles y servía de contacto con los cabecillas del Partido en el exilio. Fue la ley de fugas la que echó por tierra esta situación y la que me obligó a echarme al monte.

Si lo que pretendían era romper la unión entre el pueblo y la guerrilla, doy fe de que lo han conseguido los muy hijos de puta. La represión, la vieja amante bastarda del poder, fue de nuevo la que pulió a conciencia el aguante y la paciencia de quienes decidieron quedarse allí abajo. Quizá creyeron que quedaba todavía un modo de salvarse.

Muchos no se dan cuenta y resisten sólo porque eso es lo único que les queda. No tienen otra vida que vivir y se acostumbraron a correr y esconderse y no creo que supieran hacer ya otra cosa. Siguen aguantando sin pararse a pensar en las consecuencias de esa resistencia, en lo podrida que está ya esta lucha, en la desolación de las gentes del pueblo.

Desde hace varios años sólo el invierno nos proporciona un alivio duradero. Esperamos el invierno como quien aguarda la llegada de un pariente lejano que le confirme que las cosas cambiarán un día. El frío y las dificultades que nos trae la nieve nos aísla de todo, pero también nos salva. En ese descanso de unos meses es cuando he visto con claridad lo deshechos y cansados que estamos, lo romo de nuestra capacidad de lucha y de cambio. Nosotros íbamos a restablecer el orden natural de las cosas. Íbamos a transformar el mundo con nuestra lucha. La tierra sería al fin para quien la trabajara. Las viejas frases son ya sólo consuelo y respuesta. Algunas veces una broma de mal gusto. Otras, una pregunta mal intencionada. Una réplica, una riña, un remedo de promesa. Nunca una ilusión.

La bajada al pueblo es la confirmación de nuestra derrota inevitable. Imposible mantener la fe ante aquellos rostros condenados a penar la audacia de nuestros pasados sueños. En las caras de quienes decidieron quedarse y sufrir en silencio y sin molestar la pérdida de sus antiguas convicciones, ahora sólo veo la repulsiva forma que dejó en ellos la represión y el miedo. Bocas silenciadas que ni se atreven ya a delatarnos, indiferentes ante el espectáculo de nuestra miseria y nuestra ambición. Miradas que tensan su reproche y nos recuerdan en voz baja a cada uno de sus muertos. Cuerpos gastados que nos culpan sin palabras por alargarles una guerra que para ellos terminó hace muchos años.

Llevo un rato tratando de seleccionar las anécdotas que ilustren o justifiquen mi desertión. Porque esto que yo he hecho no es una vulgar falacia. Es otro malentendido. Como todo lo que nos ha tocado vivir. La camaradería, la resistencia, mi amistad con Bienvenido, la muerte de Peñaranda hace ya dos años, qué increíble cómo pasa el tiempo, todas las cartas que les he ido escribiendo uno a uno a todos para que mintieran a la familia, a una novia, a ellos mismos. La propia lucha es un malentendido. Desde muchos años atrás hemos construido para nosotros un refugio donde no cabían los que nos esperaban en el pueblo. Ellos no lo saben, pero sólo fueron personajes sin guión que aguardaron un año y otro a formar parte de alguna representación que nunca se va a interpretar, arrastran sus papeles sin fe ni coraje y no esperan ya nada, ni siquiera la carta mentirosa que les recuerde a un fantasma que murió hace años. Sólo viven, y ese vivir inmóvil, al día, borrando cada mañana las huellas de la noche anterior, me advierte, desde la oscuridad de este refugio, que también es posible vivir sin esperanza ni memoria.

Si bajo al pueblo y hablo con Famara, ya no es más aquella Famara que aguardaba la carta del hijo del sordo que yo escribía por las tardes después de que los dos nos echamos al monte. Si me acerco a la huerta de Paco para recordar con su mujer aquellos días en los que todos decidimos ocultarle la muerte del hijo, sólo encuentro ya a dos fantasmas que lo olvidaron todo hace meses y sólo esperan el mazazo definitivo que les borre de la cara esa mirada llena de sueño. Sólo quedan las mujeres y los niños cebando su rencor hacia nosotros por haberlos condenado a penar un castigo que no habían buscado. Nadie mejor que ellas entienden la sudorosa magnitud de nuestra derrota. Ahora que todos sueñan con la posibilidad de escapar a Francia, las caras endurecidas de estas mujeres que sufrieron a solas la condena de estar preñadas algún invierno, me golpean la conciencia y me llaman traidor y cobarde por no haber sabido aceptar a tiempo que el mundo que habíamos deseado no era posible y tocaba perder. Hemos estado luchando contra nosotros mismos y es justo que hasta la gente del pueblo nos haya olvidado. La sombra de lo que ocurrió en Arrancapinos cubre con su velo hediondo cada una de nuestras hazañas, y ya todos nuestros esfuerzos nacen muertos y sin fe, vencidos por el miedo a otra represión que se bebe con quienes no tomaron parte en esta lucha sin futuro.

Desde que la guardia civil se echó al monte y montó sus contrapartidas, ya nadie confía en nadie y todos buscan un salvoconducto que lo aleje de esta tierra para soñar que se ha alcanzado una mínima victoria. En ese absurdo acaba esta guerra que nadie sabe quién prolongó y para qué. Tampoco nadie se atreve a preguntarlo. Queríamos libertades pero todos cumplimos órdenes. Queríamos igualdad pero nadie se atreve a contrariar a quienes se alzaron con la voz de mando.

La traición es una debilidad del alma. Por eso entiendo que en estos últimos meses haya habido tantas deserciones. Pero el mundo éste, el que nos ha tocado padecer, el de aquí arriba y el de abajo, el que continúa igual a sí mismo indiferente a nuestra existencia y que yo dejé de vivir en mil novecientos treinta y seis, no sufrirá mi traición y permanecerá irresponsable y olvidadizo, siempre al margen de lo que he sido, sin importarle si me hizo feliz o desdichado.

Mi último arreglo no es muy diferente a todos los planeados con Andrés, Rodolfo o Jalisco. Sólo cambiaron el escenario y los actores. Todo igual. Pierden otra vez los mismos. Es justo que se hable de nosotros en pasado.

En alguna ocasión traté con el alcalde y a solas algún negocio que a él y a nosotros nos incumbía o sólo nos interesaba. Los otros no estaban para charlas y acuerdos, se ponían nerviosos con las negociaciones, así que me dejaban a mí, que yo hablara, que yo decidiese. Durante años y a escondidas aquel hombre y yo compartimos una botella de coñac que ahogara el frío y la dureza de este tiempo y trajera un simulacro de solución a nuestra lucha. Poca cosa: un intercambio de botellas de orujo, un alto el fuego necesario después de varios días de tiroteo y acoso, el perdón de alguno que se refugió más de lo debido en casa de Paulina la boticaria sin saber que ese día estaba reservado al desahogo de los falangistas del pueblo, la entrega o canje de algún marqués al que sorprendimos con el batín puesto y arreglando desde su despacho el reparto equitativo del racionamiento. No es un hombre inflexible. Está cansado, como todos, de esta guerra en la que se sabe del bando vencedor. Por eso le asquea que se prolongue innecesariamente. No es un fanático del orden. Alguna vez propuso pactar una solución pacífica.

-Mire usted, yo le comprendo. No es fácil aceptar lo que ha ocurrido en este país. Pero entiéndame. Yo estoy presionado por las autoridades de Madrid. Ustedes molestan y además no van a ninguna parte. Si ustedes quisieran yo podría arreglar una salida cómoda. A los cabecillas, por supuesto. Francia está ahí al lado, a un paso como quien dice. Sin ustedes el resto de los hombres no harían nada. ¿Entiende? Si ustedes quisieran esto se acababa mañana, aquí y en otros sitios.

Yo iba allí como portavoz de la resistencia a tratar con el enemigo y encontraba en las palabras de aquel hombre un entendimiento que nunca hallé en las palabras embrutecidas de los hombres del monte, sumidos en una inercia confusa donde sólo laten todavía las consignas apagadas de los años de la guerra que hoy no aportan ya nada. Ni siquiera una esperanza.

-A mí también me mataron un hijo en el frente, sabe usted. Me lo mataron ustedes y en Talavera dos días antes de que cayera Madrid. Ya habían perdido, y lo sabían, pero seguían empeñados en defender unas canciones, una bandera, un país que no era sólo de ustedes.

Yo iba allí con mis argumentos deshechos, con mi resistencia al límite, harto de todo, suponiendo que me iba a encontrar con un fascista digno de un balazo en la cabeza, un asesino que nos había robado una libertad que nunca he conocido. Pero allí delante de mí sólo había un viejo cansado al que le habían matado un hijo en la guerra.

-Mire usted, yo sólo quiero que esto se acabe, y que ustedes acepten que esta guerra se acabó hace años y que ustedes lo perdieron todo. Que se vayan a robar gallinas y a vivir libres a Francia, o a América, o a donde ustedes quieran, pero aquí no si eso supone un

quebradero de cabeza y tener a la guardia civil invadiéndome el pueblo porque ustedes existen.

Otras veces nos olvidábamos de lo que me había llevado allí y hablábamos de los años anteriores a la guerra, apurando la botella durante horas, toda la noche, recordando la vida que se hacía en el pueblo antes de todo, en un tiempo que parece muy lejano cuando se recuerda.

-Sabe usted, yo ya fui alcalde de este pueblo durante los años de la república. Y aquí abajo, en el bar del Lucio, nos reuníamos en una mesa los potentados del pueblo, que entonces éramos el alcalde, el maestro, el cura y el médico, que se pasaba dos veces por semana para darle las recetas al boticario, además de don Cosme cuando estaba de vacaciones y el teniente de la guardia civil que venía algunas veces. Entonces sólo había un teniente y ni siquiera cuartel. Como pasa en esas películas americanas que ahora nos pone el hijo del Lucio en el bar algunas tardes, también nosotros hablábamos de política y todavía no sabíamos que se estaban fraguando tantos odios en el país y en el pueblo, que es como un país pero en pequeñito. Pues fijese cómo son las cosas, cuando empezó la guerra resultó que cada cual pertenecía a un bando. No pregunté quién fue, pero alguien decidió que los que antes eran sólo unos amigos que se reunían alrededor de una mesa para charlar un rato por las tardes y arreglar el mundo, ahora fuesen enemigos irreconciliables que debían matarse los unos a los otros porque sus intereses estaban enfrentados. Así de simple y así de absurdo. Este es el modo que yo tengo de resumir esa guerra que duró tres años y que ahora ustedes están empeñados en hacérsola durar un poquito más porque no tienen donde caerse muertos. Y no se lo va a creer, pero al cura lo mataron unos y al maestro de escuela lo mataron los otros. Así que no venga a convencerme de nada porque yo también estuve aquí y lo vi todo.

Sentado en un cómodo sillón de polipiel rojo, el alcalde me iba contando su versión de los hechos y yo no podía distinguir si aquella fatiga del hombre era la decadencia de sus cualidades o si todo respondía a un mismo modo de enfrentar los reveses de las circunstancias. No podía saber si en su juventud aquel hombre vencido habría sacudido con mayor violencia nuestra permanencia en el monte. Me intrigaba saber a cuántos hombres habría matado con sus propias manos, a cuántos inocentes habría condenado a garrote sólo para eternizarse en su cómodo sillón de alcalde de pueblo. Cinismo o derrota. Desprecio por las libertades y la vida de la gente o la sucia conciencia que deja en los que sobreviven los horrores de una guerra civil.

Estaba claro que poco o nada le importaban nuestras reivindicaciones. No se paraba a pensar si el estado actual de las cosas era el justo o el más conveniente. Con disgusto, con pesar, con la lenta resolución que impone la vejez en un cuerpo, aceptaba la solución que el destino o la constancia de los hombres ha traído a este lugar.

-¿Quién le dice a usted que ésta no es la mejor propuesta? ¿Qué garantía tenemos de que los otros sólo traían debajo de la cartera más libertad y más oportunidades para todos? Un mundo mejor, ¿no es eso? A costa de todos los siglos que llevamos vividos, verdad, a costa de volar toda esta basura. ¿Usted cree de verdad que con escombros y el rencor de quienes no aceptan se puede hacer algo bueno?

No era en realidad un verdadero diálogo. Era sólo el monólogo por turnos de dos hombres amargados. Tratábamos las grandes cuestiones sin ni siquiera intentar salvar nuestras pequeñas diferencias, sólo que él me llevaba unos veinte años de ventaja y jugaba con mejores cartas su partida. Al final, cuando por fin las descubría después de varias horas de alcohol y tabaco su comentario era el mismo, y yo sabía, siempre, que no podía irle a Rodolfo con aquello, que aquella no era la solución. -Eso es lo que hay.

Siempre las mismas palabras. Siempre el mismo ademán que invitaba a marcharse. Práctico, irreductible, seguro, en su paciencia incuestionable, de que los hombres no aceptarían aquella propuesta. Quizá dudando si yo llegaría a pronunciar el irremediable sí alguna vez.

-¿Se da usted cuenta de lo irónico del asunto? Los cabecillas, los jefes, los culpables de la situación, tienen todavía, y siempre, una oportunidad. Ya le dije que podemos arreglar una salida discreta. Sin embargo el futuro de los otros lo dejamos a la suerte. Que ella decida por ellos. Pero usted sabe, usted es un hombre listo y culto que comprende y se da cuenta, yo tengo aquí a un comandante de la guardia civil al que me veo en la obligación de convertir en un héroe.

Yo salía de aquella habitación acosado por las dudas y los errores. Maldecía la suerte de haber tenido que vivir una época tan propicia para creer en tantas cosas. De vuelta al campamento me inventaba los argumentos que le expondría a Rodolfo, consciente de que no era posible la verdad, que esa verdad dicha por mi boca podía ser malinterpretada. Junto con las nuevas palabras me inventaba un nuevo alcalde que se volvía más odioso y ruin conforme se sucedían los encuentros.

Los hombres comenzaban a estar inquietos. Se sucedían las discusiones por los asuntos más nimios. Se repetían, con una violencia renovada, las antiguas disputas. Con cada insulto volvían las pequeñas traiciones, la sospecha y el miedo al otro, que se iba convirtiendo en un traidor en potencia, en un chivato posible. Hacía tiempo que sabíamos que algunos civiles se habían echado al monte y acechaban esperando un desliz. Llegamos a saber que en Cantabria se infiltraron en algunos grupos y que varios campamentos cayeron a las dos semanas. Cualquier nuevo contacto era una sospecha. El monte había dejado de ser ese lugar seguro en el que nos refugiábamos esperando el invierno desde hacía tantos años. Un día fue una palabra que lo decía todo. Ahora es sólo un penal que disfraza nuestro encierro.

Los escasos contactos que tuvimos en los últimos meses con el Partido nos invitaban a resistir. Pero nosotros sabíamos que esa resistencia no era posible, que nos habían olvidado, que urgía la retirada, que sólo era posible la huida, que éramos animales acorralados, una presa fácil, el trofeo del ganador a punto.

No quieren reconocerlo, pero hace mucho que fuimos abandonados por la mano de Dios. Hasta la guerra en Europa terminó hace ya años y aquí hemos seguido nosotros peleando, dejando pasar los meses y la ocasión de rehacer nuestras vidas, aprendiendo a mirar con lentitud y esfuerzo un mundo del que hemos sido privados. Nos hemos ido suicidando cada día y ni siquiera ha de quedar nadie con la firmeza suficiente para recordarnos.

Si he vuelto una vez más a ver al alcalde no ha sido por debilidad o cobardía, sino por acabar del todo, por aceptar al fin lo que me he negado a admitir durante años y mirarlo de frente. No me importan ya las consecuencias de mis actos, las muertes que pueden acarrear mis palabras y todas las revelaciones que le he hecho esta tarde al alcalde, cuando mañana se vean sorprendidos en el campamento. Ya nadie es inocente.

Otra vez en su despacho, el alcalde y yo volvimos a reconocer que no hay que amar demasiado la vida. Con las palabras de siempre nuevamente renovadas volvimos a repasar la diversidad de los destinos humanos. Fumando y bebiendo hasta que la fatiga y el asco al alcohol y la nicotina nos aflojaron el ánimo, entendimos de nuevo que él y yo sólo éramos los instrumentos sin punta de un azar implacable. Que no había estado y no iba a estar en nuestra mano salvar al mundo de la codicia de los hombres. Que todo iba a seguir igual, ajeno a nosotros, cuando ya no estuviéramos sobre esta tierra. Que aquí no gana nadie. Que la delación y el miedo pueden servir tanto o más que el crimen y la lucha para seguir viviendo, y que no importa el nombre que llevemos o adónde nos conduzcan nuestros pasos si atrás sólo dejamos un montón de muertos.

-No se atormente usted más, la traición sólo es una debilidad del alma -me dijo ya en la puerta, entregándome los papeles que hacía meses que tenía preparados con mi nombre real, no este otro que he llevado los últimos años y que mañana abandonaré para iniciar una nueva vida lejos de aquí. El viejo sabía. Intuía o inventó para mí esta solución definitiva. Sabía que algún día iría a su despacho a recoger esos salvoconductos para cruzar la frontera de Francia, libre ya de todo, dueño de un secreto que ha de morir conmigo aunque llegue a contarlo mil veces y de mil modos distintos y a voces como se cuenta un recuerdo o se inventa una mentira.

He pasado esta noche escondido en este boquete porque quiero así despedirme de cada uno de mis fantasmas. No me apena lo que va a ocurrir. No me duele. No he renunciado a trece años de vida para dejar que los remordimientos vuelvan a mancharme con su terca conquista. Las primeras luces de la mañana estiran su pereza y me devuelven la perdida confianza. Es el invierno del cuarenta y nueve. Se dice pronto. Bastan unas pocas palabras para comprender la implacable rigidez de nuestro fracaso. Es el invierno del cuarenta y nueve. Vendrá la mañana y me verá indefenso.

Un Curioso Intercambio

De Juan José Millas

Aquel hombre fue con su hijo, de cuatro años, a unos grandes almacenes para ver a los Reyes Magos, que tenían instalado un quiosco junto a la sección de juguetería. Había mucha gente y los servicios de seguridad estaban muy ocupados con tantas familias que habían ido a lo mismo. El hombre, que era algo claustrofóbico, empezó a sentirse mal entre las multitudes, de manera que a la media hora de soportar la asfixia y los empujones decidió marcharse.

Al llegar a la calle notó que el niño que llevaba de la mano no era el suyo. El niño y él se miraron perplejos, aunque ninguno de los dos dijo nada. La reacción inmediata del hombre fue regresar al tumulto para recuperar a su hijo. Pero cuando pensó que seguramente no lo encontraría en seguida, y que tendría que ir a la comisaría para poner una denuncia, decidió hacer como que no se había dado cuenta. Entraría en casa con naturalidad, con el niño de la mano, y sería oficialmente su mujer la primera en notar el cambio. Confiaba en que fuera ella la que se ocupara de toda la molesta tramitación para recuperar a un niño y devolver al otro.

Afortunadamente, el niño no daba señales de angustia. Caminaba, dócil, junto a él, como si también temiera que la aceptación de error fuera más complicada que su negación. Entonces, el hombre notó que el niño todavía llevaba en la mano la carta a los Reyes Magos. Le dio pena y buscó un buzón de correos asegurándole que de ese modo llegaría también a su destino. Después, para compensarle, le invitó a tomar chocolate con churros en una cafetería. Entró en casa con naturalidad y saludó a su mujer, que estaba viendo su programa favorito de televisión. El hombre esperaba que ella diera un grito y se pusiera inmediatamente a llamar a la policía mientras él fingía un desmayo para no tener que participar en todo el follón que sin duda se iba a hacer. Pero su mujer miró al niño y, después de unos segundos de duda, le dio un beso y le preguntó si había conseguido ver a los Reyes Magos.

-Hemos echado la carta en un buzón- respondió el niño.

-Bueno, también así les llegará -respondió la mujer regresando a su programa favorito de televisión.

También ella, al parecer, prefería hacer como que no se había dado cuenta para evitar las molestas complicaciones de aceptar el error. Además, si actuaba en ese momento, se perdía el final del programa. El hombre se quedó algo confuso, pero ya no podía dar marcha atrás, de manera que llevó al niño al dormitorio de su hijo y lo dejó jugando mientras se servía un whisky para relajar la tensión. Esa noche durmió mal, pensando que el niño se despertaría en cualquier momento llamando entre lágrimas a sus padres verdaderos. Cada vez que abría los ojos, espiaba la respiración de su mujer para ver si ella también estaba inquieta, pero no llegó a notar nada anormal. En cuanto al niño, durmió perfectamente, mejor que su propio hijo, que siempre solía despertarse dos o tres veces para pedir agua. Durante los siguientes días, aprovechando la hora del baño o el momento de ponerle el pijama, comprobó que el niño no tenía malformaciones. Se extrañaba de que los que se hubieran llevado a su hijo verdadero no hubieran salido aún en los periódicos o en la televisión

denunciando el error. Pensó que se trataría también de una pareja algo tímida y enemiga de meterse en complicaciones.

El niño se adaptó bien al nuevo hogar, sin hacer en ningún momento omentarios que pusieran en peligro la estabilidad familiar. En muchos aspectos, era mejor que el hijo propio, pues comía sin necesidad de que le contaran cuentos y no se hacía pis en la cama. El hombre se acordaba a veces, con un poco de culpa, de su verdadero hijo, pero se le pasaba en seguida pensando que estaría perfectamente atendido por un matrimonio de clase media, como los que había visto en la cola de los Reyes Magos, que le cuidaría con la solitud con la que él y su mujer se ocupaban del niño que les había tocado. Después de todo, los niños lo único que necesitan es afecto. A lo mejor hasta había dejado de hacerse pis en la cama al cambiar de ambiente, lo que sin duda le daría mayores dosis de seguridad.

Es cierto que el hombre llegó a dudar de sí mismo en alguna ocasión, pues todo iba tan bien, todo era tan normal, que a veces parecía imposible que se hubiera equivocado realmente de hijo. Con éste se llevaba mejor que con el verdadero, que estaba muy mal criado por su madre y era muy caprichoso. El nuevo le obedecía en todo y era muy raro que llorase si no le dejaban ver la televisión o le mandaran pronto a la cama. O sea, que se encariñó con él. Un día, después de Reyes, lo llevó al cine. Se trataba de una película de dibujos animados y había también más niños que en una macroguardería. El caso es que, sin saber cómo, al salir del cine observó con sorpresa que llevaba de la mano a su verdadero hijo. Seguramente, los niños habían visto a sus padres verdaderos y habían hecho el intercambio por su cuenta. Ninguno de los dos dijo nada. Cuando llegaron a casa, la madre, que estaba viendo la televisión, disimuló también. Los primeros días fue todo bien, pero en seguida volvió a hacerse pis en la cama y a hacer follones a la hora de comer. El padre, para consolarse, pensaba con nostalgia en el otro hijo y llevaba todos los fines de semana al suyo a lugares donde había multitudes con la esperanza, nunca confesada, de que un nuevo error se lo restituyera.

El ReincidenteDe Rafael Sánchez Ferlosio

El lobo, viejo, desdentado, cano, despeluchado, desmedrado, enfermo, cansado un día de vivir y de hambrear, sintió llegada para él la hora de reclinar finalmente la cabeza en el regazo del Creador. Noche y día caminó por cada vez más extraviados andurriales, cada vez más arriscadas serranías, más empinadas y vertiginosas cuestas, hasta donde el pavoroso rugir del huracán en las talladas cresterías de hielo se trocaba de pronto, como voz sofocada entre algodones, al entrar en la espesa cúpula de niebla, en el blanco silencio de la Cumbre Eterna. Allí, no bien alzó los ojos -nublada la visión, ya por su propia vejez, ya por el recién sufrido rigor de la ventisca, ya en fin por lágrimas mezcladas de autoconmiseración y gratitud- y entrevió las doradas puertas de la Bienaventuranza, oyó la cristalina y penetrante voz del oficial de guardia, que así lo interpelaba:

«¿Cómo te atreves siquiera a aproximarte a estas puertas sacrosantas, con las fauces aún ensangrentadas por tus últimas cruentas refecciones, asesino?»

Anonadado ante tal recibimiento y abrumado de insoportable pesadumbre, volvió el lobo la grupa y, desandando el camino que con tan largo esfuerzo había traído, se reintegró a la tierra y a sus querencias y frecuentaderos salvo que en adelante se guardó muy bien, no ya de degollar ovejas ni corderos, que eso la pérdida de los colmillos hacía ya tiempo se lo tenía impedido, sino incluso de repasar carroñas o mondar osamentas que otros más jóvenes y con mejores fauces hubiesen dado por suficientemente aprovechadas. Ahora, resuelto a abstenerse de tocar cosa alguna que de lejos tuviese algo que ver con carnes, hubo de hacerse merodeador de aldeas y caseríos, descuidero de hatos y meriendas. Las muelas, que, aunque remeciéndose ya las más en los alvéolos, con todo, conservaba, le permitían roer el pan; pan de panes recientes cuando la suerte daba en sonreír, pan duro de mendrugos casi siempre. Viviendo y hambreado bajo esta nueva ley permaneció, pues, en la tierra y en la vasta espesura de su monte natal por otro turno entero de inviernos y veranos, hasta que, doblemente extenuado y deseoso de descanso tras esta a modo de segunda vuelta de una antes ya larga existencia, de nuevo le pareció llegado el día de merecer reclinar finalmente la cabeza en el regazo del Creador. Si la ascensión hasta la Cumbre Eterna había sido ya acerba la primera vez, cuánto más no se le habría vuelto ahora, de no ser por el hecho de que la disminución de vigor físico causada por aquel recargo de vejez sobreañadido sería sin duda compensada en mayor o menor parte por el correspondiente aumento del ansia de descanso y bienaventuranza. El caso es que de nuevo llegó a alcanzar la Cumbre Eterna, aunque tan insegura se le había vuelto la mirada que casi no había llegado siquiera a vislumbrar las puertas de la Bienaventuranza cuando sonó la esperada voz del querubín de guardia:

«¿Así es que aquí estás tú otra vez, tratando de ofender, con tu sola presencia ante estas puertas, la dignidad de quienes por sus merecimientos se han hecho acreedores a franquearlas y gozar de la Eterna Bienaventuranza, pretendiéndote igualmente merecedor de postularla? ¿A tanto vuelves a atreverte tú? ¡Tú, ladrón de tahonas, merodeador de despensas, salteador de alacenas! ¡Vete! ¡Escúrrete ya de aquí, tal como siempre, por lo demás, has demostrado que sabes escurrirte, sin que te arredren cepos ni barreras ni perros ni escopetas!»

¡Quién podrá encarecer la desolación, la amargura, el abandono, la miseria, el hambre, la flaqueza, la enfermedad, la roña, que por otros más largos y más desventurados años se

siguieron! Aun así, apenas osaba ya despuntar con las encías sin dientes el rizado festón de las lechugas, o limpiar con la punta de la lengua la almibarada gota que pendía del culo de los higos en la rama, o relamer, en fin, una por una, las manchas circulares dejadas por los quesos en las tablas de los anaqueles del almacén vacío. Pisaba sin pisar, como pisa una sombra, pues tan liviano lo había vuelto la flaqueza, que ya nada podía morir bajo su planta por la sola presión de la pisada. Y al cabo volvió a cumplirse un nuevo y prolongado turno de años y, como era tal vez inevitable, amaneció por tercera vez el día en que el lobo consideró llegada para él la hora de reclinar finalmente la cabeza en el regazo del Creador.

Partió invisible e ingrátido como una sombra, y era, en efecto, de color de sombra, salvo en las pocas partes en las que la roña no le había hecho caer el pelo; donde lo conservaba, le relucía enteramente cano, como si todo el resto de su cuerpo se hubiese ido convirtiendo en roña, en sombra, en nada, para dejar campear más vivamente, en aquel pelo cano, tan sólo la llamada de las nieves, el inextinto anhelo de la Cumbre Eterna. Pero, si ya en los dos primeros viajes tal ascensión había sido excesiva para un lobo anciano, bien se echará de ver cuán denodado no sería el empeño que por tercera vez lo puso en el camino, teniendo en cuenta cómo, sobre aquella primera y, por así decirlo, natural vejez del primer viaje, había echado encima una segunda y aun una tercera ancianidad, y cuán sobrehumano no sería el esfuerzo con que esta vez también logró llegar. Pisando mansa, dulce, humildemente, ya sólo a tientas reconoció las puertas de la Bienaventuranza; apoyó el esternón en el umbral, dobló y bajó las ancas, adelantó las manos, dejándolas iguales y paralelas ante el pecho, y reposó finalmente sobre ellas la cabeza. Al punto, tal como sospechaba, oyó la metálica voz del querubín de guardia y las palabras exactas que había temido oír:

«Bien, tú has querido, con tu propia obstinación, que hayamos acabado por llegar a una situación que bien podría y debería haberse evitado y que es para ambos igualmente indeseable. Bien lo sabías o lo adivinabas la primera vez; mejor lo supiste y hasta corroboraste la segunda; ¡y a despecho de todo te has empeñado en volver una tercera! ¡Sea, pues! ¡Tú lo has querido! Ahora te irás como las otras veces, pero esta vez no volverás jamás. Ya no es por asesino. Tampoco es por ladrón. Ahora es por lobo».

-

[De Ana María Matute](#)

Eran sólo cinco o seis, pero así en grupo., viniendo carretera adelante, se nos antojaban quince o veinte. Llegaban casi siempre a las horas achicharradas de la siesta, cuando el sol caía de plano contra el polvo y la grava desportillada de la carretera vieja por donde ya no circulaban camiones ni carros, ni vehículo alguno. Llegaban entre una nube de polvo, que levantaban sus pies, como las pezuñas de los caballos. Los veíamos llegar, y el corazón nos latía deprisa. Alguien, en voz baja, decía: «¡Que vienen los chicos ... !» Por lo general, nos escondíamos para tirarles piedras, o huíamos.

Porque nosotros temíamos a los chicos como al diablo. En realidad, eran una de las mil formas del diablo, a nuestro entender. Los chicos harapientos, malvados, con los ojos oscuros y brillantes como cabezas de alfiler negro. Los chicos descalzos y callosos, que tiraban piedras de largo alcance, con gran puntería, de golpe más seco y duro que las nuestras. Los que hablaban un idioma entrecortado, desconocido, de palabras como pequeños latigazos, de risas como salpicaduras de barro. En casa nos tenían prohibido terminantemente entablar relación alguna con esos chicos. En realidad nos tenían prohibido salir del prado, bajo ningún pretexto. (Aunque nada había tan tentador, a nuestros ojos, como saltar el muro de piedras y bajar al río, que, al otro lado, huía verde y oro, entre los juncos y los chopos.) Más allá pasaba la carretera vieja, por donde llegaban casi siempre aquellos chicos distintos, prohibidos.

Los chicos vivían en los alrededores del Destacamento Penal. Eran los hijos de los presos del Campo que redimían sus penas en la obra del pantano. Entre sus madres y ellos habían construido una extraña aldea de chabolas y cuevas, adosadas a las rocas, porque no se podían pagar el alojamiento en la aldea, donde, por otra parte, tampoco eran deseados. «Gentuza, ladrones, asesinos ... », decían las gentes del lugar. Nadie les hubiera alquilado una habitación. Y tenían que estar allí. Aquellas mujeres y aquellos niños seguían a sus presos, porque de esta manera vivían del jornal, que, por su trabajo, ganaban los penados.

Para nosotros, los chicos eran el terror. Nos insultaban, nos apedreaban, deshacían nuestros huertecillos de piedra y nuestros juguetes, si los pillaban sus manos. Nosotros los teníamos por seres de otra raza, mitad monos, mitad diablos. Sólo de verles nos venía un temblor grande, aunque quisiéramos disimularlo.

El hijo mayor del administrador era un muchacho de unos trece años, alto y robusto, que estudiaba el bachillerato en la ciudad. Aquel verano vino a casa de vacaciones, y desde el primer día capitaneó nuestros juegos. Se llamaba Efrén y tenía unos puños rojizos, pesados como mazas, que imponían un gran respeto. Como era mucho mayor que nosotros, audaz y fanfarrón, le seguíamos a donde él quisiera.

El primer día que aparecieron los chicos de las chabolas, en tropel con su nube de polvo, Efrén se sorprendió de que echáramos a correr y saltáramos el muro en busca de refugio.

-Sois cobardes -nos dijo-, ¡Ésos son pequeños!

No hubo forma de convencerle de que eran otra cosa: de que eran algo así como el espíritu del mal.

- Bobadas -dijo. Y sonrió de una manera torcida y particular, que nos llenó de admiración.

Al día siguiente, cuando la hora de la siesta, Efrén se escondió entre los juncos del río. Nosotros esperábamos ocultos detrás del muro, con el corazón en la garganta. Algo había en el aire que nos llenaba de pavor. (Recuerdo que yo mordía la cadenilla de la medalla y que sentía en el paladar un gusto de metal raramente frío. Y se oía el canto crujiente de las cigarras entre la hierba del prado). Echados en el suelo, el corazón nos golpeaba contra la tierra.

Al llegar, los chicos escudriñaron hacia el río, por ver si estábamos buscando ranas, como solíamos. Y para provocarnos empezaron a silbar y a reír de aquella forma de siempre, opaca y humillante. Ése era su juego: llamarnos, sabiendo que no apareceríamos. Nosotros seguimos ocultos y en silencio. Al fin, los chicos abandonaron su idea y volvieron al camino, trepando terraplén arriba. Nosotros estábamos anhelantes y sorprendidos, pues no sabíamos lo que Efrén quería hacer.

Mi hermano mayor se incorporó a mirar por entre las piedras y nosotros le imitamos. Vimos entonces a Efrén deslizarse entre los juncos como una gran culebra. Con sigilo trepó hacia el terraplén, por donde subía el último de los chicos, y se le echó encima.

Con la sorpresa, el chico se dejó atrapar. Los otros ya habían llegado a la carretera y cogieron piedras, gritando. Yo sentí un gran temblor en las rodillas, y mordí con fuerza la medalla. Pero Efrén no se dejó intimidar. Era mucho mayor y más fuerte que aquel diablillo negruzco que retenía entre sus brazos, y echó a correr arrastrando a su prisionero hacia el refugio del prado, donde le aguardábamos. Las piedras caían a su alrededor y en el río, salpicando de agua aquella hora abrasada. Pero Efrén saltó ágilmente sobre las posaderas, y arrastrando al chico, que se revolvía furiosamente, abrió la empalizada y entró con él en el prado. Al verlo perdido, los chicos de la carretera dieron media vuelta y echaron a correr, como gazapos, hacia sus chabolas.

Sólo de pensar que Efrén traía a una de aquellas furias, estoy segura de que mis hermanos sintieron el mismo pavor que yo. Nos arrimamos al muro, con la espalda pegada a él, y un gran frío nos subía por la garganta.

Efrén arrastró al chico unos metros, delante de nosotros. El chico se revolvía desesperado e intentaba morderle las piernas, pero Efrén levantó su puño enorme y rojizo, y empezó a golpearle la cara, la cabeza y la espalda. Una y otra vez, el puño de Efrén caía, con un ruido opaco. El sol brillaba de un modo espeso y grande. Sólo oíamos el jadeo del chico, los golpes de Efrén y el fragor del río, dulce y fresco, indiferente, a nuestras espaldas. El canto de las cigarras parecía haberse detenido. Como todas las voces.

Efrén estuvo mucho rato golpeando al chico con su gran puño. El chico, poco a poco, fue cediendo. Al fin, cayó al suelo de rodillas, con las manos apoyadas en la hierba. Tenía la carne oscura, del color del barro seco, y el pelo muy largo, de un rubio mezclado de vetas negras, como quemado por el sol. No decía nada y se quedó así, de rodillas. Luego, cayó contra la hierba, pero levantando la cabeza, para no desfallecer del todo. Mi hermano mayor se acercó despacio, y luego nosotros.

Parecía mentira lo pequeño y lo delgado que era. «Por la carretera parecían mucho más altos», pensé. Efrén estaba de pie a su lado, con sus grandes y macizas piernas separadas, los pies calzados con gruesas botas de ante. ¡Qué enorme y brutal parecía Efrén en aquel momento!

-¿No tienes aún bastante?-dijo en voz muy baja, sonriendo. Sus dientes, con los colmillos salientes, brillaron al sol-. Toma, toma

Le dio con la bota en la espalda. Mi hermano mayor retrocedió un paso y me pisó. Pero yo no podía moverme: estaba como clavada en el suelo. El chico se llevó la mano a la nariz. Sangraba, no se sabía si de la boca o de dónde.

Efrén nos miró.

-Vamos -dijo-. Ése ya tiene lo suyo.

Y le dio con el pie otra vez.

-¡Lárgate, puerco! ¡Lárgate en seguida!

Efrén se volvió, grande y pesado, despacioso, hacia la casa. Muy seguro de que le seguíamos.

Mis hermanos, como de mala gana, como asustados, le obedecieron. Sólo yo no podía moverme, no podía, del lado del chico. De pronto, algo raro ocurrió dentro de mí. El chico estaba allí, tratando de incorporarse, tosiendo. No lloraba. Tenía los ojos muy achicados, y su nariz, ancha y aplastada, vibraba extrañamente. Estaba manchado de sangre. Por la barbilla le caía la sangre, que empapaba sus andrajos y la hierba. Súbitamente me miró. Y vi sus ojos de pupilas redondas, que no eran negras sino de un pálido color de topacio, transparentes, donde el sol se metía y se volvía de oro. Bajé los míos, llena de una vergüenza dolorida.

El chico se puso en pie, despacio. Se debió herir en una pierna, cuando Efrén lo arrastró, porque iba cojeando hacia la empalizada. No me atrevía mirar su espalda, renegrada y desnuda entre los desgarrones. Sentí ganas de llorar, no sabía exactamente por qué. Únicamente supe decirme: «Si sólo era un niño. Sí era nada más que un niño, como otro cualquiera.»

Los Límites De La InocenciaSalvador Company

–¿Lo has oído?

–Mmm; ¿qué?

–Eso, los golpes.

–¿Qué golpes?

–Ésos, ¿no los oyes?

–No son aquí.

–No. Parece que estén golpeando la puerta de los vecinos.

–Duerme, no debe de ser nada importante.

–¿¡Lo has oído!?

–¿¡Pero sabes la hora que es!?

–¿¡Lo has oído o no!?

–Yo no he oído nada.

–¿Y ahora? ¿No oyes discutir?

–Sí, podría ser, ¿y qué?

–Que tal vez les pasa algo malo.

–¿Y a nosotros qué nos importa?

–¡Pues que son nuestros vecinos! Y si a nosotros nos...

–Y también son mayores de edad, ¿no? ¡Pues oye, ya se apañarán!

–No, no se apañarán. Es otra vez lo mismo; ¿o es que no te acuerdas?

–Claro que me acuerdo, pero no te tendrías que preocupar por tan poca cosa, cariño. Venga, va, duerme que es muy temprano aún.

Se oyen más gritos y más fuertes, el golpe de tres puertas de coche, el arranque de un diesel y el ruido de su motor alejándose, pero la mujer ya no dice nada. Al poco rato se dispara el despertador. El hombre se levanta, sale del cuarto y tarda un largo rato en volver. Mirándose en el espejo mientras se afeita evoca las caras de sus anteriores vecinos: una pareja de profesores de filosofía que debía andar por los treinta naturales de un pueblecito llamado el Quart de Benborser. Recuerda también, repasándose las mejillas y la parte inferior de la mandíbula, que, la noche que aquéllos desaparecieron, le preguntó su mujer si no lo había oído; él, medio hundido todavía en un bonito sueño, contestó que qué y ella le explicó que unos golpes; unos golpes que primero él no oía y que después, cuando los oyó, estuvieron de acuerdo que provenían de la casa de los vecinos y que, incluso, se oían unos gritos como de forcejeo; sin embargo, según él le reprochó, aún era muy temprano para levantarse y, en cualquier caso, si les pasaba algo malo ya se apañarían como mejor pudieran, ¿no? A continuación ya no hablaron, pero oyeron por enésima vez los gritos finales, libres de paredes, en medio de caídas y golpes; después los portazos en el coche, el arranque de su motor y su ruido perdiéndose hacia las afueras de la ciudad. Cuando volvió del lavabo, duchado y afeitado, ella le dijo que no podía más y le pidió que cambiaran de barrio o incluso de ciudad. Antes de estallar en lágrimas le recitó el *mea culpa* de un tal Niemöller. Él accedió.

Cuando por fin vuelve al cuarto, la oscuridad le hace ir a ciegas hasta que llega a la ventana y descubre que detrás de la cortina ha empezado a amanecer. Coge la ropa de una silla, la deja encima de la cama y empieza a vestirse: los calzoncillos, los calcetines, los pantalones, la camisa, la corbata, el pesado cinturón, las botas, la chaqueta y la gorra. Su mujer, que parece haberse vuelto a dormir, respira más hondo y se arrebujaba cuando él le da un beso en la frente y le susurra al oído:

–Duerme, cariño, duerme.

Al abrir la puerta de la calle, ve que se anuncia sobre los tejados un día de primavera radiante. El chófer, que lo esperaba fumando de pie junto a la puerta trasera del coche, tira el pitillo, saluda y se cuadra al darle los buenos días y se la abre.

Mientras lo conducen por su calle camino de una avenida con mucho tráfico, evoca los rostros de sus vecinos y repasa los hechos de la madrugada con la constatación algo indiferente de quien ajusta una cuenta ajena. Esperando ante el semáforo que lo separa de la avenida recuerda con una sonrisa que, desde que eran novios, lo que más le gusta de su mujer es su inocencia.

Los Hermanos «Dosenuno»De Patxi Irurzun

-A ver, chavales, limpiadme bien la zona- ordenó Martínez, el encargado, señalando los cascotes de porcelana, las colillas, toda la basura, en suma, desperdigada como flores raras y enfermas alrededor del puesto de trabajo.

-Que hoy nos visitan los “Dosenuno”.

-¿Y esos quienes cojones son?-escupió desafiante mi compañero, Animal, que tenía atravesado a Martínez y no le pasaba una. Yo, por contra, no abría la boca en su presencia, por no tragarme las moscas gordas y verdes que revoloteaban dentro de la suya, esa alcantarilla infecta. Martínez padecía halitosis. Era un borracho de mierda al que el vino peleón había pateado las tripas hasta convertirlas en un pudridero.

-Los hermanos “Dosenuno”. Los peces gordos de PINTURA- explicó.

Le hablaba exclusivamente a Animal, ignorándome. El corazón humano es obstinado, algo tontorrón, tan fatalmente ciego que nos conduce a desfiladeros, fosas sépticas... A pesar del nada disimulado paquete que Animal profesaba al encargado, quien además de un borracho de mierda era un hijoputa del dos, éste le trataba amistosamente. Como si ese paquete alojara bomboncitos de licor en lugar de la carga de amonal que activaba el odio salvaje de mi compañero.

-Vienen a ver que pasa - continuó Martínez -Ya sabéis que últimamente están saliendo muchos fallos en las tazas.

Se refería a las tazas de váter, que era lo que fabricábamos en POZAL S.A. Animal y yo currábamos en la cadena de decoración. Teníamos que descargar los retretes y, de paso, supervisarlos, comprobar que no se escapara ninguno con una mota, un descuelgue de pintura, por diminuto que fuera. La gente, la gente sin imaginación, por lo que se ve se fija en esas chorradas cuando se sienta a empujar.

-Y eso de los Doseuno ¿Qué cojones es? ¿Un mote?- volvió a la carga Animal.

Cojones era una de sus palabras favoritas, seguramente porque Animal era una de esas personas sin imaginación.

Martínez dio un par de pasitos en su dirección y se inclinó hacia su oreja, a juzgar por el tono jocosos que empleó, para iniciar un comentario morboso, algún cotilleo...

-Es que es la hostia, je, je. Los “Dosenuno” son...- pero no pudo terminar, pues desde el otro extremo de la nave le cortó un berrido, una orden dirigida a él.

-MARTÍNEZ, DÉJATE DE CHÁCHARA, QUE YA ESTÁ... O SEA, QUE YA ESTÁN AQUÍ.

Era López. El hijoputa número uno. En las fábricas las relaciones laborales funcionan de esa manera. Siempre hay alguien por debajo a quien encolar y alguien por encima al que chupársela. Y Martínez se la chupaba a López, sumisa pero también devotamente, así que, como un muñequito, retrocedió esos dos pasitos y cambió automáticamente su actitud confidencial por una visiblemente autoritaria.

-O sea que, lo dicho, a limpiar toda esa mierda.

Ahora me hablaba a mi. Animal tenía ganado su mote a pulso, era un bestia, pero también elemental, previsible en sus reacciones, mientras que mi silencio, mi distancia, ponían nervioso al encargado. En consecuencia yo era a quien Martínez enculaba.

Me volví, pues, sin decir nada y comencé a barrer. Pronto se levantó un remolino de polvo, el polen tuberculoso que expiraban aquellas flores extrañas, y no mucho más tarde, como si se tratara de una nube lisérgica, a través de ella aparecieron los dos extraños visitantes.

Los hermanos Dosenuno.

Intenté aparentar serenidad, que su presencia singular no me alterara hasta el punto de que ellos se sintieran incómodos, observados, incluso rechazados, pero resultaba difícil disimular los espasmos que me transmitía mi columna vertebral repentinamente transformada en una barrita de hielo.

Los hermanos Dosenuno eran siameses. Cada uno de ellos tenía su propio y nada similar cuerpo pero estos se fundían en uno en sus respectivas frentes, que les malencaraban de manera que mientras uno de ellos se veía obligado a mirar hacia un lado el otro debía de orientarlo hacia el contrario. De esa manera tenían que caminar en una especie de baile de salón, el primero marcha atrás, el segundo marcándole el paso, y, supongo que por una cuestión de equilibrio el que andaba de frente era gordo, un barrilito, mientras que el que reculaba se quedaba en la esmirriada radiografía de un eructo de cerveza. Con todo aquella descompensación no resultaba lo más llamativo, puesto que sus cuerpos se apreciaban bien diferenciados, como una extraña pareja de danzantes, sino que lo que resultaba inevitablemente peculiar y hasta repelente era el lugar en que sus cabezas se unían, donde la piel se estiraba y retorció como una loncha de queso caliente, sin que se supiera muy bien donde comenzaba uno y acababa el otro, a pesar de que existía una línea bien diferenciada a partir de la cual nacían los cabellos de los dos, siendo uno castaño y liso, espeso, y el otro negro y rizado, distribuido en circulitos como caquitas de oveja.

Los Dosenuno estuvieron pululando por la nave varios minutos, acompañados de López,, Martínez y algún otro lameculos, que se movían a su alrededor torpe y tensamente, todavía no sabía muy bien si por los galones que pudieran ostentar los dos hermanos en la jerarquía de POZAL S.A. o por su apariencia monstruosa. De vez en cuando López, Martínez y sus mariachis conseguían relajarse, sonreír con algún comentario de los Dosenuno, pero pronto volvían a ponerse firmes.

-¿Eso qué cojones es, un tío o dos?- interrumpió mis observaciones Animal.

Me encogí de hombros. Al principio supuse que los Dosenuno compartían un sólo cerebro pero en ese caso los movimientos de los dos cuerpos deberían estar regidos por éste, y eso no sólo no era así, cada uno de ellos disponía de una autonomía que habían conseguido sincronizar en beneficio mutuo, sino que además pronto me di cuenta de que las personalidades de cada hermano se mostraban distintas, que mis jefes sonreían cuando el esmirriado hacía girarse amablemente al gordo de manera que fuese el costado por el que asomaba su delgada cara el que les mirara, mientras que se ponían nerviosos cada vez que el gordo daba un caderazo para cambiar esa posición, desplazar a su hermano al flanco ciego y tomar la palabra él.

-No se, tío, creo que son como el hermano bueno y el hermano malo- contesté.

Animal estalló en una carcajada, y su risa primitiva, me contagié, y también me ayudó a relajarme. Conseguí incluso olvidarme por un momento de los Dosenuno.

-Cojones, que vienen p'aquí- dijo, sin embargo, al cabo de un rato mi compañero y la barrita de hielo en mi columna, que había comenzado a deshacerse traspasó las paredes de mi estómago y comenzó a gotearme gélidamente en los intestinos. Como no era el momento de correr despavorido al baño intenté desahogar todo mi nerviosismo en las otras tazas, concentrarme exclusivamente en mi trabajo, en descargar y supervisar los retretes de la cinta, para no mirar a los siameses sin que resultara demasiado obvio que trataba de no mirarles; pero no había manera, percibía sus sombras tras de mí, hasta escuchaba sus respiraciones y lo único que me venía a la cabeza era la imagen de su cerebro, como una esponja con dos gajos que no habían llegado a separarse completamente.

Fue, de todas maneras, mi compañero y su inteligencia de animalito, el que hubo de meter la pata, retirando una de las tazas cuando los Dosenuno y todo su solícito séquito ya se retiraban.

-¿Cuales son los fallos más frecuentes?- se apresuró a preguntar entonces uno de ellos, evidentemente el gordo, por el tono despectivo que empleó.

Le hablaba a Animal, pero a éste le había bloqueado un pánico cervical, y fue incapaz ni siquiera de levantar la vista. Era una situación de lo más violenta. Los fallos de la pintura no tenían nada que ver con nosotros, y era evidente que lo que atenazaba a Animal no era, pues, la responsabilidad por los mismos, sino la apariencia extraordinaria de los siameses que todos los demás intentábamos disimular más civilizada, acaso hipócritamente. Mi compañero comenzó a tartajear y yo sentí como las miradas de Martínez y López me buscaron desesperadamente, intentando desviar la atención de Animal y centrarla en mi.

-Que se jodan- pensé, si bien no tuve valor para vengar con mi silencio el ninguneo al que me sometían habitualmente.

-Salen muchas motas, muchos descuelgues- dije, antes de que Animal lograra arrancarse y empeorar las cosas con alguno de sus “cojones”, y hasta conseguí maquear mi voz con un timbre espontáneo.

De reojo observé como los músculos faciales de Martínez y López descomponían su rigidez y lamenté haberles sacado del atolladero, sobre todo a Martínez, pero no lo había hecho por ellos, quizás ni siquiera por Los Dosenuno, simplemente no podía soportar aquella tensión algo marciana. Intentaba que todo volviera a su cauce, pero no me ayudó nada mirar a los ojos al gordo, no ser capaz de ignorar el escorzo retorcido de la piel en su cuello, ni aquella tajada de cuero cabelludo como un tranchete, ni tampoco el tono hiriente de su voz, que usó en varias preguntas más. Aquel tipo era monstruoso y sin embargo, a la vez, sufría como humano aquella absurda e injusta monstruosidad, la vengaba utilizando su autoridad como un cuchillo blandido gratuitamente en el aire.

Cuando agotó su arsenal de interrogantes los siameses se giraron y fue el esmirriado quien habló. Yo estaba descargando en ese momento una taza de las calificadas como “Rojo Atardecer”.

-Ese color es bonito ¿verdad?- dijo, y sonrió, y en aquella sonrisa había la misma, cálida, apasionada serenidad que en el crepúsculo de un día de verano.

El contraste con las preguntas prácticas, técnicas de su hermano, acabó por descomponerme del todo y una vez que se hubieron alejado lo suficiente salí a la carrera hacia el baño.

Una vez allí eché el pestillo y, me cercioré de que no había nadie más cerca. Yo no era de los que se fijaban en las motitas, los descuelgues de pintura cuando me sentaba a empujar. Por el contrario consideraba que se trataba de un acto íntimo, precisamente porque nos igualaba a todos los seres humanos, y eso me hacía pensar en la insignificancia de todos nosotros. Creía que un momento tan desagradable como aquel nos obligaba a reflexionar sobre ello, que la imaginación debía emplearse en buscar respuestas mientras los intestinos se vaciaban.

-Rojo atardecer- murmuré, por ejemplo, entonces.

Había varios colores más entre las tazas que retirábamos con nombres poéticos, soñadores como aquel: azul índigo, rojo mágico, verde jazz... Otros, por el contrario, eran explícitos, sin matices de ese tipo: amarillo correos, negro pastel... Supuse que los primeros los habría diseñado el hermano esmirriado, y los segundos el gordo. Que de alguna manera los siameses formaban un sólo ser que expresaba a través de uno de ellos, el gordo, las expresiones más mundanas, más contaminadas por su instinto de supervivencia, y a través de otro, el esmirriado, las más puras, las más espirituales.

Satisfecho con aquella reflexión, que podía hacer extensible al corazón humano, me encontraba ya a punto de abrocharme los pantalones cuando escuché como alguien entraba al baño, y se encerraba en otro de los compartimentos. Decidí entonces salir pero comprobé que no se trataba de una persona, sino de dos. Mejor dicho, de dos en una.

Los hermanos Dosenuno.

-Lo siento, estas situaciones me ponen muy nervioso- dijo uno de ellos.

-Tranquilo, hombre- contestó el otro.

No era capaz de distinguirlos, pues ahora ninguno de los dos se imponía, o cedía. Pensé que se trataba de algo lógico, que forzosamente debían de haberse acostumbrado a compartir los caprichos, las ruidandes, las urgencias más rutinarias y repulsivas, como aquella.

Todavía estaba a tiempo de salir, pero entonces oí a uno de ellos comentar:

-Al soplapollas ese del Martínez le canta el aliento a muerto.

Y al otro:

-Y el López es un chulopera.

Estaba de acuerdo con las dos apreciaciones, si bien por una parte me sorprendió que también ellos dos lo estuvieran, pues comenzaba a desbaratar aquella teoría mía sobre su cerebro, y por otra me obligaba a permanecer allí pues indicaba que creían encontrarse a solas.

Me quedé por tanto allá, encerrado y en silencio, esperando a que terminaran y preguntándome cómo estarían colocados en el retrete. Después aquella pregunta se convirtió en una tortura, porque pasaban los minutos y los Dosenuno no salían, por el contrario la tarea debía de estar resultándoles trabajosa, a juzgar por los jadeos que llegaban desde el otro lado de la pared. Casi instintivamente comencé a buscar un agujerito en la chapa que separaba las dos letrinas y me apliqué ya con decisión cuando ellos dos volvieron a intercambiar frases, ahora más entrecortadas y acompañadas por el ruido de ropas que se rozaban, o el palpito de la tapa de la taza acelerado por un vaivén.

-Así... así... cabrón... cómo me gusta.

-Tranquilo, relájate, relájate.

Por fin descubrí un plastón de papeles pegados, secos ya, que conseguí retirar sin estridencia, y tras el que apareció el milagroso agujerito. Pegué el ojo y miré: la imagen era grotesca. Cada uno de los siameses masturbaba a su hermano. El gordo estaba sentado en la taza y procedía lentamente, con delicadeza, mientras que el esmirriado, de pie, encorvado, se movía en convulsiones violentas, agitando la pelvis. Era él el que repetía:

-Así... así... sigue... sigue...

Mientras el gordo intentaba calmarle:

-Calla, loco, que nos van a oír.

Continuaron todavía un ratito, hasta que se vaciaron prácticamente a la vez, en una perfecta comunión ahora en jadeos, espasmos y finalmente eyaculación. Después cada uno de ellos se limpió y tiraron de la cadena, momento que aproveché para volver a cubrir el agujerito.

-Perdona, tío, necesitaba relajarme- volvió a excusarse uno de ellos una vez que el calderín se hubo vaciado, mientras se lavaban las manos.

-Que sí, hombre, tranquilo.

De nuevo no supe ya quien era quien. Me daba igual. Aquello me había dejado petrificado. No el hecho en sí de la masturbación, que consideré normal: incluso si alguna vez llegaban a mantener relaciones sexuales con otra persona cada siamés no iba a poder excluir al otro, así que no les quedaba intimidad alguna en esa materia, la más puramente física, y estaban condenados a compartirla y entonces ¿por qué no de la forma más placentera? Pero me había sorprendido la manera en que se habían tornado los roles que yo les había asignado. Pensé esta vez que su cerebro, sus dos cerebros, fundidos, al igual que sus frentes, en uno como una loncha de queso, se comunicaban por una especie de pequeño túnel en el que había un constante flujo de pensamientos, sensaciones; que toda aquella teoría del hermano bueno y el hermano malo era sólo un cuento.

Luego, una vez que los Dosenuno hubieron salido dejé pasar un tiempo prudencial, tiré yo también de la cadena y volví a mi puesto de trabajo.

-¿Dónde cojones te habías metido?- me preguntó Animal.

Pero no le contesté.

No me creería.

Y aún menos habría entendido nada.

Nada de nada.

Sybil VaneDe Carmen Martin Gaité

Ha venido Sibyl Vane. No es la primera vez, pero cada día me pilla más cansada para la polémica. Se apoya en el respaldo del sofá con ojos perdidos en el vacío y gesto lánguido. Le hago una taza de té, suspira, se levanta.

-Anda, Sibyl -le digo-, tómate el té, mujer.

Se vuelve a reclinar en el sofá, sin mirarme.

-Hasta para respirar le necesito -dice.

-Eso no es verdad -le digo sonriendo-. Estás desmesurando las cosas. Ahora respiras y él no está aquí.

-Si, respiro -arguye-, pero respiro mal, como si una piedra me entorpeciera el paso del aire. Me gusta respirar y que me entre todo el aire del mundo, el de la primavera que se acerca, el del mar, el de la brisa de la noche, y saber que hay más reserva de aire para mañana y para siempre, que la muerte no va a llegar nunca, eso quiero.

Me deja un poco apabullada su perorata. Está ahora muy guapa Sibyl, con los ojos brillantes y el pecho agitado. Se lo digo, que su expresión ha revivido. Cuando entró estaba apagada y opaca, parecía una mujer vieja.

-Es que me gusta hablar de él -dice-. Es lo único que me gusta.

Luego se levanta y se mira en el espejo que hay encima del sofá, sonríe complacida y vuelve a su postura de antes.

-Me gustaría que él me viera ahora -dice suspirando-, contarle estas cosas que te cuento a ti.

-¿Por qué no lo haces, mujer? Eso de la reserva de aire para mañana y para siempre es muy poético y muy convincente. Seguro que lo entendería. Dices que él es una persona inteligente y que le gusta entenderlo y razonarlo todo. ¿Cómo es que no te entiende a ti?

-Porque a él no sé decirle estas cosas, sólo puedo mirarle. Digo para mis adentros: "Ahora le voy a explicar lo que siento, lo que me turban sus ojos", a cada momento lo pienso, pero lo voy dejando para luego.

Miro a Sibyl, que ha empezado a sorber su té y parece ahora una niña pequeña, le acaricio las puntas de los dedos.

-Si estuviera él aquí, ¿te tranquilizaría? -le pregunto.

-Sí -dice-, con tal de que te quedaras tú también y me dictaras lo que le tengo que ir diciendo, protegida por el tacto de tus manos.

Me echo a reír.

-Pero, Sibyl, estás loca. ¡Vaya un papel el mío! Preferirías que te cogiera las manos él, como es lógico, ¿no?

-Sí, claro -dice-. Sus manos las preferiría a las tuyas. Son ardientes y cautelosas. Pero a veces se las hielo sin querer, se las espanto, se echan a volar como pájaros bellos y desconocidos. Nunca se sabe cuándo se van a posar sobre mi cuello y a rozarlo, no sé pedirles que vengán. Si tú estuvieras conmigo cuando él aparece, sabría explicarle estas cosas, pero te vas, me dejas sola. Y yo no sé hablar como tú.. Todo lo enturbio con mis balbuceos y mis lágrimas. A él le gusta que me ría y que me olvide de él. Le gusta que haga teatro y que revolotee como antes, cuando se enamoró de mí y amaba mis discursos. Pero ahora no se, me encoge precisamente por lo mucho que le necesito, y así encogida no le puedo gustar. Ayúdame tú, por favor, a no necesitarle tanto, a él le gusta que sea yo, que no me confunda con él. Va a perder la paciencia.

Le he prometido a Sibyl ir con ella la próxima vez que se entreviste con ese hombre que le quita el aire. Se siente muy confortada y me pide que la deje dormir un poco. Le pongo una manta por los pies y la miro con envidia.

NOTA A LA EDICIÓN

Para el que no lo recuerde, le refrescaré la memoria sobre la heroína literaria que dio pie a esta fantasía para escribir este breve relato, del que no me acordaba, y que he encontrado perdido entre las páginas de un viejo cuaderno, fechado en febrero de 1975.

El nombre de Sibyl Vane aparece fugazmente en las páginas de la famosa novela de Oscar Wilde: "El retrato de Dorian Gray". Dorian se enamoró ardientemente de ella, al verla representar el papel de Julieta en un modesto y mal iluminado teatrillo de Londres, por entrar en el cual pagó una guinea. La encontró sagrada y divina. Posteriormente, cuando, después de haberles hablado de ella en términos encendidos a sus amigos, decidió pedirla en matrimonio y comprobó que Sibyl no sólo correspondía a su amor, sino que era la primera vez que se enamoraba de un hombre, volvió a verla actuar en compañía de lord Henry. La decepción de Dorian Gray y de su amigo fué total. Sibyl Vane, una vez que había conocido de verdad el amor, interpretaba a Shakespeare de forma desmañada, torpe y artificial. Julieta se había convertido en una muñeca de madera. Y la Sibyl Vane enamorada dejó de interesar a Dorian Gray y de enardecer su imaginación. No daba forma ni sustancia a las sombras del arte. Era una criatura vulgar, sin secreto. Y el cruel Dorian Gray la apartó de su vida.

[Ragnarok en las playas de Ítaca](#)[De Rafael Marín](#)

Fueron subiendo la colina y cuando comprobaron que no había peligro se despojaron de rostros y disfraces y asumieron sus verdaderas identidades sabiendo que sería la última vez, que las palabras nunca más venían aliadas con las no menos terribles para siempre.

Eran apenas tres docenas. Ellos, que habían sido centenares, que habían poseído tierra y cielos, que habían creado mundos y destruido generales y resuelto batallas a su antojo. Ellos, que habían asumido formas y luces, que habían dado imagen y esencia, que lo habían significado todo y ahora comprendían que no les iba a quedar nada, ni siquiera el consuelo del recuerdo.

--¿Ninguno más? ¿Acaso Hermes no ha llevado el mensaje?

--Hermes ha caído. Como Heracles. Como Zeus --informó Apolo--. El hecho de que podamos reunirnos aquí y ahora nos indica que, aun en manos del enemigo, no nos ha delatado.

Palas posó sus dulce mirada de lechuza sobre el mar que los rodeaba, sobre las islas que sobresalían como tesoros dentados en la boca de un anciano. Solamente treinta y seis supervivientes. Solamente treinta y seis miembros de un panteón que había oscurecido el sol al volar en bandada contra el resplandor del cielo.

Era el fin de su mundo, pero no del mundo. Un hombre solo se había enfrentado a ellos y los iba eliminando con la precisión de un carpintero que hunde sus clavos en la madera y va dando forma a su trabajo sin violencia ni premura. Un hombre solo a quien la propia Palas virgen había protegido y ahora se había vuelto contra todos ellos. Tras la línea del horizonte se dibujó el resplandor de una tormenta.

--Hemos de cumplir entonces la voluntad de Zeus. Por nuestra supervivencia. Por nuestro futuro.

Dioniso escanció los odres y brindó al mar que los llevaría a los cuatro puntos cardinales, alejados del cazador, ocultos de su propia vida.

Los dioses bebieron el nepente y cuando su agridulce rastro halló fondo en sus estómagos, contemplaron las aguas como si fuera la primera vez que las hubieran visto, y se miraron unos a otros sin reconocerse, sin saber quiénes o qué eran.

Fueron bajando la colina, amnésicos de su historia y de su memoria, y el recuerdo de sí mismos se perdió entre las olas del Mediterráneo.

* * *

Nunca he encontrado evidencia médica de que la locura sea contagiosa. Hay casos de histeria colectiva, de desequilibrios psíquicos que puedan ser debidos a la influencia de factores comunes y externos, pero nada parecido a un virus que provoque alucinaciones o sorba los sesos de nadie. Sólo Don Quijote se volvió loco leyendo libros de caballería.

He conocido enfermos pintorescos. Charlie Neuenmeier estaba convencido de que Hitler vivía en el entresuelo de su edificio de apartamentos. En qué estado, no podía precisarlo, a pesar de que han pasado más de noventa años desde el final de la Segunda Guerra Mundial y el incendio del búnker. El pequeño Ernesto Troy, uno de esos mendigos que no sueles ver a tu alrededor y sólo reparas en él cuando ya lo has oído y es demasiado tarde, se pasó cuarenta años de su vida, desde que se volvió tarumba, moviéndose en el radio de dos semáforos y tres bloques de pisos. Cuando suministré a mi ordenador los datos sobre esa manía obsesivo-compulsiva de mi cliente a la fuerza, resultó que había estado trazando una y otra vez el rumbo de las estrellas del Carro. O Anita Donnesbury, que acumuló en su piso tonelada y media de basura. No sé qué es más extraño, que nadie denunciara el hedor a los servicios de salud o que el techo del vecino de abajo no se desplomara con el peso.

He conocido enfermos pintorescos. El último, por el momento, es Dennis Bach. Un hombrecito inofensivo que en su vida debe de haber matado a una mosca, el único que me ha hecho sospechar que todos nosotros pudiéramos estar volviéndonos locos.

Si no fuera por el rostro colorado y la nariz redonda, y las ropas arrugadas y los cabellos enloquecidos, Dennis Bach podría haber sido cualquier cosa. Vendedor de enciclopedias, zapatero, catedrático o payaso. Ahora, no era más que un borracho con un síndrome autodestructivo que le llevaba a unir depresiones ciclotímicas con delirios de grandeza.

Pero tenía una forma interesante de concebir el mundo.

Una forma interesante. Y contagiosa.

Soy psiquiatra, pero eso no me asegura que pueda estar a salvo de la locura. No sería el primer caso.

Cierro los ojos y escucho la voz de Dennis Bach, veo el mundo tan distinto que describe, los delirios que inventa con una precisión tan absoluta que parece que lo hubiera vivido todo.

Su curación estaba fuera de mis posibilidades. Pero su caso era interesante. No tenía medios de ir más allá, de avanzar en su dolencia. Por eso decidí acudir a mis superiores. Quizás ellos podrían ayudarme a tratar a aquel pintoresco hombrecito.

Trabajaba para una fundación altruista, investigación y curación al cincuenta por ciento. Después de escuchar a Dennis Bach durante casi un año, acudí a ver al mecenas y presidente, el doctor Odo Noman, quien me recibió en el jardín de su edificio hueco, a pesar de que yo estaba muy por debajo en el escalafón de todos aquellos otros psiquiatras que tenían acceso al gran hombre.

Era atractivo. El traje de Isaki Otonami que vestía bien podía equivaler al producto interior bruto de la mitad de los países de la extinta Unión Europea, y las gafas de sol graduadas que le cubrían los ojos eran de una aleación de platino, las mismas que usan en las sondas espaciales que envían a Marte y Júpiter. Ancho de hombros, con barba bien cuidada, cojeaba de forma tan leve que el balanceo de su cuerpo para contrarrestarla incluso le daba más encanto.

Me presenté en dos palabras, nerviosa por su magnetismo, atropellada por mis dudas. Él dijo que se acordaba de mí.

--¿Cómo no olvidar unos ojos como los suyos, doctora Autillo? ¿A qué debo el placer de su visita?

--Uno de nuestros internos --explicó--. Dennis Bach. Un esquizofrénico con delirios compulsivos.

Él asintió.

--Me pareció que tal vez usted consideraría que es un caso interesante.

* * *

Su despacho era tan grande como la mitad del pabellón oeste donde yo hacía las guardias. Había una mesa de metacrilato donde se me antojó que sería capaz de aterrizar un helicóptero de tamaño medio, y detrás una escultura de un hombre desnudo que intentaba correr a pesar de las cadenas que retenían sus piernas y sus brazos. Era mercurio, o un material que se le parecía mucho, y el efecto del sol que atravesaba las paredes transparentes hacía que la escultura pareciera un ser vivo suspendido, un corredor en el esfuerzo inútil de una carrera que no lo llevaría a ninguna parte.

Odo Noman me indicó que me sentara y pidió por el intercomunicador una botella de chianti y dos vasos. A un gesto de su cabeza, coloqué sobre la mesa mi reproductor de imágenes.

Desplegándose como una pajarita de papel, cara sobre cara, el holograma dibujó entre nosotros el rostro enrojecido de Dennis Bach. Todavía no había sonido.

--Ese es el hombre, señor Noman. Escuche.

Pulsé el botón en el mando a distancia, y las palabras del viejo decrepito inundaron la habitación, arrasando mi alma.

* * *

--El titán fenicio escogió la sabiduría --decía Dennis Bach, la mirada perdida en la invención de sus recuerdos--. Le pareció un buen premio. Pero él... él prefirió la inmortalidad. Bebió la pócima ardiente que le entregó Hefesto, sabiendo como no sabía su compañero de aventuras que el tiempo podría ayudarle a comprarlo todo, sabiduría y venganza.

"Porque venganza quiso. Venganza, tras veinte o más años de navegar a capricho de los vientos. Venganza contra una mujer infiel, a la que llenó de flechas en el mismo salón donde acabó con las ínfulas de sus pretendientes. Venganza contra el mar que lo había tenido prisionero, contra la propia vida que se le había ido gastando año tras año.

"Se había hecho inmortal, ¿comprende? Se sabía eterno. Y nada lo ataba al pasado, sólo él podría configurar el futuro. Eliminó primero al fenicio noble, el de la frente de piedra, y lo enterró allá donde el mar se multiplica y se asoma a un gigante contra el que no puede compararse. Luego, acompañado por la pequeña ninfa que no era más que una bruja, se rebeló contra aquellos que se habían asomado a contemplar cómo vivía.

"Y harto de haber sido una marioneta en el juego de los dioses, se convirtió en cazador de cazadores, doctora Neus. Uno por uno les fue dando muerte. Tan grande era su odio. Tan fuerte era su ansia.

* * *

No sé si Odo Noman veía como yo veía la descripción que hacía el viejo loco. No sé si Odo Noman entendía como yo entendía lo que estaba haciéndole ver el borracho en su delirio. Sin parpadear, sin apartar la mirada del holograma, el magnate continuó escuchando el relato, la suma y montaje de tantas sesiones de terapia en que Dennis Bach me había manchado de su sueño y su locura.

* * *

--Había sido un hombre astuto y ahora su astucia se había visto centuplicada por la rabia. Ya no volvería a ser peón de luchas y caprichos. Ahora estaba a nuestra altura, nos podía tratar como a iguales, era capaz de darnos muerte. Y muerte nos dio. Con su espada, con su arco, con sus manos.

"Nos fue localizando por las tierras de la Hélade. Escaló al Olimpo y desafió al mismo padre de los cielos. ¿Qué era sino una insignificante mota de polvo, un campesino convertido en rey, un rey disfrazado de marinero? Pero se enfrentó al Gran Padre como antes, bajo disfraces, se había enfrentado a sus hijos.

"Y ese día la leyenda se apagó. Ese día se cerró el cielo. Ya no era un campesino. Ya no era un estratega capaz de inventar caballos huecos y desafiar luego al mar que no había podido descubrir su juego. Ya no era un rey de islas, dueño de cerdos y adorado por viejos poetas ciegos. Ya no era un marinero orgulloso, capaz de dar mil vueltas a un mar que cambiaba de forma con cada ola, diestro en mutilar cíclopes y seducir doncellas. Ya no era un naufrago cansado, un buscador de tesoros, el héroe o el villano que necesita una recompensa al final de su viaje.

"Porque ya había conseguido esa recompensa, Neus. Ya tenía lo que los hombres han querido siempre. Ya era igual a los dioses. Ya se había trascendido. Ya era más que humano. Más que ángel. Más que demonio y más que avatar. Ahora era un vengador, un ser único, y sólo podía seguir siéndolo si eliminaba a los que se parecían en algo a él.

"Nunca fue humilde. Siempre creyó que podría superarlo todo. El mar, los troyanos, los pretendientes borrachos, su infiel esposa. Adelantó su esencia una casilla, se puso al ras con quienes eran los dioses y los eliminó uno tras otro. Y se cansó pronto del juego.

"¿Cuántos eran? ¿Cuántos quedaban? ¿Qué le decía que no estaba siguiendo otra vez el capricho de dos, de tres, de cien de ellos? ¿Qué le aseguraba que no era Zeus Magnífico quien estaba detrás de su ordalía, utilizándolo para barrer sin sus rayos a todos aquellos hijos y parientes molestos que soñaban en secreto con arrebatarle un día el trono de mármol y oro?"

"Contra Zeus fue. Ante ese mismo trono de mármol y oro se plantó con su lanza. Ni siquiera el padre de todos dejó de tomarlo en serio. Era un titán engalanado, un hombre transformado, un dios de otro signo incomprensible.

"Le decía que las leyendas murieron ese día, doctora. O tal vez lo hicieron antes, cuando él regresó a su casa y eliminó todo aquello que le podía recordar lo poco que había sido, la insignificancia de su cuna y de sus sueños. Murieron las leyendas cuando murió Zeus, cuando el Gran Padre cayó por su mano, en un charco de sangre en el que luego se ahogó Hera, en la catarata roja que sepultó el Monte Olimpo bajo un vino granate que ni siquiera yo mismo sería capaz de catar.

"Ese día transformó la historia, cegó leyendas y mitos, dio comienzo a un mundo diferente, un mundo sucio, un mundo nuevo.

* * *

Noman me miró a través del rostro congelado del enloquecido borracho. Arqueó una ceja.

--Todavía hay más --dije.

Pulsé un nuevo botón y otra imagen de Dennis Bach sustituyó a las anteriores. Recordé esa sesión. El pasado mes de mayo.

* * *

--Sin la guía del padre, ¿qué podía ser de nosotros? Fue como si el planeta empezara a girar a toda velocidad, vuelta tras vuelta tras vuelta, y pudiera deshacerse de nuestra existencia como un perro se libra de las pulgas que lo molestan.

"Fuimos como niños en una habitación oscura, como pupilos que tienen para ellos solos las aulas vacías del colegio. No supimos qué hacer. No supimos a quién volvernos. Porque en la habitación oscura había un hombre que respiraba y afilaba sus flechas. Porque en el colegio deshabitado una sombra vengadora cerraba puertas y corría candados.

"Cuando eliminó a Zeus, nos quedamos sin cabeza. Fuimos un ejército sin general, una iglesia sin sumo sacerdote. Nos reunimos, lloramos, hicimos preguntas, imploramos. No se podía negociar con él. Era un virus irracional, un terrorista que no atiende razones y se niega a admitir ninguna de las reglas de juego del estado. No lo podíamos seducir. No lo podíamos eliminar. Se escondía entre los hombres. Hoy aquí, mañana allí. Las leyendas que él mismo había encargado lo suponían feliz de regreso a su isla, con su esposa fiel y amada, justo final completo a una vida de vagabundeo y sufrimientos. En ninguna parte se decía que ahora era un cazador cruel que eliminaba a sus creadores, un hijo enloquecido que mataba a sus padres.

"Él se ocultaba de nosotros, doctora Autillo. Podía ser alto. Podía ser bajo. Podía ser viejo o podía ser joven. Era maestro en argucias, capataz de inventivas, domador de palabras.

"Y entonces quisimos devolverle la misma moneda. No matarlo, pues si el propio Zeus no había podido con la fuerza de su lanza, ¿qué podríamos hacer los demás, acostumbrados a miles de años de vagancia y ocio? No matarlo, pero sí eludirlo. Escondernos de él para siempre. Escondernos de nosotros mismos.

"Bebimos nepente, el néctar que proporciona el olvido. Si nosotros no sabíamos quiénes éramos, tampoco podría localizarnos él. Si nosotros olvidábamos lo que fuimos, él buscaría en vano nuestros cuerpos para saciar su venganza.

"Bebimos nepente y ya no fuimos dioses. O si lo seguimos siendo, como ya no teníamos memoria, nos dio lo mismo.

* * *

--Fue más listo que nosotros --continuó Dennis Bach--. Como antes. Como siempre. Fue más listo que todos. A fin de cuentas, había tenido la sabiduría de Palas Atenea por protectora durante años.

"Fue más listo. Cuando no nos pudo localizar, cuando supo que nos habíamos convertido en puro mito, en recuerdo y superstición en la mente de los hombres, dio la vuelta a la situación y se aseguró de que eso fuéramos: un chiste, una imaginación, un cuento.

"Aunque era como un dios, no quiso ser dios. No quiso para sí una religión. Pero creó una. Tras sus correrías con el fenicio, supo que en Galilea adoraban a un solo dios. Forzó un poco las profecías y le dio un hijo. Contrató a un actor. Rodeó su estrategia de detalles capaces de alumbrar un nuevo mito. Un mesías. Y después lo crucificó. Hizo creer que había vuelto a la vida tres días más tarde.

"Y mandó a sus seguidores a Roma, donde nuestro culto sobrevivía confundido con el de otros dioses falsos de Mesopotamia o de Egipto. Los envió a Roma, donde sus palabras y su visión del mundo crearon una nueva filosofía, una nueva forma de pensar, un nuevo orden.

"Nosotros nos habíamos ocultado de él. Pero él nos había ocultado de nuestros seguidores.

"Nos cerró las puertas del regreso. Acabó con nuestra religión. Un dios sin creyentes no es nada, menos que nada. Un dios sin creyentes ni siquiera es un hombre. Y por eso hemos vagado por la historia, sonámbulos de nosotros mismos, ajenos a lo que somos y lo que fuimos, dormidos al despertar de lo que podríamos ser.

"Ganó la partida. Nos anuló del todo.

"Y todavía, de vez en cuando, si descubre a alguno de nosotros, se entretiene en darnos caza. Es inmortal, ¿recuerda, doctora Autillo? Tiene todo el tiempo del mundo. Tiene poder. Tiene sabiduría. Tiene paciencia. Y todavía le queda odio.

"Estamos acorralados. He pasado por la historia sin saber quién soy. Sin reconocermelo como dios hijo de dioses, como creador y destructor de cielos y limbos, sin reconocer a mis iguales hasta que he despertado. Han pasado miles de años. Hay dioses desperdigados que ni siquiera saben ya que son dioses. Pero cada día somos menos. Y él sigue por ahí suelto, esperando como una zorra ante la madriguera del topo.

* * *

Apagué la reproducción con un dedo firme.

--El resto no es más que el mismo galimatías de quejas y exigencias, súplicas por un vaso de bourbon, amenazas a los enfermeros, y una curiosa mezcla de su historia con la Revolución Francesa.

--¿Qué tiene que ver eso con el resto del delirio?

--Según el señor Bach, ese misterioso cazador de dioses ha ido además configurando los acontecimientos de la historia.

--¿No se detuvo en la creación de Cristo? --sonrió Odo Noman.

--Parece que no. Es más, dice que lo reconoció en 1789, en plena Revolución Francesa. Al parecer, lo vio conspirando con Dantón, o quizás fuera Robespierre, para convencerlos de que había que decapitar al rey Luis.

--¿Tiene sentido eso?

--No más que todo lo demás. Supongo que, desde su punto de vista, la Revolución marcó el inicio del mundo contemporáneo, igual que el "asesinato" de Zeus y la desaparición de los dioses griegos fue el final del mundo clásico.

--Entonces, ese cazador...

--Creo que podemos llamarlo por su nombre. Sabe usted quién es, ¿verdad?

Odo Noman asintió. En sus labios brillaba una gota de chianti.

--Ulises --hizo una pausa--. Un Ulises algo diferente al que nos ha legado Homero, por cierto.

--Un Ulises que ha manipulado la historia, a los dioses y a los hombres, falseando su propia leyenda para ocultarse, como se ocultan los dioses.

--¿El señor Bach sigue pensando que Ulises lo persigue? ¿Tiene fobia a todos los pelirrojos que se parecen a Kirk Douglas?

--El señor Bach... --tomé aliento--. No se llama así.

Odo Noman inclinó la cabeza. El sol arrancó un destello hiriente en el armazón de sus gafas.

--No comprendo.

--Verá, señor Noman. Dennis Bach no es más que un sobrenombre. Mi paciente dice ser... Dioniso.

--¿El dios del vino? Muy apropiado para un borracho.

--Dennis, Dioniso. Bach, Baco.

--No lo había pensado. Pero tiene lógica. La lógica del delirio, por supuesto. Ya he advertido en la grabación que él mismo se consideraba un dios. Dioniso nada menos, qué apropiado.

--No creo que sea un delirio, señor Noman --musité, mirando al suelo--. La mitad de las sesiones que ha visto se realizaron bajo terapia de hipnosis.

Odo Noman frunció el ceño. Se inclinó hacia adelante y apoyó la barbilla sobre sus manos cruzadas. La preocupación de su mirada me obligó otra vez a bajar la vista al suelo.

--Sé que no tiene sentido --murmuré--. Sé que a veces la psyche es tan revuelta que el delirio puede afectar al inconsciente y forjar pasados falsos que el paciente considera verdaderos.

--¿Entonces?

--Llevo un año tratando a ese hombre. Tres sesiones por semana. Casi cuarenta horas al mes. Conozco su patología. Conozco todos sus síndromes. Y he llegado a considerar que no está enfermo. O mejor dicho, he llegado a pensar que no me miente.

Odo Noman me contempló en silencio. Como buen psiquiatra, sabía que hay momentos en que es mejor que el terapeuta calle para que así hable la enfermedad por boca del enfermo.

--He tenido sueños, señor Noman --confesé--. He visto pájaros dorados, barcos de vela roja y ojos pintados en la proa, remos batiendo las aguas, ejércitos batallando a las puertas de ciudades amuralladas, prados de maravilla, lluvias de magia. Y hombres y mujeres tan hermosos que no podían serlo. Hombres y mujeres tan perfectos que sólo podían ser dioses.

Odo Noman asintió.

--No tengo constancia médica de que esa patología sea contagiosa --dije, mirándome las rodillas, cualquier cosa por no enfrentarme a su mirada--. Y hasta he llegado a pensar si la hipnosis sobre Dioniso, sobre Dennis Bach, no habrá tenido un efecto de rebote que habrá acabado por hipnotizarme. Los sueños se repiten cada noche, doctor Noman. A veces me quedo ensimismada durante el día, y veo caballos y guerreros de casco de bronce, y cisnes que aman a mujeres dispuestas, y águilas que picotean el vientre de hombres desnudos, encadenados a la cima de una montaña.

En silencio, Odo Noman conectó el ordenador que se desplegó transparente sobre su mesa.

--¿Algún delirio paranoide?

Tragué saliva.

--Sí. Las palabras de Dennis Bach... Está aterrado. Ha recordado quién es, quién cree ser, disculpe, y sólo vive pendiente de que la puerta de su pabellón se abra y entre ese hombre para matarlo.

--Ulises.

--Ulises, sí, señor Noman. El hombre inmortal. El rey de Itaca. El poseedor de la historia.

Noman guardó silencio. Sabía que yo no había terminado. Cerré los ojos, viendo bailar hoplitas tras mis párpados, templos de mármol y oro, pebeteros de incienso. Escupí la palabra.

--Usted.

Noman no se inmutó. El ordenador sin duda nos estaba grabando, pero pensé que ya no me importaba.

--He creado un delirio, señor Noman --dije, humedeciéndome los labios con la lengua, notando el agrio sabor del chianti en mis papilas--. He forjado un mundo aparte, como Dennis Bach.

--¿Y en ese mundo yo soy... Ulises?

--En ese mundo usted es Ulises, señor Noman. Ulises, también llamado Odiseo. Odo. Ulises, que engañó a Polifemo diciendo ser Nadie. Noman. No Man. Nemo. Nadie. Odo Noman. Ulises Nadie.

--Y el problema, claro, es que ese mundo es éste.

--Ese es el problema. Dennis Bach me ha contagiado de su miedo. Si hay un hombre inmortal agazapado por la historia, ¿qué sería hoy sino un magnate como lo es usted? Lo tendría todo, como usted lo tiene. Contactos, dinero, poder, presencia. Cojea usted de una pierna, doctor Noman, como Ulises cojeaba. Dicen que eso significa Odiseo: Cicatriz en la rodilla. Habla usted griego, entre otros muchos idiomas.

--Pero no me parezco a Kirk Douglas.

--No, ni tampoco a Armand Assante --sonreí, forzada--. Sé que fue usted varias veces campeón olímpico en tiro con arco.

--Y tengo media docena de yates.

--Sé lo que puede significar todo esto. O lo que cuenta Dennis Bach es la pura verdad --sonreí como una tonta--. O he desplazado hacia usted una psicopatía de temor. Si fuera secretaria, lo entendería. Pero mis contactos con usted no son directos. Es la segunda vez que nos vemos en persona...

--La tercera.

--La tercera, cierto. En otras circunstancias podría estar canalizando un miedo o una relación de atracción-repulsión de índole sexual, pero...

Los dos guardamos silencio. La estatua de mercurio brilló desconsolada, como si el esfuerzo atrapado en su interior tratara todavía de continuar la carrera.

--Mi delirio no termina en todo esto, señor Noman. Si Dennis Bach se cree Dioniso, si usted es Ulises redivivo... ¿por qué esos recuerdos que me asaltan? ¿Por qué esas imágenes que son más reales que cualquier película, más emotivas que cualquier libro? Soy una mujer racional e inteligente. Demasiado inteligente, tal vez. Por eso sufro. He forjado la ilusión de que soy una de ellos, señor Noman.

--¿Una diosa, quiere decir?

Asentí, mordiéndome los labios de vergüenza.

--Creo que soy Palas --hice una pausa para tomar aire--. Atenea. Debe ser porque los hombres siempre dicen que tengo unos ojos muy bonitos.

--Yo mismo se lo he recordado al entrar.

--Y mi nombre... Neus Autillo. Ate-Neus. Y el apellido de una especie de lechuga. Como se representa a Atenea con una encaramada al hombro, o en la mano. Y mi profesión, especialista en la mente, el motor de la sabiduría, aunque no me sirva para nada.

Él se quitó las gafas y me miró por primera vez sin la protección del cristal ante sus ojos. No le había dicho, pero quedaba implícito en mis palabras, que yo jamás me había acostado con ningún hombre.

--Ayúdeme, doctor Noman --sollocé--. No quiero seguir volviéndome loca.

* * *

La medicación no me ha ofrecido ninguna mejora. Al contrario, ahora vivo sumergida en un mundo perdido de cicones y lotófagos, faunos y cíclopes, lestrígones, caballos alados, quimeras escupiendo fuego, aurigas y vellocinos de oro, ninfas y amazonas y dioses que un día todo lo tuvieron, menos un final en forma de epopeya. En mi delirio, no dejo de comprender que los dioses griegos de los que me sueño parte tuvieron su ocaso sin un Ragnarok, sin Gotterdammerung. La suya fue una teogonía sin conclusión, apenas el relato de un origen y unas vidas, sin tiempo de forjar leyendas de muerte, porque los dioses olvidaron, como los hombres, lo que eran.

El doctor Noman viene a veces y me habla, me escucha y me consuela. A veces fantaseo con que me hace el amor, o es verdad que así me trata: ya no distingo sueño de sustancia. Una vez, si soy Atenea, fui su protectora, igual que Posidón le amargó la existencia, y quizás esa es su forma de pagármelo, o su desquite, no podría estar segura.

Porque entre parnasos y recuerdos imposibles, entre lanzas de bronce y carros de fuego, a veces tengo arrebatos de razón, y sospecho si todo lo que sueño no sería verdad, si en efecto no soy quien aborrezco ser, si él no será el Ulises que temo que sea y esté ahora viviendo su venganza, reducida mi inteligencia al castigo supremo, la locura que me enajena y me descarga, como Dioniso halló el desquite hinchado de palabrería y vino.

Duermo y sueño, y en las paredes acolchadas de mi cuarto recuerdo el Mediterráneo lleno de olivos, plagado de velas rojas, y pienso en cuántos dioses quedarán, si es verdad que queda alguno, si de cierto alguna vez existieron, vagando como muertos sin mente por el mundo y por la historia, despertando un amanecer para no recordar otra vez quiénes fueron ayer, para adoptar gracias a la magia del nepente otra personalidad sin darse cuenta, siglo tras siglo tras siglo, en el vano intento de escapar al hombre prudente que tiene la sabiduría que da la inmortalidad, la paciencia que presta saber que su venganza alguna vez será colmada.

Si fuera verdad, ¿quién podría reprocharle nada? Ha creado un mundo nuevo. Un mundo igual de injusto. Pero suyo, no del capricho de nadie. Ahora ya no hay dioses. O al menos pronto no quedará más que él solo.

* * *

El doctor Odo Noman cerró la puerta y se volvió despacio hacia su despacho, cabizbajo, mientras los enfermeros retiraban del hospital el cuerpo reventado de alcohol de Dennis Bach.

Contempló el arco colgado tras la mesa transparente, la estatua de Hermes vencido que intentaba dar un nuevo, inútil paso en su carrera, y se sirvió un vaso de vino con resina. Aunque ya no tenía prisa, quizá algún día retornaría a Itaca.

Modelados En Barro
de Alicia Giménez Barlett

Lo más cerca que había estado Garzón de un modelo de alta costura fue el día que lució su traje de Primera Comunión. Mi caso no era muy diferente; claro que, al menos, yo conocía la existencia de pasarelas, diseñadores, colecciones de invierno y hasta había oído hablar de Yves Saint-Laurent. El subinspector, no. Lo de colección le sonaba a sellos, la pasarela a puente y a Saint-Laurent hubiera podido confundirlo con un mártir francés. Puede que fuera debido a ese obvio desconocimiento de la materia por lo que levantó ampollas nuestra designación. Todos los compañeros acusaron al comisario Coronas de injusticia: «¿Por qué ellos y nosotros no?» era la pregunta. Por una vez se morían de ganas de trabajar; en especial los jóvenes, todos unos esnobs que se gastan la pasta en zapatos italianos, y camisas de marca, y para quienes la palabra «diseñador» está muy por encima de cualquier otro quehacer. Supongo que es cosa de épocas, en realidad. En la mía el esnobismo era harapiento, con lo que al menos ahorrábamos y podíamos seguir denostando al Capital. En tiempos del subinspector.... bueno imagino que con tener una buena bufanda para pasar la posguerra ya podía uno sentirse feliz.

Para que nos adjudicaran este caso supuso una ventaja ser mujer. El comisario pensó que nosotras estamos más cercanas a la moda, el costurero, la aguja y el dedal. Podía pensar lo que quisiera, no iba a ponerme a discutir. Aunque en realidad toda aquella excitación alrededor del caso no era tanto por el diseño como por estar cerca de las bellas modelos que teóricamente nos rodearían por doquier. Pero nada resultó tan idílico y lo que conseguimos fue cargar con un caso que conllevó un gran trabajo y acabó siendo difícil de resolver.

Habían matado a una chica, una modelo profesional. Apareció tendida por la mañana en el taller del diseñador por el que estaba contratada. Yacía sobre el lago de su propia sangre, alta y hermosa, como una zancuda a quien un cazador furtivo hubiera disparado sin piedad. Le habían pegado un tiro en el corazón. Según el forense, a las doce de la noche del día anterior. El arma era una pistola que el diseñador conservaba en el cajón de una mesa por seguridad. Nunca la había usado. Estaba tirada junto al cadáver, sin ninguna huella dactilar.

Cuando aparecimos por el taller el propio diseñador salió a recibirnos envuelto en lágrimas, nervios y un kilométrico fular. Todo aquello era trágico, impensable, patético. Que hubieran asesinado a Luz Ribó, una belleza en plena juventud, ya era espantoso de por sí, pero encima la cosa sucedía en su mismo establecimiento, y a dos días vista de que se presentara la nueva colección.

-¿Se da cuenta, inspectora?, dígame qué puedo hacer. No hay más remedio que seguir adelante, y ¿cómo puedo yo trabajar en medio de una conmoción tan espantosa? Estoy destrozado por el dolor y ¡hay periodistas apostados en cada esquina de la calle!

-¿Conocía bien a la chica?

-¿Está bromeando? ¡Yo la formé, trabajaba casi exclusivamente para mí! ¡Era como mi hija!

-¿Cómo pudo entrar por la noche en su taller?

-Jenía una llave! Yo me fío de mi gente, inspectora. ¿Usted no?

Un tipo curioso, el tal Pepín Rodríguez, modisto reputado, nervioso, frágil, de ademanes exagerados y teatrales... Me negaba a caer en el tópico del diseñador gay, pero a veces nada hay más seguro que un buen tópico. Solo con preguntarle a uno de sus empleados ya tuve la confirmación de mi sospecha. «¿Que si es gay Pepín?», fue su respuesta y en ella flotaban los aires de obviedad. «¿Cristóbal Colón?, descubridor de América, naturalmente». Perfecto, de ese modo podíamos descartar la relación pasional entre el modelador y su modelo. Ya se sabe que las pasiones no hacen sino enmarañar. Claro que la pasión no era del todo eliminable tratándose de una mujer tan bella. En cualquier caso el modisto tenía coartada. Había cenado en su casa con dos amigos. Ambos se hallaban dispuestos a testificar. Lo harían sin duda alguna, pero de momento nos disponíamos a empezar por la familia como hacíamos siempre.

Luz estaba independizada, vivía en un apartamento del barrio de Sarriá. Los registros que allí efectuamos no nos dejaron conocer ningún rasgo oculto de su carácter. Parecía una muchacha normal y corriente cuya vida se centraba en el trabajo. Leía algunos libros de temas variados, coleccionaba revistas de moda, alguna de decoración, y oía música moderna en su nuevo y flamante compact disc. En las paredes del dormitorio se alineaban posters de los personajes más contradictorios entre sí: el Papa, Brad Pitt, Martina Navratilova, Che Guevara... Pero todos estamos habituados al eclecticismo de los mitos, de modo que pocas enseñanzas pueden sacarse sobre las ideas de una persona que los selecciona quizás al azar. Distribuidas por toda la vivienda había muchas fotos enmarcadas: Luz en un desfile, Luz con otras modelos al lado de Pepín, Pepín y Luz en una fiesta, Pepín solo con un trofeo en las manos... Estaba claro que el modisto era algo más que su patrono, quizás debíamos considerarlo como su mentor.

Nada hacía pensar que la chica tomara drogas, llevara una vida desordenada o estuviera conectada a algún tipo de marginación. A la vista de su apartamento tampoco le faltaban medios económicos. Seguros de que de allí no sacaríamos nada más, pasamos a visitar a la familia. En ese punto se acabó el ambiente de sofisticación. El matrimonio Ribó y sus dos hijos adolescentes vivían en la calle Virrey Amat, un barrio de clase trabajadora de los más despersonalizados de Barcelona. El padre era conductor de autobús. De lo primero que fuimos testigos fue de la absoluta desolación que reinaba allí. El menguado piso estaba lleno de gente: vecinos, amigos, familiares, todos se sentaban en sillas y suspiraban, al tiempo que había un curioso tráfico de mujeres que servían refrescos y tazas de café. Pedimos hablar con los padres a solas. Estaban devastados, como si sobre ellos hubiera caído una inundación o un terremoto. A duras penas conseguían mantener la dignidad. Fue la madre quien reunió el coraje suficiente para responder a nuestras preguntas mientras su marido tenía la mirada fija en la pared.

Tal y como habíamos previsto, el relato de las circunstancias y la personalidad de Luz estaba altamente idealizado. Su hija poseía un montón de virtudes, todos los perfiles de un cuadro angelical. Era amable, bondadosa, buena hija, cariñosa, trabajadora y responsable. A ellos nada les faltaba, pero, sin embargo, la chica siempre se había empeñado en ayudarles con alguna cantidad al mes. Y les hacía regalos: un gran televisor de pantalla panorámica, motocicletas para sus hermanos, anillos de oro... De vez en cuando interrumpía su enumeración para llorar.

-¿Cómo empezó su hija en el mundo de la moda, señora Ribó?

-El señor Pepín puso un anuncio en el periódico pidiendo modelos y ella se presentó. Como era tan guapa la escogieron.

-¿La escogió el señor Pepín personalmente?

-Sí, y entonces la envió a una escuela de modelos para que aprendiera. Él se lo pagó todo, dijo que tenía muchísimo futuro. Luego le dio trabajo en su empresa.

-¿Siempre se ha portado bien con ella?

-¿Bien?, era como su segundo padre.

-¿Ustedes lo conocen?

-Lo hemos visto un par de veces.

-¿No ha venido por aquí a darles el pésame?

-Llamó por teléfono ayer. Dice que está tan destrozado que no puede ni acercarse a nuestra casa, que cuando se encuentre más repuesto nos telefoneará.

-Entiendo. Una pregunta más. ¿Sabe usted si su hija tenía algún novio o salía con alguien?

-Creo que no.

-¿Cree?

-Mi hija estaba siempre muy ocupada, venía a visitarnos y nos contaba que se pasaba la vida trabajando. Viajaba al extranjero, hacía sesiones de fotos, ni siquiera podía tener amigas como cualquier chica de su edad.

En ese momento el padre de la chica se echó a llorar inopinadamente.

-Si hubiera tenido una profesión normal aún estaría viva. Si hubiera sido dependienta, o camarera.

La mujer se volvió bruscamente hacia él.

-¿Quieres dejar eso ya? ¡Quién sabe lo que podría pasar si las cosas fueran de otra manera, pero son como son!

-Yo no quería que se hiciese modelo.

-Tú hubieras querido que viviera como yo, toda la vida metida en casa y sin un duro.

-Señores, por favor... -intenté cortar cualquier posibilidad de discusión enconada. El hombre volvió a mirar a la pared. Y así lo dejamos, mirando a la pared dura y vacía con la que sin duda volvería a encontrarse cada mañana durante el resto de su existencia.

-Un asunto feo, ¿verdad? -le comenté a Garzón cuando salíamos.

-No pinta nada bien.

-Si no hay motivos pasionales, ni drogas, ni temas familiares...

-Permitame decirle, inspectora, que está siendo anticuada e incluso sexista. Suponer que porque se trate de una mujer solo puede haber familia, sexo o caída en la debilidad... ¿Qué me dice del trabajo? Podemos encontrarnos ante un caso de espionaje industrial, de celos profesionales...

-¡Caramba, Fermín, hoy juega usted fuerte!, ¿está pretendiendo darme una lección?

-Ninguna que no haya recibido antes de usted.

-Muy bien, de acuerdo, touchée; pero reconózcame al menos que matar por espionaje no es lo corriente.

-Tampoco estamos en una profesión habitual. Usted sabe que esos diseñadores son como artistas. Imaginemos que Pepín Rodríguez, después de haber criado a esa chica a sus pechos, es un decir, descubre que está pasándole información de sus nuevos modelos a la competencia. ¿No podría haber sufrido una reacción temperamental?

-¡Carajo!, creí que no sabía nada sobre modas.

-Usted siempre tiende a creer que soy como un oso en la caverna pasando la hibernación.

Lo miré con sorna.

-Imposible, Garzón, sería usted incapaz de resistir todo un invierno sin comer.

Un poco de esgrima siempre es positivo. ¿Hasta cuándo me sorprendería mi compañero? No tenía ni idea de si su conjetura podía ser atinada, pero lo sustancial de ella era que apuntaba a Pepín, Sin duda el protagonismo del modisto en la vida de su modelo resultaba lo suficientemente llamativo como para convertirlo en un sospechoso. Siempre he desconfiado de las personas que modelan a otras personas, me parece un proceso envenenado de raíz. Los pigmaliones acaban por creerse con derechos sobre sus criaturas, y éstas tienden a pensar que todo se lo deben a su mentor.

-No olvidemos que el crimen se cometió con la pistola de Pepín. Aunque no haya sido él el asesino, quien la haya cogido sabía en qué sitio del taller solía guardarla. ¿Ha investigado si tiene licencia?

-La tiene -dijo Garzón-. Y justamente la reflexión que usted hace me inclina a pensar en un problema profesional.

-Pero el diseñador tiene coartada; por cierto, una coartada en la que debemos profundizar. ¿Ha conseguido las direcciones de los amigos que cenaron con él?

-Sí. ¿Quiere que los cite en comisaría?

-Esperemos un poco, me inclino a empezar por las compañeras de trabajo de Luz. Habrá que verlas a todas. ¿Le parece adecuado?

-Me parece de perlas.

-Estaba convencida.

Las chicas eran siete. ¿Compararlas con siete flores resultaría cursi? Me temo que sí; inexacto, además. En realidad eran como siete tallos firmes, enhiestos, flexibles, ondulantes. «La naturaleza es injusta», pensé al ver tanta belleza reunida. Garzón no estaba de acuerdo, por supuesto, o al menos tales injusticias no lo hacían sufrir. Se movía entre ellas con un deje coqueto o, siguiendo con la comparación campestre, como un distinguido abejorro encantado de mariposear.

El interrogatorio a que las sometimos se hallaba cortado por el mismo patrón. Preguntábamos qué tal relación tenían con la muerta, si habían observado cambios en su vida o en su carácter últimamente, si conocían a sus amigos, si tenían datos que las hicieran sospechar de alguien en concreto. Lo malo era que sus respuestas se alineaban en idéntica uniformidad. Conocían a Luz, naturalmente, pero no tenían con ella vínculos amistosos especiales, ni sabían qué tipo de personas frecuentaba, aunque imaginaban que no salía demasiado. Eso se revelaba como característica constante, y una de las chicas acertó a explicárnoslo muy bien.

-Nosotras apenas hacemos vida social. Viajamos, tenemos compromisos profesionales, vamos al gimnasio para estar en forma, no salimos por la noche, no bebemos alcohol, no podemos asistir a cenas ni a comidas porque solo tomamos lechuga y comida light... En fin, ya lo ven, no hay tiempo para los amigos.

-Detesto la comida light... --comentó Garzón-, aunque me lo propusieran mil veces nunca me haría modelo.

La chica sonrió divertida, lanzando una mirada de soslayo a la pinta juncal de mi compañero. Luego se volvió hacia mí y añadió:

-¿Han hablado con Lena? Lena y Luz se llevaban bien, eran amigas. Seguro que ella sabe más cosas sobre su vida.

Lena tenía el cuerpo espigado como las otras, los hombros altos, el talle estrecho. Mostraba una boca carnosa, quizá siliconada, y de su actitud emanaba un desprecio sutil, un cierto desencanto.

-¿Que si éramos amigas?, pues sí, hablábamos en los ratos libres.

-¿Cómo era Luz?

-Alegre, más lista que estas otras.

-¿Qué quiere decir?

-Mire, en este oficio todas empezamos creyéndonos que un buen día aparecerá un productor de Hollywood y nos propondrá pasarnos a hacer películas. Pero solo unas pocas nos damos cuenta pronto de que eso no sucederá. Luz era de esas pocas.

-Y, por supuesto, usted también.

-Sí, yo también. Sé que puedo seguir tirando profesionalmente tres o cuatro años más. Se gana dinero y no es un mal trabajo, pero soy una modelo del montón y tengo claro que esto no va a durar toda la vida. En cuanto tenga un poco de pasta ahorrada, mi proyecto es poner una buena tienda de jerseys.

-¿Era Luz de su misma opinión?

-Era más clásica, confiaba en el matrimonio. Pensaba que la solución pasaba por encontrar un buen marido rico.

-¿Y se aplicaba a ello?

-¡Qué va, era un desastre! ¿Han visto esas comedias antiguas americanas que pasan por televisión? Siempre tratan de chicas guapas que aspiran a casarse con un millonario y acaban enamorándose de un pelagatos encantador. Pues Luz hacía lo mismo.

-¿Tenía novio?

-Yo le he conocido tres. Bueno, en realidad solo me presentó a dos. Del último me dijo algo, pero poco. Se había enamorado como una loca de él, esta vez de verdad. Pero no se atrevió a presentármelo, quizá sea basurero o algo peor... ¿Es guapo por lo menos, inspectora?

-No sabemos de quién habla, Lena. Nadie ha aparecido diciendo que es su novio y la familia nos aseguró que Luz no salía con ningún hombre.

Lena se quedó desconcertada. Sus grandes ojos ribeteados de negro me taladraron.

-¿Está segura de la existencia de ese muchacho? -le pregunté.

La voz le tembló un poco.

-No sé, la verdad, me deja de una pieza. Que los padres no supieran nada es normal, nunca les contaba mucho; pero que el tipo no se haya presentado... ¿Se habrá enterado de que está muerta?

-Si la llama a su casa verá que no está, lo normal es que pregunte por ella en el trabajo.

-Iré a investigar si han dejado recados desde ayer --terció Garzón y se ausentó un momento. Al cabo de cinco minutos volvió negando con la cabeza.

-¿Quién podría conocer a ese chico, Lena?

-Le aseguro que no lo sé.

-¿Quizás Pepín?

-Ni hablar. Pepín la tenía dominada, peor que un padre era. Los otros dos novios se los ocultó.

-¿Y qué me dice de la pistola, quién sabía que estaba en ese cajón?

-¡Todo el mundo, inspectora!, era cosa de cachondeo. A mí me parecía que tenerla cargada era una barbaridad. Alguna vez la habían sacado las chicas para gastar bromas. Se lo avisé a Pepín, pero como es así...

-¿Cómo?

-¡Bah, un poco despreocupado!, aunque es un buen hombre, la verdad.

-¿Tiene alguna idea de quién mató a Luz?

-No, ni se me ocurre. Pero le aseguro que ha sido un mazazo para mí. A veces pienso que todas acabaremos igual.

-¿Cómo puede decir algo semejante?

-Nosotras nos exhibimos, inspectora, salimos en las revistas y hay tanto loco suelto...

-Muchos menos de los que cree, se lo garantizo, De la locura no hay que esperar grandes males, existen otras cosas que dan mucho más miedo.

Salimos del taller con un ligero encogimiento de corazón. Yo decía que la chica era realista, pero el subinspector la englobaba en un pesimismo casi anormal. Daba lo mismo, su testimonio fue útil, como lo fueron los datos que nos dio para localizar a los novios de Luz. A todos menos al tercero, naturalmente. Preguntamos a todo el mundo en el taller y nadie sabía nada de ningún muchacho que alguna vez hubiera ido a recoger a la muerta, ni que la hubiera llamado, ni que el último día se hubiera presentado de improvisó.

-Los fantasmas son invisibles, inspectora.

-Siempre lo son por algún motivo.

-La chica lo ocultaba a los demás.

-¿Por qué?

-Para no perder su trabajo. Las modelos con novio están mal vistas.

-En eso modelos y policías somos iguales.

Localizar al primer novio de Luz fue casi tan fácil como descartarlo. Era vendedor de electrodomésticos y desde hacía un año había sido trasladado por su empresa a una tienda de Valencia. Garzón lo confirmó y su propio jefe le dijo que el joven había estado trabajando normalmente en las fechas del crimen. Punto final a su carrera de sospechoso. La carrera del novio segundo era bastante más prometedora. Se llamaba Ernesto Guzmán y estaba al frente de un establecimiento de alquiler de películas de vídeo. El día que asesinaron a Luz realizaba el turno nocturno que empezaba a las ocho y acababa a la una de la madrugada. Aparentemente su coartada era perfecta. Sin embargo, Garzón y yo pensábamos que podía tener agujeros. ¿Quién nos aseguraba que algún amigo no le había hecho el favor de quedarse una hora en la tienda sustituyéndolo? Una hora no era mucho tiempo, pero sí el suficiente como para llegar hasta el taller de Luz, discutir con ella por motivos amorosos, coger la pistola del cajón (no sería la primera vez que estaba allí), y volver a la tienda con el tiempo justo para cerrarla. ¿Por qué a Garzón y a mí nos daba por pensar algo semejante? Sin duda por la actitud de Guzmán, estaba celoso y resentido contra la muerta. Al parecer ella lo había abandonado por el enamorado fantasma, no hubo transición del uno al otro. Con una sonrisa irónica y crispada Guzmán nos lo contó.

-Se presentó diciéndome que había conocido a alguien y que eso cambiaba las cosas. Así, por las buenas, como si yo fuera un empleado al que se pudiera despedir.

-¿Le dijo quién era ese alguien?

-No, ni a mí me interesaba saberlo.

-¿Le comentó algún detalle?

-¿Qué pasa, creen que lo ha hecho ese hijo de puta?

-Limítese a contestar, es muy importante.

-Solo me dijo que era un tío que estaba más de acuerdo con su mundo. ¿Qué les parece?, su mundo... como si ella perteneciera a una clase superior. Total era una desgraciada igualito que yo, me había contado que su padre era conductor de autobús. ¡Menuda nobleza! Miren, la verdad es que si no hubiera sido tan guapa a lo mejor no hubiera pasado nada de esto. Se salió de lo que le correspondía y esa ha sido su perdición.

Le pedí a Garzón que alguien siguiera a aquel hombre las veinticuatro horas del día. Empezamos también a investigar quién había entrado o salido de la videoteca de las doce a la una del día de autos para verificar si Guzmán estaba al frente. Garzón era escéptico ante estas precauciones.

-Este tipo no se la ha cargado, inspectora, no la Pondría tan verde delante de nosotros.

-Seguramente piensa que es eso lo que vamos a creer. Además, lo mismo dijo el padre de la chica y seguro que no se la cargó: «Si no hubiera sido modelo ... ». la ve cómo son ustedes los hombres, subinspector, en cuanto una mujer se libra de su destino miserable...

-Yo creo que es más bien una cuestión social. Cuando uno de clase baja se libra de su destino miserable...

-No le digo que no, pero si hubiera sido un hombre al que se hubieran cepillado nadie le hubiera echado en cara medrar. Al contrario, hubieran dicho que se defendía bien en la vida.

-¿De verdad piensa eso, inspectora?

-No estoy muy segura.

-Entonces no me joda y sigamos trabajando.

No era un prodigio de tacto, mi compañero, pero sus análisis tampoco estaban tan mal. Además, llevaba razón en lo del trabajo. Dejar pasar el tiempo tras los primeros días de un crimen es alejar la posibilidad de una resolución. Nos fuimos a comisaría donde habíamos citado por turno a las dos personas que declararon haber estado con Pepín Rodríguez la noche del asesinato. Debíamos llevar a cabo una comprobación más minuciosa.

El primero de ellos era su viejo amigo de toda la vida, también diseñador, aunque de ropa masculina. En nada se parecía a Pepín. Era gordo, fuertote, relajado, aunque por el modo en que gesticulaba y andaba vestido tampoco podíamos albergar dudas de que era gay. Sus pestañas aleteaban más que la Paulova en El lago de los cisnes, movía las manos al estilo minué y exhibía una camisa brillante con tantas chorreras como un buen jamón. Corroboró la coartada de su colega, aquella noche los había invitado a cenar para enseñarles los nuevos diseños de la colección que preparaba.

-Y fuimos encantados, desde luego, son más de veinte años de amistad. ¿Le ha contado Pepín que somos del mismo pueblo? Nadie daba nada por nosotros cuando salimos, todo eran bromas de mal gusto, escarnios y luego ya ve, han tenido que callarse. Claro que hablo de otros tiempos, la gente era muy atrasada, cuando se lo explico a Lolo ni siquiera se lo cree, pero él es tan joven aún...

-¿Lolo?

-¡Ay, sí, perdone, por Dios!, Manolo García, es el chico que está fuera para pasar a declarar. Lo llevé conmigo a la cena de esa noche. No crea que le gusta venir a nuestras cenas, dice que somos unos carrozas que no paramos de hablar de cosas del pasado, pero como no tenía nada mejor que hacer... Él también es modelo, la joya de mis muchachos.

-¿Vive con usted?

Se quedó mirándome con aire de escándalo. Soltó una carcajada de falsete.

-¡Por favor, inspectora, qué indiscreción!, usted ya sabe cómo son estas cosas, él tiene su apartamento. Además, ¿qué es eso de vivir?: vivir, amar, quizás soñar...

Nos regaló con un nuevo arpegio de su voz atiplada.

-Muy bien, señor Masrovira, tendrá que venir otro día a firmar su declaración.

Manolo García corroboró la versión de su jefe. Era un chico extremadamente guapo, pero estaba violento y cohibido. Comprendí que aparecer en público como el amante protegido

del orondo Edelio Masrovira no debía ser plato de gusto para él. Salió de nuestro despacho corriendo como el viento, dejando tras de sí una estela de perfume excesivo que formaba una mezcolanza infame con el perfume excesivo anterior.

-Hemos topado con la Orden de la Mariconería en pleno, ¿no le parece, inspectora?

-El tal Edelio debe ser el Gran Maestro.

-¿Y qué me dice de Pepín?

-Pues que ya va siendo hora de interrogarlo como Dios manda. Vamos a su taller, con la coña de la colección se pasa la vida allí encerrado. Estoy convencida de que Luz debió contarle algo de su novio fantasma.

-¿Ha pensado que se trate de un hombre importante?, recuerde las palabras de Guzmán: era alguien Más cercano a su mundo.

-Pepín sabrá si alguno de sus clientes tuvo contacto con ella.

-A lo mejor no quiere escándalos y está intentando protegerlo.

-¿Le parece poco escándalo tener un cadáver en la colección de invierno? Les presentaremos el modelo Mortaja, con acabado en crepé y delicado canesu.

Garzón se estremeció y me miró ceñudo.

-¡Carajo, Petra! Con todos los respetos, hay veces que no entiendo su sentido del humor.

El taller de Pepín Rodríguez se había convertido en un auténtico hervidero. ¡Ni en sus sueños eróticos más alborotados había podido imaginar Garzón nada igual! Las modelos corrían medio desnudas de un lado para otro, daban gritos, se sometían a las manos de costureras y peluqueros. Cuando pasaban a nuestro lado sonreían o nos miraban con cara de circunstancias. Tenían pieles aterciopeladas y ojos exageradamente maquillados, dientes blancos. Perdí a Garzón entre aquel trájín, y entonces fue cuando localicé a Rodríguez dando los últimos toques a la falda de una modelo. Puso los ojos en blanco al verme.

-¡Por Dios, inspectora!, ya me extrañaba que no me hicieran ampliar mi primera declaración. Aunque la verdad es que no he tenido tiempo de extrañarme, ni de pensar siquiera. Lo cual es perfecto, porque en cuanto presente la colección empezaré a darle vueltas a lo que ha pasado y me hundiré por completo.

Mientras hablaba, pinchaba alfileres sobre la túnica que lucía una chica angulosa.

-¿Podemos hablar en privado un momento?

-Le advierto que con mis niñas no tengo secretos.

-Por favor.

Me siguió de mala gana hasta un rincón después de haber dado un montón de indicaciones a la modista que lo sustituyó en la labor de pruebas.

-¿Han averiguado algo? -me preguntó cuando estuvimos solos.

-Señor Rodríguez, las pistas que tenemos nos llevan a pensar en los novios de Luz.

Dio un respingo malhumorado.

-Los novios, naturalmente, los novios, ese era su punto flaco; se lo advertí más de mil veces, la avisé, pero no me hizo caso.

-¿Estaba usted al corriente?

-¡No!, ¿cree que me hubiera dicho algo? Ella sabía que esta profesión exige una entrega total durante unos años, ¡como si hubieras ingresado en un convento! yo no sabía nada, pero veía cosas, me imaginaba otras. Sí, los novios, los dichosos novios. ¿Quién les ha

contado eso?

-Lena, su compañera.

-Se hicieron muy amigas. Fue mala influencia para Luz. Es una chica rebelde, follonera, que frecuenta ambientes poco recomendables. Le he soportado demasiadas cosas. Acabo de despedirla.

-¿Por qué?

-La gota que colma el vaso. Vino con la pretensión de organizar un plante si no se garantizaba a las modelos su seguridad. ¡Imagínese, a un día de la presentación! He contratado a una modelo de agencia. Nadie es insustituible.

-Lo lamento por ella.

-¿Les ha dicho quiénes eran esos novios?

-No ha sido una información completa. A ese respecto pensábamos que quizás usted pudiera ayudarnos.

-Ya ve que no.

-¿Existe la posibilidad, aunque no esté seguro, de que Luz hubiera empezado a salir con algún cliente, o quizás algún director de empresa, alguien importante en el mundo de la moda?

Se quedó parado un momento, pensando.

-¡Y quién sabe, era tan inconsciente que igual llegó hasta a eso, el más grave de los errores! Espero que si se trata de uno de mis clientes o del marido de una clienta actúen ustedes con la máxima discreción.

-No se preocupe, pero no tendré más remedio que pedirle una lista de esos clientes habituales.

-No me hace ninguna gracia pero se la daré, supongo que no puedo permitirme el lujo de obstruir la Justicia.

Había esperado más resistencia. Iba a agradecerle su colaboración cuando sonó mi teléfono móvil. Aprovechó la ocasión para volver a sus jóvenes diosas. Era Coronas, el comisario.

-¿Petra? Al parecer han pescado a una de las modelos del tal Pepín Rodríguez intentando comprar una pistola en los bajos fondos.

-¿Cómo se llama?

-Lena no sé qué. Deberían venir ahora mismo, la tenemos en comisaría.

Cuando acudí a buscar a Garzón lo hallé en una situación inverosímil. Rodeado de una buena docena de modelos en quasi desabillé, estaba contándoles algo que las mantenía ensimismadas por completo. Él se encontraba en idéntica actitud de embeleso, ni siquiera me vio.

-¿Puedo interrumpir la investigación, subinspector?

-¡Ah, sí, Petra!; en realidad solo estábamos charlando. Estas señoritas se interesan por el funcionamiento de la policía y ya sabe, es un deber ciudadano informar.

-Soy consciente de ello.

En el coche tuve la persistente sensación de que mi compañero no me escuchaba del todo, inmerso aún en su minuto de gloria entre pimpollos.

-¿Le parece Lena una sospechosa aceptable?

es aceptable cuando no hay nada seguro.

-¿Por qué demonio estaría intentando comprar una pistola?

La respuesta que nos dio la detenida fue simple: «Tenía miedo».

-Ha habido un asesinato y ustedes no consiguen averiguar quién ha sido. Supongo que tengo derecho a protegerme.

-¿De quién?

-¡No sé de quién! Ya ve cómo es este asunto, nosotras somos como el ganado, se nos explota y luego a la calle. Puede haber algún loco asesinando modelos por ahí.

-¿Quién le dijo dónde comprar una pistola?

-Tengo buenos amigos.

-Eso nos dijo Pepín Rodríguez.

-¡A saber qué les habrá dicho Pepín! ¿Y él, no puede haber matado él mismo a Luz? Al fin y al cabo no lo he visto demasiado triste por esa muerte; sigue pensando solo en su jodida colección.

-Él estuvo cenando esa noche con el diseñador Edelio Masrovira y otro amigo.

-¿Con ese cerdo?

Garzón se impacientó.

-Mire Lena, puede que se encuentre usted resentida y asustada; pero con todo esto no vamos a ninguna parte. Ni insultos ni críticas van a librarla de sus responsabilidades.

-¡Yo tampoco lo pretendo, pero no me da la gana de pasar por una delincuente y que todos esos tíos vayan de respetables! Puede que Edelio sea un diseñador muy importante, pero también es un baboso que cada vez que ha venido por el taller ha intentado tocarme y besuquearme. Así que no retiro lo de cerdo.

Nos quedamos sorprendidos y callados. Por fin mi compañero preguntó quedamente:

-¿Y por qué haría una cosa así?

Incluso disculpé a la hermosa Lena cuando le respondió pletórica de sorna:

-¿Usted qué cree, subinspector?

No digo que nos dejáramos seducir inmediatamente por la posibilidad que Lena apuntaba, pero lo cierto fue que, sin librarla de sospechas, su comentario airado sobre Edelio abrió una puerta frente a nosotros que nos dispusimos a franquear. No sería la primera persona que le daba a ambos sexos. Al fin y al cabo, la opción de Lena como asesina no nos convencía a ninguno de los dos. Le faltaba un móvil adecuado. Solo la eventualidad de que Edelio fuera el novio invisible de Luz nos alargaba los dientes de placer. Claro que entonces Pepín Rodríguez debía haber mentido para proporcionarle una coartada, y lo mismo el joven amante de Edelio. Pero, entonces, ¿por qué la mató? -Ella lo amenazó con un escándalo, o quizás incluso estaba siendo víctima de un chantaje. ¿Y qué me dice de la siguiente conjetura?: Lena y Luz, hartas de los acosos de Edelio, se compincharon para ligárselo y después sacarle pasta. El tipo reaccionó mal y se la cargó. Eso explicarla que Lena esté asustada y que no confiese toda la verdad.

Escuché atentamente la teoría de Garzón. Tenía miga. Lo malo era que, para iniciar la averiguación, debíamos estar seguros de la bisexualidad del sujeto. Garzón estuvo investigando en el entorno de Edelio durante un par de días, y lo mismo hice yo en varios bares de ambiente gay que Pepín frecuentaba. Pero determinar las preferencias de alguien por vía interpuesta es muy complicado, y si la vía es policial muchísimo más. El subinspector no encontró a nadie dispuesto a mojarse. «¿Que si Edelio es gay?, quizás. ¿Que si le gustan las mujeres?, ¡y a quién no!» Un montón de frases tan ambiguas como el

motivo que las provocaba. Yo no tuve más suerte. Los camareros de los bares de alterne habían perdido la memoria al unísono, todos víctimas de la conocida amnesia protectora del cliente.

-No hay más remedio que echarle cojones, inspectora.

-¡Ay, por favor, Garzón, no utilice esos términos tratándose de temas sernejantes!, dígame simplemente qué propone que hagamos.

-Una emboscada a Edelio. Lo convocamos a comisaría, lo acorralamos y le decimos que Lena ha confesado. Juraría que es batalla ganada, ya verá.

-Joder, un procedimiento muy poco legal, y encima arriesgado!

-No conozco estrategia sin riesgo.

-¡Deje de expresarse como un general!

-¡Y usted deje de criticar mi manera de hablar y decídase!

Me decidí, y no sé si fue por causa de la autosugestión, pero el caso es que me pareció que Edelio entraba en mi despacho acobardado. A Garzón debió parecerle lo mismo porque en cuanto lo tuvo a tiro aprovechó el momento psicológico y le disparó.

-Hay una confesión contra usted, será mejor que lo sepa desde el principio.

Aunque era mayor y corpulento el tipo dio un salto el, la silla. Se puso blanco al punto, balbuceó.

-¿Una confesión? Disculpe, no sé de qué me habla.

-Si que lo sabe, sí, Lena ha confesado.

Noté que se desconcertaba.

-¿Y quién es Lena?

-No disimule, es una modelo de la agencia de Pepín Rodríguez.

Volvió la cara hacia mí.

-¿Qué quiere decir con eso?, no logro entender...

Su expresión de sorpresa me dio miedo, quizás no era esa la manera, intenté atajar:

-Esa chica nos ha contado que es usted bisexual, señor Masrovira, espero que comprenda cuál es su postura en estos momentos y decida hacer lo mejor para usted.

Pero su cara no perdía el rictus de extrañeza. Pensé que estábamos metiendo la pata de manera espantosa. Por desgracia Garzón reiniciaba su ataque ya imparable.

-¡No me joda, Edelio, no finja no entender! Da igual si sabe quién es Lena o no. El caso es que sabemos que a usted también le gustan las tías y que se cargó a Luz.

-Pero ¿quién les ha dicho eso?

-¡Acabo de explicarle que quién es lo de menos! ¡Se le ha caído el pelo y en paz! ¿Qué hacía la chica, lo chantajeaba o solo lo amenazó con armar un jaleo en los Periódicos? A lo mejor lo único que hizo fue negarse a follar con usted.

Tenía los ojos abiertos de par en par. Estaba paralizado, enloquecido de terror. Me miró buscando protección, movió la boca sin emitir palabras. Yo le devolví la mirada con total frialdad. Por fin dijo:

-Inspectora... -y de nuevo alargó sus manos hacia mí. Garzón seguía acosándolo sin pausa.

-Inspectora... -repitió de modo entrecortado.

-Lo siento, Edelio, no tiene salida, diga la verdad,

-No fui yo, no fui yo.

Garzón le pegó un grito inhumano.

-¡Suelta la verdad de una puta vez!

Ante mi asombro, Edelio gritó también.

-¡Basta! Inspectora, dígame que se calle, por favor, quiero hablar, lo intento, pero no puedo hacerlo así.

Me acerqué a él y le puse una mano en el brazo. Él me la cogió con vehemencia.

-Inspectora, quiero saber si ha sido Pepín quien les ha contado que yo asesiné a la chica. ¿Ha sido él o Lolo?

Completamente a bulto y al borde del infarto susurré:

-Ha sido él.

Entonces el diseñador apretó los dientes, se retrepó en la silla e intentó recobrar la compostura.

-Inspectora, todo esto es cosa de locos, quiero que me escuche y me crea. Es imprescindible que me crea, voy a decir la verdad.

Le hice un gesto a Garzón para que no se le ocurriera proseguir su acoso. Edelio dio un profundo suspiro dolorido y comenzó su confesión.

-En primer lugar, quiero que sepan que yo no maté a Luz. Lo único que hice fue secundar una coartada que nunca existió. Supongo que eso me convierte en cómplice, pero no en asesino, desde luego. A Luz la mató Pepín, él mismo me lo dijo. Se presentó en mi casa desesperado; había tenido una terrible pelea con ella y perdió los estribos, le disparó.

-¿Una pelea, por qué motivo?

-Cuestión pasional.

-¿Pero Pepín no es gay?

-Pepín sí, pero yo no, tampoco bisexual; puede que sea un solterón, putero incluso, pero solo me gustan las mujeres, lo digo muy en serio.

-¿Y entonces Lolo, su joven amante?

-No es mi amante, sino el de Pepín. Tengo testigos para todo lo que digo. Yo aquella noche me quedé trabajando en mi estudio hasta las dos de la mañana. El guardia de seguridad que cuida los apartamentos se lo confirmará, estuvimos charlando un rato cuando salí.

Garzón se impacientó.

-un momento, un momento, no entiendo nada. ¿Quiere aclararnos todo ese lío de amantes y sexos?

-Es muy sencillo. Pepín estaba muy enamorado de Lolo; eran amantes desde hace más de un año, aunque lo llevaban con la mayor discreción. Pero un buen día Lolo y Luz se liaron. No me pregunte cómo pudo suceder porque no lo sé. Quizás el chico sí era bisexual, aunque yo me inclino a pensar que estaba con Pepín por interés. No le faltaba de nada con él, ¡hasta yo le daba un trato de favor en mis colecciones por recomendación de mi amigo! Cuando Pepín se enteró de la historia se puso como loco, no podía soportar una traición doble: su protegida y su amor al mismo tiempo. Se demenció, intentó separarlos, los amenazó, pero la chica le plantó cara. Aquella noche, en una discusión violenta, perdió el juicio y la mató. Él me juró que no fue premeditado.

-¿Y el chico?

-Al chico conseguí acojonarlo, le juró que si decía algo lo implicaría que se vería tirado en la calle haciendo de chaperero miserable, que contrataría a alguien para matarlo también. ¡Qué sé yo!, perdió el juicio, y el chico se avino a callar.

-¿Y usted?

-Yo me avine a representar la mascarada de la falsa cena, a hacerme pasar por homosexual delante de ustedes, a cargar con el falso amante... en fin, todo era horrible, pero lo hice por amistad.

-Eso cuénteselo al juez. ¿Y Lena, sabía algo Lena de toda la historia?

-No tengo ni idea.

-Supongo que Luz le contó algo. Por eso estaba asustada hasta el punto de intentar comprar una pistola. ¿Lo entiende Garzón?

-¡Vaya que si lo entiendo!, hay que joderse ¿eh?

En efecto, había que joderse, una complicada historia sentimental que fue fácilmente corroborable. Dos segundos después de hacerle la primera pregunta del interrogatorio a Lolo Sánchez, este se echó a llorar. Un desmoronamiento en toda regla. Lloró y lloró, y entre lágrima e hipido, vino a decir lo mal que se sentía y hasta tuvo el cuajo de reflexionar sobre el triste papel de los modelos profesionales, siempre en manos de los demás como simples objetos. Al final se maldijo a sí mismo por no haber demostrado siquiera la dignidad de señalar al asesino de la mujer que amaba.

-¿Pero usted cree que la amaba? -me preguntó Garzón cuando el caso estaba ya cerrado y tomábamos una copa en el bar.

yo qué sé!; en las historias pasionales todo se mezcla: amor, orgullo, miedo, interés...

-Pues el jodido Pepín ni siquiera después de haber confesado parecía arrepentido.

-¡Al menos él actuó, no se dejó manipular como hicieron esos chicos!

-Es verdad, los ve uno tan guapos, tan sofisticados, tan superiores con su metro ochenta, pero luego rascas y...

-Porque todos estamos modelados en barro, Fermín, no hay más.

-¡Ni que lo jure!; claro que prefiero el barro al plástico, no sé qué pensará al respecto.

-¿Y qué me dice de uno de esos nuevos materiales?

-¿Un Adán y una Eva de PVC?

Nos reímos un rato en plan relajado y seguimos charlando sobre materiales de construcción. Era un tema neutro e insólito, quizás un antídoto inconsciente contra tanto barro y tanta carnalidad.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>